EL SÉPTIMO CIRCULO

MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD

POR

VERA CASPARY

EMECE EDITORES, S. A. / BUENOS AIRES

EL SÉPTIMO CÍRCULO

COLECCIÓN CREADA POR JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO BIOY CASARES
DIRIGIDA POR CARLOS V. FRÍAS

VERA CASPARY

Más extraño que la verdad

EMECÉ EDITORES S.A.

BUENOS AIRES

Título de la obra en inglés:
STRANGER THAN TRUTH

Traducción de
ROBERTO PAINE

Ilustró la tapa
JOSÉ BONOMI

PRIMERA EDICIÓN
Agosto de 1950

SEGUNDA EDICIÓN
Setiembre de 1953

Edición digital
siro26 (2018)

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.
Copyright by EMECÉ EDITORES, S. A. Buenos Aires, 1953,

NOTICIA

Vera Caspary, escritora de Illinois, es prodigiosamente versátil en su vida y en su obra. Ha dirigido revistas policiales, ha enseñado a bailar por correspondencia, ha ejercido el periodismo, ha vendido cremas faciales, desnatadoras y empaquetadoras automáticas; novelas de Sax Rohmer, armonios y obras de psicoanálisis; ha escrito numerosos libretos para el cinematógrafo y media docena de novelas.

Una vida así no es, tal vez, la más adecuada para la tranquila concepción de la obra artística. Vera Caspary, sin embargo, ha planeado y ejecutado tres novelas admirables por su lúcida arquitectura y su estilo incisivo: Laura [1], Bedelia [2]*y* Más extraño que la verdad.

[1] *El Séptimo Círculo, Nº 7*
[2] *El Séptimo Círculo, Nº 99*

A
GEORGE SKLAR

el más severo de los amigos
y el mejor de los críticos

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA DE WILSON

por

John Miles Ansell

> "La realidad escondida se halla siempre en lucha con su contorno. En su inquieto movimiento hacia la luz, ocasiona conmoción y revolución en el medio social, así como neurosis y enfermedad en el individuo."
>
> *Mi Vida es Verdad*
> NOBLE BARCLAY

EN SETIEMBRE, el capitán Riordan me contó la historia de Wilson. Estábamos sentados detrás de una botella de whisky canadiense, en un bar de la Tercera Avenida. Él bebió y yo pagué. Me pareció una buena inversión, ya que las historias de Riordan eran siempre mejores cuando estaba achispado.

Yo había llegado a ser en ese tiempo director de *Verdad y Crimen*, y era lo bastante nuevo como para creerme capaz de mejorar la revista. *Verdad y Crimen* era una revista policial más, rellena con refrito de periódicos y viejos casos policiales, y servida con títulos sensacionalistas y piadosos finales donde "el delito nunca resulta buen negocio". La historia de Wilson carecía de final, por lo que decidí utilizarla como uno de los *Misterios Indescifrados* del mes.

En vez de encomendársela a un redactor, la escribí yo mismo. Aunque debía utilizar la fórmula de *Verdad y Crimen*, tuve la impresión de haberla escrito como para que un lector inteligente encontrara en ella algo más que un misterio habitual. La consideraba un trozo de vida *Americana*, un comentario sobre una fase curiosa de nuestra cultura nacional.

La mañana del jueves 22 de noviembre de 1945 me hallaba sentado en mi oficina privada, en el Departamento Editorial de las Publicaciones “Verdad”, de Barclay. Era mi primera oficina privada, y yo lo suficientemente novato como para complacerme en ver sobre la puerta, en letras doradas, mi nombre y el título: Director.

Esa mañana me sentía bueno. Virtuoso. Nuestro número de febrero debía imprimirse ese día, y todos los artículos —excepto uno— habían sido enviados a la imprenta por intermedio del Departamento de Producción. Los números de enero y diciembre se habían impreso con mi autorización, pero estaban llenos de material viejo, relatos ordenados por mi predecesor, que no me gustaban. El número de febrero era obra mía, el primer número “enteramente Ansell”, y me sentía como un orgulloso papá acostando a su primogénito.

Sonó el teléfono.

—Es el departamento de Producción —dijo la señorita Kaufman —. Desean saber por qué no ha llegado todavía su *Misterio Indescifrado*.

Tomé el teléfono.

— ¿De qué se preocupan? —grité—. Lo tienen todo, menos el *Misterio Indescifrado*; estoy esperando el conforme de un momento a otro.

Hubo un gruñido en la otra punta del hilo.

—No tengo la culpa —dije—. Hace tres semanas que envié ese artículo. Ahora se halla en la oficina de Barclay, y creo que lo está usando como papel higiénico.

El gruñido, en la otra punta del hilo, se volvió amenazador.

—Mire usted —protesté—, ¿qué puedo hacer yo si el señor B. retiene los trabajos? £1 es el patrón aquí, él manda, él sabe cuándo vamos a imprimir. Mire —continué, mientras los gruñidos se hacían más ruidosos—, aquí está mi secretaria. Acaba de llegar de la oficina de Barclay. ¿Qué le dijeron acerca del *Misterio Indescifrado*, señorita Kaufman?

La señorita Kaufman, que no se había acercado a la oficina del señor Barclay, se limitó a levantar sus espesas cejas.

—Buenas noticias —grité en el teléfono—. La secretaria del señor Barclay ha dicho que él no tuvo tiempo hasta esta mañana, pero que ahora está acabando de leerlo y que la trama lo enloquece.

En seguida tendré su conformidad, y se lo enviaré inmediatamente. ¿Qué le parece?

En ese instante entró un cadete y dejó caer en mi bandeja de entradas un sobre adornado con franjas rojas, que significaban *Urgente*, y amarillas, que querían decir *Registrado para seguir curso*.

— ¡Agárrese...! —dije, dirigiéndome a los gruñidos—. El texto está aquí. Se lo mandaré inmediatamente.

La señorita Kaufman había abierto el sobre. Luego tomó el teléfono.

—El señor Ansell volverá a llamar dentro de unos minutos —comunicó.

Después me tendió el manuscrito. Adherida a su ángulo superior derecho había una franja verde. Las franjas verdes significaban *Rechazado*.

— ¡Diablos! —exclamé—. No pueden rechazar esta historia.

—Pero lo han hecho —dijo la señorita Kaufman; y me tendió un memorándum escrito a máquina, en papel azul. Decía así:

MEMORÁNDUM
De la oficina de: Edward Everett Munn
A: John Miles Ansell
Fecha: 11 /22/45
Ref: Ms 1028 VyC

De acuerdo con nuestra política editorial, no puede admitirse la publicación de las páginas precedentes. Las he leído, y he llamado la atención del señor Barclay respecto de aquellas consideraciones susceptibles de ofender a los lectores. Le sugeriría el material subsidiario que se ha discutido en nuestras reuniones, los casos Dot King o Elwell, que son más del dominio público y tienen mayor interés. Espero que esto no implique una grave alteración en su programa de publicaciones.

E. E. MUNN

Adjunto: Memorándum a N. B.

—Espero que esto no implique una grave alteración en su plan de publicaciones... ¡Hijo de perra! —exclamé—. Lo estuvo reteniendo hasta el último instante en su oficina, y ahora me deja en la estacada.

— ¿Qué va a hacer con el *Misterio Indescifrado*? —preguntó la señorita Kaufman.

— ¡El caso Elwell! ¡Dot King! Como si todas las revistas policiales del país no los hubieran reimpreso una docena de veces. Voy a decirle a Edward Everett Munn...

—No grite así, señor Ansell. Puede oírle a usted toda la casa.

— ¿Qué me importa? Démosles algo para chismear a los paniaguados y a los espías. Sé cuándo he logrado un buen cuento, y no pienso dejarlo sabotear por un cretino que debiera estar recolectando basura...

—Por favor, señor Ansell.

—Sí, sí, ya sé que están escuchando. Espero que no haya recolectores de basura por aquí cerca, porque no quiero insultar su oficio. Los recolectores de basura son hombres buenos, honestos, eficientes, y estoy seguro de que nunca admitirían en su gremio a E. E. Munn. ¿Sabe usted, señorita Kaufman, cuál es, realmente, el misterio indescifrado? Cómo pudo Munn conseguir el empleo de Director Supervisor, y cómo se las arregla para continuar desempeñándolo. Resuelva eso, y se ganará el afecto de todos los que trabajan como esclavos en esta fábrica.

Nuestras oficinas privadas sólo lo eran nominalmente. Se hallaban divididas unas de otras, y separadas de la Oficina General, mediante tabiques de vidrio escarchado que terminaba a sólo tres pies del techo. Afirmaban los empleados leales que ésta era una medida higiénica, pues permitía la libre circulación del aire; pero los cínicos preferían la hipótesis del espionaje. Los periodistas más antiguos de Barclay formaban un grupo descontento.

—Antes de desahogarse respecto de lo que anda mal en los demás —observó la señorita Kaufman—, es mejor que averigüe por qué rechazaron su precioso relato.

Me tendió una copia al carbónico del memorándum que Edward Everett Munn le había enviado al editor. Traté de leerlo, pero estaba furioso, y las líneas parecían confundirse. Me saqué los anteojos y busqué a mi alrededor algo con qué frotarlos. Como de costumbre, mi pañuelo había desaparecido. La señorita Kaufman encontró un cuadrado de algodón rosado y me los limpió.

—Gracias —dije con aspereza.

—Léalo —ordenó mi secretaria.

MEMORÁNDUM
De la oficina de: Edward Everett Munn
A: Noble Barclay
Fecha; 11/22/45
Ref: Ms. 1028 VyC

Para dejar constancia de nuestras objeciones al precedente manuscrito —*Misterio Indescifrado*, feb. 46— expongo aquí las razones siguientes, por las que no conviene la publicación del mismo:

1.Ignorancia del crimen. ¿Acaso no se ha decidido en reunión, y en forma definitiva, que la principal característica del Misterio Indescifrado, desde el punto de vista de la venta, debe ser el conocimiento popular del crimen en cuestión?

2. Tono satírico del artículo. La finalidad de las *Publicaciones "Verdad",* de Barclay, no es la de señalar las ironías de la vida, ni asumir un tono derogatorio hacia temas que nuestros lectores no ven con el mismo criterio que los sofisticados. Esto no es el New Yorker. Nuestros lectores son gente seria, hombres y mujeres reflexivos.

3.Frívola actitud hacia las bebidas alcohólicas. Los redactores debieran conocer muy bien nuestra política en esa materia.

4.Burlonas observaciones respecto de las escuelas por correspondencia. El redactor olvida, evidentemente, que muchos de nuestros mejores amigos y más antiguos anunciantes son respetables instituciones de esa clase. ¿No resulta de mal gusto, así como financieramente erróneo, criticar a un vasto sector de avisadores?

Teniendo en cuenta que lo que precede incluye varios puntos de vista de crítica destructiva, hemos hecho al redactor una advertencia constructiva en el adjunto memorándum.

E. E. Munn

Adjunto: Memorándum a John Miles Ansell

Hice una pelota con el memorándum y lo arrojé al canasto. La señorita Kaufman lo sacó.

—Para nuestros archivos —dijo.

— ¿Cree usted que voy a tomar en serio esa bazofia?

— ¿Qué puede hacer usted?

—Por una vez en la historia de las *Publicaciones "Verdad",* señorita Kaufman, un director va a luchar por su revista.

—Pero piense en su empleo, señor Ansell.

— ¿Cree que tengo miedo?

— ¿Y los cuarenta dólares semanales que envía usted a su madre? —preguntó la señorita Kaufman. Luego sonrió, y añadió—: Es mejor que se peine, señor Ansell. Y que se enderece la corbata.

Giré en redondo. La abracé. Estaba en esa edad ingrata, más allá de los cuarenta, y sus senos hubieran sido fruta pasada en cualquier cosecha.

—Kaufman, viejita, eres superior. —La besé en plena boca.

—Nada de eso. Soy una respetable mujer casada.

Me peiné, me enderecé la corbata y me saqué los anteojos.

—Buena o mala, esa historia irá en el número de febrero. He de luchar hasta el fin.

Me tendió el arrugado memorándum.

—Lléveselo. No confíe nunca en su memoria, por lo menos aquí. Bueno; que tenga suerte, pequeño David.

—No se preocupe. Llevo mi honda conmigo.

Mientras atravesaba la oficina general, las mecanógrafas dejaron de escribir. Todos los que me habían estado oyendo vociferar mi opinión sobre Munn se quedaron mirando cuando abría su puerta. Mantuve derecha mi cabeza, saqué la mandíbula, y me enderecé para parecer más alto. "Esta vez", me dije, "Ansell triunfa. Vuelve con su escudo o sobre su escudo. La gente siempre ha gustado de ti, John Miles Ansell. Nunca has tenido que hablar francés ni tocar el piano; y todos odian a Edward Everett Munn; es decir, todo el que es joven y sano, inteligente y recto."

—Buenos días, señor Ansell. ¿Quiere usted ver al señor Munn? —preguntó su secretaria.

—No, querida, he venido a pedir tu mano ¿No querrías hacerme el hombre más feliz de la tierra?

Los pálidos labios se contrajeron. La secretaria de Munn nunca se reía de mis bromas. Era anémica y no muy inteligente. La gente decía que era prima tercera de Barclay. El departamento editorial

era un jardín de nepotismo. Los parientes pobres florecían por todos lados.

—El señor Munn está ocupado en este momento. En seguida se desocupará. ¿No quiere usted sentarse?

No me complacía estar encerrado en un reducido espacio con aquel caso de anemia perniciosa, y por lo tanto le pedí que me llamara cuando el señor Munn estuviera pronto. Salí a vagar, procurando mostrarme lo más afable posible, ya que todavía estaban sobre mí las miradas de la oficina general en pleno.

En lugar de regresar a mi propia oficina, deambulé por el linóleo, pasando frente a las oficinas de *Verdad y Salud* y *Verdad y Belleza*. Me detuve ante la puerta que decía *Verdad y Amor*. La puerta estaba abierta.

— ¡Eh, Anselll —resonó una voz áspera de mujer.

Me enderecé la corbata una vez más, me alisé el cabello y entré con ostentación. El resultado fué un gasto inútil. El pequeño escritorio se hallaba vacío, y Lola Manfred estaba sola, con los manuscritos.

Advirtió mis ojos interrogantes.

—Eleanor está abajo, en el Estudio —dijo Lola—. Siempre le encargo que haga *posar* a los modelos, en esas apasionadas fotografías que tan plenamente prueban que nuestros cuentos de amor son experiencias de la vida. ¿Qué he oído? ¿Qué entras en la liza y desafías a ese bravucón de Munn?

—Las noticias andan rápido por aquí.

—Así es. —Lola se pasó las manos por el cabello, teñido del color de una naranjita tangerina de Navidad. — De todos modos, ¿qué importa? ¿No eres capaz de soportar un rechazo?

—Cuando era escritor ambulante, solía desayunarme con las galeradas rechazadas.

—Y entonces, ¿qué fin se propone?

—No es por el rechazo —dije—. Es por el principio.

— ¿Qué principio?

—Se supone que soy un director —dije—. Al menos, eso es lo que me dijeron al contratarme. Y justamente cuando he comenzado a poner en movimiento mi habitual trabajo del mes, retienen un manuscrito por tres semanas y no me comunican su rechazo hasta el día de mandarlo a la imprenta. ¿Qué te parece eso?

—No sería la primera vez en la historia de este basurero —dijo Lola con aire fatigado. Se balanceó en la silla giratoria, se inclinó y abrió el cajón inferior de su escritorio. Su voz, que por lo general resonaba sobre los tabiques de vidrio escarchado, se hizo suave. —Cierra la puerta.

— ¿Por qué?

Lola tenía manos delicadas, y resultaba inadecuado el movimiento de su pulgar al menearlo en dirección a la puerta. La cerré. Mientras volvía al escritorio, advertí con un estremecimiento que Lola había sacado una botella de leche del cajón inferior. Me impresioné más que si la hubiera visto tomar una botella de whisky de un escritorio de Noble Barclay. La reputación de Lola no era precisamente láctea.

Arrancó la tapa del papel, y empinó la botella contra su boca. Hizo una mueca, como si la leche fuera tan desagradable que la bebía por prescripción médica. Al tenderme la botella, observé que su largo trago no había escurrido la menor partícula de crema.

Le tomé el olor.

Lola lanzó una carcajada.

— ¿No es ingenioso? Me la pintó uno de los chicos del Departamento de Arte. Hasta colocó un poco de pintura amarilla en la parte superior, como si la crema se hubiera levantado.

Le devolví la botella.

—Que no suceda en esta oficina —dije.

— ¿Eso también es un principio?

—Me gusta cumplir con mi trabajo. No se puede escribir bien ni tomar resoluciones cuando se está embotado.

—Edgar Allan Poe bebía como un pez, y apuesto a que nunca le han publicado sus historias en *Verdad y Crimen*.

—Puedo ascender sin necesidad de alcohol —dije.

— ¿Pero dónde está la ventaja? —preguntó Lola; y bebió otro trago.

Dejó la botella a un lado y se recostó hacia atrás en la silla giratoria, en tal forma que temí que se diera vuelta.

—Ahora que me han vuelto las fuerzas —dijo—, me gustaría saber qué principios te preparas a defender con tanta energía.

—Me contrataron para hacer un trabajo. Cuando por primera vez vine a hablarle a Barclay del asunto, dijo que me necesitaba

porque mi calidad era diferente. Dijo que yo tenía un toque que no suele encontrarse entre escritores de novelas policiales. Me deseaba para levantar la revista de su rutina actual, transformándola en una revista mensual sobresaliente.

— ¿No estarás aludiendo, por casualidad, a *Verdad y Crimen*? —mofóse Lola.

—Oye —protesté—, hay cientos de medios de tratar una historia policial. Después de todo, el crimen es un indicio del estado de nuestra civilización, como lo son nuestras leyes o nuestros códigos morales. Después de todo, una historia criminal tiene sentido social.

Lola suspiró.

—No pretendo alabarme —dije.

— ¿Qué edad tienes?

—Tendré veintiséis, en marzo.

— ¡Corderito!

Me desagrada que me protejan.

—No me hago ilusiones —dije—. No soy ingenuo. Sé qué clase de revistas saca Barclay. Pero me contrataron para poner algo de pimienta en una publicación achacosa, y, ¡diablos!, haré la prueba.

—El manuscrito que te rechazaron, ¿tiene algún sentido social?

—No en la forma en que se suele entender. Hay uno que otro comentario que Munn considera satírico, pero si él y el señor Barclay insisten en ello los sacaré. Lo que no parecen entender es que trato de brindar algo nuevo y nunca visto a nuestros lectores.

— ¿Dónde reside lo nuevo y lo nunca visto?

—No se ha hecho en ninguna otra revista policial, o suplemento dominical, o antología del crimen. Eso es lo malo de la mayoría de nuestro material: resulta sobado e insípido para nuestros lectores. Son fanáticos de las novelas policiales; probablemente, conocen todos los buenos crímenes.

— ¿Tan bueno es este asesinato?

—Nada fuera de lo común, excepto desde un punto de vista. La víctima. Era...

Lola bostezó. Mi tema la había aburrido.

— ¿Vale tanto la historia como para que pierdas el empleo?

— ¿Por qué no la lees? Ellos no ven cuál es mi punto de vista.

— ¡Buen Dios! —gritó—. Ya es bastante malo leer aquello que me pagan por leer. Ante todo, ¿por qué tomaste este empleo,

Ansell? ¿Para introducir un sentido social en *Verdad y Crimen*, o para conseguir cien dólares semanales?

—Ciento veinticinco —me jacté.

—La mayoría de los escritores mercenarios de por aquí considerarían que ese principio basta para cualquier cosa.

—No soy tan cínico como para creer que no se puede vivir decentemente y ser fiel a sus principios, al mismo tiempo.

—Si pretendes poner en tus historias un sentido social, mejor sería que te fueras de aquí y trabajaras para "*Las Nuevas Masas*". Si es por el principio, el lugar que te corresponde es una buhardilla donde puedas morirte confortablemente de hambre. Pero antes de renunciar a esos ciento veinticinco morlacos y a un empleo donde puedes sacar con una mano una revista, y con la otra empinar el codo, mejor es que aprendas la diferencia entre un principio y el deseo de salirte con la tuya.

El beber de Lola, pensé, estaba en relación directa con el cinismo con el cual se había acercado a su puesto. No era que la culpara por encontrar desabrida *Verdad y Amor*. Lola Manfred había escrito en cierta época algunas buenas poesías.

Puso su mano suavemente sobre la manga de mi saco.

— ¿Estás seguro de saber para qué estás luchando?

—No quiero que me lleven por delante.

—Espero que, cuando estés temblando en tu buhardilla, ese principio te hará entrar en calor.

—Pero piensa que si les permito sentar ahora un precedente, ¿qué autoridad puedo esperar en el futuro?

— ¿Importa algo?

— ¡Importa! —exclamé.

Se sonó delicadamente la nariz en un pañuelo manchado.

— ¿Qué te hace tan distinto, don Quijote, de tus compañeros de prisión, en este calabozo humeante? — ¿Por qué puedes gozar el lujo de hacer tu propia voluntad, mientras el resto de nosotros hace diarias reverencias a Munn y besa la noble mano de Barclay?

—Nunca advertí que transigieras con esos ritos, Lola.

—No necesito hacerlo. No me pueden despedir. Sucede que sé dónde está enterrado el cadáver.

—Quizá sea mejor que yo mismo encuentre un cadáver.

—No sería difícil. Debe de haber bastantes pudriéndose en las

criptas.

La puerta se había abierto suavemente. Alguien estaba parado detrás de mi silla. Me di vuelta esperanzado, pero no era Eleanor. Había entrado la secretaria de Munn. Sonrió desdeñosamente y dijo:

—Ahora lo verá, señor Ansell.

Salí. Mientras sostenía la puerta para que saliera la secretaria de Munn, Lola me arrojó un beso.

—Vuelve cuando termines y te consolaré. —Agitó su pulgar hacia el cajón inferior e hizo un guiño.

—Pase, pase —dijo Munn jovialmente—. Siéntese, ¿quiere? ¿Está cómodo allí? Déjeme bajar la persiana. Estoy seguro de que no desea que la luz le dé en los ojos.

Ése era Munn, resbaladizo y untuoso. La sonrisa era demasiado rápida, la voz demasiado afable. Se quería a sí mismo, era un triunfador, un secretario que se había convertido en un gran jefe. Tenía boca de clown, roja como colorete y que se arqueaba como la luna creciente. Al reír, los músculos de sus mejillas permanecían siempre inmóviles. Era como si su boca tuviera vida propia, independiente de su cara. Su pelo había raleado. Un pico descendía hacia su frente, pero escaseaba a los costados. Tenía cejas angulosas, y ojos angostos, intranquilos. Su escritorio estaba limpio, el papel secante inmaculado, y todos sus papeles archivados en uno de esos cartapacios de cuero llamados “Organizador del trabajo”. De la pared pendían numerosas fotografías, afectuosamente autografiadas por Noble Barclay.

Me ofreció un cigarrillo.

—No fumo turcos —le dije, y saqué el mío. Se me aproximó para encendérmelo. Esperé que iniciara la conversación.

Después de un rato, dijo:

— ¿Quería verme para algo, Ansell?

—Demasiado sabe de qué he venido a hablarle. —Blandí el arrugado memorándum. — Entiendo que debíamos entrar hoy a imprenta.

Asintió con la cabeza.

—Ya he advertido, Ansell, que siempre espera hasta último momento para entregar una historia importante.

— ¿Espero? Mire, Munn, esa historia fué retenida en su oficina cerca de tres semanas. Fíjese en la fecha sobre el manuscrito. Aquí

usted está sobre nosotros, usted es el Director Supervisor y el Gerente General. ¿Por qué retuvo la historia hasta el día de entrar en imprenta, para luego rechazarla con un memorándum pueril? Por una vez en su vida, Munn, alguien le pide razones.

Munn contempló los anillos de humo que se amontonaban hacia el techo.

—No entiendo su queja, Ansell. La mayoría de nuestros directores considera que la organización funciona con eficiencia.

— ¡Diablos! —barboté—. No me pueden hacer eso. Usted sabe que no puedo dejar pronta la revista sin un *Misterio Indescifrado.*

— ¿No tiene otro original que lo sustituya?

—Ya se han hecho las ilustraciones. Los clisés están todos listos.

—Podemos conseguir grabados, durante la noche. ¿No tiene ningún otro *Misterio Indescifrado*, Ansell?

Pegué un brinco. Me paré delante de él. Golpeé con ambos puños sobre su escritorio.

—No hay nada malo en esa historia. ¿Por qué diablos la están saboteando?

Movió la cabeza en dirección al arrugado memorándum.

—Usted conoce mis objeciones.

—No estoy absolutamente de acuerdo con usted, señor Munn.

—Lo siento, Ansell.

Fuera, en la Oficina General, las dactilógrafas volvían a tamborilear. Sentí risas a mi izquierda, que era la dirección de la Oficina de *Verdad y Amor*, y me pregunté si Eleanor habría vuelto del Estudio, y qué le había dicho Lola. ¿También Eleanor me creería un solemne joven idiota, o admiraría a un hombre que lucha por sus derechos?

—Mire —le dije a Munn en un moderado tono de conversación —, no quiero empecinarme en este asunto. Tiene razón respecto de esas fruslerías sobre las escuelas por correspondencia. No tengo ilusiones acerca de la finalidad de nuestra revista.

—Nuestro propósito, Ansell, es diseminar la verdad en una forma que interese al gusto popular.

—Sí, por supuesto, señor Munn. Pero la publicidad...

—La publicidad nos ayuda a financiar nuestros periódicos, señor Ansell. Sin ella, nos veríamos obligados a operar en una escala mucho más reducida, y no podríamos llevar nuestro mensaje a tanta

gente.

—Lo entiendo. Y estoy dispuesto a borrar todas esas tonterías acerca de las escuelas por correspondencia. Diré simplemente que ese curso en especial era una superchería, y que no podría compararse con las acreditadas instituciones educacionales que hacen su publicidad en nuestras incorruptibles publicaciones.

Inmediatamente advertí mi error. Cualquier clase de agudeza contrariaba a Munn. Era literal en un cien por ciento, y cualquier observación que implicara una irreverencia hacia Noble Barclay o las *Publicaciones "Verdad"* la consideraba una afrenta personal.

Me apresuré a disimularla.

—Mire señor Munn. En cuanto a la bebida, no tenemos ningún fundamento. ¿Cómo sostener en nuestras columnas editoriales que la bebida no existe, cuando tres de nuestras revistas anuncian vinos?

—Creo que no estuvo usted en la reunión en la que discutimos el punto.

—No me perdí el artículo que salió en *Verdad y Salud*, y que decía que el vino, tomado en cantidad moderada durante las comidas, es un alimento vitamínico y nos proporciona un antídoto contra el deseo vehemente de una bebida más fuerte. Y en el número siguiente de *Verdad*, entiendo...

—No sabía que conociera tanto el contenido de nuestras otras publicaciones.

—Un cambio tan drástico en nuestra política no puede pasar inadvertido. Mire, señor Munn...

—Mire, Ansell. Me asombra que usted, un escritor profesional, abuse en esa forma del idioma inglés. Me pide que mire, ¿qué debo mirar? ¿No será que quiere usted emplear el verbo oír?

Me estaba volviendo loco. No puede discutirse con Munn. Siempre era igual; se disparaba del camino principal para tomar las de Villadiego por alguna callejuela oscura.

—Oiga, si eso es lo que prefiere, sólo diré que había licor en la copa de la víctima. No diré qué clase de licor.

— ¿Considera usted que eso casa bien con nuestra política de estricta verdad en cada detalle?

—Eliminaré de la historia toda referencia a la bebida. De todos modos, nada tiene que ver con el asesinato. ¿Le parece bien?

Aplastó el cigarrillo, revolvió la colilla contra el hueco del cenicero hasta vaciar el papel. Arrolló el papel hasta formar una bolita, la arrojó al canasto, y vació las cenizas en un disimulado recipiente de estaño.

—Me desagrada el olor a tabaco rancio —dijo, y se enjugó las manos en un pañuelo de papel que había sacado del cajón de su escritorio. Luego arrojó el pañuelo al canasto.

—Hablábamos del manuscrito —le recordé—. El *Misterio Indescifrado*, el asesinato de Warren G. Wilson. ¿Recuerda?

—Hemos terminado de hablar sobre el asunto.

—Yo no.

En ese momento debí renunciar. Supe que Lola había estado en lo cierto. No era por el principio por lo que estaba luchando, era por la autoridad. Igual seguí luchando.

—Los compromisos no sirven, Ansell. ¿Necesito recordarle que está perdiendo el tiempo? La historia ha sido rechazada. Definitivamente.

Se hizo un largo silencio. Me había despedido, y esperaba gozar el espectáculo de mi retirada. Me mantuve derecho. ¿Quién era él, Edward Everett Munn, para echarme? Por un momento yo había dudado, había estado dispuesto a declarar un empate.

—Mire, Munn —dije, y cuando frunció el entrecejo no me molesté en sustituir el verbo—; le he ofrecido sacar de la historia todo lo que a usted no le parece conveniente. Aun sin el comentario que, según entiendo, le da calidad, estaremos brindando algo nuevo a nuestros lectores. Haré los cortes en seguida y le enviaré el manuscrito a la hora del almuerzo. Si usted lo conforma en seguida, puedo mandarlo a la imprenta esta tarde.

— ¿Y si rehuso?

—Lo enviaré de todos modos. En mi calidad de director, asumo la responsabilidad.

Se levantó. Sentado, parecía insignificante a causa de que su cabeza era pequeña y sus espaldas angostas; pero cuando se ponía de pie sobre sus piernas increíblemente largas, parecía un muchachón en zancos.

—Muy bien, sólo nos queda hacer una cosa. Lo discutiremos con el señor Barclay.

Levantó el micrófono de su teléfono interno.

—Es el señor Munn —dijo al aparato—. Muy importante.

Una voz de mujer chilló a través de la caja. Esperamos algunos segundos y la voz femenina chilló de nuevo.

—Ahora mismo nos verá —dijo Munn, sonriendo porque el patrón no lo había hecho esperar.

Ninguna dactilógrafa cesó su tamborileo mientras Munn y yo caminábamos por la Oficina General. No hubo ni un solo segundo de pausa en el ritmo de las máquinas. La disciplina nunca decaía cuando Munn estaba en la oficina.

Iba delante: el pastor conduciendo al cordero al matadero, el guardián llevando al reo hacia el patíbulo. Se detuvo ante la puerta de la oficina de Barclay, y se inclinó para susurrar algo. Su aliento olía a dentífrico mentolado.

— ¿Se le ha ocurrido en algún momento, Ansell, que su obstinación pudiera conducirlo al desastre?

Ciertamente, se me había ocurrido, pero el desastre en el que pensaba era la pérdida de un buen empleo, no el horror y la tragedia que sobrevinieron porque decidí colocar mi *Misterio Indescifrado* en el número de febrero.

En ese momento no pensaba que la historia de Wilson fuera nada extraordinario. El asesinato no era particularmente excitante. Lo que me interesaba era el escenario de la víctima, hasta donde se lo conocía. No tenía ninguna otra razón para escribir la historia, registrarla para el número de febrero y enviársela a Noble Barclay para la aprobación.

Tengo una copia del manuscrito en mi archivo, y puesto que es el eje de una historia mucho más extraña aún, aquí la incluyo tal como la escribí y la presenté, el 5 de noviembre, al Departamento de Lectura, al Director Supervisor y a Barclay.

Hela aquí:

*

No. 1028 - VyC
11/5/45
Reg: feb.
Autor: John Miles Ansell

El Misterio Indescifrado del Mes

LA MUERTE DEL HOMBRE QUE NUNCA NACIÓ

El cuerpo no fué visto en seguida. Yacía boca abajo, en el angosto pasaje entre el lecho y la pared, con el brazo derecho extendido. Aparentemente, el hombre había caído mientras buscaba el teléfono.

Eran las nueve de la mañana de un domingo, el 13 de mayo de 1945. El cuerpo había estado allí desde el viernes por la noche, pues fué el sábado a la mañana cuando la mucama de la pieza, la del baño y el botones advirtieron sobre la puerta el letrero "*No molestar*".

El lunes por la mañana el letrero continuaba allí. La mucama había avisado al ama de llaves. El ama de llaves había telefoneado al conserje. El conserje había informado al señor Frederick Semple, gerente del hotel. Acompañado por el conserje, el ama de llaves y la mucama, el señor Semple se acercó a la puerta del departamento 3002-4. Antes de usar la llave maestra, el señor Semple oprimió el timbre eléctrico, golpeó sobre la puerta y voceó el nombre del inquilino. No hubo respuesta, y el señor Semple penetró en el departamento seguido por su comitiva.

Las corridas cortinas impedían que entrase la luz del sol. Ardían bombitas en tres lámparas con pantalla de seda. Vibraba el motor de un fonógrafo eléctrico. Evidentemente, la máquina había estado consumiendo corriente desde que cayera en la caja el último disco. Las almohadas se amontonaban en un extremo del ancho canapé, y cerca se hallaba una mesa de café con cigarrillos, cenicero, coñac y una copa no del todo vacía.

Más allá de esta habitación, un corto pasillo conducía al dormitorio y al baño. La cama había sido plegada y sobre la mesa de luz había un par de anteojos de carey, un ejemplar de los cuentos cortos de Saki, y un pequeño reloj de oro, parado en las cinco y veinte.

En el extremo de la habitación, un escritorio había sido dado vuelta. Una máquina de escribir portátil yacía sobre su carro, con las patas hacia arriba, como un animal desamparado. Plumas, lápices, papel y carbónicos se hallaban diseminados sobre el escritorio y esparcidos por el suelo.

Y en el angosto pasaje entre la cama y la pared yacía el inquilino con una bala en la espalda.

Una hora después el señor Semple, temblando de excitación y pensando en el efecto que haría el escándalo en los conservadores banqueros con los que operaba el hotel, relató a la policía lo que sabía acerca del finado inquilino.

Su nombre era Warren G. Wilson, y nada había en su modo de vida que hiciera pensar en un final violento. Había ocupado su departamento durante cinco años y tres meses, y durante ese tiempo jamás sus actividades suscitaron cualesquiera de los problemas que afligen a los gerentes de hoteles de primer orden. La servidumbre recordaba su esplendidez, y consideraba su muerte como la pérdida de un amigo. Había pasado la mayor parte de su tiempo en su departamento, leyendo en la cama o descansando en el canapé, mientras escuchaba sus discos.

Según el informe del *coroner*, su acidia era atribuible a la enfermedad. La pálida carne se había estirado fláccidamente sobre los huesos de Wilson; y sus pulmones estaban adornados con tantas cicatrices, que parecía notable que hubiera podido vivir tanto como para ser muerto por una bala disparada mediante una automática del 22.

Había recibido pocas visitas. Los empleados del hotel recordaban al señor Thornhill, al señor Henning y al señor Bendas, caballeros maduros que compartían el *hobby* de Wilson: coleccionar primeras ediciones. Que su inclinación era literaria lo probaban no solamente esas amistades y su biblioteca, sino también la colección de materiales para escribir acumulados en sus anaqueles. Que las ambiciones de Wilson quedaron incumplidas lo demostraba la ausencia de manuscritos.

Un examen de sus estantes demostraba que había sido un hombre que admiraba el estilo, y podía suponerse que era un purista de aquellos que escriben tres líneas el lunes, agregan dos comas y un punto y coma el martes, el miércoles quitan una coma, pasan el jueves criticando lo que han escrito, arrojan todo al fuego el viernes, y pasan el sábado pensando haber hecho un arduo trabajo semanal.

Había una mujer. Había concurrido al hotel pocas veces, pero nunca dejaba su nombre en la portería porque regresaba con el

señor Wilson después de haber cenado éste fuera del hotel. Dos ascensoristas manifestaron que era bien parecida, pero no pudieron recordar si era rubia o morena.

La noche de su muerte, Wilson había cenado afuera, pero había vuelto solo. Mientras bebía coñac a sorbos, y escuchaba sus discos favoritos, un pianista negro estaba ejecutando *boogie-woogies* en un departamento, al otro lado del *hall*. Pues esa noche, los vecinos de Wilson, los únicos que compartían con él el piso décimotercero de la torre, daban una fiesta. Esa noche subieron hasta el piso décimotercero más de sesenta personas. No se les preguntó el nombre a los de afuera, pues el ama de llaves del 3006-8 le había comunicado al conserje que no debía anunciarse a los invitados.

Ninguna persona extraña se detuvo en la portería esa noche para preguntar el número del departamento de Wilson. Evidentemente, el asesino había sabido que su víctima ocupaba el departamento 3002-4. Para los ocupados ascensoristas, todos los pasajeros destinados al piso décimotercero eran invitados a la fiesta. Un chico, empleado nuevo, contratado sólo una semana antes y que no conocía a los pensionistas del hotel ni a sus visitantes habituales, le dijo a la policía que recordaba a una nerviosa dama que soltó su bolso en el momento de salir rápidamente al piso décimotercero. Él se había apresurado a tratar de recogerlo, pero la dama se precipitó, asió la cartera y la guardó bajo el brazo en forma extremadamente belicosa. Todo lo que el chico podía recordar respecto de esta dama era su chaqueta de tartán.

La dueña del departamento 3006-8 no pudo recordar a ninguna invitada que vistiera de tartán. Su fiesta había sido de etiqueta. Una chaqueta de tartán hubiera sido tan inapropiada como una galera de copa en un partido de baseball. Por lo tanto, la policía resolvió que la chaqueta de tartán podía ayudar a la identificación del visitante de Wilson. No era un rastro muy fácil. Las chaquetas de tartán estaban de moda en esa estación.

Para que la búsqueda resultara más dificultosa aún, estaba el informe de Jean Pierre Hyman, y la opinión contraria de Gustav, su *maître*. El señor Hyman es el propietario del restaurante francés que tantos *gourmets* atrae a su modesto pero costoso local de *East Twelfth Street*. Jean Pierre recordaba a la dama que algunas veces había cenado en su restaurante con el señor Wilson. Era joven y

agradable; y en su última visita, diez días antes de la lamentable muerte de Wilson, había usado una nueva chaqueta primaveral, de tartán rojo, azul y verde. Según Jean Pierre, se trataba de una espléndida rubia.

Aunque no le gustaba disentir con el patrón, Gustav, el *maître*, insistía en que la amiguita de Wilson era una diabólica y radiante morena de oscuros ojos conmovedores. Pero Gustav y Jean Pierre coincidían en un punto. No había habido más que una joven.

La policía se encontró buscando a una joven que era rubia y morena, y que usaba una de los cientos de miles de chaquetas de tartán que circulan en Nueva York. Era una penosa comisión, pero el capitán C. Allan Riordan, del *Detective Bureau*, juró que no descansaría hasta descubrir a la dama de tartán que la noche del once de mayo, pudiera —o no— haber llevado una automática 22 en su cartera.

Mientras tanto, el capitán Riordan y su personal buscaban otras informaciones. En alguna parte del fértil campo que significaba el pasado de Warren G. Wilson estaba el rastro de su extraña muerte. ¿Por qué había sido él, un hombre de espíritu apacible y hábitos tranquilos, la víctima de un crimen premeditado? ¿Qué rencor o agravio habían podido inspirar la muerte de un hombre a quien se sabía conocedor de vinos y ensaladas, un admirador de Prokofiev, Debussy, Mahler, Saki y William Blake?

Un hecho referente a Wilson despistaba a Riordan tanto como la identidad de la dama de tartán. Nadie conocía la fuente de los ingresos de Wilson. El segundo día de cada mes depositaba en su cuenta corriente dos mil dólares en efectivo. Era altamente irregular, pero sus banqueros no le había hecho preguntas. Desde la depresión del 29 había una serie de depositantes excéntricos que, temiendo una revolución, habían hecho efectivos sus bienes, que guardaban en cajas de seguridad.

Ningún banco de Nueva York tenía en sus bóvedas una caja registrada bajo el nombre de Warren G. Wilson. Y en esas sagradas celdillas donde permanecen guardados el oro, los títulos y el dinero en efectivo, ningún registro, ningún empleado, ningún guardián, recordaban a un cliente que respondiera a la descripción de Wilson y que abriera su caja el segundo día de cada mes. Ni el Departamento de Réditos Internos tenía archivos que aludieran a

Warren G. Wilson.

En su búsqueda de una pista los hombres de Riordan investigaron todas las facetas conocidas de la vida de Wilson. Fueron interrogados su peluquero, su sastre y sus amigos entre los coleccionistas de primeras ediciones. Nadie lo había conocido desde antiguo, y nadie conocía su origen. Alguien recordó sus alusiones a Arizona, Nuevo México, el desierto; y la policía descubrió, también, que había trabajado alguna vez en Chicago.

En una esquina del fondo de la biblioteca encontró Riordan la extraña pista. No tanto una pista de la muerte, como la prueba del extraño nacimiento de Warren G. Wilson. Ya que no había nacido en absoluto: había sido concebido hacía más de veinte años sobre un *Martini* de contrabando, en un *speakeasy* {1}de Chicago.

El rastro del nacimiento que Riordan encontró en el fondo de la biblioteca era una serie de folletos de páginas sueltas, con tapas de imitación cuero, que llevaban el título:

DINAMICA COMERCIAL

DINÁMICA COMERCIAL

Un exitoso curso sobre el arte de vender,
los Negocios y las Finanzas

por

WARREN G. WILSON

Era éste el título presuntuoso de un curso por correspondencia, en treinta lecciones, distribuido en sobres rotulados: *De la Oficina Privada de Warren G. Wilson*. Warren G. Wilson era el presidente de la Fundación Warren G. Wilson, Chicago, Illinois. El curso costaba setenta y cinco dólares, y los estudiantes pagaban cinco dólares por dos lecciones mensuales.

Las treinta lecciones cubrían una vasta serie de materias, que variaban desde un tema tan abstruso como la *Dinámica Comercial* hasta un conocimiento tan práctico como el de la *Apariencia Personal: Un Capital Comercial*. Al escribir esas lecciones, el señor Wilson se había revelado un hombre cuyo conocimiento de la naturaleza humana derivaba no sólo de la experiencia, sino de las obras de Locke, Mill, Henry George, William James, Pelman el del Pelmanismo, Emile Coué, Horatio Alger (h.), Sigmund Freud y el

autor de *Cartas de un auto-comerciante a su hijo.*

Más interés para la policía tenían aquellas páginas de evocaciones donde los consejos de Warren G. Wilson a los estudiantes se enriquecían con pepitas de sabidurías extraídas de sus conversaciones con los grandes magnates. Seguramente, entre los banqueros y financistas sobre los que había escrito con tanta intimidad, alguien habría que recordara a Warren G. Wilson y proveyera una pista respecto de su vida anterior. Pero todos los magnates de Wilson habían muerto mucho antes del año en que se publicó la obra.

¿Quién era Wilson? El nombre sonaba irritantemente familiar. Hasta el capitán Riordan, cuando por primera vez se abocó al caso, advirtió que parecía reconocerlo. En su esfuerzo para descubrir qué había sucedido a Wilson en el intervalo entre la publicación de la obra y el asesinato, Riordan envió hombres a un lugar que debió parecerles extraño a los detectives: la Biblioteca Pública. Allí, en revistas publicadas en 1920 y 1921, aparecían avisos del *Exitoso Curso*. En todos los avisos se presuponía tanto la fama de Warren G. Wilson, hombre de negocios y financista, que cualquiera que ignorara su nombre se habría avergonzado de su ignorancia.

De esos avisos en revistas de ciencia popular y de mecánica, de salud y de éxito, y periódicos mensuales dedicados a la autoeducación, volvió el rastro a Chicago.

Allá por 1920, Chicago no era solamente la capital del mundo en lo que respecta al contrabando de licores y al pistolerismo; era la chifladura de los negocios de ventas por correo, la Atenas de los cursos por correspondencia, el asiento de la educación impartida por sabios conocedores del arte de la alharaca y de la ciencia del cobro a plazos. Por cinco dólares al contado y cinco mensuales ofrecían toda clase de instrucción, desde la danza de *ballet* hasta la curación por el espíritu. No se las consideraba pandillas de estafadores; eran instituciones comerciales legítimas, y los correos de Estados Unidos eran el camino de sus ventas.

Todo aviso llevaba una garantía. Se aprendía lo que enseñaba el maestro, o se devolvía el dinero. Warren G. Wilson no garantizaba el éxito; prometía que si uno no había "aumentado su sueldo ni progresado en su trabajo dentro de los seis meses después de haber *completado* el curso" le sería devuelto hasta el último centavo. Era

una triquiñuela muy común en las escuelas por correspondencia. Pocos tontos pedían el reembolso; menos todavía eran los que completaban sus cursos. Las lecciones eran autorizadas por la Comisión de Comercio Interestadual y los Comités de Promoción de los Negocios, y se las podía distribuir por correo porque contenían ciertos detalles concretos. Junto a la enseñanza, en el rápido y fácil camino del éxito, el curso de Wilson incluía: arte de escribir, contabilidad por partida doble, dactilografía, taquigrafía elemental, tablas de seguros, regulación de tarifas, interés compuesto y equivalencias de cambios.

La investigación de su historia probaba que la Fundación Warren G. Wilson, que había garantizado el éxito de sus estudiantes, era ella misma un fracaso financiero. Los primeros avisos habían aparecido en 1920, y sus oficinas cerraron en 1922.

En los registros de los archivos de las revistas donde se había anunciado el curso de Wilson, el capitán Riordan descubrió el nombre de la agencia que los había colocado. Se trataba de una compañía compuesta de una sola persona, y su propietario, ahora vicepresidente de una respetable agencia de Nueva York, le contó a Riordan todo lo que sabía del negocio de Wilson, pero le pidió, en obsequio de su reputación, que su nombre no figurara en la historia.

Este hombre, el estimable pero anónimo agente de publicidad, recordaba la concepción y había asistido al nacimiento de Warren G. Wilson. El nombre había sido elegido deliberadamente. En 1920, muchos norteamericanos creían que Woodrow Wilson era uno de los grandes presidentes mártires, mientras otros pensaban que había llevado al país contra las rocas y que éste se salvaría gracias a Warren G. Harding. El autor de las lecciones, el propietario del negocio, y por eso llamado presidente de la Fundación, era un joven del Medio Oeste llamado Homer Peck.

Peck había sido agente de publicidad. Habíase destacado en ese terreno, en el que obtuvo grandes éxitos, y colegas más antiguos le habían profetizado un gran futuro. Pero Peck exigía algo más que profecías y promesas. Cuando sus patrones se negaron a aumentarle el sueldo abandonó el empleo y se instaló por su cuenta. Tomando *cocktails* servidos en tazas de té, Peck bosquejó la idea de sus cursos por correspondencia a su amigo, el agente de publicidad celoso de su reputación. Tampoco éste consideraba despreciable el negocio.

Ambos habían madurado el asunto de la enseñanza por correspondencia escribiendo avisos para escuelas de ingeniería de señales, agricultura científica, pintura de letreros y argumentos para el cine.

Poco sabía el agente de publicidad de marras acerca de la vida privada de Peck. Peck había vivido en un departamento barato, cerca del *North Side*, en el barrio de artistas bohemios que bordea la por eso llamada Costa de Oro de Chicago; habría escrito cuentos cortos que nadie publicaría, y había tenido una aventura con su estenógrafa, una delgada y radiante jovencita que escribía poesías. El agente de publicidad había admirado la inventiva de Peck, lo consideraba un genio creador, y suponía que iba a hacer una fortuna. Quedó sorprendido —dijo— cuando Peck decidió súbitamente abandonar la oficina de una sola pieza presuntuosamente llamada "Fundación Warren G. Wilson de Dinámica Comercial". Con poco trabajo y unos pocos miles de dólares adicionales —creía el agente de publicidad—, la Fundación Warren G. Wilson podría haber prosperado.

Pero Peck, como notaba el agente publicitario, era demasiado genial para preocuparse por hacer dinero. En todo caso, se complacía demasiado en sus ideas como para obtener un sólido éxito comercial. El día que cerró su oficina había almorzado con el agente publicitario. El fracaso no lo había deprimido. Su ánimo era optimista. Alzando la taza de su *Martini*, Peck propuso un brindis por su próxima empresa, la cual —prometía— haría que ese ex gigante de las finanzas, Warren G. Wilson, pareciera un gusano bajo las aceras de *Wall Street*.

La promesa nunca se cumplió. El agente publicitario no volvió a tomar nunca otro *cocktail* con Homer Peck y, salvo por la liquidación de las cuentas, no volvió a oír hablar de Warren G. Wilson hasta que leyó la noticia del asesinato.

Esto es todo lo que la policía de Nueva York había sabido acerca de Homer Peck. Una cuenta bancaria de Chicago cerrada en noviembre de 1922, avisos en viejas revistas, los recuerdos de un agente publicitario acerca del fracaso de un cliente, y nada más. La buhardilla en la que Peck tenía su oficina había sido demolida, y un rascacielos fué erigido en su lugar. Los *speakeasies* donde Peck y su amigo mantuvieron sus conversaciones también habían

desaparecido. Hasta la vocinglera y picaresca Chicago de su época, las guerras de taxis, las batallas de pistoleros, los sistemas para hacerse rico en poco tiempo, los cursos de ventas por correo, son recuerdos de una era que pasó a la historia como el prólogo de la Gran Depresión. Y sólo un cadáver, con una herida de bala en la espalda, revive recuerdos de la gran época del *jazz*.

¿De quién era el cuerpo? ¿Qué acontecimientos extraños y secretos conducían a la muerte del hombre que nunca había nacido? ¿Qué fué de Homer Peck, cuyo ágil pero no demasiado escrupuloso cerebro creó al fabuloso Warren G. Wilson? ¿Y dónde se acomoda, en este dechado de misterios, la juiciosa muchacha, que no es rubia ni morena, y que subió hasta el piso décimotercero la noche en que murió Wilson? Éstas son las preguntas cuyas respuestas busca la policía. Éstos son los únicos hechos conocidos acerca de un asesinato cometido en mayo último, y todavía indescifrado.

El caso no está cerrado. El capitán Riordan está dispuesto a resolver el misterio. En alguna parte, saliendo de las oscuras sombras del pasado, surgirá una verdad radiante que iluminará el misterio de la muerte de Wilson y revelará la identidad del hombre que ocultó su fracaso tras el nombre de un profesor de escuela por correspondencia que no existió nunca.

*

Ésta era la historia de Wilson, una en la larga serie de *Misterios Indescifrados*. Quizá fuera yo un tonto en luchar para que se publicara en el número de febrero. Quizá se me escaparan las sutilezas. No tenía idea, en ese entonces, de que se sospechaba que yo sabía más de lo que había escrito en mi original. Mientras seguía a E. E. Munn por el corredor en dirección a la oficina de Noble Barclay, pensaba sinceramente estar defendiendo mis derechos como director.

Tuvimos que aguardar un momento en la sala de espera antes que nos viera Barclay. Su secretaria, Grace Eccles, nos otorgó la sonrisa reservada a aquellos privilegiados que podían entrar en la oficina privada.

—Los recibirá en seguida —dijo ella—. El senador está en el teléfono.

Volvió a entrar precipitadamente en la celda de vidrio que protegía el aislamiento de Barclay. Se nos dejó con los desconocidos en la sala de espera. Había en el lugar una atmósfera, una sensación de grandeza feudal. Sobre las paredes de paneles de roble colgaban retratos de Noble Barclay y de su familia. Dispuestos sobre la gran mesa de roble, estaban los últimos números de las cinco revistas: *Verdad, Verdad y Salud, Verdad y Amor, Verdad y Crimen y Verdad y Belleza*. Sobre una mesa con tapete de terciopelo había un ejemplar único de *Mi Vida es Verdad*. Al lado del hermoso retrato, en la cubierta polvorienta, se advertía que ése era el ejemplar N. 6.182.454 de la inmortal obra de Noble Barclay. Los estantes contenían cada una de las setenta y seis ediciones en dieciséis idiomas, incluyendo el japonés.

Sin hacer caso de las inquietas miradas de los desconocidos, Munn permaneció frente al ventanal, con la cabeza inclinada, como si estuviera orando en secreto o regocijándose. Yo me preguntaba si se alegraba porque me había puesto en situación molesta, o si sólo estaba ensayándose para nuestra escena con el patrón.

Los desconocidos se inclinaron humildemente en el banco tallado en estilo italiano, en el oscuro extremo de la habitación. Eran cinco, míseros y conscientes de su papel; una mujer de mediana edad con un huidizo chiquillo llorón de diez o doce años; una pareja madura, sentada como si estuviera pagando el espacio en el incómodo banco; y un jorobado que ofrecía una abyecta mueca como un apaciguamiento por su fealdad. Eran verdaderos creyentes que hubieran permanecido sentados todo el día sobre los duros bancos para obtener una fugaz mirada de Noble Barclay.

—Ya está listo —arrulló la señorita Eccles.

Oprimió un botón, soltóse el picaporte de la puerta de Barclay, y los desconocidos abrieron tamaños ojos de envidia cuando fuimos admitidos en el sagrado lugar.

Barclay se hallaba cerca de la ventana, contemplando la calle lluviosa, de espaldas a la puerta. Caminamos hacia el centro de la larga oficina, pero una espesa alfombra apagaba nuestras pisadas. Aclaré mi garganta, Munn frunció el entrecejo y movió su cabeza, pero era demasiado tarde. Las meditaciones de Barclay habían sido

interrumpidas. Se volvió.

— ¿Cómo está, Ed?—díjole a Munn. Y a mí, mientras extendía su mano:

—Me alegro de verlo, muchacho. Siéntese. ¿Qué puedo hacer por usted?

Era corpulento y afable. Bajo una clin de alisado cabello blanco, sus rasgos eran curtidos y vigorosos. Sus *tweeds* abultaban, pero él estaba hecho para tejidos fuertes. La pesada lana no disimulaba el vigor de sus hombros.

—Es a propósito de la historia de Wilson, ¿no? —preguntó, mirándome directamente a la cara.

Munn había aparentado no saber por qué había irrumpido yo en su oficina. Barclay practicaba el acercamiento franco.

—Pensé que este tormentoso petrel golpearía sus alas contra mi ventana —dijo.

— ¿Conoce el asunto, señor Barclay?

—He leído la historia. Una trama extraordinaria, muchacho. Pregúntele a Ed qué le dije la otra noche acerca de usted. —Su mirada exigía una respuesta, y Munn desnudó sus dientes en una sonrisa hipócrita. — Quería hablar con usted personalmente, pero esta mañana llegué tarde a la oficina. Mi mujer y los mellizos volvían de la Costa y tuve que ir a la estación.

—No entiendo, señor Barclay. Si le gustaba la historia...

— ¿Gustarme? Esa historia era maravillosa. Un texto extraordinario. Fibra y humor. Y me gustó la forma en que usted mismo fué detrás de la cosa. No se contentó con volver a escribir el material impreso; debía descubrir cómo giraban las ruedas. Ése es el espíritu que apreciamos, muchacho.

—Vayamos a los hechos —dije—. Usted cree que es una buena historia, pero el señor Munn dice que no anda. Le envió a usted un memorándum. ¿Lo ha leído? ¿Está de acuerdo?

—Aguarde —rió Barclay—. Munn y yo discutimos esto la otra noche, antes que él dictara ese memorándum. Yo habría empleado un lenguaje más simple, pero Ed es incapaz de olvidar aquel curso que tomó de Inglés Comercial.

Era un alfilerazo socarrón. Barclay me guiñó el ojo. Munn rió mecánicamente.

—No entiendo, señor Barclay —dije.

—Política —terció Munn.

— ¿No hemos convenido hacer uno de los asesinatos más conocidos? Dot King, el caso Elwell; prácticamente históricos, como usted sabe —dijo Barclay.

—Nuestros lectores ya los conocen.

—Usted hizo esa observación en la última reunión; pero, si lo recuerda, fué descartada.

—Mi opinión era que utilizáramos historias viejas cuando no tuviéramos nada mejor. Y conseguí algo nuevo...

—Admiro su iniciativa —dijo Barclay.

Sonó la campanilla del mediodía. Me pregunté si Eleanor iría a salir, o si la lluvia la retendría en el edificio.

—Todo lo que quiero, señor Barclay, es una buena explicación de por qué ha rechazado la historia de Wilson —dije con gravedad.

Munn jugaba con su cigarrera. No fumaba en presencia de Barclay. Éste aclaró su garganta.

—Me agrada la forma en que trata una historia, John, pero no algunos puntos de esta historia en particular. El personaje, sobre todo, el hombre que fué asesinado. La gente sólo se interesa en una historia cuando los personajes son excitantes.

— ¿No cree usted que hay algo de excitante en el caso de un hombre que conseguía dos mil dólares mensuales sin mover un dedo?

—Si supiéramos el origen de los mismos, podríamos interesarnos —respondió Barclay—. Fondo y color, el bajo fondo, por ejemplo. Algo pintoresco.

—Costoso departamento de soltero al extremo de Greenwich Village —dije—. Misteriosa mujer cena con hombre en costoso restaurante francés. ¿Qué hay de insípido en ello?

—El hombre mismo. El personaje. El personaje es la base del interés de toda historia. Thompson era un estúpido. No hizo nada con su vida. A nadie le importaba que Thompson viviera o no.

—Wilson —dijo Munn.

—Mire, señor Barclay —argüí—, hemos realizado cinco versiones distintas del caso Rothstein. Rothstein era un tahúr. Sólo le interesaba el dinero. Era cruel, grosero, codicioso, y no sabíamos nada de su carácter. Elwell era también un tahúr, él...

—Hicieron algo con sus vidas, algo activo, aunque hayan sido

disolutos. Thompson era un ocioso. Gastó su dinero en una gran cantidad de viejos libros polvorientos. No tenía amigos, ninguna mujer lo amaba.

—Estaba la mujer de tartán.

Munn carraspeó.

—Es gracioso —dije—. Usted me dice que Wilson es un personaje sin interés, y sin embargo, cuando habla de él (aun cuando parezca olvidar su nombre) se enoja tanto como si fuera real y usted tuviera algo en su contra.

Barclay lanzó una carcajada.

— ¿Qué piensa de este muchacho, Ed? Obstinado como una mula. Es un espíritu que admiro. Tenacidad. Desde el instante en que lo vi, supe que era la clase de persona que necesitábamos para las *Publicaciones "Verdad"*.

—Entonces, ¿acepta la historia?

—No.

— ¡Toma! —dijo Munn. Su boca de clown se arqueó triunfalmente.

Yo estaba irritado. Barclay había estado adulándome, diciéndome que yo era un genio, un hombre de hierro. Esperaba que, de ese modo, yo me sintiera halagado y agitara mi cola y aceptara graciosamente la derrota. Yo no había sido hecho para eso. Con el puesto o sin él, debía saber la razón de mi derrota.

—Me parece, señor Barclay, que usted y el señor Munn tienen alguna otra razón para rechazar esta historia, algo que no quieren que yo sepa.

Munn dejó caer su cigarrera. Barclay habló ante la caja del teléfono de su escritorio.

—Dígale al senador que estaré dentro de algunos minutos. —Se levantó y se volvió hacia mí. Nuestros ojos se encontraron. Esperé. Dijo:

— ¿Cuánto hace que está trabajando para nosotros, Ansell?

—Cuatro meses y medio.

— ¿Cuatro meses? Y yo hace cerca de veinte años que estoy dirigiendo estas revistas. Munn me ha acompañado durante la mayor parte del tiempo. ¿Pretende usted decirme, después de tres meses, que conoce el negocio mejor que yo?

—Recuerde la guerra —dije—. Los que llevaron a sus países a la

guerra siempre contestaban las críticas diciendo que habían gobernado durante mucho tiempo y sabían más que aquellos que les advertían que iban al desastre.

Munn se deslizó hacia adelante en su silla. Se preparaba a hablar, pero Barclay le hizo señas de que guardara silencio. Levantándose, el patrón se acercó a mi silla y me miró a la cara con mirada cándida y resuelta.

—Ha sido usted muy sincero, joven, al preguntarme las razones que tenía al rechazar su historia. Pero permítame preguntarle: ¿Por qué está tan resuelto a que se publique?

Yo estaba sorprendido. La pregunta era demasiado simple para algo tan complicado.

—Es una buena historia. Es uno de los mejores *Misterios Indescifrados* que he tenido nunca. Usted mismo lo dijo, señor Barclay.

—Dije que era buena. No dije que era la mejor. Cuando un hombre quiere mucho alguna cosa, probablemente su deseo exagere, y hasta tergiverse y pervierta la verdad.

—Pero usted dijo que le gustaba.

—Cuando se halla usted en un sitio difícil y siente que el mundo está en su contra, John, ¿acaso se detiene usted a examinar las causas de su agravio? No me refiero a las causas superficiales, o a lo que usted cree ser la razón de la otra persona para contradecirlo. Lo que estoy pidiendo es que se busque a sí mismo y profundice para hallar los elementos de su descontento.

—He leído *Mi Vida es Verdad*, señor Barclay.

Barclay asintió. Comenzó a hablar de nuevo con naturalidad, como si estuviera repitiendo frases aprendidas de memoria.

—No siempre es asunto fácil descubrir la verdad. Debemos profundizar mucho para encontrar el fondo de la debilidad. ¿Cuál es el fondo de esa obstinación, joven? —Se detuvo, y me miró en forma vivaz y amistosa. Como yo no respondiera, siguió hablando: — No tenga temor de su debilidad. Todos los hombres son débiles, ninguno de nosotros es perfecto. Su orgullo no le impedirá aceptar la decisión de otro hombre. ¿Por qué no? ¿No es el orgullo obstinado una manta para cubrir una vergüenza encubierta? ¿Qué debilidad ha enterrado, para que tenga que ser tan orgulloso y obstinado cuando se trata de obedecer órdenes?

Sus ojos estaban fijos en mi rostro. Su sonrisa era amable; pero su modo, conminatorio. Me sentí sonrojar. Esto me irritó. Apreté los dientes y cerré los puños.

Barclay se volvió, como si deseara librarme de la incomodidad. Munn y yo lo vimos cruzar la oficina en dirección a la puerta de su lavatorio privado.

—Levántese, John. Venga. —Barclay había abierto la puerta del lavatorio.

Yo sabía lo que iba a venir. También Munn. Gesticuló al levantarse, estirándose en un intento de parecer indiferente. El interior de la puerta del lavatorio era un espejo. Barclay mantuvo abierta la puerta en un ángulo que nos reflejaba a los tres. Era un recurso barato, un efecto teatral pero exitoso. Los zancos que Munn usaba como piernas le daban una altura de seis pies enteros, y Barclay era dos o tres pulgadas más alto. Yo medía cinco pies con cinco, calzado.

Barclay habló con suavidad.

—Debe mirar la cosa de frente, muchacho. Lo que lo convierte en un gallito de pelea, que cree que puede vencer a los gallos gigantes, es ese sentirse afrentado por el hombrón y ese querer revelarse más fuerte.

Munn sonrió y canturreó suavemente.

La mano de Barclay cayó sobre mi hombro.

— ¿Resentido, eh? No es que le eche la culpa. Bastante fresco de parte del viejo Barclay plantear el asunto. ¿Qué diablos tiene que ver él con esto? —Advirtió mi mirada y sonrió tristemente.— Usted ve, soy capaz de decirle lo que está pensando. Y estoy en lo cierto respecto de usted. Todos los inconvenientes que ha tenido siempre con otras personas se deben a que ha resuelto no dejarse dominar. Les va a enseñar. Nos va a tirar al arroyo, a nosotros, los hombrones, para que tengamos que mirarlo desde abajo. En este momento, John, se siente como si me estuviera mandando al diablo, ¿no es cierto?

Era verdad y asentí con la cabeza.

—Dígalo en voz alta. Diga: “Váyase al diablo, Barclay. No es de su incumbencia que yo sea un medio-litro.” Usted no sabe, muchacho, cómo lo va a ayudar el decirme directamente, en voz alta, lo que siente. —Hablaba con amabilidad. Sus ojos se

humedecían con la seriedad. — No se avergüence de no estar contento de usted mismo. Todos los hombres aspiran a la perfección. Todos odiamos nuestras imperfecciones: las ocultamos como si fueran pecados. Ningún hombre puede huir de la verdad esencial sobre sí mismo; ningún hombre está exento de vergüenza y de resentimiento, hasta que contempla plenamente la verdad y comparte la verdad. —Levantó su cabeza y miró alrededor, pestañeando como si hubiera salido de la oscuridad hacia la luz del sol.

Munn vigilaba, sentía un cosquilleo agradable frente a mi desconcierto. El espejo del lavatorio reflejaba su sonrisa afectada. Barclay lo advirtió y cerró la puerta.

—Usted ha leído mi libro, John; luego, sabe quién soy. Ningún hombre desde Caín se ha odiado a sí mismo tan violentamente como Noble Barclay. Y míreme ahora. —Sonrió como si solamente él y yo conociéramos la historia que había sido impresa en 6.182.454 ejemplares y dieciséis idiomas. Luego, al no darle la esperada respuesta, preguntó en un tono cautivante: —Ha leído usted la *Introducción*, ¿no es cierto?

—La *Introducción* —dijo Munn con tono pontifical— es el documento más importante que se haya escrito acerca de la desesperación humana.

—Le estamos estorbando su almuerzo, ¿no es cierto, Ed? —Barclay humedeció sus labios.

La mueca de Munn se desvaneció. En una forma sutil que él no podía comprender, el perro había disgustado a su dueño. Movió su cabeza, murmuró algo respecto a gustarle almorzar puntualmente, y salió arrastrando la cola.

Me pregunté si debía salir yo también, pero Barclay no había terminado conmigo. Se sentó sobro el enorme sillón de cuero rojo, y me dió a entender que deseaba que me sentara a su lado.

— ¿Enfadado?

—No —dije.

— ¿Por qué miente? —Volvió su cabeza y se rió. — Si usted no estuviera resentido no sería un ser humano. —Inclinado hacia adelante, con su gran mano de cuadrados dedos sobre mi rodilla, murmuró: — Yo tenía razón, sin embargo. Confiéselo. Odia ser un “medio-litro”, ¿no es cierto?

La lluvia golpeaba contra las ventanas. La pieza se había oscurecido. Barclay encendió la luz. Sus movimientos eran poderosos y precisos. Dejó caer de nuevo su mano sobre mi rodilla y sus ojos oscuros e inquietos buscaron mi rostro. La luz de la lámpara me hacía sentirme desnudo.

—Vaya, dígalo. Dígame que tenía razón. Siempre ha querido golpear a los grandotes, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—Se sentirá muchísimo mejor cuando lo diga en voz alta. Nunca más estará resentido conmigo. Sabrá que yo sé lo que hay en el fondo de John Ansell, así como yo sé que Ansell sabe lo que hay en el fondo de Noble Barclay.

Aunque había leído ese ensayo definitivo sobre la desesperación humana y sabía los hechos más notables acerca de su regeneración, no estaba yo tan seguro de saber lo que había en el fondo de Noble Barclay. ¿Profeta sincero o charlatán inteligente? Veinte semanas después de estar trabajando para él no tenía acerca de ello más seguridad que en mi primera entrevista.

Para impedir que siguiera hurgando en ninguna otra de mis inhibiciones, dije rápidamente:

—Muy bien, tiene usted razón.

— ¡Muy bien, John! —me tendió la mano. Su rostro era sincero, reservado y alegre. Había ganado el *round*, pero su placer por el triunfo era tan candoroso que no sólo desaparecía mi resentimiento, sino que me alegraba haber conocido mi ignominia.

Tenía demasiado tacto para insistir. Nuestra entrevista había terminado.

—Lamento no poder almorzar con usted, pero el senador está esperando. Otra vez será, espero. —Se puso su abrigo de pelo de camello, extrajo de su bolsillo un par de guantes de piel de cerdo, y alisó su cabello blanco. Mientras salíamos, sostuvo amablemente la puerta para que yo saliera.

Nos separamos en la sala de espera. Frente a la puerta de su ascensor privado, Barclay me hizo un saludo burlón y una amistosa mueca. Me sentí espléndido. Mientras caminaba por la desierta oficina general, una estenógrafa solitaria, que comía el almuerzo que iba sacando de una bolsa de papel, me miró y me dirigió una sonrisa. Mi propia estimación iba en aumento. Yo era un “medio-

litro” y no temía decirlo en voz alta. Yo era un buen tipo; la gente gustaba de mí. Noble Barclay lamentaba no haber podido almorzar conmigo. Mi mano sentía aún el apretón de su fuerte puño.

Al dirigirme a almorzar, me precipité silbando por la galería que conduce desde el vestíbulo del Edificio Barclay hasta el *Ye olde English Grille*. La galería estaba húmeda y fría como si el viento y la lluvia hubieran penetrado sus paredes de piedra. Oí voces de mujer, percibí siluetas oscuras.

Una figura corpulenta me cerró el paso. Hasta que habló, no reconocí a mi buena amiga, la señorita Kaufman. Les dijo a sus acompañantes que siguieran mientras ella se detenía a preguntar por la historia de Wilson.

—Queda afuera —le dije.

— ¿Por qué?

—El señor Barclay no quiere que salga.

— ¿No le agrada?

—Le parece magnífica, una de las más extraordinarias historias que jamás se hayan escrito para *Verdad y Crimen*.

—Y entonces, ¿por qué no quiere publicarla?

No pude responder. Después de todo lo que había sucedido, permanecía siendo todavía un misterio indescifrado.

Las preguntas de la señorita Kaufman me habían perturbado. Me sentía insuficiente, ya no era más la clase de hombre cuya sonrisa ilumina las vidas de las solitarias estenógrafas. El ímpetu se había desvanecido y la aprobación de Barclay no era sino un símbolo de mi derrota.

Al entrar en el *Grille*, los empleados de Barclay cesaron de comer para contemplar al hombre que había desafiado al patrón. Lola Manfred me hizo una seña desde la mesa redonda donde comían los directores. No me precipité hacia el sitio que ella me había reservado. A través del humo y el vapor del restaurante advertí que Eleanor no se hallaba en su lugar habitual.

Una camarera lo advirtió, y con un movimiento de su dedo pulgar orientó mi mirada. Aunque el *Grille* se hallaba situado en un edificio de estructura de acero, había sido decorado como una taberna inglesa del siglo diecisiete. Pesadas vigas y columnas de yeso dividían el salón en una serie de cuevas sombrías. Las luces se ocultaban en lámparas que simulaban linternas pintadas de color

ámbar oscuro.

Eleanor me hizo una seña. Se hallaba sentada sola en una mesita. Vestía un traje negro. El vestido era severo y bien cortado, pero no había nada de severo en Eleanor. Usaba una blusa blanca con cuello de encaje, y un babero o escote de encaje cayéndole como una cascada sobre la parte delantera. Mientras me acercaba, resolví decirle ese día que la consideraba la mujer más hermosa de la tierra.

—Hola —murmuré, parado torpemente al lado de la mesa. Frente a ella, una silla inclinada indicaba que se habla reservado un lugar.

— ¿Quiere sentarse aquí? —dijo Eleanor.

—Gracias. —Traté de parecer indiferente, como si almorzara con ella todos los días.

— ¿Lo han despedido?

— ¡Oh! Eso es. Soy el hombre del día. Todo el mundo está hablando de mí.

Sonrió.

—No disimuló usted mucho lo que sentía respecto al memorándum de Munn. ¿Qué sucedió?

—Escribí una historia y pensé que era buena. Su padre no quiere publicarla.

— ¿Por qué no?

La camarera me tendió una lista de comidas. Simulé no saber lo que quería. La pregunta de Eleanor me incomodaba. Estaba loco por ella desde aquel mediodía de agosto en que me había sonreído por primera vez, a través de la mesa donde almorzaban los directores y los privilegiados ayudantes de director. Evidentemente, Eleanor gustaba también de mí, pues había ido a almorzar conmigo la semana siguiente. La había llevado a un costoso y tranquilo restaurante, y todo había marchado maravillosamente hasta que le hice preguntas acerca de su padre, su vida con el “Distribuidor de la Verdad”, y qué sentía al ser la "Muchacha-Verdad”. Había sido un terrible error. Era sensible respecto al tema. Desde entonces, me vi obligado a buscar excusas para visitar a Lola Manfred en la oficina de *Verdad y Amor*, esperando que la ayudante de Lola estuviera allí. Algunas veces, por la noche, esperaba en el corredor hasta que saliera Eleanor, viajábamos juntos en el ascensor, y pretextaba tener

que almorzar en *Greenwich Village*, para poder sentarme junto a ella en el ómnibus.

— ¿Por qué papá no se la deja publicar?—insistió Eleanor—. ¿Qué clase de historia es?

En el *Grille* había música de charanga. Una banda de bronces tocaba el vals *Fledermaus*. La vajilla resonaba sobre bandejas de estaño y a nuestro alrededor la gente nos miraba. Éramos la pareja más interesante del lugar, la hija de Barclay y el tipo que había desafiado a su padre y al paniaguado Número Uno de su padre. Ese día no hice alusión a la historia de Warren G. Wilson a Eleanor, porque quería hablar de algo más placentero que mi refriega con el viejo.

—Debe de ser jueves. ¿Qué sucede con el jueves, que siempre les hace ejecutar valses vieneses? —dije.

—Bueno, no haga caso. Pero ¿no lo despidieron?

— ¿Le importaría si me hubieran despedido?

Eleanor miró a Lola Manfred por encima de mi hombro. Cambiaron una especie de señal.

— ¿Qué significa eso? —quise saber.

—Gané un dólar gracias a usted. Aposté a que no lo iban a despedir. Lola estaba segura de que Ed Munn le clavaría su cuchillo en la espalda.

—Me alegro de no haber apostado sobre mí. Hubiera estado con Lola. Por un momento, me vi en el *Times* dominical: Joven, experiencia editorial, trabajaría...

— ¿Estaba asustado?

—Asustado no es la palabra. Realista.

—Me agrada que no lo hayan echado, pero más todavía que se haya arriesgado. La mayoría de los que andan por aquí —su mirada despreciativa incluía a todos ellos: Henry Roe de la Revista *Verdad*, Tony Shaw de *Verdad y Belleza*, Lola Manfred, los directores asociados, subdirectores, lectores, y Edward Everett Munn que estaba comiendo una saludable ensalada al lado de un aparador—, la mayoría de ellos sólo piensan en sus puestos. Se inclinan mucho ante papá, y a veces se ríen de él. Pero cuando suben tienen miedo de expresar sus opiniones. Son “hombres que dicen que sí”, usted no sería nunca un “hombre que dice que sí” aunque viviera cien años.

Me complacía haber desafiado a Munn y haberme levantado

contra Barclay. Eleanor me admiraba. Devoré su alabanza como un bife a la minuta de dos dólares y pedí más.

—Los “hombres que asienten” no mueren en albañales. Estoy buscando un bonito albañal asoleado, con agua corriente.

—Preferiría que muriera en un albañal antes que fuera como los demás.

Lo decía en tono desafiante, como si estuviera revelando a su padre y a todos los “hombres que dicen que sí” lo que sentía respecto de los albañales. Me la imaginaba enfrentándose a Munn y a los paniaguados oficiales, defendiendo y ponderando al rebelde solitario John Miles Ansell. Quería agradecerle diciendo algo galante y maravilloso.

—Está superhermosa hoy. Más hermosa que ayer, o que la semana pasada, o que la primera vez que la vi.

—No bromee. No soy ni siquiera bien parecida.

La cara de Eleanor era una contradicción, delicadamente modelada con una fina y desmayada nariz, mejillas casi cóncavas y una mandíbula ancha y firme. La mandíbula la libraba de la fragilidad. Me gustaba el contraste entre la delicada nariz y la barbilla de acusadas líneas. Sus ojos eran profundos y melancólicamente sombreados. A primera vista parecían oscuros, pero era siempre agradable descubrir y redescubrir su gris transparencia. Los ojos sombreados le conferían una mirada sombría que la hacía parecer morena, pero su piel era de color marfil pálido, y todos los rizos que aureolaban su frente lo bastante rubios para demostrar que había nacido rubia.

—Eres deslumbrante.

— ¿Porque aposté en su favor?

—Eleanor —comencé—, Eleanor...

—¿Sí?

—Eleanor, debemos celebrarlo esta noche, tú y yo.

— ¿Celebrar qué?

—Los albañales. O no haber sido despedido. Lo que quieras, con tal de celebrar algo.

Rió de nuevo. A Eleanor le complacía que la hubiera invitado a cenar. Yo había estado buscando excusas continuamente para visitar la oficina de *Verdad y Amor*, y esperando en los corredores. Eleanor había aguardado a que yo le diera una cita. Y yo había

pensado que el entusiasmo y la gracia eran sólo un encanto natural, y que hubiera saludado con el mismo entusiasmo a cualquier otro hombre, Henry Roe o Tony Shaw, y hasta a Edward Everett Munn.

—Entonces, ¿esta noche, Eleanor?

—Esta noche.

Pedimos *ice cream* y bebimos dos tazas de café, a fin de tener una excusa para permanecer en la mesa. Nos sentamos rodeados por los *Cuentos del Bosque de Viena, Rosas del Sur y Sangre Vienesa.* Cuando salimos, el restaurante estaba casi vacío. Retiré la silla de Eleanor y sostuve su abrigo. Cuando mi mano rozó su brazo, se estremeció ligeramente, y se apartó.

Los acordes de *Sangre Vienesa* nos siguieron por la galería.

— ¿Me concede este *waltz*, madame?

—Estás loco.

Alargué mis brazos y valsamos a través de la galería. Siempre me había parecido demasiado alta para mí, pero cuando bailamos juntos advertí que el hombro de su chaqueta de tartán no llegaba al mío. Este hecho me encantó. Las muchachas altas me hacían lamentar mi estatura.

Eleanor me dió su dirección y me pidió que la llamara a las siete. Volví a la oficina y telefoneé a *Jean Pierre's*. Le dije a Gustav que me reservara la mejor mesa y me eligiera el mejor pato. Le dije que comenzaríamos con *cocktails de champagne.* Yo era dueño del mundo.

Sonó el teléfono. Era el Departamento de Producción.

—Quieren saber cuándo llegará el *Misterio Indescifrado* —dijo la señorita Kaufman.

— ¿Así que han descubierto mi derrota pírrica?

—Toda la oficina averigua siempre la tarea de uno antes que uno mismo. Una vez, cuando trabajaba en *Verdad en Películas*, el señor Barclay resolvió matar la revista. El señor Munn debía avisar al director, pero se olvidó, y se imprimió un número entero antes que nadie nos hiciera saber que no existíamos.

— ¿Lo despidieron?

—Al señor Munn nunca lo despiden. El Departamento de Producción está todavía en el teléfono, señor Ansell. ¿Qué le decimos?

Le prometí a Producción el nuevo texto para aquella noche. Debí

haber comenzado a trabajar en seguida, pero me sentía dichoso y estuve haraganeando, con las manos en los bolsillos, mientras silbaba *Sangre Vienesa*.

—Algo le pasa, señor Ansell.

— ¿Qué le hace pensar así, señorita Kaufman?

—Debería estar furioso. Trabajar como lo hizo en esa historia de Wilson, comprobar personalmente todos los detalles y escribirla con tanta eficacia, para que luego pretendan que la substituya por alguna antigualla de desecho que puede conseguir en seguida, en un par de horas.

—Así es la vida. Déme el archivo del caso Dot King, por favor.

El Misterio Indescifrado era una característica publicitaria de *Verdad y Crimen* y debía incluirse en todos los números. Ya no había tiempo de encargárselo a un redactor, y decidí redactarlo yo mismo. Afortunadamente, habíamos utilizado otras versiones del caso y teníamos a mano los hechos. Y quedaban fotografías de una historia en *Verdad y Amor*, de junio de 1937. Usamos un material descartado y enviamos las fotos al Departamento de Producción con barras *Urgente* sobre las mismas. Necesitábamos también una aprobación *Urgente* en cuanto a la historia. Como había salido con la suya respecto de la historia de Wilson, Munn permitió gentilmente que el nuevo manuscrito pasara por su oficina omitiendo su parecer. Necesitábamos una aprobación similar de parte del señor Barclay a fin de poder enviar la copia a la imprenta tan pronto como se la terminara de escribir a máquina.

—Es mejor que usted mismo consiga la aprobación del señor Barclay. Ya la conoce a Grace Eccles. Si le pido un favor, probablemente se atollará hasta que se vaya Barclay y consiga que me culpen por incapacidad. Pero si se lo pide usted la tendremos en cinco minutos.

— ¿Qué le hace suponer eso?

La señorita Kaufman levantó una ceja velluda.

—Usted es un joven atractivo.

—Bien —dije—. Ejercitaré mis encantos.

La secretaria del señor Barclay me sonrió por encima de su máquina. Era una mujer enjuta, con una piel áspera que trataba de ocultar mediante capas de cosméticos. La estructura de los rizos, sobre su cabeza, parecía caoba esculpida. Se balanceó en su silla

giratoria, se asió las blancas y largas manos y pareció esperar algo. Me incliné sobre el escritorio mientras le decía que necesitaba ayuda para superar un obstáculo insuperable, y agregué plañideramente que era un llamado a su reconocida generosidad.

Las blancas manos revolotearon.

—Todo lo que pueda hacer por usted, señor Ansell, me producirá el más profundo placer.

— ¿Se animaría usted a aproximarse al señor Barclay y pedirle un favor para mí? —Le otorgué mi mirada más conmovedora. —Necesito una aprobación inmediata respecto del *Misterio Indescifrado*. Estamos utilizando la historia de Dot King...

—Estoy enterada de todo, señor Ansell —dijo rápidamente, para que viera que no se le escapaba ningún detalle de la oficina.

Le tendí el formulario de aprobación.

—Dígale al señor Barclay que prometo escribir la historia exactamente como las otras que hemos publicado. Y garantizo positivamente, señorita Eccles, no usar ninguna palabra sucia.

— ¡Oh, señor Ansell, qué sentido del humor! Debe enseñarme a reír. —La señorita Eccles trinó su placer como un canario intoxicado. Suspirando, se dispuso a trabajar de nuevo. — Se lo llevaré yo misma, apenas termine de hablar por teléfono. Está hablando por teléfono, ahora. Washington, como usted sabe.

Mientras esperaba, vagué por la sala de espera, mirando fotografías de Barclay y de su familia. Una de las viejas fotografías lo mostraba, espléndido en sus pantalones de baño, ostentando sus músculos frente a una adorable jovencita. Ella era delgaducha y de huesos delicados, con las largas piernas y los tiernos brazos de la temprana adolescencia.

—Alguien disfrutó ciertamente de su comida —arrulló la señorita Eccles.

Seguí de cara a la pared.

—Lo felicito por su gusto, señor Ansell. ¡Qué adorable ser humano! Tan sano, tan saludable, tan democrático. Y sin miedo a la vida, ¿no? Su influencia, ¿no cree usted? El árbol se inclina hacia donde la ramita se tuerce.

—Mire, señorita Eccles —dije, volviendo las espaldas a la fotografía y precipitándome hacia su escritorio—. Usted puede ayudarme muchísimo si lo desea.

—Todo lo que quiera, señor Ansell. Puede haber obstáculos y desventajas en el cambio de nuestros deseos, pero ¿qué vale la ganancia sin la lucha? Permítame ofrecerle mi mano en los lugares difíciles.

Extendió su mano, y la dejó inclinarse graciosamente a la altura de la muñeca. Necesité algunos segundos para recobrarme. A la expectativa, la señorita Eccles ejecutó con sus manos algunos otros ejercicios Delsarte {2}

—Señorita Eccles —comencé despaciosamente—, ¿puede usted decirme por qué rechazó el señor Barclay la historia de Warren G. Wilson?

Las manos de la señorita Eccles cayeron como piedras. Su pecho era tan chato como una tabla de lavar, y en movimiento parecía más flojo aún.

—La historia de Warren G. Wilson —repetí.

La tabla de lavar siguió subiendo y bajando.

—No sé de qué está hablando, señor Ansell.

—Vamos, vamos. Nada en esta oficina se sustrae a su atenta observación. La historia de Wilson, el *Misterio Indescifrable del Mes*, la historia que el patrón rechazó...

Sonó un timbre sordo. La señorita Eccles alzó el formulario de aprobación y se dirigió a la oficina del señor Barclay.

—Ya dejó de telefonear. Lo veré para esa aprobación suya. No necesita esperar, señor Ansell. Se la mandaré con un muchacho.

Volví a mi oficina. Los archivos de Dot King esperaban sobre mi escritorio. Tenía muchísimo trabajo para terminar ese día. Cuatro mil palabras antes había cenado con Eleanor. Decidí irme a las seis para poder cambiarme y afeitarme antes de llamarla. Si la historia no estaba lista, volvería tarde esa noche, después de haber acompañado a Eleanor a su casa.

El cadete pelirrojo me trajo el formulario de aprobación firmado por Noble Barclay. Traté de concentrarme en Dot King, pero era una historia cansadora, extensamente indescifrada, y ¿a quién le interesaba?

—Señorita Kaufman, ¿qué piensa usted del crimen de Warren G. Wilson?

—Es un *Misterio Indescifrado*. *Los Misterios Indescifrados permanecen indescifrados*. Nunca se descubre a los asesinos.

— ¿Estoy loco, o puede haber alguna razón personal para que el señor Barclay no quiera que la historia se imprima?

Las mejillas de la señorita Kaufman se volvieron más frutales aún.

—He visto a cinco directores salir con ataques de nervios. Siempre son los susceptibles.

Salió de la oficina llevando una toalla y la jabonera.

Volvió a los dos minutos.

—Algo está pasando aquí. Hace veinte minutos que la Sala de "Señoras" está cerrada con llave.

—Debe de resultar incómodo a las damas —observé, y comencé a escribir ruidosamente para mostrar que me había puesto a trabajar de nuevo.

Escribí dos frases. La lluvia golpeaba contra las ventanas. Hacía dos días que llovía y todas las cosas se hallaban empapadas. El viento chillaba a través del respiradero. Arranqué de mi máquina de escribir el papel, lo arrugué y lo arrojé al canasto. Eran entonces las cuatro y veinte, y hacía más de dos horas que había visto a Eleanor.

—Creo que tomaré una taza de té —dije con aire culpable. No había razón para excusarme ante mi secretaria, pero me hallaba avergonzado, porque debería haber permanecido en mi escritorio hasta trabajar un poco en la historia de Dot King.

Mientras cruzaba la oficina general advertí el silencio. Las dactilógrafas no tamborileaban. Las estenógrafas habían abandonado sus escritorios para apelotonarse en el estrecho corredor que conduce a la Sala de Señoras. Crucé hacia la oficina de *Verdad y Amor*.

La puerta estaba abierta. Allí estaba Lola Manfred, fumando y leyendo un manuscrito, con sus pies sobre el escritorio. Me miró a través de un tufo de humo y me preguntó:

— ¿Desearías que tu esposa te confesara sus experiencias premaritales?

—No tengo esposa, y no ha tenido experiencias premaritales.

—No puedes decirlo —dijo Lola—. En *Verdad y Amor* el hombre siempre cree que la muchacha es pura y luego resulta que es neurótica o enferma y debe desenterrar la verdad, confesarse ante él en una habitación oscura, o de lo contrario no hay probabilidades de que se casen. Los secretos son llagas ulcerosas, Johnnie. Has

trabajado en las *Publicaciones "Verdad"* lo bastante para...

— ¿Dónde está Eleanor?

Lola echó una mirada por la oficina como si le hubiera solicitado un *clip* para juntar papeles.

—No lo sé. Hace mucho que salió. Estás enamorado de ella. Espero...

Huí. El gentío frente a la Sala de Señoras había aumentado con la llegada de cadetes, agentes de publicidad, y tenedores de libros, pertenecientes a las oficinas del piso de abajo. El superintendente del edificio se cruzó conmigo. Llevaba un anillo gigantesco del que colgaba una sola llavecita. Pensé en el anillo de llaves que el señor Semple, el gerente del hotel, había llevado el día que fué descubierto el cadáver de Warren G. Wilson.

El superintendente se abrió paso en el tropel y metió su llave en la cerradura de la puerta de la Sala de Señoras. Alguien gritó "¡Oh!", al salir Grace Eccles. Ella se detuvo en la puerta, sobrecogida por las miradas y las exclamaciones de curiosidad. Luego levantó su cabeza y se fué pomposamente, como una reina de tragedia, mientras humildes estenógrafas y ayudantes de tenedores de libros le abrían camino.

Pocos segundos después apareció Eleanor en la puerta. Su cara era como de mármol y su boca pintada parecía negra. Le hablé, pero pasó sin reconocerme. Había crecido y era más morena. Traté de tomarle el brazo, pero dobló por entre la gente y desapareció.

Las muchachas murmuraban y charlaban. Algunas penetraron en la Sala de Señoras. Otras volvieron a sus escritorios. Las dactilógrafas comenzaron su tamborileo. La puerta de *Verdad y Amor* fué cerrada firmemente.

Volví a mi escritorio. La tormenta había aclarado, pero las gotas de lluvia todavía jugueteaban en la ventana. Puse una página nueva en mi máquina de escribir, pero no pude trabajar. Estaba pensando en el asesinato. Durante el lapso entre el colegio y el Ejército me había ganado la vida escribiendo novelas policiales, pero el asesinato había sido siempre un horror remoto, no más terrible que las historias de fantasmas contadas en una habitación iluminada. La historia de Warren G. Wilson estaba más cerca. Él no había sido un criminal cuya forma de vida apelara a la violencia, sino un hombre de mi especie, versado en libros, amante de la música y del buen

comer. Tan imposible me resultaba imaginar un enemigo que planeara su muerte como creer que alguien quisiera asesinarme a mí.

Al fin comencé a trabajar. A las cinco y cuarto, mientras los otros empleados de Barclay se estaban lavando las manos y cubriendo sus máquinas de escribir, yo había escrito exactamente una página. La señorita Kaufman me ofreció quedarse y trabajar conmigo.

—No se preocupe —dije—. No me quedo. Tengo una cita para cenar y volveré más tarde. Déjele dicho al sereno que deseo regresar.

Un cadete dejó caer un sobre en mi bandeja. Era un sobre de oficina, color manila, con un memorándum azul en su interior. Decía así:

MEMORÁNDUM
De la oficina de:
A:
Fecha:
Queridísimo J. A.
Perdóname, por favor, pero esta noche es imposible. Dame un tirón de riendas, por favor, y no te enojes. Sé que comprenderás.

E. B.

P. S. No preguntes por qué. Nunca lo hagas.

Quedé aturdido. ¿Por qué debería comprender? ¿Qué creería Eleanor? Soy poco espiritual. Era nuestra primera cita y había quedado de a pie. ¿Por qué? Ella parecía entusiasmada, como si nuestra primera cita fuera importante también para ella. Ahora yo debía entender una nota absurda e incoherente. Es mi modalidad no razonar, es mi modalidad no contestar. ¡Diablos!, yo no era de los seiscientos valientes.

“Voy a averiguarlo. Ninguna mujer puede hacerme eso a mí. ¡Entiende, demonio! ¿Qué es lo que ella cree?” En este estado de ánimo me precipité en la oficina de *Verdad y Amor*. Estaba vacía. Ni el abrigo de tartán de Eleanor, ni la desaliñada capa de pieles de Lola Manfred colgaban en el perchero. Ambos escritorios estaban

limpios, ambas máquinas de escribir cubiertas.

La señorita Eccles se hallaba en el teléfono cuando irrumpí en su oficina. Mantuvo una mano sobre el micrófono, mientras decía:

—Es una llamada importante. Larga distancia. ¿Puede esperar afuera, señor Ansell?

Aguardé, paseando por el pasillo. La gente estaba abandonando la oficina. Sus abrigos e impermeables estaban húmedos por la lluvia de la mañana. Todo olía a mustio. Tony Shaw se detuvo para decirme que corría a encontrarse con una actriz y a tomar *cocktails* en el Plaza.

La luz de la oficina de la señorita Eccles estaba apagada. Dejé a Tony y entré corriendo, encendí la luz y atrapé a la señorita Eccles con su abrigo y su sombrero en las manos.

— ¿Tratando de huir de mí, señorita Eccles?

—Por supuesto que no. Olvidé completamente que usted quería verme. A la noche suelo usar esto. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta del ascensor privado. — Los otros van demasiado repletos, como usted sabe.

— ¿Qué le dijo a Eleanor en la Sala de Señoras?

Sus ojos pálidos parpadearon y el pecho de tabla de lavar comenzó a subir y a bajar.

— ¿Qué le dijo a Eleanor, señorita Eccles?

La puerta de Barclay se abrió. Tenía puesto su abrigo de pelo de camello, los guantes de piel de cerdo, y en su brazo derecho llevaba un lujoso portafolios.

—Me voy ahora, señorita Eccles. ¿Cómo está saliendo, Ansell? Tiene mi conforme, ¿no es cierto?

Los ojos de la señorita Eccles lo siguieron esperanzados mientras cruzaba la oficina. Pero ese día él no tenía más tareas para ella y no pensó en preguntarle si quería viajar con él en el ascensor privado. Mientras las puertas automáticas se abrían, gritó: “Buenas noches”, y las puertas se cerraron.

La señorita Eccles parloteaba, jadeante.

—Un gran hombre, un admirable ser humano, absolutamente consagrado a su trabajo. Es un privilegio trabajar con él, intimar tanto con una de las grandes figuras de nuestros días, un hombre cuyo nombre vivirá en la historia y cuya filosofía...

—Mire, señorita Eccles, no me interesa su grandeza. Quiero

saber qué le dijo a Eleanor en la Sala de Señoras y por qué ocurrió eso después que le pregunté por la historia de Wilson.

Me miró como un ganso herido. Yo era insensible. Tomándola rudamente por los huesudos hombros la sacudí hasta que sus dientes rechinaron. Su rostro era doloroso, y recordé la cara de Lillian Gish en una antigua película, *Pimpollos Rotos.*

—Dígamelo.

—No es un secreto de mi pertenencia.

Su cuerpo permaneció rígido, pero su cabeza hizo torcer el delgado tallo de su cuello. Miró hacia la pared, interrumpida por la puerta de cobre y cromo del ascensor privado de Noble Barclay. Ésta se abrió.

—Creo que voy a dejar esto —dijo Barclay, agitando la mano que sostenía el portafolios—. No puedo trabajar esta noche. Mi mujer acaba de llegar a casa desde California, como usted sabe. —Para ser más enfático, dejó el portafolios sobre el escritorio de su secretaria. — ¿Se va a su casa, Grace? Voy hacia el alto de la ciudad. ¿Puedo llevarla?

Aguardó cerca de la puerta del ascensor. Ella me miró por sobre el hombro, y era como si los ángeles hubieran descendido para rescatarla en las mismas puertas del infierno. Esta vez, la puerta del ascensor se cerró con un ruido seco.

Trabajé hasta las siete, bajé, tomé dos *Martinis* y comí dos costillas de cordero en el *Grille*. Cuando volví a la oficina no había señales de vida en el lugar. Se habían apagado todas las luces y la oscuridad parecía algo sólido. Apagué una lucecita y me precipité en la oficina de *Verdad y Crimen*.

Noble Barclay no pedía a sus directores que trabajaran en ambientes sórdidos. “Un incentivo para estar con nosotros”, me había dicho cuando fui a hablarle del empleo, es la atmósfera alegre de nuestras oficinas. Creemos que los creadores rinden más bajo influencias armoniosas. Todas nuestras oficinas privadas han sido rehechas recientemente por uno de los mejores decoradores de interiores, bajo la personal supervisión de mi mujer”.

Mi oficina representaba el “período azul” del decorador. Las paredes eran verdes pero las sillas habían sido tapizadas con un material afelpado de color azul, los marcos de las fotografías y las pantallas haciendo juego, y hasta el porrón térmico y los vasos eran

de una armónica substancia plástica de color azul. Bajo la luz artificial, el efecto resultaba melancólico.

Sobre el secante de mi escritorio azul estaba la primera página del nuevo *Misterio Indescifrado*. Para un escritor de profesión como yo, no hubiera sido difícil concluir la historia. Sólo debía parafrasear una de las versiones antiguas, vestir sabrosamente el esqueleto con descripciones del departamento de la mujer mantenida, las joyas, el guardarropa y la despensa, añadir algunos pasajes picantes acerca de las caricias de su amante, y luego oscurecer los párrafos resplandecientes llamando la atención sobre el precio del pecado. Nuestros lectores siempre se alegraban de poder reflexionar virtuosamente sobre los placeres del mal.

Estaba aburrido pero lúcido y conseguí doce páginas del mamotreto. Al detenerme para descansar y fumar un cigarrillo, me encontré pensando en la señorita Eccles y en cómo se habían estremecido sus pálidos labios y estrechado sus agobiados ojos al manifestarme que guardaba un secreto. Era el secreto de Barclay, estaba seguro, y también me constaba que él no había regresado para dejar su portafolios, sino que había estado escuchando tras la puerta del ascensor mientras yo le hacía preguntas a su secretaria. Tratándose de un hombre como Noble Barclay, el millonario, el famoso autor y publicista, el Mesías en sobretodo de pelo de camello, todo el asunto parecía absurdo.

Había tratado de entender a Barclay; había leído su libro y reflexionado sobre su filosofía. Pero, para mí, él era un filósofo caricaturesco, el Superhombre combinado con Freud; Dale Carnegie vendiendo el Rearme Moral de Buchman de acuerdo con los métodos de Bernard Mac-Fadden. El credo de Barclay era como un buchmanismo sin Dios; como Mac-Fadden sin músculos. En vez de rogar, él utilizaba la autosugestión y el autohipnotismo.

Terminé mi cigarrillo y encendí otro, automáticamente. La tormenta había cesado, el aire de la noche era claro. Un alto y furioso viento se quejaba a través del respiradero, Tenía la lengua pesada, la garganta seca, y me sentía como si acabara de despertarme de una “mona”.

El agua en el termos azul era fría y refrescante. Encendí otro cigarrillo y leí la página en mi máquina. Parecía notablemente buena. De pronto, mi máquina comenzó a alejarse. La pared detrás

de la misma también retrocedía. Mi escritorio había comenzado a oscilar, el piso a inclinarse, todo el edificio a cabecear como un barquito en un mar furioso. Aferrándome a los brazos de mi sillón, me levanté como un tullido. Al primer paso, mis piernas se salieron de quicio, y resbalé por una superficie barnizada.

Después de siglos de oscuridad me eché en una cama de un tren expreso dirigido hacia, un peñasco a la velocidad de noventa mil millas por segundo. Chocamos contra el peñasco; no me aplasté mortalmente, sino que fui levantado suavemente, fuera de la cama, y conducido entre nubes a través de un espacio infinito. Rechinó una sirena. Bombas de incendio, pensé; y luego yo era la sirena, la bomba de incendio, el agotado escritor profesional. Mi cuerpo estaba enmohecido con tantos años de tumba, pero yo no estaba muerto, porque mis ojos descubrieron regueros de una luz en movimiento. Mi sirena volvió a rechinar; el reguero azul se transformó en un resplandor de color blanco, el resplandor estalló en un infinito número de astillas.

Tenía un peso sobre mi pecho, y aquello que me oprimía la muñeca era una mano humana. Resonó una voz, remota y pontifical:

—No podemos estar seguros hasta tener el análisis, pero vi a uno como éste cuando estaba internado. Bicloruro de mercurio. El paciente falleció.

SEGUNDA PARTE

TESTIMONIAL

por

Grace Eccles

> "La verdad no debiera ser atesorada como el oro del avaro, sino compartida tan libremente como el calor del sol estival. Pero la única Verdad de la que solamente tú debes participar es la Verdad sobre Ti Mismo. Los secretos de la vida ajena son ajenos; y si debes saber el daño que esa persona se hace a sí misma y a los otros al amontonarlos, la entrega de aquéllos te está tan vedada como la de su hogar, su dinero y sus bienes personales."
>
> *Mi Vida es Verdad*
>
> NOBLE BARCLAY

CUANDO se escriba la historia de esta generación, el nombre de Noble Barclay aparecerá bien alto en la lista de los contemporáneos inmortales. He tenido el singular honor de estar asociada durante siete años con este gran hombre, cinco de los cuales los pasé en una intimidad tal que a veces me he preguntado si su esposa lo conocía tan bien como su secretaria {3}.

Otros han reverenciado el genio de Noble Barclay. Yo he adorado permanente y firmemente al ser humano. No sólo ha formulado y originado un nuevo credo para vivir, sino que ha practicado hasta la última letra lo que predicaba. Existen cínicos que dudan de su sinceridad, pero yo, que he tenido mejor oportunidad que ningún otro para observar sus menores acciones, nunca lo he visto desviarse de una rígida interpretación de su filosofía.

Permitidme que me presente, Grace Jacqueline Eccles, cuarenta

y siete años de edad (en esto, como en todo lo demás, soy completamente sincera), independiente, me mantengo a mí misma, soy mental y moralmente libre. ¡Qué contraste con aquella Grace Eccles de hace una década! No sólo era una persona inhibida y de cortos alcances, sino que no tenía empleo. Lo último no era una falta exclusivamente mía. Nuestro país se hallaba en medio de la llamada "Depresión". Pocos puestos quedaban disponibles, y los mismos eran otorgados habitualmente a muchachas más jóvenes, de encantos manifiestos, que tenían traza de desarrollar otra cosa que los deberes convencionales de una secretaria privada.

En esa época, deprimida, melancólica, insegura de mí misma, y desprovista del orgullo del sexo femenino, era realmente una persona que daba lástima. No aprovechaba mi capacidad. En vez de llamar la atención hacia mis rasgos mejores (muchos amigos me habían dicho que mis manos eran un tema adecuado para un pintor), sólo pensaba en mis defectos, el primero de los cuales era una complexión pobre. En esa época yo era pálida y arruinada por el acné debido a una enfermedad de la que sufría constantemente. Era entonces demasiado tímida como para admitir que era víctima de la más común de las triquiñuelas de la Naturaleza, pero ahora, libre, y sin culpa ni vergüenza, puedo decir en alta voz que padecía las torturas de la constipación.

Pero aun en aquellas horas oscuras, seguía persistiendo mi naturaleza normalmente desinteresada. Incapaz de ayudarme a mí misma, traté de ayudar a los demás. Vivía en nuestro vecindario una muchacha más joven que yo y más infortunada, ya que era ciega. De acuerdo con los chismes de los detractores, no debía culpar a nadie sino a sí misma de su trágica suerte. Se decía que había convivido con un hombre casado, cuya vengativa esposa esperó una noche a que su marido y la muchacha salieran de un bar, y arrojó vitriolo al rostro de su rival. Como resultado del shock y el remordimiento, la muchacha estuvo a punto de enloquecer, pero la salvó la tierna atención y devoción de su querida madre. Su vista, sin embargo, estaba perdida. La hicieron ver por varios especialistas de fama mundial, pero se encogían de hombros y movían sus doctas cabezas. El nervio óptico había sido destruido y no vería nunca más.

Además de esta tragedia, la muchacha sufría la creencia de que

su cara tenía horribles cicatrices. Esto no era cierto, pero nadie podía convencerla. Con los ojos de su espíritu esta muchacha contemplaba un semblante tan irregular que nadie sería capaz de verlo sin un gesto de rechazo. Como había sido extremadamente bonita y, en consecuencia, una persona vanidosa, esta cruz se hacía demasiado pesada para sus frágiles hombros.

Traté de llevar alguna luz a la vida de esta trágica criatura. No me hallaba hundida en mi propia tristeza ni tampoco buscaba empleo; pasaba mi tiempo leyéndole en voz alta. Un día, por una coincidencia, que alguien consideraría un accidente de poca monta pero que yo prefiero calificar de milagro divinamente regulado, llegó a mis manos un ejemplar de *Mi Vida es Verdad*. Lo había tomado por error, dejando el ejemplar de una novela ligera de Kathleen Norris.

Hojeé la *Introducción*. Era un plato fuerte. Al principio estaba indecisa, pues parecía que ningún mortal podría sufrir lo que Noble Barclay había sufrido en las primeras cincuenta y siete páginas. Lo que me indujo a seguir en la lectura fué la reacción de mi oyente.

Cuando hube llegado a la última frase en la *Introducción* (apenas la Introducción, ni siquiera las partes filosóficas), esta muchacha me dijo con voz temblorosa: “Grace, es absolutamente cierto lo que la gente dice de mí. Les he estado mintiendo a mi querida madre y a mis buenos amigos. Estuve tonteando, como se dice, con el señor L. No sólo eso, traté de arrebatárselo a su esposa. Dios me ampare, nunca he confesado esto a ninguna alma viviente excepto a ti, Grace, pero juro que es cierto. Me siento mucho más aliviada ahora que lo he dicho, como si me hubieran sacado de encima una pesada carga.”

Infortunadamente, la madre entró en ese momento y nos cerramos como mariscos. Aunque su madre había sido una devota enfermera, nunca había dejado de injuriar a su hija haciendo alusión a su conducta inmoral. Salí inmediatamente, con el precioso libro asido fuertemente en mi trémula mano.

Mientras ayudaba a mi hermana a lavar los platos de la cena, sonó nuestro teléfono. Era la muchacha ciega. Su madre había ido a una reunión de la “Estrella de Oriente”, y ella quería hablar conmigo. Corrí a verla, llevando la inmortal obra de Noble Barclay. No leímos mucho, sin embargo, pues estuve escuchándola mientras

descargaba su corazón. Confesó todo lo referente a su relación con el señor L., desde la primera caricia hasta el placer que había experimentado en su íntima unión, y su mal deseo de librarlo de la esposa. A ratos su emoción era tan grande que debía traerle licor de zarzamora del armario del cuarto de baño. Pero estaba casi en éxtasis. Para terminar: no sólo recobró la vista milagrosamente dentro de las veinticuatro horas, sino que poco después se casó con un próspero vendedor de automóviles, y ahora vive muy feliz en Birmingham, Alabama.

Mi propio milagro, aunque no tan sensacional, operó un cambio tan grande en mi naturaleza sensitiva y apocada que la timidez se transformó en confianza en mí misma, la tontería y los temores desesperados se vieron superados, y en un par de semanas me hallé dueña de un puesto de pocas horas. Por lo demás, me curé inmediatamente de la enfermedad de la que había sufrido durante tantos años solitarios, y poco después mi cutis se purificaba.

Toda esta felicidad y buena fortuna se debían a una sola causa: mi creencia en la Verdad tal como la exponía Noble Barclay. Noche y día busqué la manera de expresar mi gratitud. Un segundo milagro me dió la oportunidad. Había sabido por una agencia de colocaciones que existía una vacante en el Departamento Estenográfico de las *Publicaciones "Verdad"*. Solicité en seguida ese cargo, y cuando el director del Departamento oyó que no sólo era una de las partidarias del señor Barclay, sino que me conformaría con 16,50 dólares semanales, fui contratada inmediatamente.

Durante más de un año no fui sino un diente de la rueda de esas vastas empresas. Ahora confieso que me sobresaltó descubrir que muchos empleados no creían en sus principios, y me preguntaba por qué no exigiría él esa creencia como pre-requisito del empleo. ¡Qué torpeza la mía y cuánto más comprensiva su política! Nunca hubiera prescripto reglas discrecionales por sí mismo, sino que deseaba dar a todos la misma oportunidad. La Directora del Departamento era tan cínica que, según mi criterio, no merecía el honor de ese cargo; cargo que conseguía retener haciendo trabajar al máximo a las muchachas, y encontrando numerosas excusas para rebajar a aquellas que eran culpables de pequeñas infracciones a las reglas.

Nuevamente fui la destinataria de lo que otros pueden llamar

oportunidad o coincidencia, pero que yo prefiero considerar como un pequeño milagro. Porque tuve la suerte de que, hallándome sentada en la oficina, comiendo mi vianda, al señor Barclay se le ocurriera dictar, mientras su secretaria almorzaba en un restaurante.

Hasta ese momento yo no me había encontrado personalmente con el señor Barclay. Con su mirada casi omnipotente, advirtió mis temblores.

— ¿Me tiene usted miedo? —preguntó con la voz más amable del mundo.

—Lo adoro —repliqué humildemente.

Esta respuesta de un miembro del cínico Departamento Estenográfico debió haberle alarmado, pero era hombre que se controlaba a sí mismo, y con infinita paciencia y tolerancia me preguntó mi nombre. ¡Pero no fué eso todo lo que le conté! Sin pensar que su tiempo era valioso, interesada egoístamente en mis propias emociones, desembolsé toda la historia de mi conversión. Tocando una campanilla, hizo venir a algunos de sus ayudantes, y me pidió que les repitiera la historia de mi ingreso en su filosofía, y el episodio incidental referente a mi amiga, la que había sido ciega. Me preguntaron su nombre y dirección, prometiendo que no la molestarían con publicidad respecto de su asunto anterior y asegurándome que sólo querían confirmar mi feliz historia.

Pocos meses después, el destino me llamó a un cargo que he disfrutado durante siete años. No tardé mucho en ganar la confianza del señor Barclay, y pude informarle diariamente respecto de las corrientes ocultas de la oficina, las crudas e impolíticas observaciones de los envidiosos y los cínicos, y la verdadera naturaleza de aquellos que simulaban admirar a su patrón. Junto con un aumento de mis responsabilidades vinieron algunos aumentos substanciales de sueldo. El señor Barclay es más que generoso con aquellos de cuya lealtad puede estar seguro.

Permitidme añadir aquí que también en su vida personal encontré que el señor Barclay era magnánimo hasta el exceso. Entre sus numerosísimos amigos, ninguno sabía que cada mes regalaba privada y secretamente dos mil dólares en efectivo. Tan grande era su modestia que nadie lo sabía excepto yo, que llevaba su libreta personal de cheques. Estas secretas filantropías nunca fueron

registradas sino como retiro de gastos menores, y nunca trató de deducir la suma —como lo hubieran hecho muchos— de su impuesto a los réditos. Cierta vez, cuando le discutía el valor práctico de sus escrúpulos, me censuró recordándome que los favorecidos con esta caridad se hubieran incomodado si otros que no fueran él conocieran sus nombres.

— ¡Qué agradecidos deben estar por su generosidad y comprensión! —observé.

—No podemos esperar siempre gratitud, señorita Eccles.

A menudo me llené de melancolía al examinar el cinismo y la desconfianza con que otros miran la nobleza de este hombre. Pero me consuelo con el pensamiento de que es tan grande que nuestras pequeñas naturalezas no lo afligen demasiado. Algún día todos los hombres aprenderán a encarar y a conocer la Verdad; entonces la guerra y las enfermedades desaparecerán de la tierra, no habrá más embriaguez ni pobreza, y la vida será una dulce canción.

Como yo había estado tan cerca de este gran hombre, el señor John Ansell me pidió que contribuyera con un capítulo a su libro sobre Noble Barclay. Admito francamente que este pedido halagó a mi humilde persona, pues había tenido muy poco tiempo en mi vida para dedicarlo a actividades literarias. Admito también alguna perplejidad respecto al tema de mis reminiscencias. ¿Por qué el señor Ansell pedía particularmente mis recuerdos acerca del “incidente” del señor Warren G. Wilson? Sin embargo, como insinúa el señor Ansell, siempre está obligado el que conoce la verdad a desafiar la propagación del chisme.

Aquel fatal viernes del mes de mayo volvía yo de almorzar a la hora habitual. Apenas hube entrado en mi oficina sonó el teléfono, y una de las operadoras del conmutador me informó que tenía un mensaje para mi jefe. Un tal señor Warren G. Wilson había llamado para decir que la cita estaba en pie, y que esa tarde esperaba al señor Barclay en su departamento. Como era mi costumbre, fui a la oficina del señor Barclay e hice la anotación en la agenda de su escritorio.

El señor Barclay había estado almorzando con el Senador, y no volvió a su oficina hasta las 4 de la tarde. Poco después me llamaba con el timbre.

— ¿De dónde salió esto? —preguntó, señalando el solitario

mensaje en su agenda de hojas movibles.

—Llegó mientras yo estaba almorzando. Lo recibí del conmutador —repliqué.

—Gracias, señorita Eccles —dijo brevemente. Arrancó la página de la agenda, la rompió en diminutas partículas, y la tiró al canasto.

Evidentemente, el señor Barclay se comunicó con el señor Munn por el teléfono interno, pues apenas regresé a mi escritorio este individuo se precipitó en mi oficina y desapareció en la oficina particular.

Mis tareas se interrumpieron por segunda vez cuando el señor Barclay me ordenó que llamara a su hija. Eleanor no estaba en su oficina de la revista *Verdad y Amor*. Debía localizarla inmediatamente. Después de algunos intentos inútiles, descubrí que estaba en nuestro Estudio Fotográfico, ayudando a los modelos a componer los motivos de nuestras ilustraciones. Pocos momentos después, como respuesta a mi pregunta, se precipitó en mi antecámara y desapareció, también ella, en la oficina de su padre.

Conferenciaron hasta después de las seis, y ese día no los vi más. Sin duda el incidente se hubiera borrado de mi memoria si no hubiera sobrevenido una curiosa coincidencia. Aquel día era viernes, al siguiente, sábado, el señor Barclay no iría a la oficina. Un hombre tan derrochador de sus energías tenía derecho, por cierto, a medio feriado extra por semana, que pasaba habitualmente en el campo con su esposa y sus hijitos, mientras fieles esbirros vigilaban sus asuntos desde las nueve hasta la una de la tarde.

Eleanor también estuvo ausente esa mañana, pero no en forma oficial; simplemente, no apareció por la oficina. Por esa razón, me vi envuelta en una discusión con el Estudio Fotográfico. Apenas me senté en mi escritorio, la señora Harden, que está a cargo de la Sala de Utilería del Estudio, me telefoneó para preguntarme por un revólver.

Sí, un revólver. Esto puede parecer melodramático pero es una graciosa faceta de nuestro trabajo, en los entretelones de la revista. Como muchas de esas historias que se publican en nuestras revistas son verdaderas confesiones criminales, es necesario utilizar armas de fuego para armar las ilustraciones fotográficas. Y para tener a mano ese equipo cuando sea necesario, tenemos un divertidísimo pequeño arsenal adyacente al estudio. Aunque los revólveres no se

hallan cargados, se los considera armas letales; y cuando un director o subdirector o ayudante, al componer fotografías, desea usar tales objetos, tiene que firmar una solicitud. La historia de amor en la que estaba trabajando Eleanor requería, evidentemente, la exhibición gráfica de una automática 22 (confieso que nunca he sabido lo que es esto). La cosa fué que empuñaba esa pistola cuando la llamaron a la oficina de su padre, la tarde del viernes.

La señora Lola Manfred, superior de Eleanor en la revista *Verdad y Amor*, informó que el revólver no estaba en la oficina que ambas compartían. Sugirióle a la Señora Harden que Eleanor podía haber llevado el revólver a la oficina del señor Barclay, dejándolo allí. Por lo tanto, me vi envuelta en la búsqueda. No se veía ningún revólver. Registré arriba y abajo, pero no fui capaz de encontrar nada que respondiera a su descripción.

Séame permitido decir, antes que surja una sospecha de mayores alcances en la mente del lector, que el revólver fué descubierto ese mismo sábado por la mañana, en el alféizar de una ventana del Estudio Fotográfico. La señora Harden había telefoneado al respecto al señor Munn, preguntándole si había visto el revólver en la mano de Eleanor. Éste replicó negativamente, pero se ofreció para ayudar en la búsqueda. Poco después el arma fué descubierta, y todos nos reímos mucho de nuestra "cacería del revólver".

Sólo el lunes por la mañana supe por los diarios, que el señor Wilson —sí, nuestro Warren G. Wilson— había sido asesinado. Permítaseme observar en mi defensa que me parecía muy natural comentar el asunto con el señor Barclay.

— ¿Ha leído los diarios de la mañana? —pregunté—. ¿No está impresionado por lo ocurrido a su amigo el señor Wilson?

El señor Barclay, habitualmente el más considerado de los patrones, me lanzó un gruñido:

—No vuelva a mencionar su nombre, señorita Eccles. —No contento con eso, caminó ruidosamente por mi oficina hacia la puerta de su oficina privada. — Ni a mí ni a nadie más. ¿Entiende?

—Pero, señor Barclay... —protesté, tratando de explicar lo que consideraba un interés natural en el sensacional suceso.

—No debe usted mencionar de nuevo el nombre de Wilson, ni a mí ni a nadie más. Nunca lo conocí. Intentaba molestarme. Debe olvidar todo el incidente, señorita Eccles.

Era más fácil empeñar mi palabra que ordenar mis inquietos pensamientos. Cada día, a partir de entonces, el nombre del señor Wilson salía en los periódicos. Yo estaba casi enferma de zozobra. Las admoniciones del señor Barclay para que callara contradecían los preceptos más elementales de su credo. La única explicación que podía satisfacer mi mordiente curiosidad era que estaba escudando a otro. Yo repetía y volvía a repetir de nuevo sus sabias palabras con respecto a lo sagrado de los secretos ajenos. Me di cuenta entonces de que yo también debía encubrir lo que sabía, a fin de escudar a algún desconocido inocente. La aflicción que me acarreaba ese secreto se atenuaba al comprender que estaba sufriendo por el bien de otro.

Pasaron los meses. El nombre de Warren G. Wilson estaba casi enterrado en la inconsciencia de mi mente cuando John Ansell, creo que irreflexivamente, eligió su asesinato como tema para la sección del *Misterio Indescifrado* de la revista *Verdad y Crimen*. No me sorprendí cuando el señor Barclay rechazó la historia. Pensé que el asunto sería enterrado. Pero el señor Ansell era un rebelde en nuestro medio. Desafiando a la autoridad, exigió una razón para el rechazo de su historia. Cuando el señor Barclay le negó la respuesta a sus impertinentes preguntas, el señor Ansell trató de sonsacarme la información.

Pero Grace Eccles era demasiado lista para él. Usando ardides femeninos, pretexté hábilmente una llamada telefónica, y me las arreglé para apartarme de ese inquisitivo caballerito. Aunque no le di motivo para sospechar que sus preguntas me habían puesto nerviosa, me sentía casi enferma, y supe que no podría continuar con mis tareas si no me descargaba parcial o totalmente de la pesada carga que había estado fermentando dentro de mí. La presión que debía soportar era demasiado grande para mi frágil conciencia.

Permítaseme añadir aquí que yo no sospechaba de nadie en el asunto. En ese momento no buscaba nada más que aliviarme de la carga que representaba mi falta de confianza en mí misma. ¿Qué mentira culpable acerca de mí misma estaba ocultando yo al sospechar de los demás? Hubiera sido más saludable discutir ese asunto con el propio señor Barclay, pero desde el día en que le prometí no mencionar jamás el nombre de Wilson, me había

parecido que buscar su confianza *en ese asunto particular* hubiera sido imprudente.

Mientras reflexionaba sobre el punto, y vigilaba al personal de la oficina a través de la ventana de mi pequeño dominio, advertí a Eleanor Barclay entre las muchachas que iban a la Sala de Señoras. Esto me parecía una divina coincidencia ¿Quién merecía más mi confianza que su propia hija, y quién sería capaz de guardar sus intereses mejor que ella? Al justificar mi necesidad de una sesión de *Verdad compartida* con Eleanor Barclay, no sentía ningún escrúpulo de deslealtad.

La seguí a la Sala de Señoras. Fué mi presencia, estoy segura, lo que en seguida limpió el lugar de todas las estenógrafas que pierden el tiempo fumando y haraganeando delante del espejo.

—Eleanor, debo hablarte —dije, cerrando con llave la puerta.

— ¿Es necesario que nos parapetemos? —preguntó ella con impertinencia.

—Por favor, no seas cínica, querida —amonesté—. Cuando conozcas esta organización tan bien como yo, verás cuántos hipócritas hay en el mundo. No hay otro lugar en esta oficina en el que se pueda estar seguro de un completo aislamiento.

—Pero alguien puede necesitar el tocador.

—Seré breve —prometí—. Necesito urgentemente una sesión de *Verdad compartida*.

— ¿Es realmente necesario? —preguntó ásperamente—. Hoy quiero irme temprano. Tengo que hacerme arreglar el cabello. Tengo una invitación a cenar, una particular invitación a cenar, una invitación a cenar que he estado esperando durante meses.

Esto era desconsiderado, pues yo había recurrido sinceramente a ella en busca de simpatía; pero lo dejé pasar por alto, generosa, pensando que la juventud debe ser atrevida.

—Tengo algo más importante que discutir contigo que una invitación a cenar, —repliqué.

—Bueno, apúrate —volvió a decir.

Tuve la precaución de explicarle desde el principio que nadie me resultaba sospechoso de falsedad, pero que simplemente estaba tratando, de purificarme de una emoción indigna. Pero apenas comencé a relatar mi conducta a propósito de la llamada telefónica, me interrumpió.

— ¿Es cierto que la operadora del conmutador se equivocó en esa llamada, y le entregó el mensaje al señor Barclay en vez de dármelo a mí? ¿O fuiste tú, Grace, jugando una de tus pequeñas artimañas?

No es necesito decirlo: me sentí incómoda.

—Ignoraba hasta este momento, Eleanor, que conocieras a ese señor Wilson.

Sus mejillas tenían un color inadecuado.

—Solía llamarme —dijo—. Así fué como empezó todo. Pero espero que no pienses que tenga nada que ver con el asesinato.

— ¡Cómo, Eleanor! —exclamé—. Nunca se me ocurrió pensar eso. Sólo cuando tu padre denotó tanta emoción respecto del incidente, y me prohibió con tanta vehemencia hasta repetir el nombre de Wilson, yo...

— ¿Por qué no haces lo que te dicen? —interrumpió con dureza.

—Nunca he vuelto a decir su nombre...

— ¿Qué crees que estás haciendo ahora?

—La *Verdad compartida* —le recordé— es algo diferente. Las confesiones son sagradas. Sabes tan bien como yo que no te corresponde propalar los secretos del corazón de otra persona, sea cual sea la libertad con que se te brinden.

—Bueno —estalló—. ¿Qué más sabes?

La *Verdad compartida*, en forma oral, siempre ha sido una cura afectiva cuando me encuentro preocupada. Apenas me purifico de secretos tontos y angustiosas fantasías, me doy cuenta de que su único fundamento residía en mi propia imaginación falaz. Me sentí muchísimo mejor, y hubiera salido revoloteando alegremente de la Sala de Señoras si Eleanor no me hubiera tomado del brazo y me lo hubiera oprimido hasta hacerme daño.

—Ahora que te has franqueado conmigo —me dijo enojada—, nunca, nunca, nunca más en tu vida hables de esto con nadie—. Su excitación era tan intensa que arrojó el cigarrillo en uno de los lavabos y se apoyó contra la puerta, pálida como los azulejos.

Las muchachas habían comenzado a golpear en la puerta, pidiendo que se las dejara entrar. Saqué la colilla del lavabo donde la había arrojado con tan poco tino, porque hubiera sido un mal ejemplo para las descuidadas estenógrafas. Con la mayor simpatía traté de ayudar a Eleanor a que se aliviara de esos oscuros secretos

que evidentemente le causaban tal conflicto en su espíritu. Mis esfuerzos fueron recompensados con una mirada orgullosa y obstinada. Encerrándose en uno de los compartimientos, Eleanor se negó a hablarme o a responder a ninguna de mis preguntas, dichas con la mejor intención.

Hubo golpes más recios en la puerta, y se gritaron comentarios de una naturaleza vulgar. Afablemente me dirigí a Eleanor, pero ninguna respuesta salió de su compartimiento.

Me incliné y hablé con suavidad, fijando mis ojos sobre sus medias transparentes y sus frívolos escarpines de talón alto.

—Eleanor, mi querida, si hay algo enterrado en tu inconsciente, habla de ello, compártelo conmigo. No dejes que el orgullo o la vergüenza te inhiban. Las verdades enterradas son llagas ulcerosas, como tú sabes. Comparte la verdad con tu vieja amiga...

—Vete al diablo —respondió con aspereza.

En ese momento el conserje abrió la puerta. Me abrí camino a través del tropel de estenógrafas papanatas y volví a mi oficina. Esa tarde no vi más a Eleonor, pero me dijeron que había salido sin acabar su trabajo del día, probablemente a fin de tener el cabello arreglado para aquella invitación a cenar.

A pesar de su falta de cordialidad, esta sesioncita de *Verdad compartida* me había purificado el espíritu. En cuanto a mí, el desagrado se hubiera terminado completamente, de no haber irrumpido en mi oficina el señor Ansell, por segunda vez en ese día, queriendo saber qué le había dicho a Eleanor en la Sala de Señoras. Al negarme a responder, dejó caer sus manos sobre mí en forma salvaje. A no ser por la afortunada y casual aparición del señor Barclay, hubiera sido víctima de su brutalidad.

Fué casi como si el señor Barclay hubiera sabido instintivamente mi situación. ¿Fué mera casualidad lo que decidió mi rescate? Prefiero pensar que había algo más profundo en la coincidencia de que el señor Barclay se llevara esa noche su portafolio, y de pronto recordara que no lo iba a necesitar y decidiera volver a la oficina. Mi espíritu había clamado por él, silenciosamente, y sin saber quién le guiaba, él había abierto la puerta del ascensor en el momento crucial.

Sus poderes de intuición debieron de haber adivinado mi conflicto, ya que después de dejar su portafolio sobre mi escritorio,

me invitó gentilmente a llevarme en su *limousine* hasta la parte alta de la ciudad, privilegio del que pocas veces disfruto. Esa generosidad, tan típica de Barclay, se manifestó al día siguiente en otro de sus amables gestos, cuando un nuevo e infortunado incidente oscureció la atmósfera de las *Publicaciones "Verdad",* de Barclay.

La oficina se hallaba esa mañana en un estado de excitación desenfrenada. Una de las limpiadoras, al llegar a las diez de la noche anterior, había descubierto al señor Ansell sin conocimiento en el suelo de su oficina. Si el sereno no hubiera llamado una ambulancia con tanta prontitud, y de no haber sido el doctor tan eficiente al procurarle los primeros auxilios, hubiéramos perdido a nuestro director de *Verdad y Crimen.*

Ese día, el señor Barclay no llegó a la oficina hasta mediodía.

—Está muy bien. Que lo sepan todos —fueron sus primeras palabras al verme.

— ¿Quién está bien? —pregunté, dudando que el señor Barclay tuviera conocimiento de la infortunada situación.

—Ansell —respondió brevemente.

— ¡Oh! —exclamé—. Entonces, ¿ha oído algo de lo que sucedió?

— ¿Dónde cree que he estado toda la mañana? —preguntó. Y se dirigió rápidamente a su despacho privado.

Poco después, me llamaba por el timbre.

— ¿Podría conseguirme algún dinero en efectivo, señorita Eccles? No tengo un centavo en el bolsillo.

— ¡Dios mío! Alguien se gasta el dinero —observé, tratando el tema con buen humor—. Ayer por la tarde hice efectivos quinientos dólares para usted.

— ¿Debo darle cuentas de eso? —preguntó con desusada severidad.

—Sólo estaba haciendo una observación —advertí—. No quiero ser preguntona. Probablemente ha vuelto a ser usted excesivamente generoso. Me ha estado intrigando un poco esa inclinación suya a dar dinero desde el mes de mayo, cuando cesamos de descontar esos dos mil dólares mensuales para caridad privada.

La expresión de su rostro era enigmática. Me apresuré a traer su libro de cheques. Después que firmó un cheque, y de haberlo enviado yo al banco, me ordenó pedirle al señor Smith que fuera a

su oficina inmediatamente.

— ¿Cuál señor Smith? —pregunté, ya que había varios de ese nombre entre sus conocidos.

—A veces me saca usted de quicio —replicó el señor Barclay con modos que no correspondían con su habitual magnanimidad—. El señor Smith, del *Grille* del Edificio Barclay, por supuesto.

Consideré que era injusto, puesto que ese señor Smith, especialmente, nunca había puesto los pies en nuestras oficinas. Sus transacciones siempre se habían realizado enteramente con el agente de arriendos del Edificio Barclay, una corporación subsidiaria. En vez de hablarle al señor Barclay de esos hechos, que me hubieran eximido de su imputación de obtusa, cumplí humildemente mis obligaciones. Diez minutos después, el requerido señor Smith entraba en la oficina privada.

—Tengo buenas noticias para usted, Smith —dijo el señor Barclay mientras estrechaba la mano del concesionario del restaurante—. Ansell me ha prometido no promover juicio. Lo he convencido de dejar las cosas como están. Nadie lo sabrá excepto algunos empleados de mi oficina, y se les pedirá que no divulguen la historia. Por supuesto, Smith, estoy seguro de que no es culpa suya, pero le advierto que debe ser más cuidadoso en el futuro.

El señor Smith denotó no saber de qué estaba hablando el señor Barclay. Sin embargo, puedo decir, por su actitud, que a mi patrón no le engañó la pretensión de inocencia del señor Smith. Lo que aconteció después, no estoy en condiciones de relatarlo, pues el señor Barclay me dijo que no necesitaba de mis servicios. Veinte minutos después, el señor Smith salió sonriendo, y aparentemente complacido por la magnanimidad del señor Barclay.

Mi timbre volvió a sonar. Esta vez el señor Barclay deseaba dictar el siguiente memorándum:

MEMORÁNDUM
De la oficina de: Noble Barclay
A: Todos los empleados
Fecha: 11/23/45
Por el bien de nuestro arrendatario, el *Grille*
del Edificio Barclay, y de nuestro amigo
el señor I. G. Smith, su dueño, les pido
no repetir los rumores de que el señor Ansell

se envenenó comiendo camarones en el Grille.
El señor Smith ejerce la mayor vigilancia
en la preparación de los platos que se
sirven en su restaurante, y nunca permitiría
que se sirviera a un cliente comida cuya
frescura no fuera indudable.
Infortunadamente, no es siempre posible
juzgar los platos de mar. Los camarones
cocinados ayer en las cocinas del *Grille*
del Edificio Barclay no muestran signos
de estar en mal estado, y nadie quedó más
sorprendido que el mismo señor Smith
al saber que la imprevista enfermedad
del señor Ansell se achacaba a la comida
servida en el *Grille*.
Como el señor Smith es no sólo nuestro
arrendatario, sino un buen amigo para
todos los que comemos en su restaurante,
apelo al sentido de buen compañerismo
de ustedes, pidiéndoles que usen la
mayor discreción posible e impidan
que el suceso se divulgue.

—Haga diez copias y hágalas circular por la oficina —ordenó el señor Barclay—. Hágalas firmar por todos los empleados y que vuelvan luego a mi poder, firmadas.

—Sí, señor Barclay —replicó esta humilde servidora.

Mientras escribía a máquina el memorándum, Eleanor irrumpió en la oficina. Me saludó como si nuestra reunión no hubiera terminado en una *impasse*.

— ¡Está muy bien, Grace! —gritó, como si le hubiera preguntado acerca del estado de cierta persona—. Todo lo que necesita ahora es un breve descanso y volverá a trabajar. Ya puedes imaginarte cómo me siento.

— ¿Estás aludiendo por casualidad al señor Ansell? —pregunté.

Asintió con vehemencia.

—Creí morir cuando oí que había sido envenenado. Debo de tener una mentalidad melodramática, porque yo... —Se detuvo al borde de la revelación, y rectificó su intención de proclamarla.

Encogiéndose de hombros, Eleanor siguió hablando: — ¡Qué alivio saber que sólo fué el pescado! ¿No ha estado maravilloso, papá?

—Noble Barclay —repliqué— es siempre maravilloso.

—Lo llamaron temprano esta mañana para decirle que uno de sus directores había sido hallado casi muerto en su oficina. Papá se lanzó hacia el hospital en seguida, y les dijo que hicieran todo lo que pudieran por Johnnie. Nunca vi a papá tan maravilloso.

—Me alegro —observé— de que aprecies a tu padre. —Hubiera dicho más, pero Eleanor, con esa rudeza que le es característica y que estoy segura debe de haber heredado de sus ascendientes maternos, se escapó de mi alcance.

Como suelo tomar un desayuno ligero, almorcé temprano. Apenas hube terminado de escribir el memorándum, y de enviarlo, con instrucciones completas, a los distintos jefes de Departamento, me encaminé hacia abajo, en dirección al *Grille*. Sentándome en mi mesa habitual, consulté el *menu*. Mi habitual camarera se me aproximó y me preguntó:

— ¿Qué le parecen unos camarones criollos, señorita Eccles? Están muy ricos hoy.

— ¿Cómo se atreve? —grité con la mayor indignación—. ¿Cree oportuno hacer bromas cuando uno de sus patrones casi pierde la vida, al comer ayer sus camarones contaminados?

La camarera pareció sorprendida.

— ¿Camarones? ¿Ayer?

Estaba fastidiada con el señor Smith, por no haber informado a sus empleados acerca del infortunado suceso de los camarones del señor Ansell. Aunque había mecanografiado el memorándum donde se solicitaba a los empleados no divulgar el rumor fuera de nuestra oficina, consideré mi deber informarle a la camarera, no fuera a ser que lo oyera a través de fuentes sospechosas y se entregara a chismes frívolos.

—Pero anoche no servimos camarones... —insistió—. Hace una semana que no tenemos camarones aquí.

Traté de discutir pacientemente con la obstinada criatura, pero no pude convencerla de que yo estaba en lo cierto. Hasta congregó a otras camareras para respaldar sus afirmaciones. Naturalmente, sus amigas estuvieron de su parte en la disputa. Esto me confundía. Aunque no preferiría las palabras de unas trabajadoras ignorantes a

la interpretación que del caso hacía el señor Barclay, mi curiosidad no se aplacaba. Me atormentaban preguntas que no tenían el derecho de entrar en ese campo sagrado. Sin duda, yo tenía la culpa. En alguna parte de mi tímida mente estaba enterrada una mentira que no tenía el valor de arrancar y encarar resueltamente.

Si la naturaleza me hubiera dotado, por lo menos, de mayor coraje, me hubiera purificado compartiendo verdades conocidas con el mejor de todos los confesores. Demasiado tímida para desarraigar las llagas ulcerosas de la duda enterrada, me alivié pensando que un hombre ocupado, y entregado a problemas de importancia internacional, no tenía tiempo para mis insignificantes problemas. Éste era un pobre consuelo, sin embargo. “A menudo en el silencio de la noche”, me he despertado para admirar la excesiva discreción de mi patrón y de su hija. ¿No habría allí algún dato oculto con respecto a la conexión entre la muerte del señor Wilson y el mal dirigido mensaje telefónico? ¿Por qué era tan severo el señor Barclay al exigirme silencio y rechazar la historia del señor Ansell?

Fuera el que fuere el oscuro secreto, sabía que no me pertenecía. Ni arrojé la más leve sombra de sospecha sobre Noble Barclay. Con su insondable fe en la humanidad en general, y en sus amigos en particular, este modelo de honestidad podría haber sido víctima rápidamente de algún penoso fraude. La tragedia es el resultado inevitable de la falsedad. El mal florece de las raíces de la mentira; ésa es la ley de la naturaleza, y la naturaleza es una maestra inflexible.

TERCERA PARTE

¿DE QUIÉN ERA EL TARTÁN?

por

John Miles Ansell

> "Los cínicos, de quienes se sostiene que poseen espíritus vigorosos e inquisidores, son en realidad la casta más apática y terca que existe. Sus espíritus son torrentes congelados; sus corazones, tan duros como el granito. En tiempos de Jesús, los cínicos escarnecieron al Cristo. Porque se les había dicho, cuando niños, que el pasto era verde, creían que siempre debía ser verde; y si el pasto de sus prados fronteros se volviera del color de la cereza, mirarían su encendido color y jurarían verlo verdear."
>
> *Mi Vida es Verdad*
> NOBLE BARCLAY

—Mira, linda —le dije a la enfermera, que disfrutaba del adjetivo sin merecerlo—, te admiro pero no tengo con qué pagarte. No puedo proporcionarme esta costosa exhibición. ¿Cómo diablos vine a parar aquí?

—No se preocupe, señor Ansell. Si alguien no pudiera abonar estas cosas, usted no estaría en esta habitación.

Me hallaba tendido sobre la lujosa cama y traté de hacerme una composición de lugar. Desde que se me doblaron las rodillas en la oficina, y me sentí lanzado rápidamente al espacio, en un expreso "bala de cañón", no había tenido conciencia de nada. Mis aventuras con los peñascos y los trenes astillados habían sido pura imaginación; y aquí estaba, en una pieza de hospital, que no era blanca y angosta, sino de colores apagados, y con una gran ventana

esquinera por la que se derramaba una suntuosa luz solar.

No me alimentaban sino con sopa de harinas. Junto con la bandeja del desayuno llegó Noble Barclay.

— ¿Cómo se siente, muchacho?

—Todavía estoy tratando de darme cuenta. Quizá no soy inteligente. Me dijeron que perdí el conocimiento y que una de las limpiadoras me encontró en el suelo. ¿No oí decir algo al doctor de la ambulancia con respecto al bicloruro de mercurio?

—Debe de haber estado soñando —dijo Barclay—. Demasiada imaginación, muchacho. Por trabajar en todas esas historias detectivescas. —Rió. — Le doy vacaciones en *Verdad y Crimen*.

—Lo esperaba.

—Miedo a perder el empleo, ¿eh? ¿Para qué zoquete cree que está trabajando? —Esto le agradaba a Barclay. Rió jovialmente. —Ha sido ascendido, hijo. Desde esta semana es usted el director de las *Selecciones Verdad*.

— *¿Selecciones Verdad?*

—La más nueva de las *Publicaciones Verdad*, de Barclay. Verdad en *tabloid*. Apropiada para el bolsillo del chaleco, pero conteniendo lo mejor que se publica, no sólo en nuestras propias revistas sino en todos los periódicos populares. ¿Qué le parece la idea? Original, ¿no es cierto?

La idea de una revista de selecciones era tan original como un saludo de Navidad.

— ¿No encontrará mucha competencia? —pregunté prudentemente.

Barclay reflexionó.

—Es verdad, hay otras *Selecciones*, pero ésta sería la primera *Selecciones Verdad*. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir? Hemos estado vendiendo derechos de reproducción a otras *Selecciones*, y hasta consiguiendo su material, proveniente de sus oficinas y escrito por su propio personal. Pero ¿qué nos reporta? Pocos miles al mes. Piense, muchacho, en el dinero que podríamos hacer con nuestras propias *Selecciones*. ¡Y qué medio de llevar al público nuestro mensaje!

— ¿Y sus contratos con las otras *Selecciones*, señor Barclay?

—No se preocupe por eso, John. Tenemos los mejores abogados del país. Sólo tiene que pensar en la parte editorial. Es cosa hecha,

muchacho, seis revistas que dirigir por nuestra cuenta, para empezar. Ningún costo de material editorial, y todo lo que nos guste publicar en *Selecciones Verdad* podemos imprimirlo primero en una de las otras revistas. Hermosa combinación, ¿no es cierto?

Asentí. La combinación no podría haber sido más linda.

—Pero —dije—, *Verdad y Crimen y Verdad y Amor* difícilmente pueden utilizarse como fuente de material para las *Selecciones*.

—No tanto como *Verdad* —dijo Barclay—, El grueso del material de las *Selecciones* provendría de ésta. Tenemos una mina de oro: actualidades, asuntos políticos, interés humano. ¡Y *Verdad y Salud*! Mire las otras *Selecciones*, llenas de artículos referentes a la salud, descubrimientos médicos, dietas para adelgazar, las curaciones más novedosas...

—Supercherías, por lo común —intercalé.

—Podemos desenmascararlas —gritó Barclay—. Y alguna que otra vez podemos intercalar algún *VC* {4}o *VA* {5}; no hay nada que más le guste al público que un buen romance real o un crimen verdadero. Y *Verdad y Belleza* nos dará el punto de vista de la mujer. ¿Qué opina del nuevo cargo, muchacho?

—Parece bueno.

— ¿Bueno? —resopló Barclay—. Es el mejor puesto que pudo haber soñado. Muchacho, usted no sabe. Lo va a entusiasmar tanto que tendrán que arrancarlo de sus noches de trabajo. Será tarea dura, pero no demasiado pesada para un intelectual como usted. Mire el público que tendrá, la oportunidad que tendrá de decirle directamente la pura verdad, en lugar de ese cenagal que se oculta habitualmente bajo una capa de lenguaje literario. Es el puesto de un hombre, muchacho. Y desde esta semana, su sueldo será de doscientos dólares.

¿Doscientos dólares semanales? ¿Me hallaba aún inconsciente? Despierta, Ansell, estás oyendo voces. En una fracción de segundo el expreso “bala de cañón” va a hacerse añicos en la dura realidad. Si el bicloruro de mercurio había sido pura imaginación, ¿qué sería del aumento de setenta y cinco dólares semanales?

No era un sueño. Allí, real como la cama del hospital, estaba Noble Barclay, irradiando salud y buen humor, y la enfermera, que no era bonita, coqueteando por toda la habitación porque le atraía su salud y su virilidad. Consciente de la admiración, Barclay exhibía

mejor humor aún.

— ¿No me cree, John? Parece demasiado bueno para ser verdadero, ¿eh? —Su alegría era tan sincera que no me hería el que lo demostrara tan claramente.

Cruzó la habitación a grandes zancadas. Cubrió su largo en siete pasos y regresó en la misma forma hasta la cama.

—No se achique muchacho. Le consta que es un director condenadamente bueno. ¿Acaso se queda sentado como el resto de los presumidos, haciendo chistes, mientras los redactores consiguen el material? —Se detuvo frente a la cama, mirándome a la cara. —Cuando una organización como la mía tiene la suerte de encontrar a un hombre de su calibre, debemos depender de usted y encontrar un trabajo digno de su talento. ¡Pues qué! Si no estuviera contento con nosotros, estaría buscando otro empleo. Y algún otro editor lo arrebataría en esta forma. —Hizo un gesto para mostrar cómo los hambrientos editores asirían a un elegante y joven director por el cuello de la chaqueta y lo meterían en una silla giratoria de caoba. — No piense que no merece el premio. Soy un hombre de negocios demasiado cuerdo como para pagar ese salario a un tipo que no lo merezca.

Se volvió hacia la enfermera.

— ¿Podría conseguir un cigarrillo, joven? Yo no fumo, pero cuando un fumador tiene noticias sobrecogedoras, necesita un cigarrillo. ¿Le conseguiría alguno?

—No debe fumar.

—Consígale un vaso de agua, ¿quiere?

— ¿Usted lo desea? —me preguntó ella.

—Me es indiferente —dije.

Derramó un poco de agua de la jarra de vidrio. Advertí un aire de incomodidad en la cara de Barclay.

—Mire, querida —dije a la enfermera—, el señor Barclay quiere hablarme a solas. ¿Le importaría salir por unos minutos?

Salió.

Barclay me guiñó un ojo.

—Es usted una persona inteligente.

—Tendría que ser un retardado para no entender esas tácticas manifiestas.

Rió de nuevo. Yo estaba bien con Noble Barclay; él gustaba de

mí por ser franco. Terminé de beber mi agua, y al volver a poner la copa sobre la mesa de luz, recordé algo.

— ¡Ya está! —grité—. El agua. Anoche tomé un trago de agua...

—Tengo que pedirle un favor —me interrumpió Barclay—. Ocurre que estoy interesado en el *Grille* Inglés y agradecería que no se dijera nada más acerca de los camarones que usted comió anoche.

Miré en derredor. No había rejas en la ventana, y las paredes no eran acolchadas. Traté de preguntar un par de cosas, pero Barclay saltaba por sobre mis interrupciones como un saltimbanqui brincador. No le interesaban tanto —decía Barclay— las ganancias financieras del *Grille* como el destino de Smith, su propietario. Smith era uno de sus discípulos, un ex dipsómano reformado por la *Verdad compartida.*

—Su historia es notablemente parecida a la mía —me aseguró Barclay—. Y puesto que ha leído usted la *Introducción*, se dará cuenta de cuáles son mis sentimientos respecto de la regeneración de Smith. No repita lo que le he dicho acerca de él, porque si la historia se transformara en un chisme común no ayudaría a su moral. Smith se arrancó a sí mismo del arroyo como se dice, e hizo maravillas con el *Grille*. Ahí está la razón por la que me apasioné tanto anoche con respecto a este asunto. Si la historia se hacía pública, llevaría a la ruina al restaurante. Y Dios sabe qué le hubiera ocurrido a Smith.

— ¿Y no lo ayudaría a sobrevivir su confianza en la *Verdad*? —pregunté no sin malicia.

—Fué la creencia de que había fracasado lo que lo hizo escapar de la Verdad e ir por mal camino. Una repetición de la experiencia podría serle fatal. —Advirtió mi mirada y pidió comprensión. —Guarde reserva, ¿quiere, Ansell?

Me recosté en los almohadones, cerré los ojos, y traté de parecer enfermo. Necesitaba tiempo para pensar en la súbita generosidad de Barclay y en su untuoso interés por Smith. Se me ofrecía un soborno para que olvidara haber tomado un trago de agua de una botella azul en mi oficina.

La curiosidad me revolvía, me hacía sentir más enfermo que el propio veneno. Sabía que no iría a ninguna parte haciendo preguntas. Tenía un solo camino para saber qué había pasado

realmente. Mientras trabajara en mi puesto y guardara reserva acerca del agua de mi botellón, podría hacer todas las investigaciones subterráneas que quisiera. Cuando encontrara la respuesta —me lo prometí a mí mismo—, no perdonaría a nadie. No se puede envenenar a Ansell, y escapar sin pagarlo.

No había peligro.

—Usted cree que soy astuto, señor Barclay; pero, ¿qué sucedería si volviera a comer camarones?

—Es usted demasiado inteligente para eso. De hoy en adelante tendrá más cuidado.

Se hizo un largo silencio. Miré a Barclay y él contempló su imagen en el espejo. El afable hijo de perra daba por descontado que su soborno era suficiente para hacerme olvidar aquel trago de agua.

La enfermera golpeó con los nudillos en la puerta, atisbó y la abrió más para permitir la entrada de un manojo de crisantemos amarillos. Detrás de ellos llegó Eleanor. Cuando me vió, tendido débilmente sobre los almohadones, lanzó el gemidito más lindo que jamás oí.

—Estás perfectamente bien, ahora, ¿no? —murmuró, jadeando.

Disfruté de su cordialidad y persistí en la falacia. Barclay estaba radiante, como si derramara felicidad sobre nuestras manos extendidas.

—Ahora los dejaré solos, muchachos —dijo—. Probablemente tendrán mucho que decirse. —Me saludó desde la puerta. —Cualquier cosa que necesite, John, basta que diga una palabra. Y no se preocupe por el puesto. Conseguiremos a alguien que lo reemplace hasta que se restablezca. Adiós, muchachos.

Salió. Eleanor se quitó el sombrero y le tendió las flores a la enfermera.

—Cuesta mucho tiempo encontrar un florero —dije—. Mi estado de debilidad hace que deba estar algún tiempo a solas con esta joven.

Después que se hubo ido la enfermera, Eleanor se sentó en el brazo del sillón, en medio de la pieza. Había venido peripuesta. Su falda se levantó, y la bajó más abajo de las rodillas. Le conté lo referente al nuevo puesto.

— ¿No es maravilloso papá? —dijo.

Yo estaba fastidiado. Cuando un hombre le comunica a su chica un ascenso y un gran empleo, ella debiera alabarlo. *Me alegra que te hayas apuntado ese poroto, John. Ahora eres un jefe importante y podremos casarnos.* Si leyera los avisos en las revistas *Verdad*, de Barclay, sabría que debía alabar al hombre antes que al padre.

— ¿Por qué viniste, Eleanor?

—Yo... yo... —Tropezaba con las palabras. — Supe que estabas enfermo. Estaba afligida.

— ¿Afligida por mí? No sabía que te importara tanto como para afligirte.

—Me gustaste desde el primer día —dijo Eleanor. El sol, brillando a través de la gran ventana, doraba sus cabellos. Su piel era de color marfil pálido dorado por la luz del sol.

—No lo sabía —dije—. Eres tan escurridiza...

— ¿Escurridiza?

—Pensé que lamentabas haber salido conmigo esa vez —dije—. Pensé que estabas enojada porque te hice demasiadas preguntas personales. No tenía la menor idea de que eras tan sensible.

Sus manos estaban plegadas en su regazo. Las contemplaba. Cuando los cínicos, en la mesa de los Directores, se reían de Noble Barclay, ella se estiraba hasta convertirse en un molde de acero.

—La gente siempre está haciendo preguntas. Creen que pueden averiguar algo más acerca de mi padre tratándome bien.

—Gracias —dije— por tu sincera opinión. Es agradable saber lo que alguien piensa realmente de uno.

Dió un salto y vino hacia la cama.

—Tienes que entender, Johnnie. No soy desconfiada. Es la forma en que la gente se ha comportado siempre conmigo. Ser su hija no es fácil, ¿sabes?

—Evidentemente has cambiado tu opinión sobre mí. Hay algo que agradecer.

—Lamenté haberme enojado contigo ese día —confesó—. Sólo que no sabía qué hacer. Nunca tuve la valentía de admitirlo, pero espero que me perdones. El color tímido se insinuó de nuevo en su cara. — Sinceramente, no lo creerás, pero yo acostumbraba esperar a que salieras de tu oficina, para bajar juntos en el ascensor, y que almorzaras en el *Village*, para poder estar juntos en el ómnibus.

— ¿De veras? —grité—. Ésa era la razón por la que iba tan a

menudo a la parte baja de la ciudad. ¿No sabes que yo vivo en la parte alta? Me gustaba viajar en el ómnibus contigo...

—Una vez dijiste que tenías prisa, tomaste un auto y me preguntaste si podías llevarme. ¿Recuerdas?

—Apenas saliste del auto, le ordené al conductor que diera vuelta y me llevara de nuevo a la parte alta de la ciudad.

— ¿De veras? —gritó ella.

—No andemos por las ramas —dije—. Estoy loco por ti, y no sé si tú me quieres o me odias. Cada vez que traté de concertar una cita, sacabas esos aires de gacela asustada...

—Tenía miedo.

—No de mí, por cierto —reí—. Pensaba que me querías dar calabazas porque yo era una especie de entrometido respecto de tu "viejo". Temía que quisieras a un tipo que creyera en eso de purgarse el inconsciente y que los secretos son llagas ulcerosas. Para mí, eso es un montón de...

— ¡Calla! —dijo—. Por favor, no hablemos de eso.

—Si hemos de continuar, debemos hablar de ello.

— ¡Por favor!

— ¿Cómo podemos ser amigos, cómo podemos siquiera significar algo el uno para el otro, si tenemos miedo de hablar acerca de algo tan próximo a nosotros como es eso? Por otra parte —no pude evitar parecer gracioso—, ¿no es ése el dogma fundamental? Encarar la verdad, desenterrar la vergüenza, confesar...

—Quiero a mi padre.

Lo dijo como si yo le hubiera negado ese derecho. Sus ojos parecían oscuros porque sus pupilas estaban dilatadas, y en su cuello se levantaban firmes cuerdecillas.

—Naturalmente —dije—. Naturalmente, es tu padre. Es natural que lo quieras.

Se agachó sobre la cama. Su voz era baja y monótona, sin inflexiones:

—Él cree cada palabra que dice. Todo lo que escribe es completamente sincero. La *Introducción...*, es su propia historia. Atravesó el infierno, se rescató a sí mismo, y cree que puede rescatar a otras personas.

—Quisiera que no fueras tan desgraciada, muchacha. —Busqué

su mano.

Eleanor sonrió, volvió a resplandecer y su mano descansó, caliente, en la mía.

— ¿Qué te hace pensar que soy infeliz? Quiero que creas en mi padre. No necesitas creer en la *Verdad compartida*, pero sí creer en él, un buen hombre, un hombre sincero.

Mi mano se endureció sobre la suya.

—Bueno, creo que es sincero.

— ¿De veras?

Se me consideraba un hombre enfermo, pero mi fuerza era notable. Abracé a Eleanor y la eché cerca de mí sobre la cama. Infortunadamente, la enfermera entró y nos vimos obligados a separarnos.

Eleanor se quedó una hora. Hablamos de mi nuevo puesto y estuvo diciéndome lo importante que era.

—Hay algo acerca de papá que nadie puede negar. Es un brillante hombre de negocios, y nunca te habría dado ese hermoso puesto si no lo merecieras.

Yo era capaz de alzarme contra la lisonja de Barclay, pero la alabanza de Eleanor me convencía en un ciento por ciento respecto de ese brillante y joven director, John Miles Ansell. Trabajo fuerte, inteligencia, tacto y buen sentido... Así fué como llegué a ser un triunfador a los veintiséis años.

Después de cinco días en el hospital, me dejaron en libertad. El médico prescribió algunos días de descanso, y Barclay me dijo que podía tomarme unas vacaciones pagadas durante dos semanas. Fui a casa a ver a mi madre, y a jactarme del nuevo puesto ante la familia y los amigotes. Quedaron muy impresionados. Después de todo, eran doscientos dólares semanales.

Después de algunos días, la adulación dejó de satisfacerme. Quería volver a mi trabajo y ver a Eleanor. A través de una llamada de larga distancia me había dicho que me extrañaba.

El jueves seis de diciembre, justamente dos semanas después del alboroto, volví al trabajo. Mis bolsillos estaban llenos de notas apuntadas en sobres viejos y tarjetas comerciales. Eran brillantes ideas para las *Selecciones Verdad.*

Todo el mundo vino a felicitarme en mi nueva oficina. En la pared, sobre mi escritorio, colgaba una fotografía autografiada de

Noble Barclay, a su querido amigo John Miles Ansell. Precisamente debajo, había una bandeja de cromo con un porrón térmico y un vaso. Estaban hechos de material plástico de color verde, para armonizar con la decoración interior, pero, por lo demás, eran idénticos a la botella azul y el vaso de la oficina de *Verdad y Crimen*.

Hice una promesa. Por más sed que tuviera, nunca tomaría un trago de ese porrón. En las últimas dos semanas había estado tratando de imaginarme las acciones y los motivos de la persona que había tratado de envenenarme. Cualquier paniaguado de la oficina podría haber hecho el chiste. Todo el personal había sabido que yo iba a trabajar tarde esa noche. La señorita Kaufman había recibido instrucciones de decirle al sereno que yo volvería a las once. En cambio, yo había vuelto a las siete y media. Quienquiera que hubiera echado una dosis de veneno en el porrón azul debía haber inspeccionado mi oficina mientras yo estaba comiendo chuletas de cordero en el *Grille*.

La mayor parte del personal salía a las cinco y media. Los que permanecían se dedicaban a trabajos extraordinarios: concluir manuscritos, leer pruebas, cotejar copias, examinar cuentas. Nueve de cada diez, ninguno hubiera advertido intrusos en mi oficina. Tantas eran las excusas legítimas que él —o ella— podía haber alegado, que una visita así difícilmente se habría considerado una intromisión. Ni siquiera se la habría recordado.

Todo el que trabajaba después de las siete firmaba el libro cuando salía. Por lo tanto, pensaba yo, el bicloruro habría sido echado en el agua del porrón azul entre las cinco y media y las siete, probablemente.

Si yo hubiese muerto esa noche, se habría hecho, ciertamente, la autopsia, seguida por una investigación. Pero la policía habría tropezado con una docena de callejones sin salida antes de encontrar el camino recto. Yo era un empleado nuevo; no tenía enemigos en la oficina. Mis disputas con el patrón y su ayudante se habían referido a política editorial. Ningún policía cuerdo hubiera considerado que eso era un motivo para asesinar. Es mucho más simple despedir a un empleado incómodo que hacerlo matar.

Ninguno en la oficina tenía la menor sospecha de juego sucio. Para todos, excepto yo mismo, el eslabón entre mi pelea por la historia de Wilson y el así llamado envenenamiento por el plato de

mariscos, permanecía invisible. Y a veces me preguntaba si esa noche yo no había estado delirando.

Quería escuchar chismes oficinescos, y le hice algunas preguntas discretas a mi secretaria.

Lo que le preocupaba a la señorita Kaufman era el hecho de que yo hubiera comido un plato de camarones.

—Pensé que era usted alérgico. Recuerdo muy bien que una noche, cuando trabajaba hasta tarde, señor Ansell, me pidió usted que le hiciera enviar su comida, y dijo que comía de todo menos mariscos. Dijo que era alérgico a la langosta, los cangrejos, las almejas, las ostras y los camarones.

—Muy bien, señorita Kaufman, soy alérgico. Pero esa noche no me importaba. Ordené buche de cordero, pero tardaban tanto en cocinarlo, que le dije a la camarera que me trajera una cazuela de camarones. No puedo digerir los camarones, y ésa es la razón por la que estoy enfermo. ¿Está satisfecha?

—No es de mi incumbencia. —La señorita Kaufman estaba revolviendo en el fondo de la gaveta del escritorio. Me daba la espalda, y estudié las curvas bajo su delgado vestido de seda. — Es mejor que se lo lleve a su casa.

— ¿Qué es eso?

Me tendió un manuscrito envuelto.

—La historia de Wilson.

Mientras me hallaba afuera, el número de febrero de *Verdad y Crimen* había entrado en prensa. Munn había conseguido a uno de los redactores para que terminara el escrito de Dot King. Todas las copias de la historia de Wilson habían sido destruidas.

—El señor Munn me pidió que las llevara a la oficina —dijo la señorita Kaufman—. Pensó que yo haría sólo las tres copias habituales, pero siempre hago una copia extra para el autor, para el caso que alguna vez quisiera hacer un libro. Es mejor que ponga esto donde nadie pueda encontrarlo.

—Gracias, señorita Kaufman. Y mire, ¿puede conseguirme un gran retrato de una ensalada o cazuela de camarones?

— ¿Ensalada o cazuela de camarones, señor Ansell?

—Muy grande y preferentemente en colores. Quisiera ponerle marco.

— ¿Para qué?

—Para colgarlo en mi escritorio —dije—. Así no podré olvidar nunca por qué estoy aquí.

Abrió unos ojos asombrados y movió despaciosamente su cabeza. A menudo he visto el mismo aire en el rostro de mi madre, y el mismo movimiento perplejo de cabeza.

A las doce y media me lavé las manos y me peiné cuidadosamente. Quería celebrar mi ascenso llevando a Eleanor a un restaurante de lujo.

Munn estaba en el lavatorio.

—Felicitaciones, joven. —La boca de clown se curvó como si su sonrisa hubiera sido dibujada con pintura grasosa.

Sumergí mis manos en el agua caliente.

—Gracias, señor Munn.

—Un gran honor para un joven como usted. Muchas personas que le doblan en edad darían sus colmillos por una oportunidad como ésa.

—Me han extraído los colmillos. Se los regalé a mi vieja y querida *Alma mater*, la Universidad de los "Golpes Fuertes"{6}.

Hizo un esfuerzo por reír.

—Cuando Barclay me preguntó respecto de su ascenso, le di mi franca opinión sobre su capacidad. Quizá pueda usted adivinar lo que dije. —Me miró, expectante, aguardándome como si yo fuera su compañero de minué. — Siempre he admirado su talento. Aun cuando me haya visto obligado a divergir con usted en ciertas materias de política, respeté sus opiniones.

Esperé que mi rostro denotara desprecio. Si hay alguna criatura más baja que la víbora es el paniaguado. Ahora que había llegado a ser el director de la mejor revista de Barclay, Edward Everett Munn estaba de mi lado. Siempre había respetado mis opiniones.

—Almorcemos juntos algún día —dijo, mirando su reloj pulsera —. En mi club. Discúlpeme, ahora estoy apurado. Tengo una cita.

Me preocupé muchísimo con la raya de mi cabello y maniobré en mi corbata. Luego vagabundeé hacia la oficina de *Verdad y Amor*, haciéndome el que caminaba despacio para no parecer demasiado ansioso.

— ¿Qué hay del almuerzo? —pregunté, abriendo la puerta de par en par.

— ¿Qué hay? —dijo Lola Manfred como un eco.

— ¿Dónde está Eleanor?

—Se fué a almorzar.

Sentí vértigos.

— ¿A almorzar? ¿Sola?

—Se fué con alguna de las chicas, creo.

—Pero yo...

— ¿La invitaste?—interrumpió Lola—. Me parece que ella estuvo esperando durante toda la mañana una invitación. Ése es el inconveniente con ustedes los hombres. Siempre están seguros de nosotras. —La voz de Lola, impostada habitualmente como para que la oyeran los sordos a tres millas de distancia, sin aparatos para oír, se suavizó. — Sácala de aquí, Johnnie. Si quieres a la chica, sácala de este condenado agujero.

La miré con asombro. Por vez primera desde que conocía a Lola, entendí lo que la gente quería decir cuando hablaba de su marchita belleza. Como todo lo demás en las oficinas de Barclay, la leyenda de Lola Manfred me había parecido falsa. Allá por 1920, Lola había sido una poetisa delgaducha, la festejada de *Greenwich Village*. Se decía que había abandonado a un esposo millonario en París, para vivir su propia vida, para escribir delicados versos sobre el amor y la muerte, y morirse de hambre.

Eso sucedió hace tiempo. Era difícil asociar a la directora de *Verdad y Amor* con una muchacha delgadita, que había escrito un libro delgadito de melancólicos pequeños poemas. Las piernas de Lola eran todavía deliciosas, pero el resto de su cuerpo se había puesto groseramente gordo, pura hinchazón y alcohol. Tenía los ojos de criatura, redondos y anchos, y azules como flores.

— ¿Cuánto tiempo has trabajado aquí, Lola?

—Infinitas centurias. Sólo Dios es lo bastante viejo para recordarlo.

— ¿Por qué lo llamaste un condenado agujero?

Me miró melancólicamente, ladeando la cabeza y estrechando sus ojos azules.

—Estoy cansada, Ansell. Soy una mujer cansada.

— ¿Quieres almorzar conmigo?

— ¿Segundo violín? Hubo un tiempo en que me pedían por mí misma. ¡Ah, recuerdos! Eso es todo lo que queda de la vieja cortesana. ¿Dónde almorzaremos?

Me sentí galante. Me veía como uno de aquellos desencantados jóvenes de 1925, bebiendo hasta la muerte por el amor de Lola Manfred.

— ¿Qué te parece el *Algonquin*?

Bostezó.

—En lo que a mí respecta, me es igual un bar que otro.

Se pasó las manos por el cabello, se aseguró a un lado de la cabeza un sombrero de pirata con un puñal cayendo sobre el ojo derecho, se echó una gastada capa de piel sobre los hombros, frotó la punta de sus sandalias contra sus medias, y salió. En el vestíbulo, mientras esperábamos el ascensor, se contempló en el espejo.

— ¿No dirías que esa cara te recuerda al viejo Gorgonzola? Un viejo, viejo Gorgonzola hecho con leche de cabras escrofulosas.

El ascensor se detuvo para nosotros pero Lola no prestaba atención. Estaba buscando entre las antiguallas de su bolso. Al fin sacó un enmohecido lápiz labial. Con movimientos menudos y acariciadores de su venosa mano pintóse un arco de Cupido. Un nuevo grupo de empleados de Barclay se estaba amontonando ante los ascensores.

— ¿Cómo diablos conseguiste ese puesto de primera clase? —preguntó Lola. Su voz podría haber convocado al ganado para que retornara hacia las casas desde campos lejanos.

Sacudí su codo. En el grupo que nos rodeaba había, probablemente, uno o más de los espías de Munn.

Implacable, anunció:

—No es que se lo envidie a un joven ambicioso, pero lo que me despista es saber cómo un tipo limpio como tú ha podido conseguir un lugar en este basurero. ¿Has descubierto también tú dónde está enterrado el cadáver?

Dejamos que pasaran tres ascensores. De pronto, Lola decidió que había finalizado el trabajo artístico sobre su boca, y me empujó hacia el ascensor. Alguien se precipitó detrás de nosotros. Olí agua de colonia y menta. Era Munn, vestido como un *clubman*, con sobretodo de cuello y solapas de terciopelo y sombrero *derby*.

—Así es como conservo mi puesto —me confió Lola en su resonante voz de contralto—. No sólo sé dónde está enterrado el cadáver. He conseguido mapas. Una x señala el lugar. Estoy escribiendo mi autobiografía y cuando se publique colgará del árbol

de la horca un fruto jugoso.

El ascensor saltó en una parada. Munn se excusó mientras forcejeaba más allá de nosotros. Lola, a sus espaldas, se frotó la nariz con el pulgar.

Tomamos un taxi para el *Algonquin*. El vestíbulo estaba lleno de gente esperando vorazmente reconocer a las celebridades, o ser reconocida por ellas.

—En veinte años —dijo Lola— nada ha cambiado en este vaciadero excepto el modo de vestirse. Cuando comencé a venir aquí, las polleras eran tan cortas que si soplaba brisa se veían hasta los portasenos.

Una multitud esperaba en la puerta del comedor. El *maître* me miró con indiferencia, pero cuando vió a Lola, pareció un padre cuya hija vagabunda ha retornado. En pocos segundos estábamos sentados en una de las mejores mesas.

—Hace mucho que no la vemos, señorita Manfred —dijo el *maître*, y se inclinó sobre nuestra mesa como Essex ante Elisabeth.

—Eso es lo que dice usted a todas las muchachas —dijo Lola.

—Solía usted venir todos los días, señorita Manfred. —Los ojos castaños del *maître* tenían un aire de reproche. — ¿Ya no le gustamos?

—Ahora ya no duermo con la mejor camarilla literaria. ¿Quiere usted hacer el favor de ordenar que uno de sus bonitos camareros se precipite a nuestra mesa con tres *old fashioned?*

— ¿Tres, señorita Manfred?

—Dos para mí y uno para mi joven amante.

El *maître* se retiró, sin inmutarse.

—Eres irritante —dije yo—. ¿Por qué tienes que alardear siempre?

—Soy demasiado perezosa para escribir poesía. Y la autoexpresión que me permiten mis deberes en *Verdad y Amor* no satisface mi naturaleza exhibicionista. —Se sacó el sombrero pirata, lo puso en una silla, a su lado, se miró la cara en el espejo, gritó: “¡Qué Gorgonzola!”, y le envió un beso a alguien en el otro extremo del salón.

Cuando el camarero nos trajo nuestras bebidas, Lola levantó la suya en un brindis.

— ¡Por la penosa muerte de Noble Barclay!

— ¿No puedes encontrar otra forma de ganarte la vida? —pregunté—. Es ir demasiado lejos.

Levantó la copa y me miró de soslayo a través del hielo y del licor.

—Quisiera que terminaras de hablar todo el tiempo de él. Vine aquí para olvidar.

—Fuiste tú quien propuso el brindis.

Una camarera nos puso *menus* entre las manos. Dos veces le pregunté a Lola qué le gustaba para almorzar. Se estremeció delicadamente. Ordené *vichyssoise*, hígado, y jamón y ensalada para ambos. Un hombre hizo un gesto a través del restaurante, en su dirección, y ella le arrojó besos con ambas manos.

— ¿No se está volviendo repulsivo, sin embargo? —me preguntó, y sonrió al hombre.

Cuando hubo terminado la primera vuelta, dijo:

—Te sorprendería si te dijera cuánto hace que leí por primera vez la Biblia de Barclay.

—Pensé que no querías hablar de ello.

—La leí antes que seis millones de imbéciles le hubieran pagado sus buenos pesos; antes que se tradujera a dieciséis idiomas. Afirmé que era un mazacote y que cualquiera que soltara un dólar por ella sería conducido al manicomio. Profética, ¿verdad?

—Lo has estado diciendo desde entonces. Al menos desde que te conocí.

—Es mi opinión. Puede ser verdad, pero, verdadera o errónea, es mi opinión.

Un hombre obeso se paró al otro lado de nuestra mesa. Lola levantó despaciosamente sus ojos hacia él.

— ¿Por qué no te he visto antes, hermosa? —preguntó el hombre obeso.

— ¡Querido!—exclamó Lola—. He estado semanas pensando en ti. Debemos encontrarnos. Llámame por teléfono pronto. —Después de haberse ido, me dijo: — Debí habértelo presentado, pero no recuerdo su nombre. Creo que tuve relaciones con él. Es un idiota.

Se puso a tomar su segundo trago. Había algo infantil en la forma en que sostenía la copa con ambas manos, e inclinaba la cabeza como un chiquillo con un vasito de leche. Mirándome a través de la copa, me preguntó:

— ¿Recuerdas a Coué?

— ¿Era él también uno de tus amantes?

—No seas tonto. Era francés.

—No pensaba que tuvieras prejuicios contra ninguna raza, color ni credo.

—Quiero decir que era un francés que estaba en Francia. Vino por aquí en una gira de conferencias, pero nunca lo oí. Lo que quiero decir es que me reí de su libro; pensaba que la autosugestión era pura cháchara. Me ponen histérica todos esos libros de psicología y Unidad, y el Ayúdate-a-ti-mismo-para-ser- sano-y-rico, de los Rosacruces. Una vez me llevó un muchacho amigo a la reunión de un grupo de Oxford y aparecí en el bar más próximo. Te estoy dando cuenta de mis actos. —Su voz se suavizó y exclamó, dirigiéndose al centro de la sala:

¡Burlaos, burlaos, Voltaire, Rousseau,
burlaos, pues todo es en vano!
Arrojáis la arena contra el viento,
y el viento la devuelve.

"Cuando escriba mi autobiografía, la llamaré "Arena contra el viento".

—Es un hermoso poema. No has perdido tu estilo.

—Es amable de tu parte, Ansell; muy, muy amable. Hablaré de ti en mi libro. El joven que me hizo el último requiebro. Asóciame con Blake.

Fruncí el entrecejo. Su cháchara brincaba más allá de mi torpe inteligencia.

—Blake —dijo con énfasis—. Blake, William, poeta inglés, 1757-1827. Probablemente, te han hablado de él en el colegio.

No me importó el sarcasmo. El nombre del poeta hacía sonar una campana en mi memoria. La campana doblaba, pero no podía recordar por quién doblaba.

Lola seguía charlando. Había dicho que quería olvidarse de Barclay, pero él se había vuelto su obsesión. Todos los caminos conducían a la *Verdad compartida*.

—No son tan distintos, ¿sabes?, Buchman y Barclay. Buchman hizo triunfar el Movimiento de Oxford, porque el Rearme Moral proporciona la exaltación de la confesión. La confesión pública,

recuerda. Unos cuantos creyentes sinceros se juntaban y se aliviaban recíprocamente contándose el condenado tiempo en que habían sido inmorales. Allá, en Bible Belt, cuando era niña, solía concurrir a reuniones de sectas religiosas, y presencié la misma clase de excitaciones, bajo la lona.

— ¿Estás defendiendo a Barclay? —pregunté.

—Me lo estoy explicando a mí misma. Tengo que decírmelo una y otra vez, o de lo contrario me mataría por puro disgusto de la raza humana. ¡Lo que cree la gente! ¿Te han psicoanalizado alguna vez?

—Gracias, no tengo inhibiciones.

—En tu calidad de brillante intelectual, es probable que consideres el psicoanálisis como la última palabra de la patología espiritual.

—Espiritual no es un término científico. Debieras ser más precisa cuando entablas estas discusiones.

—Pareces un profesor. Lo que quiero decir es esto: En el psicoanálisis no sólo consigues un alivio enunciando tus pecados y extrayéndolos del misterioso infierno de la inconsciencia, sino que simultáneamente transfieres tu culpa al doctor. Barclay utiliza algo de la misma técnica. Mira la *Introducción* de su libro. Por malos que crean ser los pobres idiotas, Barclay es peor. Ha cometido todos los pecados del calendario y quisiera cargar con las aflicciones de sus seguidores. Las depuraciones de la *Verdad compartida* en forma barata, fácil y popular. No tienes que pagar al doctor ni temer las torturas del infierno. Es el psicoanálisis de la gente pobre. Encuentras un amigo íntimo, consigues apasionarlo respecto de la *Verdad compartida*, y luego confiesas tus pecados, tus debilidades, tus pensamientos secretos, te azotas a ti mismo hasta el histerismo, te liberas del sentido de la culpa y, ¡zas!, querido, la liberación.

—Lo pintas como algo demasiado sencillo.

—Todas las teorías son simples para la gente que las cree. Cuando el atormentado corazón clama por un consuelo, no interesa mucho con qué método se cura el dolor. No importa lo que creas, mientras *puedas* creer.” ¡Burlaos, burlaos, Voltaire.”

La camarera nos trajo sopa helada. Lola sorbió dos cucharadas y pidió otro trago.

— ¿Crees que Barclay se explica a sí mismo en esa forma? Crees que sabe que se lo debe todo a los psiquiatras, los psicólogos, los

teólogos, los teósofos, los curanderos, los curas, los médicos brujos y los antiguos dioses?

— ¿Por qué tendría Barclay que explicárselo? —preguntó Lola —. No necesita hacerlo. ¿Por qué explicar un milagro que te reporta cientos de miles de dólares cada año?

—De todos modos, me parece un hombre sincero —dije—. Ciertamente, no se refrena cuando habla o escribe sobre su pasado culpable, y no puedes negar que practica lo que predica. Burlémonos o no de él, Lola, pienso que Barclay cree haber conseguido la fórmula verdadera para la salud y la felicidad, y quiere compartirla con el mundo.

—A un dólar el volumen, a tres cincuenta, encuadernado en marroquí. Y suscripciones anuales a sus revistas.

—Eso no lo hace menos sincero. La mayoría de los caminos hacia la felicidad rinden un alto peaje. El moderno Mesías no puede caminar descalzo.

— ¿Qué vale la sinceridad? —Lola lanzó la frase hacia un salón lleno de complacientes celebridades. — ¿Qué valor tiene la sinceridad excepto para el hombre que la aprovecha? Estamos rodeados por multitudes capaces de creer sinceramente en cualquier cosa, en cuanto les reporta un buen vivir. ¿Acaso no creían los fascistas en el fascismo, especialmente los grandes fascistas cuyas actitudes les producían ganancias? Nada hay en el mundo, amigo mío, tan sincero como el interés personal.

El camarero se paró frente a nuestra mesa, oyendo la conversación de Lola. Ella lo advirtió al fin, empujó el plato de sopa hacia él y dijo:

—Suerte la tuya. Puedes ser sincero respecto a tu trabajo. No es difícil creer en una buena comida.

—Gracias, *madame* —dijo el camarero.

—Quisiera otra copa.

—Ninguna hasta que hayas comido —dije yo.

—Enérgico, ¿no? —Lola se había enojado. — Linda cosa, emborrachándome y preguntándome un montón de cosas imprudentes. Y ahora que te has sacado el gusto, te vuelves tacaño.

—Come tu almuerzo. Cuando limpies el plato, te haré traer otro trago.

Otros cinco hombres más vinieron a la mesa. En cada

oportunidad, se desarrollaba una reunión amorosa, seguida por una falta de memoria o la noticia de que el ex amante no era *sino* repulsivo. Cuando terminó su ensalada le dije al camarero que trajera café para mí y un brandy doble para la dama.

— ¡Cómo me entiendes! Te incluiré en mis memorias. John Ansell, un joven hermoso y de talento. ¿Qué te parece?

—Espléndido. Con tal que no digas que fui tu amante.

— ¡Qué poco galante!

—Prefiero vender mis amores al menudeo.

Dejé que terminara su brandy antes de hacerle otras preguntas. Mientras encendía su cigarrillo, dije:

—Debes haber conocido a Barclay hace tiempo.

Suspiró.

—Más tiempo, querido, de lo que yo quisiera.

— ¿Fué uno de tus amantes?

—Retira lo dicho o me voy de la mesa.

—Quizás lo fuera Wilson —dije, mirándola todavía en los ojos. Era un tiro en la oscuridad, pero no demasiado inexacto. La campana que doblaba al nombre de Blake me había recordado que la colección de Wilson incluía una cantidad de valiosos ejemplares de Blake.

— ¿Quién, querido?

—Warren G. Wilson —repetí.

No cambiaron ni su actitud ni su expresión. Una mano, surcada de venas azules, siguió sobre la mesa. La otra sostenía la copa de brandy. Su rostro no sufrió alteración. Ningún músculo se estiró ni se contrajo. Sentí, más que vi, la contracción y el encogimiento.

—Warren G. Wilson —repetí.

—Nunca oí hablar de él.

Lola terminó su brandy, se echó hacia atrás en la banqueta y acusó a uno de los mandaderos de robarle su sombrero. El *maître* se precipitó para aplacarla mientras el mandadero y yo nos arrastrábamos por debajo de la mesa. No encontramos el sombrero hasta que Lola lo alzó. Había estado sentada sobre el mismo.

—Éste es un plan para desacreditarme. —Sus manos alisaron el sombrero como si estuvieran consolando al vejestorio por algún cruel insulto. Luego se colocó el sombrero en un absurdo ángulo, y se olvidó de todo el asunto. Mientras salíamos del hotel, se detuvo

para hablar con otro par de ex amantes. Ambos, me confió cuando estábamos en el taxi, eran inmundos bastardos.

—Y tú no eres mucho mejor. El detective más apocado que he visto en mi vida. ¿Por qué no aprendes los trucos? Puedes seguir un curso por correspondencia, cinco dólares al contado y cinco mensuales.

Su voz era áspera. Había tratado de ser graciosa y no lo había conseguido. Durante el resto del camino de regreso al Edificio Barclay, miró a través de la ventanilla.

Eleanor estaba leyendo pruebas en la oficina de *Verdad y Amor*. Estaba seria y hermosa, vestida de oscuro, con un blanco cuello duro y puños almidonados. La oficina olía a flores recién cortadas. Sobre el escritorio de Lola había un jarrón con rosas "Bellezas Americanas". No estaban allí cuando salí de la oficina, y me pregunté celosamente quién se las habría mandado a Eleanor.

— ¿Almorzaste bien? —preguntó Eleanor.

—Soberbiamente —dijo Lola—. Es un sueño, una persona de la antigua escuela. Paga cientos de tragos y no espera nada por ello. — Su voz era áspera y yo podía decir que estaba todavía dolida por la herida que le infligiera mi ignorancia.

—Lo siento, si dije algo inconveniente, Lola. Por cierto que no quise herir tus sentimientos.

—Estoy ensangrentada, pero me mantengo en pie —dijo Lola. Luego advirtió las flores. Miró acusadoramente a Eleanor.

—Hace demasiado calor aquí —dijo Eleanor con aire de disculpa —. Abrí la caja y las coloqué en agua. Siempre me duele ver marchitarse las flores. Tampoco esta vez había tarjeta.

Lola arrojó el sombrero pirata en un rincón. La capa de pieles yacía amontonada sobre el suelo. La pateó con el extremo de una chinela de gastado cuero. Lola debía de estar cerca de los cincuenta, pero hizo un aparato como si fuera una chiquita malcriada de tres años.

Eleanor levantó el sombrero de Lola, lo limpió y lo colgó. Sacudió el polvo de la capa de pieles.

—No necesitamos conservarlas en la oficina —dijo—. Se las daré a las chicas de la pieza de recibo. Siempre son tan agradecidas. Volveré en seguida, Johnnie. — Y Eleanor sacó las rosas de la oficina.

Lola se arrastró también hacia afuera, y volvió a la puerta para decirme que tenía que hacer pipí. A los pocos minutos volvió Eleanor.

— ¿Qué sucede con ella? —dije—. ¿Por qué se irritó de pronto?

Eleanor se encogió de hombros.

—Bebió demasiado en el almuerzo, me parece. En seguida se repondrá.

—Debe ser muy agradable trabajar con un temperamento así.

—Lo siento por ella. Últimamente ha sido desgraciada. Es una mujer tan desgraciada. —Eleanor miró la mancha de agua dejada por el jarrón sobre el escritorio de Lola.

Yo todavía dudaba respecto de las flores y dije con cautela:

— ¿Por qué la irritaron tanto las flores?

Eleanor enjugó la mancha.

—Siempre la enojan las “Bellezas Americanas”. Esto ha venido sucediendo desde hace meses. Probablemente odia a la persona que las envía.

Abandonamos el tema. Yo estaba menos interesado en las irritaciones de Lola que en los encantos de Eleanor. El cuello duro y el traje sobrio la hacían particularmente seductora. La besé. Se ablandó entre mis brazos, se acurrucó contra mí, me dejó besarle la frente, el cuello, la boca.

—Eres maravillosa, Eleanor. Cualquier otra muchacha estaría vigilando la puerta y me recordaría que alguien puede entrar.

—No me importa que sepan que te quiero.

¿Qué puede hacer un hombre con una muchacha como ésa, una muchacha que usa cinturón de castidad pero que le tiende a uno la llave? Ya que ella no se preocupaba de que nos pillaran en la oficina, era yo el único que debía recordar los convencionalismos.

Me enderecé la corbata y me peiné.

—Yo quería llevarte a almorzar conmigo, maravillosamente, a algún bodegón costoso, pero tú hallaste una escolta mejor. ¿Qué dices de una cena?

—Se está cocinando.

— ¿Qué se está cocinando?

—La cena.

— ¿Qué cena?

—La nuestra, tonto.

—Seré un tonto —dije—, pero tu zumba me pone perplejo. Te estoy invitando a cenar conmigo.

—Y yo te estoy diciendo que nuestra cena la está preparando Brenda, que trabaja para mí por las tardes. Has estado enfermo y no debes andar por ahí, comiendo en restaurantes. Brenda está preparando una comida simple pero substanciosa.

La besé de nuevo. Yo era un tipo feliz. La chica me quería. Se preocupaba de mi salud. Planeaba mis comidas. Me dejaba besarla tanto como quisiera y no le importaba quién pudiera saber que me quería. Hubiera sido esa la mejor tarde de mi vida si no hubiera sido por Blake. El mismo Blake, William, poeta inglés, 1787-1827.

En una ciudad de siete millones, sería posible encontrar tres personas que conocieran y gustaran el mismo poeta, lo citaran y coleccionaran sus obras. Había una conexión lógica entre los gustos de Lola y los de Eleanor. Trabajaban juntas y probablemente hablaban de autores y libros. Así me lo imaginé al ver el nombre del poeta escrito sobre el lomo de tres volúmenes, en el departamento de Eleanor.

Había ido a la cocina a preparar un *Martini*. Yo vagaba por la habitación, mirando sus cosas, advirtiendo qué confortablemente había puesto el departamento. Cuando Eleanor había venido al hospital a verme, me había contado algo sobre sí misma, y supe qué lucha debió tener para convencer a Noble Barclay que prefería vivir sola en tres habitaciones, en *East Tenth Street*, que disfrutar el lujo de su departamento sobre la Quinta Avenida.

Había comenzado a leer los títulos del segundo estante cuando Eleanor volvió con los *Martinis*. Bebimos a nuestra salud y comenzamos a hacernos el amor. La cocinera mulata siguió entrando y saliendo, preparando la mesa y simulando que no nos veía.

Los *Martinis* estaban excelentes. Las aceitunas no tenían hueso, y los vasos habían sido enfriados. La piel de Eleanor era fresca y suave como una flor recién sacada de la heladera del florista. Se hallaba entre mis brazos y yo estaba mirando por sobre su hombro el segundo estante, cuando mis ojos tropezaron en el volumen de Blake.

Eleanor sintió la tensión en mi cuerpo y se retiró.

— ¿Qué sucede?

—Nada.

— ¿Por qué te retiraste?

—Yo no me retiré.

—Perdóname. Me iré a lavar. —Salió, caminando erguida. No la llamé para que volviera, ni la besé de nuevo, pero me dirigí directamente hacia los estantes.

El primer Blake era una edición moderna, publicada en 1937, ilustrada con reproducciones de los dibujos del poeta. Una etiqueta plateada dentro de la cubierta posterior indicaba que había salido de una librería de *Greenwich Village*. El segundo era una biografía del poeta. Y había un viejo volumen, probablemente un ejemplar de coleccionista y que valía muchísimo dinero. Había una dedicatoria sobre la guarda. Al leerla, mi corazón cesó de latir.

A la dama más gentil, Eleanor Barclay, de su
más humilde admirador, este *Valentine.*

W.G.W.
Febrero / 45.

Me llamó desde la pieza contigua, ofreciéndome otro *cocktail* y prometiéndome estar lista en tres minutos. Tres minutos eran como tres años. Recordaba la expresión de la cara de Eleanor cuando salió de la Sala de Señoras después de su sesión con Grace Eccles. Volví a colocar con aire culpable el Blake en el estante, y comencé a atizar el fuego. Los leños habían sido tratados con alguna preparación de sal y las llamas eran jirones líquidos, anaranjados y azules, dorados, púrpuras, escarlatas, con una lengua ocasional de verde sulfúrico.

— ¿Qué tal, Johnnie? —dijo Eleanor.

Vestía una cosa larga de terciopelo negro —una robe de dueña de casa, creo que lo llaman—, con falda ancha y cuello bajo. Usaba zarcillos antiguos, con piedras color rojo oscuro y un gran alfiler rojo, figurando un corazón, sobre su hombro. Era hermosa, era una dama, una dama gentil a la que un humilde admirador le había obsequiado, en calidad de *Valentine,* los poemas de Blake.

La cena estaba lista. Brenda encendió las luces. Retiré la silla de Eleanor, me volví formal y me incliné ante ella. La luz de las velas prestaba a su rostro un aire diferente. Lo maravilloso de esta muchacha era que podía parecer tantas personas diferentes: una inocente jovencita, o una bruja, o lo que llaman en nuestra oficina

una muchacha de oficina. O una dama gentil. Esto me debiera haber inducido a quererla más, querer las variables cualidades que impedirían el aburrimiento, pero yo estaba preocupado por las variables cualidades. La quería, pero no sabía qué esperar de la hija de Barclay.

Precisamente a la vuelta de la esquina del departamento de Eleanor, estaba el hotel donde había vivido y muerto Warren G. Wilson. Se podía llegar hasta allí en dos minutos. Pensé en Eleanor corriendo por *East Tenth Street*, con la chaqueta de tartán bien ceñida, y sus altos tacones repiqueteando sobre el pavimento.

La cena era buena. Brenda se llevó los platos de sopa y sirvió gallina asada, *bróccoli* y patatas asadas. Hubo bizcochos calientes, conserva de frutillas y un suave vino blanco. Era mi primera cena en su casa y estoy seguro de que Eleanor había pensado en ella, y había tenido una larga conversación con la cocinera.

La conversación seguía adelante, pero no tenía sentido. Una dama vestida de terciopelo negro divirtiendo a su huésped. Sírvase un poco más de gallina, por favor. ¿Le gusta este vino? Es un vino del Rhin. Los vinos del Rhin son mis favoritos. Hablamos de libros y le pregunté si le gustaba la poesía. Yo no había leído mucha poesía desde que salí del colegio, pero hablé como si dedicara tres noches a la semana a la *Browning Society*. Por fin me las arreglé para decir, como por casualidad:

—Veo que te gusta Blake.

—No locamente. Es demasiado místico, para mi gusto. La combinación de la ingenuidad y el misticismo me deja fría. —No había emoción en su respuesta. Los Blakes podían haber sido regalos de cumpleaños de antiguos condiscípulos. — Tenía un amigo —siguió— que trató de hacerme apreciar a Blake. Por eso tengo todos sus libros. —Hizo un gesto con la cabeza, en dirección a los estantes. — En realidad, he conocido dos fanáticos en mi vida.

Yo podía nombrar a sus dos fanáticos de Blake, Lola Manfred y Warren G. Wilson. En cambio, observé malhumorado:

—Hermosas tardes de “selecta intelectualidad” habrán tenido ustedes tres, juntándose para leer sus obras.

—Nunca lo hicimos. En realidad, no se conocían entre sí. ¿Por qué no comes, Johnnie? Debes comer, bien lo sabes. Estás adelgazando.

Era tan suave que esperé que su interés en mí fuera sincero, y no un intento de apartarme del recuerdo de los amantes de la poesía. Durante el resto de la comida habló rápida y alegremente. Todo lo que yo decía, fuera o no chistoso, la hacía reír. En esas circunstancias, su nerviosa vivacidad me impacientaba.

Brenda salió, y por primera vez Eleanor y yo estábamos solos en un lugar aislado. No traté de sentarme cerca de Eleanor en el sofá, sino que elegí una silla en el extremo opuesto de la pieza. Ella pareció desilusionada. Sus movimientos eran bruscos. Cambiaba de sitio con frecuencia. Por un momento estuvo dando la espalda a la chimenea, como si tuviera frío.

Me fui temprano. Mi excusa era razonable. Hacía poco que había salido del hospital, y el nuevo puesto me había agotado mucho. Necesitaba dormir.

—Sí, por supuesto, entiendo perfectamente —dijo mientras me acompañaba hasta la puerta—. Bueno, buenas noches.

No me tendió la mano ni me pidió que volviera.

Viajé hacia los altos de la ciudad, en la imperial de un ómnibus de la Quinta Avenida. Mis pies estaban fríos, y recordé qué bien se estaba en casa de Eleanor. Me molesté no sólo conmigo mismo, sino con William Blake y Warren G. Wilson. Un poeta místico y un magnate de las escuelas por correspondencia, difuntos ambos, estaban arruinando mi vida sentimental.

Mientras abría la puerta de mi departamento de soltero de una sola habitación, oí el timbre del teléfono. Lo atendí a tiempo. Era el capitán Riordan, mi amigo de la Central de Policía.

— ¿Ya ha publicado la historia de Wilson? —preguntó.

—¿Qué?

—El asesinato de Wilson, el tipo que tomó el nombre del curso por correspondencia. Fué asesinado el mes de mayo último. Creía que estaba usted por relatarlo.

—Claro que lo recuerdo. Me impresionó que me hablara para eso esta noche.

— ¿Impresionado? ¿Por qué?

—Coincidencia. Es que estaba pensando precisamente en esa historia.

Riordan era cordial, pero seguía siendo un policía. No sabía nada concreto acerca del asesinato de Wilson, y por supuesto no le

iba a contar que la chica que yo quería era capaz de parecer rubia y morocha, que usaba una chaqueta de tartán y que Warren G. Wilson le había enviado un *Valentine*.

—Han detenido a la mujer de la chaqueta de tartán —dijo Riordan.

—Siga.

—Salía achispada y tambaleándose de un bar de la Tercera Avenida, y le contó al agente, sobre el tambor, que ella era la muchacha que había subido en el ascensor hasta el piso décimotercero del hotel de Wilson la noche que lo asesinaron.

Traté de parecer indiferente.

— ¿Quién es ella?

—Su nombre es Arvah Lucille Kennedy. Encontramos el nombre en su bolso.

— ¿Ha confesado?

—Se desvaneció. Cuando se le pasó la borrachera, la interrogamos. Lo llamé porque usted me dijo que esa historia iba a salir este mes, y pensé que podría haber nuevas derivaciones.

—Gracias —dije—. Le agradezco que pensara en mí.

—No quería dejarlo mal al resolverle su *Misterio Indescifrado* antes que saliera la revista.

— ¿Cree usted que lo ha resuelto?

—Arvah sabe algo. De otra manera no se habrían necesitado seis meses y una tranca para que desembuchara.

Después que Riordan hubo colgado me senté en el sillón del estudio, y pensé en el *Misterio Indescifrado*. ¿Enrojecí? Los remordimientos saltaban en forma de gotas de sudor sobre mi frente. Me odiaba a mí mismo por haber admitido la sospecha de que Eleanor supiera algo del asesinato. Mi desconsuelo era tan grande que olvidé convenientemente a Grace Eccles y la expresión que tenía Eleanor al salir precipitadamente de la Sala de Señoras después de aquella sesión secreta. Olvidé hasta los camarones.

Disqué el número de Eleanor.

—Hola —dijo ella con la voz quejumbrosa de una mujer que ha tenido que salir de un baño caliente.

—Eleanor...

— ¡Oh, eres tú!

—Eleanor, creo que estás enojada conmigo. Debes pensar que

soy un chistoso terrible. Pero había una razón..., quizá no una razón tan buena, Eleanor, pero algo..., algo...

— ¿Qué razón?

Vacilé. ¿Qué pensaría ella si le dijera de pronto, por teléfono, que la había creído mezclada en un asesinato? Utilicé la primera excusa que me pasó por la cabeza.

—Mira, Eleanor, estoy loco por ti. Y temía hacerte la corte, temía que estuvieras enojada...

— ¿Me comporté de ese modo?

—Creo que soy un miedoso.

— ¡Oh, Johnnie! Y yo temía haber ido demasiado lejos, haberme portado como una atrevida. Pensé que te habías disgustado.

—Eleanor, querida. Eres maravillosa. Eres hermosa. ¿Puedo volver?

— ¿Ahora?

—Ahora mismo.

—Es demasiado tarde.

—Tengo que ir a decirte cuánto lo siento. Quiero decirte buenas noches como se debe. Quiero agradecerte esa maravillosa cena. Quiero decirte cuánto te quiero. Eleanor…

—Apúrate —dijo ella.

Bajé corriendo las escaleras, llevándome el sombrero y la chaqueta. En *Madison Avenue* traté de saltar a un coche detenido por una señal de parada. En el coche, un hombre estaba haciendo el amor a su chica, y me chilló que me fuera. Por fin, apareció un coche vacío, y le ordené al chófer que acelerara. Parecía que en cada intersección nos detenía el tránsito. Cuando llegamos a *Tenth Street* salté fuera antes que el conductor hubiera arrimado a la vereda. Eleanor debía haber esperado cerca de la ventana, porque el picaporte de la puerta comenzó a hacer ruido antes de que tocara yo el timbre.

Subí a saltos la escalera. La puerta del departamento de Eleanor estaba abierta. Me esperaba en el hall. Su cabello flotaba desatado sobre sus hombros, y vestía una túnica azul. La tomé en mis brazos.

—Por Dios, Ansell, pareces tonto con esa sonrisa en tu cara. ¿Qué estás urdiendo? —preguntó Tony Shaw.

Estábamos sentados en banquetas, en el mostrador del bar del Edificio Barclay. Eran las nueve y media de la mañana. Yo tenía

tanta hambre que había ordenado jugo de naranja doble, una taza de harina de avena, dos huevos, jamón, tostadas, masas danesas y café.

—Me siento con buena salud —le confesé a Tony, mientras terminaba mi comida de avena y comenzaba con el jamón con huevos.

Nunca me había sentido mejor en mi vida. Nunca había contemplado una mañana tan hermosa. Alejandro, al encontrar nuevos mundos para conquistar, era un patán comparado con John Miles Ansell. Amaba a Eleanor y ella me correspondía. Habíamos resuelto casarnos. Ella esperaba que nuestros chicos tendrían el cabello rizado, como yo, y yo apostaba por una hija que se parecería exactamente a su madre. Eleanor me confesó que se había aburrido al verme por primera vez, interesado la segunda, y enamorado la tercera. Yo no podía decir fechas, pero mi ardor suplía las deficiencias de la historia de mi pasión. Eleanor y yo éramos justamente el uno para el otro. Nos pertenecíamos. Nada en el mundo nos podría separar jamás.

Tony Shaw concluyó su café y salió. La camarera trajo mis masas danesas y una segunda taza de café. Alguien tomó la banqueta abandonada de Tony.

—Buenas, Ansell. ¿Cómo se encuentra el brillante y joven director?

Mi café se puso amargo. El mundo había sido tan hermoso, que había olvidado la existencia de culebras, piojos, cucarachas y de Edward Everett Munn.

—Buenos días —dije, y comí un poco más rápido.

— ¿Qué le parece si almorzamos juntos mañana? ¿Está usted disponible? Quisiera llevarlo a mi club.

Cuando Munn hablaba de su club, una solemne y casi reverente expresión aparecía en su rostro. No era hombre nacido para clubs; había conseguido uno. Ahora que yo tenía un buen puesto y había demostrado ser hombre de cierta importancia en la oficina, iba a ser patrocinado por un *clubman.*

—Gracias, pero no creo en los clubs. Promueven el sentimiento de clases. Hablando de clubs, soy algo comunista.

La camarera puso delante de él una taza de agua caliente y una bolsa de té. Sacó su reloj y lo colocó ante el platillo, mientras la

bolsita se mecía en su taza de té.

—Después de todo, el caso Wilson podría solucionarse.

— ¿El caso de Wilson? ¡Oh!, el *Misterio Indescifrado*. ¿De veras? —preguntó cortésmente.

—Sí, podría solucionarse. Probablemente el asesino de Warren G. Wilson está en manos de la policía, en este preciso instante.

Sin consultar su reloj, Munn arrancó la bolsita de té del agua caliente. La boca *clownesca* modeló algunas sílabas ininteligibles antes de preguntar:

— ¿Quién era?

—La dama de la chaqueta de tartán. Cayó anoche bamboleante en brazos de un policía, y confesó haber subido al piso décimotercero la noche que lo balearon.

— ¿Cuál es su nombre?

—Kennedy. Arvah Lucille Kennedy.

Levantó la bolsita de té por el cordoncillo y la colgó de nuevo en el agua caliente. Sus ojos estaban fijos en la taza como si nada hubiera en el mundo tan importante como la fuerza de su té matinal.

— ¿Ha confesado?

—Estaba tan borracha que se desvaneció en los brazos del agente. Lo último que oí era que estaba durmiendo la mona. Esperan tener la historia completa esta mañana.

—Ya es hora. —Munn dejó la empapada bolsita de té sobre su platillo, midió una cucharada entera de azúcar y exprimió un poco de limón en la taza. Sus labios se movieron, y pensé que estaba contando las gotas.

En el espejo, detrás del mostrador, entre las leyendas JUGO DE NARANJAS FRESCAS, 20 cts. y BANANA REAL, 35, cts. pude verlo soplar su té caliente. Sacó su cigarrera.

Al ofrecérmela, dije:

—Cada vez que hace eso le contesto que no fumo turcos. ¿No recuerda?

Hizo una mueca como si pensara que esto fuera una broma notable. Suponía yo que él fumaba turcos porque era tacaño y sabía que pocas personas iban a aceptar los cigarrillos que ofreciera. Cambié de opinión y tomé uno.

—Si yo fuera usted, no diría nada de esto al señor Barclay,

Ansell. No le interesaría.

— ¿Qué no le interesaría?

—Esa dama.

— ¿Qué dama?

—La dama de la chaqueta de tartán que esa noche subió al departamento de Wilson. Parecía usted excitado con respecto a ella.

Aparté el cigarrillo a medio fumar y encendí uno mío.

— ¿Por qué piensa usted que Barclay no va a interesarse? Todos están interesados en la solución de un misterio.

Aplastó la lumbre de su cigarrillo, y siguió su habitual rutina de vaciar el tabaco no fumado y hacer con el papel una bolita.

—No creo que me tenga usted simpatía, Ansell.

—Es usted demasiado sensible —dije—. Estoy seguro de no haber hecho nada para darle esa impresión.

—Siempre he tratado de ayudarlo; le he dado una mano cada vez que pude dársela, y usted siempre se rió de mí. Algún día —insinuó con un suspiro— usted necesitará ayuda. No carezco de poder en la organización.

—Gracias, pero no creo en los patrocinios. Soy ese tipo de persona que se defiende por sí misma. Como se suele decir: el que se levanta a sí mismo tirándose de la correa de las botas. ¿Por qué supone usted que me aumentaron el sueldo a doscientos semanales si no fué por mi trabajo y mi buena voluntad?

Su boca se movía.

—Se lo he advertido, joven. Si es tan listo como para valorar una indirecta... —Se deslizó fuera de la banqueta y salió sin concluir la frase.

Yo era demasiado listo como para tomar en cuenta la indirecta. Odiando a Munn y no queriendo que él, ni Barclay, ni ninguno más creyeran que yo era capaz de aceptar una coima, ni aun temporariamente, hice exactamente lo que Munn me había dicho que no hiciera. Estuviera o no interesado Barclay en la dama de la chaqueta de tartán, iba a oír hablar de ella. Aun en el caso de que la desconocida Arvah pudiera señalarse como la asesina de Wilson, Barclay estaba implicado en el asunto. Cuando en mis investigaciones privadas llegué demasiado lejos, alguien había deslizado una dosis de veneno en mi botella de agua. Luego había sido sobornado con un aumento grande y un puesto importante.

Probablemente, se había sobornado también a otras personas. ¿Y qué decir de la voz en la ambulancia? O había sido envenenado con camarones que nunca comí, o se deslizaron algunos arrugados billetes en la mano de un mal remunerado médico de hospital.

En lugar de dictárselo a la señorita Kaufman, yo mismo escribí a máquina el memorándum. No quería que hiciera preguntas ni que lo propalara. El memorándum, pensé, era un cebo gordo y haría que el pez picara.

MEMORÁNDUM
De la oficina de: J. M. Ansell
A: Señor Barclay
Fecha: 12/7/45
Ref.: Ms. 1028-VyC

Misterio Indescifrado (caso Warren G. Wilson)

De acuerdo con la información que hemos recibido privadamente mediante nuestros contactos con el Cuartel de Policía, este asesinato ha sido resuelto.

Como hemos gastado en la confección de esquemas, ilustraciones, etc., sugiero que compensemos el gasto haciendo reescribir parcialmente la historia, eliminando lo que se refiere al *Misterio Indescifrado*, y publicándola en VyC. Todos los puntos objetables, como la referencia a los licores espirituosos, la irreverencia hacia las escuelas por correspondencia, etc., pueden ser eliminados.

Cualquier objeción personal que usted pudiera haber tenido para la utilización de esta historia, se elimina manifiestamente por la solución del misterio.

Copia a E. E. Munn

Archivé la tercera copia, y cerré las otras dos, en sobres de oficina color manila, dirigidas a Barclay y a Munn, les pinté barras rojas *Urgente* y las coloqué en mi bandeja de salidas.

La señorita Kaufman entró, miró con desconfianza la bandeja de salidas, pero no preguntó por qué había escrito yo mis propios memorándums.

—Mejor es que se tome un intervalo —dijo—. Al señor Barclay no le gusta que un director nuevo se retrase en una reunión.

Salí con aire altanero: el nuevo director dirigiéndose a su primera reunión. En el camino pasé por la oficina de *Verdad y Amor*. La puerta estaba abierta. Eleanor se volvió desde su máquina de escribir y me arrojó un beso. A riesgo de hacer esperar a su padre, entré en su oficina y la tomé en mis brazos. Lanzó un grito.

— ¿Qué sucede? ¿No te gusta?

—Me encanta, pero la puerta está abierta.

—Ayer no eras tan precavida.

—Es en tu reputación en lo que pienso, Johnnie.

Lola Manfred no había venido. Eleanor estaba preocupada.

—He llamado tres veces pero nadie contesta el teléfono. No puedo saber qué anda mal. Lola nos hace saber siempre si no va a estar en la oficina. ¿Crees que pueda haberle pasado algo?

—Probablemente esté durmiendo la mona. ¿Qué te parece? ¿Cenamos, Eleanor? Debiéramos celebrarlo. Piensa en algún lugar costoso al que te gustaría ir. ¿Todavía me amas? Entonces dame un beso para que tenga suerte y deséame que me vaya bien: estoy yendo a mi primera reunión de las *Selecciones Verdad*.

Nadie rompió una botella de *champagne* sobre el casco de la nueva revista. El patrón era abstemio. Botamos nuestro barco sobre un plato azul de dólar y medio que subieron desde el *Grille* del Edificio Barclay. La reunión-almuerzo estaba destinada a promover camaradería y buenos sentimientos, lo que daba derecho a Barclay para incluir el gasto como legítimo en sus pagos de impuesto a los réditos.

La mesa de reuniones estaba cubierta con un mantel damasquinado. Los platos y la cristalería se hallaban decorados con el monograma de Barclay, aureolado por guirnaldas de laurel. Los tenedores eran tan pesados que la levedad de la comida apenas se advertía.

Barclay se sentó en la cabecera de la mesa. Frente a él estaba Gloria, su esposa. La había encontrado en *Beverly Hills,* California, de donde se decía que su tipo era original. Era una belleza de piernas largas, espaldas anchas y pechos salientes. Cada tercer mes, *Verdad y Belleza* imprimía el retrato de Gloria para probar que la maternidad sana no destruye la forma divina. Le había dado a

Barclay hijos mellizos.

En las reuniones, Gloria representaba el “Punto de Vista de la Mujer”. Esta costumbre había sido instituida hacía tiempo, cuando Barclay estaba casado con su segunda mujer, una graduada del Vassar, que según los más antiguos de la oficina había sido una engreída. Nadie podía acusar a Gloria de algo parecido.

Yo era el huésped de honor en el almuerzo, y me senté a la derecha de Barclay. A su izquierda estaba el “Viejo Fiel”, E. E. Munn. Cerca de Munn se sentó Loring Wince, del Departamento Publicitario; luego J. J. Javes, de Legales; Burton English, de Circulación; Henry Roe, el director de la Revista *Verdad*, y, completando el grupo, el doctor Mason, del Comité de Coordinación Religiosa.

Cuando todos estuvimos sentados, se hizo un silencio. Era como el momento que precede a la Oración de Apertura. De la calle subían los ruidos del tránsito, apagados e indistintos. El doctor Mason jadeó.

—Señores —comenzó Barclay—, y señora de Barclay. Nuestra reunión de hoy es una reunión feliz. Ante todo, saludo al nuevo director de una nueva revista. Desde el día que ingresó en nuestra organización reconocí la capacidad de este joven. Señores, y señora de Barclay; John Ansell.

Era como haber sido destacado en una reunión colegial. Con excepción de Gloria y Javes, del Departamento Legal, los había conocido a todos antes de ahora. Divisé a Munn asintiendo, como si él, al igual que Barclay, hubiera reconocido mi capacidad desde el principio.

La señora de Barclay sonrió graciosamente.

— ¿Por qué no está usted comiendo su cazuela, señor Ansell?

—No como mariscos. Tengo alergia —dije.

—Nosotros no creemos en alergias. —La sonrisa de Gloria perdonaba mi ignorancia. — Hemos demostrado que forman parte de la jerga médica, otra manera de poner dinero en los bolsillos de los médicos. ¿No le parece adorable *Verdad y Salud*?

—Pero el marisco no está de acuerdo conmigo —argüí—. No lo he tocado desde mi año de noviciado en el colegio, cuando comimos algunos...

Barclay se aclaró la garganta.

Recordé por qué razón era yo el nuevo director, el huésped de honor de su almuerzo.

— ¡Oh!—dije, como si me hubieran pegado en la cabeza con una aplanadora a vapor—. Comí camarones la semana pasada y la primera cosa que ocurrió después fué encontrarme en el hospital.

Barclay hizo una mueca.

La adorable frente de Gloria se arrugó.

—Debe de haber tenido usted alguna experiencia humillante o terrible en su temprana juventud. En su cerebro inconsciente, está asociada probablemente con camarones. ¿Recuerda usted haber sido herido o castigado al mismo tiempo que...?

—Querida —interrumpió Barclay—, tus intenciones son admirables, pero ahora no tenemos tiempo. Estos son hombres ocupados.

Ella aceptó el reproche con una sonrisa modesta.

—El propósito de esta reunión es discutir nuestra nueva revista —dijo Barclay.

Todos cesaron de masticar y asintieron con la cabeza.

—Esta nueva revista va a hacer historia. Concisa, contundente, sucinta, oportuna y... —Barclay hizo una pausa para aumentar el énfasis— ¡valiente!

Todos volvieron a asentir, y Munn repitió con reverencia:

— ¡Valiente!

—No quiero decir que nos haya faltado coraje en el pasado —continuó Barclay—. Con toda modestia digo que ninguna trompeta ha pregonado la verdad al público lector con más valentía que el grupo *Verdad*. Hemos desnudado la verdad respecto de temas que ninguna otra publicación hubiera mirado ni con microscopio, ni tocado con guantes antisépticos.

— ¡Qué verdad! —murmuró el doctor Mason, removiendo la salsa de su plato.

—Cuando le conté por primera vez a Ansell mi idea de la nueva revista, ¿saben lo que dijo? Dijo que teníamos que encarar una fuerte competencia en el campo de las *Selecciones*. ¡Como si yo no lo supiera! Como si ésta fuera la primera vez que las *Publicaciones "Verdad",* de Barclay, tienen que encarar la competencia.

Un cadete entró, dejó caer correspondencia en la bandeja de entradas de Barclay, miró por sobre su hombro a la mesa, y se retiró

en forma desdeñosa.

Entre la correspondencia del canasto de Barclay vi un sobre de oficina color manila, decorado con una barra roja *Urgente*.

—... y lucharemos contra la competencia como lo hemos hecho en nuestras otras publicaciones. ¿Cómo? Bajando el precio. Como lo hemos hecho antes. ¿Recuerda, Wince, cuando comenzamos con *Verdad y Amor? Historia Verdadera y Confesiones Verdaderas* dominaban el mercado a veinticinco centavos el ejemplar. Las vencimos por diez centavos ¿No estaba furioso MacFadden? Y cuando saqué *Verdad y Salud* para competir con su querida *Cultura Física*, y lo malbaraté por diez centavos, estaba listo para voltearme y descuartizarme.— A Barclay le agradaba rememorar. Éramos sus huéspedes y sus empleados y no podíamos interrumpirlo mientras se extendía en un larguísimo relato de sus hazañas como editor de revistas.

Advertí que no se molestó en mencionar aquellas revistas donde había fracasado. *Verdad en Películas* no pudo competir con *Life*, ni siquiera con sus imitadores. La generación más joven había menospreciado su *Verdad y Juventud*, y mientras *Verdad y Belleza* se las arreglaba para seguir viviendo, cojeaba lejos de sus competidores en lo que se conoce como "el campo de las mujeres". Su revista cinematográfica había muerto sin pena ni gloria. Aunque Barclay había gastado una mina de oro en el proyecto, *Verdad en Hollywood* no pudo durar.

Mientras Barclay nos entretenía con una detallada historia de sus triunfos, entraron dos camareras, se llevaron nuestros platos vacíos, y colocaron ante cada uno de nosotros un plato que contenía gallina con crema, puré de papas, habichuelas y un poco de remolacha.

—En nuestra nueva publicación —tronó Barclay— debemos ser más valientes que ningún otro competidor. Desde hoy, muchachos, corremos sin frenos. Las *Selecciones Verdad* van a hacer historia en el campo editorial. Y más aún, van a dejar una señal indeleble en la moderna civilización.

— ¿Y la publicidad? —preguntó Loring Wince.

Barclay sacudió la cabeza.

—Haremos más dinero sin ella. ¿Qué les parece, muchachos, una revista sin publicidad?

— ¿Qué hay de nuevo en eso? —preguntó Burton English—. Ninguna de las *Selecciones* lleva avisos.

Munn parecía lastimado. No tenía poder sobre los insolentes tipos de los Departamentos de Publicidad y Circulación. Traían el dinero y podían ser tan descarados como quisieran.

—Respecto al contenido de nuestro primer número—dijo Barclay—, he estudiado nuestras revistas de diez años a esta parte, encontrando muy buen material. El doctor Mason...

El director del Comité de Coordinación Religiosa levantó los ojos con aire culpable, como si fuera pecado gustar de la gallina a la crema.

—Esa campaña, doctor, que usted preparó con sus compañeros, para sacar del país esas patrañas espiritualistas y otros parásitos de la fe, está tan flamante como el día en que se escribió. Tendríamos que actualizarla incluyendo algunos párrafos oportunos, pero se requiere muy poco trabajo. Y, Henry —Barclay dirigió su hechizo a Roe—, quiero reimprimir esas notables series que nos hizo usted en el 38...

— ¿No ha de ser aquello de desenmascarar dictadores de la WPA? —medió Burton English.

— ¿Por qué no? —respondió Barclay.

—Está fechada, y además, a muchos de nuestros lectores no les gusta. Muchos de ellos se vieron envueltos en los planes.

Barclay blandió su tenedor en dirección al que disentía.

—Las *Publicaciones "Verdad"* nunca cesarán de luchar hasta que nos desembaracemos de dictaduras en nuestro país, sea la dictadura de un Stalin, de un Roosevelt o de un Philip Murray. Podremos arriesgarnos en la batalla, podremos perder nuestros bienes materiales, nuestras vidas, hasta nuestra libertad, pero no vacilemos en el cumplimiento de nuestro deber.

— ¡Oigan! ¡Oigan! —Ése era E. E. Munn, por supuesto.

Burton English hizo una mueca. Loring Wince se sonrió. Estos cínicos se interesaban menos por los principios que por las ganancias.

— ¿Y el punto de vista de la mujer? —preguntó Gloria brillantemente.

Barclay le agradeció con una amable sonrisa.

Era la oportunidad que Munn había esperado.

—Hago una sugestión: la ilegitimidad.

—La vieja y querida ilegitimidad: nunca falla —dijo Wince, del Departamento de Circulación.

—Tenemos que ser precavidos —advirtió Javes, de Legales.

El doctor Mason asintió.

— ¿Recuerdan, señores? ¿Recuerda, señora de Barclay, esa confesión de *Verdad y Amor* de abril último —preguntó Munn—, respecto de la mujer que rehusó casarse?

—Yo sí —gritó Gloria—. "Menosprecié un anillo de compromiso." La mujer tenía seis hijas.

—Quizá debiera haber aceptado el anillo —dije.

Wince y English lanzaron una carcajada. Munn parecía apenado.

Las camareras habían vuelto de nuevo. Una estaba cambiando nuestros platos mientras la otra servía *ice cream* y una pizca de torta *pound.*

—Es mejor la sífilis —dijo el doctor Mason.

—Estoy de acuerdo —Burton English estaba ahora muy serio—. Siempre salimos con la sífilis.

La camarera volcó un plato de *ice cream*.

Barclay frunció ligeramente el ceño, por la interrupción de la reunión.

—No votaré por la sífilis —dijo—, especialmente para el primer número. Hemos abusado de ella últimamente. Las revistas más conservadoras la han admitido. Tengo un artículo mejor sobre medicina. "Reflexiona sobre tus glándulas: la baraúnda más grande de la medicina."

Reflexionamos sobre nuestras glándulas. En el rincón, la camarera conferenciaba en voz baja. El accidente del *ice cream* había ocasionado una situación crítica. Se había perdido un pedido. Todos estaban servidos, excepto Mason. Éste parecía ansioso.

—Sólo unos minutos, queridito —le dijo la camarera en tono apaciguante, y desapareció.

Javes, de Legales, preguntó:

— ¿Cuándo se imprimió? No recuerdo ningún artículo reciente sobre glándulas.

—Lo estoy haciendo redactar ahora —dijo Barclay.

— ¿No utilizan reimpresiones las revistas de *Selecciones*? —preguntó el literal miembro legal.

—Ésta será una reimpresión. *Verdad y Salud* estará en los mostradores unos pocos días antes que las *Selecciones.* Esto le dará calidad de oportuno. Shaw está haciendo el artículo. Le he dicho que le dé la misma fibra y la contundencia de *"Perversión en nuestros colegios"*.

La camarera volvió con un pedido doble de *ice cream* para el doctor Mason. Éste lo tomó como un festín de escuela dominical.

—Tengo una idea —dijo Munn con vehemencia—. Si queremos material vivo, ¿qué les parece una condensación de los artículos de Podolsky?

Henry Roe bajó su cuchara.

— ¿Está usted loco?

—Creo que los mismos aumentaron la circulación de *Verdad* —dijo Munn fríamente—. ¿No es cierto, señor English?

—Aumentaron las cancelaciones.

Munn comenzó a protestar, pero Barclay lo hizo callar con una señal de su cuchara de *ice cream*. Se dirigió a los Departamentos de Circulación y Propaganda.

— ¿Fué por culpa nuestra que Rusia no se apoderó de Manchuria tan pronto como concluyó la guerra japonesa? Podolsky creía que lo haría, Yo también. Y mucha gente que es más inteligente que nosotros, políticamente hablando. Digamos que Podolsky cometió un error.

—No sería la primera vez —dije.

— ¿Está usted poniendo en duda la integridad de uno de nuestros colaboradores?—preguntó Munn—. Un colaborador muy importante, por otra parte. Después de todo, es una conocida autoridad en asuntos internacionales.

—Un conocido estafador —agregué.

El silencio era incómodo.

Gloria sonrió luminosamente.

—Pero el general Podolsky es tan encantador... Tiene maneras tan del viejo mundo...

—No es general —le dije—. No fué nunca oficial del ejército del Zar. Ni siquiera es ruso. Sus aventuras nunca sucedieron y la mayoría de sus hechos son demostradamente falsos.

Munn soltó una carcajada hueca.

—Ansell debe de haber estado leyendo esos diarios rojos.

— ¿Como el *New York Times* y el *Herald Tribune*, señor Munn?

—Ansell tiene razón. Tiene razón, muchacho —me aseguró Barclay—. Como todos en este mundo, Podolsky ha cometido errores. Pero siempre ha estado dispuesto a reconocerlos. En realidad, mi fe en Podolsky es tan grande que le he pedido que ingrese en nuestra casa.

Gloria resplandecía.

— ¿Puedo preguntar en qué carácter?

—Como reportero ambulante —dijo Barclay—. Más tarde le puedo dar un título editorial. Deseo que viaje por todo el país ahora mismo, que tome el pulso nacional, como se dice, Espero una serie sensacional de artículos para las nuevas *Selecciones*.

— ¿No podríamos utilizar primero sus artículos en *Verdad*? Ahorrar un poco de plata —sugirió Munn con solemnidad, como si estuviera proponiendo una idea que conmovería al mundo.

— Eso es lo que he planeado —dijo Barclay.

Munn perdió su vitalidad. Henry Roe guiñóle a Gloria. Ella lanzó una risa ahogada. La camarera trajo café para Javes, Wince, English, Henry Roe y para mí. Munn y el doctor Mason tomaron té, y Barclay y Gloria bebieron leche.

El desdeñoso cadete trajo los diarios de la tarde. Se estaba utilizando la mesa de reuniones, y por eso colocó los diarios en la cubierta metálica del radiador, detrás de mi silla, precisamente.

Miré por encima de mi hombro y leí el titular. Luego volví la espalda hacia la mesa y leí la columna de la primera página:

HALLAZGO DE LA SOSPECHOSA
DE LA CHAQUETA DE TARTAN

La misteriosa mujer confiesa viajar en
el ascensor de la muerte

“La mujer del tartán, buscada en conexión con la muerte de Warren G. Wilson, soltero recluso, el último mayo, confesó esta mañana al capitán A. C. Riordan, del Departamento de Detectives, que subió en el ascensor al piso de Wilson la noche que lo balearon por la espalda. Se trata de Arvah Lucille Kennedy, divorciada, de Bayside, L. I. Sufriendo dolores de... Sigue en la página 21.

Fui a la página 21. Barclay siguió hablando de política, de la

verdad y de la nueva *Selecciones*. Arvah Lucille Kennedy no había matado a Warren G. Wilson. Nunca había conocido al finado inquilino del departamento 3002-4. En la noche del 11 de mayo, usando una chaqueta de tartán, subió hacia el piso décimotcrcero del hotel porque *su amigo* no quería que la vieran salir en el 28. Había andado dos tramos de escalera por la reputación de su amigo.

Su amigo era Frederick Semple, el atildado gerente del hotel. No podía sentar un mal ejemplo para los huéspedes ni dejar que los empleados descubrieran sus relaciones con la divorciada de Bayside. Era por la reputación del señor Semple que Arvah había guardado silencio durante seis meses.

— ¿Qué está leyendo, Ansell?

Todos los de la mesa me clavaron la mirada. Pude ver que el doctor Mason y E. E. Munn estaban impresionados por mis malas maneras.

—Le interesará, señor Barclay —dije, y le tendí el diario.

Estaba por rehusarlo cuando le señalé el título referente a la chaqueta de tartán.

—Discúlpenme, muchachos —murmuró Barclay, y comenzó a leer la historia de Kennedy.

Loring Wince y Burton English encendieron cigarrillos. J. J. Javes, de Legales, le preguntó a Gloria si no le molestaba que fumara una pipa. Munn le dijo que admiraba su sombrero. Yo miraba a Barclay.

En el canasto de alambre, sobre su escritorio, estaba el sobre con el memorándum. El canasto se hallaba a menos de diez pies de donde yo estaba sentado, pero yo no podía arrebatar la correspondencia del escritorio del patrón, a la vista del patrón, de la mujer del patrón y de otros seis empleados.

—Muy interesante —dijo Barclay mientras me devolvía el diario.

Seguimos con la reunión. Yo no contribuí en nada. Era mi primera reunión importante y yo un *dos-cientos-dólares* muy venido a menos. English, Wince, Mason, Javes y Roe brindaron ideas brillantes o criticaron ideas desventajosas. Yo pensaba solamente en el memorándum del canasto de Barclay.

Eran más de las tres cuando se acabó la reunión. English, Roe, Wince y Javes salieron. El doctor Mason se quedó para decirle personalmente una palabra a Barclay. Gloria estaba hablando con

Munn. Yo no tenía excusa para estar haraganeando. Fui despacio hacia la puerta.

Barclay había ido a su escritorio. El doctor Mason se adelantó susurrando alguna pregunta u opinión confidencial. Barclay no oía. Había tomado la correspondencia de su canasto.

Cuando salí, estaba abriendo el sobre con la barra roja.

Sonó el teléfono.

Miré mi reloj. Eran las cuatro menos cuarto.

—Sí, es él —dijo la señorita Kaufman. Bajó el teléfono y se volvió hacia mí diciendo: —Lo llama a su oficina. Ahora mismo.

Estaba contento. La angustia estaba por comenzar, pero el suspenso había terminado. Barclay me había ascendido, me había aumentado el sueldo, me había hecho su nuevo favorito, para que me quedara quieto. Yo había aceptado el soborno y él pensaba que me tendría cuando quisiera. Y ahora había descubierto que yo no me contentaba con quedarme quieto en mi nicho.

Munn se cruzó conmigo en el *hall*.

—Gran reunión, ¿no es cierto? —Evidentemente, él no había visto mi memorándum.

La señorita Eccles también sonrió.

—Entre directamente. Lo está esperando, señor Ansell.

Gloria estaba todavía en la oficina de Barclay. Me saludó esplendorosamente.

—Me agrada tanto conocerlo por fin, señor Ansell. Papaíto me ha contado muchas cosas de usted. Tiene que cenar con nosotros una de estas noches. Lo arreglaré con Eleanor.

Las noticias corrían en la oficina de Barclay. No me importaba que supieran lo de Eleanor. Lo que me intrigaba era el aire de aprobación. Barclay asintió respecto a la invitación de Gloria. En su escritorio, en el centro de su carpeta, estaba mi memorándum.

—Querida —le dijo Barclay a su esposa—, tengo que hablar de negocios con este joven. Estoy seguro de que no te interesará.

—Sí, querido. —Besó a su esposo, se envolvió en un tapado de piel de martas, hizo un gesto de adiós, y se fué.

Barclay tomó el memorándum.

— ¿Qué significa esto, muchacho? Tratando de bromear, ¿eh? —El acercamiento era apacible. Probablemente había planeado su estrategia.

—No, señor Barclay.

— ¿Qué pretende usted?

— ¿No lo sabe?

Barclay conocía el poder del silencio. En las oficinas de afuera, las dactilógrafas estaban tamborileando, había gente hablando por teléfono, cadetes dando portazos, pero las oficinas privadas de Barclay eran a prueba de ruidos. Sólo se oía la apagada baraúnda del tránsito, veinticinco pisos más abajo.

—Mire, señor Barclay —comencé nerviosamente—. Oí que la mujer del tartán había sido encontrada y, naturalmente, pensé que el asesinato se había aclarado. —Hablé con la voz monótona de un escolar recitando las tablas de multiplicar. — Como le advertí en mi memorándum, pensé que podíamos utilizar los recortes en lugar de desecharlos. Hacerle ahorrar a la organización un poco de dinero.

Era una excusa perfecta. Mostraba que, en verdad, tenía en cuenta los intereses de la firma, más que una sola revista. Debiera haber convencido a Barclay de mi buena voluntad.

Movió su cabeza. Las manos fuertes y curtidas se unían y se desunían. Parecía más viejo. No había tanta arrogancia en su porte.

—Dígame, señor Barclay, ¿por qué quiere suprimir esa historia?

Atravesó la oficina. La espesa alfombra atenuaba sus pasos. Vino hasta mí, y quedamos uno junto al otro, Barclay seis pies con tres, y Ansell, un “medio litro”.

Pero Barclay no pudo responder a mi pregunta.

Seguí audazmente.

— ¿De qué tengo que tener miedo? Yo no como camarones. No puedo comer mariscos. Puedo hacer que la camarera declare que esa noche comí chuletas de cordero.

—Es usted un gallito, ¿no?

—No me gusta que me atropellen. ¿Por qué diablos tiene miedo de publicar la historia de Wilson?

Barclay regresó a su escritorio, con la cabeza erguida.

—Muy bien, pondré mis cartas sobre la mesa. Después que sepa, cambiará su tono. Siéntese.

Me senté.

Se abrió la puerta. Munn entró rápidamente, con la copia carbónica de mi memorándum en la mano.

— ¿Vió esto? —dijo.

—Ya lo sé todo, Ed. John y yo lo estamos discutiendo en este instante. —Barclay había recuperado su equilibrio. Edward Everett Munn era la basura bajo sus pies.

Munn me miró como si no pudiera creer que yo estaba allí, sentado en un sillón confortable, hablando pacíficamente con el patrón respecto de aquel ignominioso memorándum.

—No lo necesito, Ed.

—Es mejor que me quede. —Munn se mantuvo firme.

—Le he dicho que no lo necesito —estalló Barclay—. ¡Váyase, diablos!

No había devoción ni obediencia en la mirada que Munn le dirigió a Barclay. Esperé una contestación, hasta una disputa. Pero Barclay había percibido la expresión de rebeldía en la cara de Munn, y se había vuelto piedra. La artimaña del silencio era evidentemente una de sus armas más poderosas. Munn encogió un hombro y se retiró.

— ¿Qué significa todo esto, señor Barclay?

— ¿Por qué está usted tan ansioso respecto de esa historia de Wilson, John?

—Soy un escritor, señor Barclay. Escribí una historia. Usted dijo que era una buena historia y luego rehusó publicarla. Eso es todo lo que me interesa.

Barclay arrolló mi memorándum convirtiéndolo en un cono, y barrió con su punta, de una parte a otra, la carpeta de su escritorio. Era la primera vez que lo veía hacer un movimiento nervioso e innecesario.

— ¿Sabe usted que Eleanor era amiga de Wilson?

Se hizo un largo silencio. Miraba el cono de papel, la carpeta del escritorio, sus manos, mientras aguardaba. Yo no mostré sorpresa. No me impresionó porque había tenido ya esa información, del mismo Wilson. Allá, un día de San Valentín, había dedicado un volumen de poesía a una dama gentil.

— ¿Era amiga de él? —Yo había decidido actuar silenciosamente, esperar y averiguar.

— ¿Sabe usted que ella tenía una cita con él la noche que lo mataron?

Eso me hirió cruelmente. Me costó responderle en el mismo tono monótono y seco.

— ¿Tenía una cita?

Se encendió una luz verde en la caja del escritorio de Barclay. Habló ante el tablero enrejado.

—Ahora estoy ocupado. No responderé a ningún llamado. —La habitación se estaba oscureciendo. La media luz había entrado como niebla. El hombrón se sentó despaciosamente a su escritorio, con los hombros encorvados, los brazos extendidos, las manos blandas al lado de los desnudos de bronce que sostenían un gran tintero.

En una voz tan fría y distante que apenas la reconocía como propia, dije:

—Tenía una cita con Wilson la noche que lo mataron, dice usted. ¿Qué sucedió? ¿Sabe los hechos, señor Barclay?

Apretó el memorándum rosado y lo arrojó al canasto.

—Usted conoce mi criterio acerca de los secretos. —Su voz era más cálida. Barclay había decidido ser confidencial. — No creo en los secretos. Las verdades enterradas son llagas ulcerosas. Desenterrémoslas, limpiemos las heridas, digamos la verdad, por doloroso que sea. Ése es mi credo y trato de vivir de acuerdo con él. Pero cuando algún otro está implicando —retuvo el aliento—, y esa persona no ha confiado nunca en usted, juega diabólicamente con la conciencia de uno.

—Espere un minuto. Si ella no los ha confiado, ¿cómo sabe los secretos de Eleanor, señor Barclay?

—Eleanor tenía una cita con Wilson; debían cenar juntos la noche de su muerte. Me enteré por equivocación. La chica del conmutador pensó que su mensaje era para mí, no para Eleanor. El señor Barclay, no la señorita Barclay, usted comprende. Apenas lo supe, mandé llamar a Eleanor y le pedí una explicación.

— ¿Por qué?

—Eleanor nunca me había dicho que conocía a Wilson.

— ¿Debía decírselo?

Tragó saliva dos veces, asintió, y dijo:

—Un padre es un padre.

—Así me han dicho. ¿Siempre exige usted una explicación cuando descubre que ella ha cenado con un hombre? ¿O había algo particular respecto de Wilson?—Mi voz era grave; mi modo de comportarme, objetivo. Podía estar preguntándole su opinión

acerca de un detalle editorial sin importancia.

—Si supiera cómo son los hechos, no sería usted tan impertinente, joven. Eleanor llevaba un revólver consigo cuando entró en mi oficina. Se hallaba histérica... —Su voz se arrastraba, y miró más allá de mí hacia la ventana, que las luces del cuarto y la oscuridad del cielo habían convertido en un espejo. Devolvía un retrato duro y helado de Noble Barclay.

—Un revólver. ¿Por qué?

—Había estado en el Estudio, dirigiendo fotografías para *Verdad y Amor*. Cuando subió hasta aquí, tenía en su mano el revólver.

— ¿Qué diablos tiene que ver con Wilson? —exclamé. Los hechos de Barclay no me habían impresionado. Eran demasiado débiles e irrelevantes. Lo que me irritaba era su convencimiento de que debían asustarme las indirectas—. ¿Trata usted de intimidarme sugiriendo que Eleanor lo mató con uno de los revólveres del Estudio?

Barclay retrocedió.

—Usted la quiere, John. Usted y yo, ambos queremos a esa muchachita. Me puse contento cuando vi que se estaba enamorando de usted. Un joven limpio, inteligente y ambicioso. ¿Por qué supone usted que he estado tratando de levantarlo? Tiene un gran futuro, y lo sabe.

—Camarones, señor Barclay. Yo no como camarones.

—Eleanor lo necesita. Usted puede ayudarla, cuidarla...

Entonces vi que Barclay no estaba jugando solamente. Las venas se combaban sobre su frente. El sudor se destacaba en gotas gigantescas. Sus ojos se ensombrecieron.

—Mire, señor Barclay, vayamos a los hechos. Usted averiguó que Eleanor tenía una cita con Wilson, y la hizo venir aquí. Ella llevaba en su mano un revólver, uno de los revólveres pertenecientes al Estudio. No estaba cargado; esos revólveres nunca lo están. Admito que pudo haber obtenido proyectiles si los hubiera querido. ¿Por qué razón? ¿Qué razón admisible podría haber tenido para matar a Wilson?

—Estaba muy enojada cuando la hice llamar. Irracionalmente enojada.

— ¿Por qué irracionalmente? Ya es una mujer, y aunque un padre es un padre, ¿debe interrogarla cada vez que cena con un

hombre? ¿Qué ocurría con respecto a Wilson? Usted debía saber algo, señor Barclay, para haberla hecho llamar.

— ¿Alguna vez le mencionó a Wilson, John?

Yo también comencé a transpirar.

—Eso es lo que pensaba —dijo Barclay—. También se lo ocultaba a usted. Es el genio reservado que tienen. Su madre era lo mismo. Nunca se podía decir lo que estaba pensando. —Se pasó la mano por los ojos como si divisara alguna forma espantosa acechando en las sombras. — La madre de Eleanor se suicidó, como usted sabe.

Lo sabía. La *Introducción* a *Mi Vida es Verdad* es la autobiografía de Barclay.

—Su familia... —continuó secamente—. Eran aristócratas supereducados. Sensibles. Reservados. Ella ha estado pareciéndose más y más a ellos, John. Me ha preocupado. —Limpióse el sudor de su frente. Su voz, más que sus palabras, denotaba un miedo oculto. Pensé en el credo por el que vivía. Las verdades enterradas son llagas ulcerosas...

— ¿Me está queriendo decir, señor Barclay, que cree que Eleanor mató a Wilson?

El desprecio le hizo torcer la boca. Sus ojos oscuros se enardecieron. Noble Barclay temblaba de desprecio ante John Miles Ansell, un imbécil insensible que hacía preguntas estúpidas. Todo lo que Barclay había tratado sutilmente de dar a entender, yo lo había gritado en voz alta. ¿Por qué debía un padre acusar de asesinato a su hija, a no ser que lo exigiera la verdad rigurosa?

Barclay se encaminó hacia afuera. En el extremo de la habitación, cuadró sus hombros, se volvió y regresó hasta donde yo estaba. El humor se había alegrado. Ya no era desdeñoso sino cordial, mi aliado en la desgracia. Su mano cayó sobre mi hombro y sus ojos buscaron comprensión.

—Ella necesita amor, John. —Su voz se apretó. — Si yo hubiera sido capaz de ayudar a su madre, se habría compuesto también. Tenemos que cuidar a esa chica, usted y yo...

Me liberé de la pesada mano.

—Sus hechos no me han convencido. Son irrelevantes. No prueban nada. Ella me importa demasiado para creer que sea capaz de algo parecido. —Era un lenguaje noble, pero no convincente. Ni

siquiera conseguí engañarme a mí mismo.

— ¡Excelente!—anunció Barclay—. Espléndido, muchacho. Bien por usted. Eso es lo que ella necesita: amor, devoción, lealtad...

—Necesito pruebas —fanfarroneé—, pruebas condenadamente buenas antes de creer en nada.

—Entonces, no hará usted nada para agraviarla. —Barclay me brindó su sonrisa más magnánima. — Hará todo lo que pueda para protegerla. Puedo confiar en usted para cuidar a mi pequeña.

Tendióme su mano. La así. El apretón fué fuerte, duro y seco. Para Barclay, ese apretón de manos significaba que me había vencido, y que estábamos unidos ahora en nuestro propósito de proteger a Eleanor. Para mí era una superchería, como los juramentos y apretones de manos y la sangre vertida de las promesas escolares. Retiré mi mano. Barclay la dejó caer y se quedó quieto por un instante. Había en él un aire escrutador. Parecía temer darse vuelta. Yo también escuché. No había ningún ruido en la oficina, excepto su pesada respiración.

Se había hecho muy oscuro. La habitación olía a transpiración.

Había una hoja de papel amarillo dentro de mi máquina de escribir; sobre la misma, Eleanor había escrito lo siguiente:

Johnnie querido:
No puedo ir a cenar contigo con un sombrero
viejo. Queriéndote como te quiero, se impone
que tenga uno nuevo. No volveré a la oficina,
así que espérame alrededor de las siete. Te amo.

E.

Una nota tonta, pero me gustó. El desvío del melodrama al ramo modisteril me alegró el ánimo. ¿Cómo podía yo sospechar de una muchacha que tenía que comprarse un sombrero nuevo porque me quería? Adviértase esa palabra, *sospechar*. Traté una y otra vez de convencerme, argumentando que Barclay había mezclado el nombre de Eleanor en el caso sólo para apartarme de la pista, pero no podía conseguir una convicción total. No creía que Eleanor hubiera matado a Wilson, pero estaba seguro de que sabía algo acerca del asesinato.

Por ejemplo: ¿por qué razón no me había mencionado nunca su

amistad con Wilson? ¿Por qué la había ocultado a su padre hasta que la telefonista transmitió a la secretaria del *señor* Barclay el mensaje dirigido a la señorita Barclay? ¿Era una simple coincidencia que eso ocurriera el día de la muerte de Wilson, o había habido alguna relación? ¿Por qué Barclay había llamado a su hija del Estudio cuando supo que cenaría con Warren G. Wilson?

Eran las siete y media cuando llegué a casa de Eleanor. Me retrasé deliberadamente. Mi idea era sacarla del departamento, a algún lugar público donde ambos debiéramos estar atentos a nuestras palabras y nuestras voces. No tenía ningún plan definido, pero me conocía muy bien como para desconfiar de cualquier promesa de discreción.

Me saludó dulcemente. Nos besamos.

— ¿Qué sucede? —dijo—. ¿Por qué estás así?

— ¿Así cómo?

Sin responderme, salió a buscar su abrigo. Miré de nuevo el Blake, estudié la dedicatoria de Wilson. Cuando oí que volvía, volví a colocar el volumen en el estante. Usaba un saco de pieles que olía débilmente a alcanfor. Su pelo estaba suelto, atado a un lado con un lazo castaño.

— ¿Dónde está el sombrero nuevo?

—No conseguí ninguno.

— ¿Por qué no?

—No puede encontrar ninguno que me gustara.

— ¿En todo ese tiempo? Anduviste durante dos horas.

—No me gustan los sombreros de esta estación. Parecen deformidades.

Doblamos en la Quinta Avenida. Eleanor seguía hablando de sombreros. Trataba de ser graciosa. Todos los sombreros de la estación estaban diseñados por hombres que odiaban a las mujeres —decía—, o por mujeres horrendas que querían destruir el aspecto de las otras mujeres.

—Ciertamente te has dedicado mucho a pensar en la psicología de la modistería moderna —dije—, ¿Por qué no escribes un artículo sobre ello en *Verdad y Amor*?

—Lo siento, si te aburro.

— ¿Dónde estuviste esta tarde?

—Fui a comprar un sombrero.

— ¿Por qué no compraste alguno?

Estábamos cruzando la Quinta Avenida. Venía un ómnibus. Di un empujón a Eleanor en dirección a la vereda.

— ¿Qué sucede, Johnnie? ¿Por qué te comportas así?

—Si me comporto en forma distinta de la habitual, no lo hago por gusto. ¿Por qué eres tan sensible?

Había tomado su brazo. Ella lo retiró.

—Me besas como si tuviera halitosis. Luego te enloqueces porque hablo de sombreros. En realidad, me acusas de mentir porque no pude encontrar un sombrero que me gustara. Luego me dislocas prácticamente el brazo.

—Lo siento. Estaba tratando de salvarte la vida.

—Quizá lamentas lo de la otra noche. Quizá lamentes ahora haber dicho que me querías y —vaciló, cautelosa con las palabras— y haber estado haciendo planes.

No traté de confortarla. Caminamos por los bordes opuestos de la acera. Dejé pasar cinco restaurantes, en dirección a la puerta del *Jean Pierre's*.

— ¿Qué te parece este lugar?

—No. —Antes que pudiera discutir, se había dado vuelta y caminaba de nuevo hacia la parte baja de la ciudad.

— ¿Quieres ir al *Brevoort*?

—No me interesa.

— ¿Por qué no te gusta *Jean Pierre's*? La comida es magnífica.

—No quiero comer allí.

— ¿Te trae recuerdos de Wilson?

El ataque no estaba planeado. La impaciencia me había desequilibrado. Me hallaba demasiado inquieto para luchar más, demasiado indisciplinado para seguir un plan.

Eleanor dijo:

— ¿Por eso me llevaste allí?

Estábamos de nuevo en un cruce. Eleanor se lanzó a la calle en tal forma que no pude tomarle el brazo. Esperó al otro lado. Caminando de nuevo a la par, advirtió con frialdad:

—He conocido a un montón de gente. Nunca te lo he contado. ¿Alguna vez te dije cómo me besó Lindbergh? Te mostraré las fotografías, si te interesa.

—Sabías que yo escribía la historia de Wilson.

—No, no lo sabía. No lo supe hasta que estuviste enfermo en el hospital. Alfie Witzel estaba haciendo una historieta sobre Tommy Manville para *Verdad y Amor*, y yo tenía que terminarla porque lo mandaron a *Verdad y Crimen* para acabar tu *Misterio Indescifrado*. —Hablaba como si no se tratara más que de un cambio en la rutina oficinesca.

—De todos modos, pensaba que tendrías que haberme contado algo acerca de él.

— ¿Por qué?

—No todos han intimado con la víctima de un asesinato.

—Nunca intimé con el señor Wilson.

—No quiero decir intimar. Quiero decir que lo conocías y que él fué asesinado. Parece extraño que nunca lo hayas mencionado. Cuando yo era un escritor ambulante, conocí a una mujer que venía de la misma parte de Chicago que Loeb y Leopold, y con ello se hizo una carrera.

—No lo conocía tanto. —Echó una mirada a la Quinta Avenida, hacia el hotel donde había vivido y muerto Wilson, y luego la desvió como si no fuera más importante para ella que la Tumba de Grant. Su desafío se había disipado en una extraña y disgustada indiferencia.

— ¿Estabas enamorada de él?

—No seas tonto, Johnnie. Tenía cuarenta y ocho años. No vayamos a cenar ahora. ¿Tienes hambre?

—¿Y tú?

—No podría ni mirar la comida. Sentémonos en *Washington Square*.

La noche era fría. Debíamos parecer un par de idiotas al agente que vigilaba por sobre su hombro mientras elegíamos un banco. Idiotas, o amantes que no tienen un lugar para la intimidad. No nos sentamos como amantes. Había entre nosotros seis o siete pulgadas.

— ¿Cuánto hace que lo conocías?

— ¿Al señor Wilson? —Desde donde estábamos sentados, sólo debíamos levantar nuestros ojos para poder divisar la terraza del departamento de Wilson.— Lo conocí el año pasado. El 13 de setiembre.

—Y dices que no lo conocías mucho.

—No.

—Pareces ser muy exacta acerca del día que lo conociste. Debe de haber sido muy importante para ti si lo recuerdas tanto.

Rió.

—Recuerdo el día porque resultó importante para mí. Fué el día que rompí mi compromiso.

Eso me quitó el aliento.

—Parece que hay muchas cosas que nunca me has dicho.

—Quería olvidarme de ellas.

— ¿Quién era el hombre?

Estiró su vestido más abajo de las rodillas, y puso su abrigo de pieles sobre el borde del vestido. Pasaron un hombre y una mujer, luchando contra el viento del oeste. Era una noche cruda, y nosotros una pareja de idiotas por estar peleando en un banco en *Washington Square*.

— ¿Quién era él?

Eleanor rió de nuevo melancólicamente, y la mujer se volvió a mirarnos. Después de un momento, dijo:

—Lo odiaba.

— ¿Y estabas comprometida con él?

Asintió.

— ¿Por qué?

— ¿Debo o no emocionarme, ahora que todo ha terminado? —Su voz sonaba como uno de los más pequeños instrumentos de bronce. — Fué precisamente después que mi padre se casó con Gloria. No significa que Gloria me disguste… —Hizo una mueca y siguió rápidamente. — Gloria es encantadora. Adora a mi padre. Este hombre era más viejo; parecía amable y era un buen amigo de mi padre, también...

— ¿Pero tú no lo querías?

— ¡Oh, Dios! —De pronto comenzó a reír. No había alegría en su risa. Era como la risa de alguien que no ha reído durante años, un sordomudo encontrándose una voz y usándola en son de burla. Los tonos eran enteramente metálicos. Me golpeaban en el hueco del estómago.

—Cállate —interrumpí.

El agente de policía estaba bajo un arco de luz. Su risa flotaba en dirección a él.

—Contrólate —dije.

La risa terminó tan repentinamente como había comenzado.

—Lo siento —murmuró Eleanor con voz apacible.

—No necesitas hablar de ello si te afecta de esa manera. ¿Te gustaría beber algo?

—No, gracias. Quiero decírtelo, Johnnie. Ya ves, en cierta ocasión pensé que podía aprender a amar a un hombre. Traté de hacerlo —su voz era humilde—, pero no podía soportar que me besara o me tocara. Pensé que era frígida. Una mujer frígida. Leía para *Verdad y Amor*, y allí estaba todo ese material acerca de quienes son incapaces de responder al amor normal, y temía no ser normal. Pensé que odiaba a los hombres. —Miró hacia el edificio de departamentos, alto entre las antiguas casas de cuatro pisos. —Nunca he dicho esto en voz alta, antes de ahora.

—No tienes de qué preocuparte. Estás perfectamente bien, mi vida. Eres maravillosa. —Busqué su mano a través del banco. El recuerdo del amor de la otra noche me hizo hervir la sangre en el cuerpo.

Resbaló hacia mí en el banco. La abracé. ¡Al diablo con Warren G. Wilson! La escena en la oficina de Barclay había comenzado a desaparecer. Su cabello volaba por mi cara.

—Créeme, Johnnie, tú eres el primer hombre que he querido.

—Te creo —dije.

—El señor Wilson no era sino un amigo. —Me oprimió la mano. — ¿Tengo que contarte acerca de él, o qué crees? No tengo nada que ocultar. —Su cara estaba cerca de la mía, y a la luz de la lámpara podía ver los contrastes. No había que maravillarse de que Gustav y Jean Pierre no hubieran podido designar el color exacto de su cabello y de sus ojos. Era diferente con cada variación de luz y de ánimo.

—Estuve comprometida cerca de un año —dijo—, Y luego decidí que no podía más. Era el trece de setiembre. Así que fui a la oficina de mi padre y se lo conté. Tenía yo un miedo mortal. Este hombre, sabes, era amigo de mi padre.

— ¿Cómo lo tomó tu padre?

—Estuvo maravilloso, lo más amable que puede ser. Muchísima gente no lo entiende a papá; creen que él simula creer en la *Verdad compartida* porque le hizo ganar tanto dinero, pero él es sincero, Johnnie. Eso lo sé de corazón; papá es el hombre más sincero del

mundo. —Se había insinuado en su ánimo el aire de desafío con el que siempre había salido al encuentro de los críticos de su padre.— Papá dijo que yo era capaz de encarar la verdad; que le alegraba haberme educado para ser honesta conmigo misma; y que yo no necesitaba, por cierto, casarme con un hombre que no podía querer. Papá estuvo maravilloso...

Habría seguido hablando de Barclay, defendiéndolo contra las críticas encubiertas, si yo no la hubiera interrumpido.

— ¿Qué tiene que ver eso con Wilson? Dices que lo conociste esa noche. ¿Dónde?

—En *Jean Pierre's*. Lo recogí. ¿Tienes un cigarrillo, Johnnie?

Le encendí uno. Se puso cerca de mí en el banco, acomodó su hombro bajo el mío.

Un nuevo inquilino se había mudado al departamento de Wilson. Vi encenderse las luces en la habitación, más allá de la terraza más alta.

— ¿Cómo lo recogiste? ¿Qué hacías en *Jean Pierre's*? ¿Cenabas sola?

—Había ido a cenar con Lola. En cierta forma, era una especie de celebración. Lola no había aprobado nunca al hombre con el que yo estaba comprometida...

— ¡Oh! ¿Ella sabía? —dije, y me irrité, defraudado porque ni Eleanor ni Lola habíanme contado nunca este compromiso.

—Nunca le había dicho a ella claramente que estábamos comprometidos. Nunca se lo dije a nadie. —Eleanor tembló delicadamente. — A nadie, excepto a papá y a Gloria. Pero Lola sospechaba. Me vigilaba cuando hablaba con él; hasta en el teléfono, dijo, yo lo manifestaba. De modo que, naturalmente, cuando rompí le pedí a Lola que cenara conmigo. O quizá fué Lola la que hizo la sugestión. No lo recuerdo. Recuerdo que sugirió *Jean Pierre's* porque yo nunca había cenado allí. Lola insistió en pagar la cena, y pedimos una comida maravillosa, *petite marmite*, y mollejas de ternera, y ensalada verde, y *profiterolles*, y café...

—Teniendo en cuenta que acababas de plantar a tu novio, tu apetito no era nada malo.

—Eso fué, precisamente, lo que dijo el señor Wilson.

— ¡Oh! Le contaste la historia de tu vida...

—Le dije por qué estaba comiendo sola, y cómo me afecta

siempre el apetito una crisis emocional.

— ¡Comiendo sola! Creía que Lola estaba contigo.

—En la mitad de la cena recordó que se había hecho cargo de un joven con aire de amante desesperado en el *Lafayette*. Así que debió pedir disculpas. No obstante lo cual, pagó la cuenta, y me dijo que terminara mi cena.

El departamento de Wilson estaba oscuro, de nuevo. Las cortinas habían sido corridas. Yo había visto fotografías del *living-room* y me pregunté cómo debió ser cuando Wilson vivía allí y Eleanor fué a visitarlo.

— ¿Así que al minuto de quedarte sola levantaste a un hombre?

—Eso no es amable de tu parte, Johnnie. Me haces parecer una mujer de la vida. De todas maneras, él me levantó. Estaba sentado en la mesa más próxima y me estaba mirando...

— ¿A través de la sopa, las mollejas de ternera, la ensalada, el *dessert* y el café?

—Estuvo muy cortés a ese respecto. Me mandó al *maître* para preguntarme si aceptaba un licor. Luego vino a mi mesa y me dijo que le parecía terriblemente conocida...

— ¿No pudo haber pensado en una frase más original?

—Era cierto. Había visto mi retrato en las revistas. Después de todo, Johnnie, he sido la *Muchacha-Verdad* desde que tenía doce años. Cuando se ha tenido tanta publicidad como yo, no se puede parecer nueva a la gente...

—No cuando vienen a tu mesa y te ofrecen licores.

—El señor Wilson no era uno de esos. Era uno de los hombres más interesantes que jamás he conocido. Sabía una barbaridad de poesía, por ejemplo, y la vida de los animales marinos, y los novelistas rusos, y la vegetación desértica. —Chupó una última bocanada de su cigarrillo y tiró la colilla en el camino enarenado.

—Solías ir a su departamento —dije.

— ¿Por qué no? El señor Wilson no era un descarado. Y por otra parte yo soy independiente. Me gano la vida. Si una muchacha se mantiene a sí misma, ¿por qué no puede ir al departamento de un hombre?

—Mira, querida, no estoy tratando de dejarte mal, Sé que Wilson no era un descarado; hablaba de la vida marina y de los novelistas rusos y de la vegetación desértica. Tenía setecientos discos de

fonógrafo y siempre te daba el mejor brandy. ¿Por qué no podías ir a su departamento?

—Estás hablando como mi padre —dijo con frialdad.

— ¡Oh! Él no lo aprobaba, yo sí.

—Estaba furioso cuando lo supo.

—Aparentemente no aprueba para su hija la misma conducta de las heroínas de sus novelas de amores verídicos.

—Eso es, precisamente, lo que le dije —dijo Eleanor—. Le dije que estaba impresionada al encontrarlo tan hipócrita.

— ¿Sucedió eso el día que descubrió que conocías a Wilson?

— ¿Qué sabes tú acerca de ese día, Johnnie?

—Sé que la operadora del conmutador se equivocó y transmitió un mensaje que correspondía a la señorita Barclay a la oficina del señor Barclay. Sé que cuando tu padre te mandó a buscar, estabas abajo, en el Estudio...

— ¿Quién te lo dijo? ¿Mi padre? —Su voz se había hecho metálica.

—Conservemos la calma —dije. Yo quería parecer fuerte y seguro. Esperaba que Eleanor sintiera que al fin había encontrado a alguien en quien confiar de veras. — Por una u otra razón, todo el mundo parece volverse histérico cuando se menciona el nombre de Wilson. Por favor, por favor, trata de guardar la calma...

Mis palabras tuvieron un efecto equivocado. Comenzó a reírse de nuevo. Le tomé la mano y le retorcí la muñeca como para que le doliera. Su risa terminó de repente.

—Lo siento —dije—, pero no quise que te pusieras histérica de nuevo. No puedo soportarlo.

—Tienes razón —murmuró. Buscó en su cartera un pañuelo y enjugó sus ojos. Le encendí otro cigarrillo.

—Mira —dije—, tenemos que levantarnos. Si crees que vas a volver a reír, apriétate. Aunque no veo por qué te pones tan excitada cada vez que mencionamos algo que sucedió hace seis meses.

Apretó mi mano.

—Eres un encanto, Johnnie.

—Ahora quédate tranquila. Te voy a hacer algunas preguntas. ¿Por qué se disgustó tanto tu padre al descubrir que tenías una cita con Wilson?

Su mano no estaba quieta en la mía.

—No lo sé —dijo—. Parece ridículo. Después que le dieron a papá ese mensaje de la operadora del conmutador, telefoneó al señor Wilson para averiguar de qué se trataba.

—Luego, tu padre conocía a Wilson, ¿no?

Su mano se endureció.

—Por supuesto, si le telefoneó. Debía de saber dónde vivía Wilson. Y presumo que el señor Wilson le diría que el mensaje era para mí.

— ¿Qué decía el mensaje?

—Era sólo para recordarme nuestra cita a cenar. Que debíamos encontrarnos a las siete y media. No era un mensaje muy revelador.

—Por supuesto, tu padre tenía alguna razón para mandar a buscarte y preguntarte acerca de Wilson. ¿O hace eso cada vez que tienes una cita?

Eleanor comenzó a patear la arena con su zapato.

—Tuvimos una disputa espantosa, la primera disputa que haya tenido jamás con papá. ¿Qué derecho tenía él para prohibirme ver al señor Wilson?

—Tu padre conocía, evidentemente, a Wilson, y tenía algo en su contra.

—Dijo que el señor Wilson quería arruinarlo. Dijo que para lo único que vivía Wilson era para hacerle daño.

—Suena bastante melodramático —dije.

—Eso le dije a papá. Pero él no fué tan malo como Ed. Ed estaba totalmente excitado. Papá se enojó y le dijo que se callara la boca. Estuvo abriendo y cerrando la tapa de su cigarrera hasta volverme casi loca.

— ¿Así que Munn estaba allí, también?

— ¿Qué crees?—preguntó con sorna—. Papá le había hecho telefonear al señor Wilson para decirle que yo no podría cenar con él. Yo estaba furiosa.

—Naturalmente. ¿Pero no descubriste lo que Wilson tenía contra tu padre?

—Me dijo que el señor Wilson le había hecho una mala pasada.

—Parecería que debía ser tu padre el sediento de venganza.

Movió la cabeza.

—Yo también dije eso, pero papá piensa que es más humano

odiar a la gente que hemos ofendido, que a aquellos que nos han herido a nosotros. Creo que eso parece psicología, ¿no es cierto?

Pensé en Lola Manfred y cómo había dicho, en cierta ocasión, que Noble Barclay había puesto en la clase de párvulos la palabra psicología.

—Johnnie... —Eleanor me miró con intención, forzando sus ojos en la luz oscurecida a fin de percibir mi expresión.

— ¿Qué?

—Cuando mi padre te habló, ¿aludió a un libro?

— ¿Un libro? ¿Qué clase de libro?

—Entonces no importa, creo. Ha de haber sido sólo mi imaginación. —Eleanor suspiró. — Me fijé en los periódicos, después de su muerte, pero nunca se hizo mención de un manuscrito.

— ¿Quieres decir que Wilson estaba escribiendo un libro?

—Estaba escribiendo un libro —dijo ella en una forma ligeramente irritable, como si yo debiera haber tenido su información de alguna fuente psíquica—. Les hablé de eso esa noche, cuando mi padre manifestó que Wilson sólo vivía para herirle. Dije que el señor Wilson estaba viviendo sólo para terminar su libro. Ed Munn se puso terriblemente excitado, pero mi padre dijo que el señor Wilson era una superchería y que nadie creería, de todos modos, en su libro.

— ¿Sabes de qué trataba el libro?

—Sé el título.

— ¿Cuál era?

—*La Autobiografía de Homer Peck*.

Mis dedos se pusieron tensos sobre los de ella. Esto no era conscientemente un exorcismo histérico; era mi reacción impulsiva frente al título del libro de Wilson.

— ¿También te impresiona? ¿Qué significa?

Hice una aspiración profunda.

—No lo sé. Cuando me hallaba trabajando en la historia de Wilson hallé por casualidad una referencia de ese tipo Peck. No sé nada de él, pero me suena. ¿Recuerdas lo que decían acerca de la autobiografía del señor Peck?

—No decían nada, al principio. Parecían retener el aliento. Sabes lo que quiero decir, Johnnie, cuando el silencio se hace más

estrepitoso que el sonido. Me incomoda y comienzo a charlar. Dije...

— ¿Qué?

—Era tonto. Acerca del título del libro del señor Wilson. Le había dicho que no me gustaba. ¿Por qué debía llamar autobiografía a un libro al menos que fuera acerca de sí mismo? ¿O una ficción, por supuesto, escrita en primera persona? Pero dijo que no se trataba de una ficción. Dijo que era la verdad acerca de la ficción, por eso era más extraño que la ficción.

— ¿Le dijiste eso a tu padre?

—Ajá...

— ¿Qué dijo?

—No recuerdo. —Reflexionó. — Ed quiso decir algo, pero papá lo mandó fuera. Papá dijo que quería hablarme en privado.

— ¿Qué te dijo?

Emitió un semitono de risa.

—La historia de su vida. Sobre cómo acostumbraba emborracharse todo el tiempo, lleno de pasión, y cómo su querida mamá había muerto del corazón, y que era culpa suya que mi madre se hubiera suicidado, y todo lo demás.

—Luego, no era la primera vez que te hablaba en esa forma, ¿no?

—Lo había escuchado desde que tenía seis años de edad. —Rió de nuevo, tristemente. — Pero hay algo en mi padre cuando cuenta esa historia; es tan sincero y convincente que, cuando solía dar conferencias, la gente se apretujaba hacia la tarima para confesar sus secretos deseos y sus pecados ocultos.

— ¿Confesaste tú?

—No tenía nada que confesar. Pero me abatió; siempre puede hacerlo. Me hizo sentir que yo había sido obcecada y testaruda, que hay algo débil e inferior que necesito compensar tratando de expresar mi propia voluntad. Y luego me mostró que no estoy sola en esos sentimientos indignos y que él entiende y perdona, y que estoy perfectamente bien. Quizá no me creas.

—Me ha sucedido también a mí. Cuando tu padre usa su hechizo, las bestias del campo y del bosque se acuestan una al lado de la otra.

—Pero cuando se acaba y te escapas de su órbita, cesa. Caes con un golpe. He caído demasiado tarde. Gente como Gloria y Grace

Eccles pueden leer un capítulo del libro y levantarse de nuevo. Pero no yo, no desde hace poco. —Rió de nuevo, pero esta vez su risa era libre. — No he hablado nunca así en toda mi vida, Johnnie.

—Esa noche —dije despaciosamente— caíste con un golpe, ¿no? ¿Cuánto tiempo después?

—Después, por la tarde. Papá me llevó a cenar y me hizo un terrible alboroto. Era como en los viejos tiempos, antes que conociera a Gloria. Me hizo sentir tan maravillosa e importante que me sentí desleal por haberle hecho preguntas. Y entonces —se pasó la mano por el cabello—, entonces tuvo que hacer una audición; era viernes, la noche de "La Voz de la Verdad", y así me metió en un taxi y me hizo regresar a casa. De pronto, me di cuenta de que había sido una tonta, y que no me había dado una sola razón de por qué no debía seguir viendo a Wilson. Entonces llamé a Wilson por teléfono...

— ¿Qué hora era?

—Las nueve y media, las diez, no recuerdo. Traté de llamarlo de nuevo el sábado, pero no tuve respuesta. Así que pensé que quizá se hubiera ido a pasar el fin de semana al campo.

— ¿Cuándo supiste que estaba muerto?

—El domingo. Por la radio. —Su rostro, en esa luz difusa, era como una máscara hecho de algún material frágil, como la arcilla o la porcelana, y sus ojos como piedras duras puestas en la máscara.

— ¿Qué te dijo tu padre acerca de eso?

—Nunca le dije nada del asunto.

— ¡Al diablo no le dijiste! —Dejé caer la mano de Eleanor y me levanté. No podría creerle. Era increíble. El viernes por la tarde ella y su padre habían disputado a causa de Wilson; el domingo por la mañana fué descubierto el cuerpo asesinado de Wilson, y se averiguó que estaba muerto desde la noche del viernes. — Debiste haber hablado de ello. No es posible.

—No. Su voz había bajado de tono. — Papá y Gloria se habían ido afuera ese sábado por la mañana, a pasar el fin de semana en Washington con el senador. No lo vi hasta el lunes por la tarde, en la oficina.

— ¿Y no hiciste mención de Wilson?

La voz de tono bajo continuaba.

—Papá no lo trajo a colación, así que yo tampoco lo mencioné.

Siempre tengo miedo de encarar las cosas que sé que serán desagradables. Creo que no me crees.

—Para ser una pareja de accionistas de la *Verdad*, ustedes, los Barclay, son la gente más reservada que jamás haya conocido. ¿Por qué tenías tanto miedo de hablarle de eso?

Se había puesto rígida. Había visto a Eleanor así, antes, protegiéndose en la misma forma inflexible contra los aguijones y las críticas de los cínicos en la Mesa de los Directores. Esta noche, por primera vez, habíala oído poner en duda la sinceridad de su padre. Había dado una hermosa exhibición de resentimiento. Hasta ahora yo había pensado que lo que la hacía tan desdeñosa de todos los bribones era su amor por Noble Barclay, Me había manifestado, desafiante: "Quiero a mi padre." Ahora veía que no era amor, ni orgullo, lo que había estado defendiendo, sino la duda.

Eso significó para mí una confirmación. Dije:

—Él cree que lo hiciste.

— ¿Mi padre?

—Cree que mataste a Wilson.

— ¿Te dijo eso? —Su voz era baja y cortés. Podría haber estado preguntando si yo creía que iría a nevar, o si deseaba dos terrones de azúcar en el café.

Las clases nocturnas en NYU habían terminado. Muchachas en cabeza y jóvenes de anteojos corrían por *Washington Square*. Sus voces eran jóvenes y libres, pero típicamente neoyorquinas, nasales y arrogantes.

— ¿Él te dijo eso, Johnnie?

—Esta tarde tu padre me advirtió que no tratara de descubrir nada más sobre este caso. Te ha estado protegiendo y lo que trató de decir es que, si te amo, debo...

— ¿Lo creiste?

—No, no lo creí —dije—, pero creo que sabes más de lo que simulas saber.

Sus manos cayeron en su regazo. Me miró, forzándose para ver mi rostro. Sus labios se movían, pero no habló en seguida. También la ciudad se había aquietado. Una especie curiosa de silencio nos rodeaba como si de pronto hubiéramos penetrado en una pieza a prueba de ruidos.

Se ciñó el tapado de pieles estrechamente.

—Tú no me quieres —dijo amargamente—. Eres como los demás, queriendo saber algo. Querías saber acerca de nosotros. Querías hablar y escribir artículos y darte importancia. Me hiciste creer que me querías...

Una ambulancia chilló en la Quinta Avenida. Su sirena me despabiló. El círculo estaba roto; oí todos los ruidos vivientes: las bocinas de los taxis, los neumáticos, los frenos, el alboroto de los tacos sobre el pavimento, las agudas voces jóvenes. Los estudiantes de la NYU todavía pasaban, hablando de su labor escolar, probablemente, de francés y trigonometría, de economía, de la O.N.U., de los conductores de Rusia, de Benny Goodman, Jack Benny y Benay Venuta.

Eleanor se había marchado. Había salido corriendo, taconeando como las otras sobre sus altos tacos. Con la cabeza descubierta, el abrigo de pieles abierto, una del montón como las muchachas que ella envidiaba, las estudiantes con padres sin importancia. Corrí tras ella. Los estudiantes de la NYU hormigueaban en el camino. Tres chicas caminaban del brazo, cuchicheando. Interrumpí sus secretos.

— ¿Dónde es el incendio? —me gritaron.

En la Quinta Avenida y la calle Ocho, Eleanor saltó a un taxi. Me precipité por la calle tras ella pero un bocinazo me previno, y volví a saltar a la vereda. Las luces eran verdes, ahora. El taxi de Eleanor se apartó. Antes que yo pudiera encontrar un taxi vacío, el suyo no era sino una luz trasera de color rojo entre una muchedumbre de otras luces traseras de color rojo.

Caminé calle arriba por la Quinta Avenida. En la calle Veintitrés recordé que no había cenado. Decidí ir a *Childs*. En el camino compré un diario. No lo leí en seguida, porque estaba demasiado enfrascado en mis propios asuntos como para importarme el resto del mundo. Cuando la camarera me trajo el biftec y las papas fritas, abrí el diario.

Era un diario tradicional, no un *tabloid*, por lo que no vi el retrato de Lola hasta volver la página 3. Era un recorte de una columna hecho de una vieja fotografía tomada cuando Lola era delgada y joven y de cabellos oscuros. El título abarcaba dos columnas. Decía así:

POETISA HALLADA SIN VIDA
Hallazgo del cuerpo de Lola Manfred

en un departamento de Greenwich Village.
Suicidio. Hipótesis de la Policía

Aparté mi plato. El olor de las papas fritas me enfermaba. La camarera se precipitó por el embaldosado, pero yo ya había asido mi sombrero y mi sobretodo. Me dirigí hacia la mesa donde había dejado dos dólares al lado del plato. La camarera se quedó mirando detrás de mí a través de la ventana de cristal.

Comencé a caminar hacia el norte, pensando en Lola y en lo que había dicho acerca de su autobiografía. *Arena contra el viento* debía ser su título, porque Lola se había burlado de todo. Debía ser exhibicionista, explicaba, porque se había vuelto demasiado perezosa para escribir poesías. Debía haber habido algo más, pensé. Algo además de la pereza había paralizado su talento.

En la calle Treinta y cuatro me dirigí a una cigarrería y formé cola hasta que la garita telefónica quedó vacía. Afortunadamente, el número telefónico de la casa de Riordan estaba en la libretita que yo llevaba en el bolsillo.

—Habla Ansell —dije, y esperé a que recordara el nombre—. Ansell, de la revista *Verdad y Crimen*.

—Ya lo sé. ¿En dificultades, Ansell?

—Lola Manfred no se suicidó. Apuesto mi último dólar.

— ¿Quién es Lola Manfred?

— ¿No ha leído los diarios? La poetisa descubierta en el departamento de estudio de *Greenwich Village*. Dicen que es suicidio, pero tengo un pálpito. Lola Manfred sabía quién mató a Warren G. Wilson...

—Espere un minuto —dijo Riordan. Debió poner su mano sobre el teléfono, y hablado a alguna otra persona. Luego dijo—: Vaya a verme al Cuartel General. Tardaré cerca de veinte minutos. Tengo que vestirme.

Mientras colgaba, creí oír una voz de mujer que protestaba.

CUARTA PARTE

EL DIENTE DE LA SERPIENTE

por

Eleanor Barclay

"Mira profundamente el interior de tu pasado olvidado. Deja que tus pensamientos se amontonen desordenadamente. Imágenes terribles pueden flotar en tu espíritu, imágenes demasiado aterradoras como para que tu personalidad consciente las reconozca. No las reprimas; no dejes que te derrote la vergüenza. Si quieres conquistar el Yo, llegar a ser total, libre y valeroso, debes desenterrar de tu conciencia los recuerdos ocultos, obliterados, censurados. No tengas miedo. Piérdete libre y puramente en las más profundas, en las más oscuras, en las más abominables marañas de la memoria."

Mi Vida es Verdad
NOBLE BARCLAY

MIENTRAS estiraba mi mano hacia la campanilla, mi corazón comenzó a golpear en tal forma que sus palpitaciones parecían llenar el *foyer*. Un *foyer* pequeño, tan elegante, todo construido con cristales negros y blancos por un decorador que odiaba a los ricos y esperaba que sufrieran de claustrofobia al aguardar el ascensor. Tres años antes de haber alquilado Gloria el departamento, existía una descolorida *philodendron* en un cacharro blanco, sobre la mesa de mármol negro. En mi ánimo vago y sentimental, me había apenado esa planta viva prisionera por la elegancia de la Quinta Avenida, y la había contemplado como una madre a un chiquillo.

Frente a la puerta de mi padre, la *philodendron* florecía como el verde laurel.

Mi mano se apartó de la campanilla, y la mantuve sobre mi corazón, creyendo que la presión podría silenciar esa palpitación ruidosa. Era muy mío estar pensando en la *philodendron* cuando tenía que enfrentar a mi padre y hacerle una pregunta que durante meses había temido decírmela a mí misma. Toda mi vida me había apartado de lo desagradable, estudiado los dibujos de la ventana, el juego de la luz y la sombra bajo un árbol, o escuchado el zumbido de una mosca o el vapor silbando en el radiador.

Había en ese momento dos preguntas, la que había temido hacer a mi padre, y la otra surgida recientemente de mi conversación con Johnnie en un banco de la plaza. Cuando Johnnie me contó aquel horrible cuento, yo no había desviado la conversación. Cada fibra de mi cuerpo quedó escuchando. No sólo había escuchado la voz y las palabras, había afinado mis oídos para percibir las connotaciones, el significado, el sentido del sentido.

Tu padre me advirtió que no tratara de descubrir nada más sobre este caso. Te ha estado protegiendo, y lo que trató de decirme es que si te quiero...

Mientras me dirigía en un taxi a la parte alta de la ciudad, y mientras estuve en el *foyer* blanquinegro, mirando la *philodendron* y tratando de apaciguar mi conmoción interior, esas palabras eran como un eco a gran distancia. Estaba decidida a saludar a mi padre valientemente, a preguntarle con audacia, y a no dejar que me encantara y me hiciera dócil y complaciente.

La puerta la abrió Hardy, el mayordomo de Gloria. Corrí a través del estudio estilo Imperio, decorado para Gloria por un pálido joven que hacía de la decoración interior una religión, y le daba un nombre a cada habitación. El estudio de papá, que se llamaba Contradicción, se hallaba al fondo del *hall*, hacia el fondo del primer piso. Esperaba no encontrarlo allí, pues entonces hubiera estado obligada a hacer mis preguntas inmediatamente, y mi coraje estaba vacilando.

Con excepción de la cháchara de los sirvientes en la cocina, el primer piso estaba silencioso. En la sala del segundo piso hallé a Gloria. Yacía sobre un felpudo de pieles, ante el fuego, en un pijama de piel de leopardo, mientras estudiaba su gramática francesa. La

habitación estaba llena de un perfume costoso, uno de esos sintéticos que se denominan *Impetuoso*, o *Ardiente*, o *Atrevido*.

—Hola, Eleanor. Supongo que sabes que nos invitó a cenar. ¿Qué piensas? ¿No sabes qué noche es ésta?

— ¿Dónde está papá?

— ¿Te has olvidado? —Gloria hizo una torsión con un blando movimiento adquirido por años de práctica de *ballet*. — Es viernes.

— ¿Viernes? —Debo de haber parecido una tonta. En el calendario de la familia Barclay, el viernes era más sagrado que el *Sabbath*.

— ¿No es horrible lo de Lola?

— ¿Qué cosa de Lola?

— ¿No lo sabes? —Gloria se sentó, abrazó sus rodillas e hizo una aspiración. — Se ha suicidado.

Caminé vacilando hacia un sillón cerca del fuego. Parecía —mientras me acomodaba en el sillón— como si siempre hubiera sabido que Lola sería encontrada sobre el estampado indio del sofá del estudio, con un vaso vacío sobre su apolillada mesa de nogal.

— ¿Por qué crees tú que lo hizo? —preguntó Gloria, mientras su pecho se agitaba excitado—. Supongo que la bebida.

Hardy golpeó con los nudillos en la puerta abierta, compuso con adecuada solemnidad su hermosa cara, y anunció:

—Falta un minuto para las nueve, señora Barclay. —Luego hizo un rito del hecho de sintonizar la estación WBOR.

Abajo, los sirvientes se agrupaban alrededor de la radio de la cocina, y en el cuarto de los niños la *Nannie* inglesa oía en afectada soledad. Por toda la casa resonaba el *Himno Bélico de la República*, y un barítono cantó una línea:

"Su verdad sigue marchando." La música se desvaneció, un locutor dijo: "Ésta es la *Voz de la Verdad*", y después de un breve intervalo, mi padre comenzó:

—Buenas tardes, amigos. Éste es Noble Barclay.

Antes de conocer a Lola Manfred, mi espíritu nunca había dudado. La Fe estaba arraigada en mi devoción hacia mí padre, no en su filosofía. Había pasado por períodos de rebelión —una vez cuando rehusé a posar para nuevas fotografías de la *Muchacha-Verdad*, y otra vez, por siete semanas, cuando tantas ganas tenía de ir al colegio— pero al final siempre lamentaba haber sido obcecada

y desleal.

Hasta los seis años de edad había vivido con los parientes de mi madre, y oído susurrar el nombre de mi padre como si fuera una mala palabra. Cuando vino a buscarme, yo estaba tan aterrorizada como si el diablo hubiera venido a conducirme al infierno; pataleé, y luché y mordí hasta que el movimiento del tren me arrulló y me dormí en sus brazos.

En la casa de mi padre, la adoración había sido el espíritu prevaleciente. Había sirvientes devotos y secretarias encandiladas, todos ellos discípulos de Barclay, ex inválidos o pecadores reformados, devueltos a la salud y a la respetabilidad gracias a sus enseñanzas. Me convertí en el tambor mayor en la procesión de los conversos. Las gobernantas me leían el libro de mi padre como si fuera la Biblia.

Una palabra aterrorizaba mi corazón; Deslealtad. La palabra ensombrecía el recuerdo de sirvientes y secretarias despedidas. Y cuando tuve doce años, su devota mujer, Janet, se convirtió durante la noche en una persona tan maligna como una fregona desleal. A la mañana siguiente, mi padre tenía hechas y enviadas mis valijas. Me vi arrebatada, con una gobernanta y una secretaria rolliza y pelirroja, hacia Florida. Papá se juntó con nosotros. La pelirroja siguió siendo fiel durante casi un año, y luego nos dejó también, y entonces hubo un intervalo feliz cuando su hija, la *Muchacha-Verdad*, no tenía rivales.

Al cumplir diecisiete años, papá me llevó a California. Cuando no estaba muy ocupado, me galanteaba como si yo hubiera sido tan rubia y rolliza como su estrellita favorita, y diariamente me enviaba flores a mi cuarto. Papá estaba cada vez más ocupado con tareas referentes al lanzamiento de su revista *Verdad en Hollywood*, y al regresar a casa Gloria tenía una sala en el mismo tren.

En Nueva York, Ed Munn esperaba en la estación para llevarme a casa en un taxi, mientras papá conducía a Gloria a su hotel en su *limousine*. Fué mi año más solitario. Teníamos un gran departamento de hotel, pero papá raras veces utilizaba sus habitaciones. Yo no tenía amigas. Nunca había ido a la escuela y era mejor cenar y luego ir a una revista con Ed que pasar sola mis tardes. Fué en uno de esos períodos de rebelión que quise ir al colegio con tanta desesperación. Pensaba que si tenía un tutor y

estudiaba lo bastante podía pasar volando los exámenes.

Mi educación había sido desordenada. Todo lo que había aprendido se lo debía a Janet Ordmann Barclay, quien pensaba que la inteligencia y el conocimiento eran más importantes en una gobernanta que las piernas hermosas y los grandes pechos que como norma exigía mi padre. Él no aprobaba la educación tradicional. En sus días de disipación había sido expulsado de cuatro colegios, y creyó su deber, después, exponer los puntos flacos de la educación moderna. Los escritores de la revista *Verdad* demostraron que el colegio debilitaba la fibra moral, engendraba la perversión, favorecía la embriaguez, desarrollaba la degeneración. Mapas con pequeños hombres de cartón montados sobre escaleras mostraban que el porcentaje de fracasos era más elevado entre los graduados de los colegios que entre los iletrados.

La hija de Noble Barclay se había educado en las oficinas de las *Publicaciones "Verdad"*. Yo era joven, entonces, y creía lo que leía. Los editoriales de *Verdad y Amor* predicaban sobre la maldición de la mujer frígida, y pensaba que debía haber alguna causa congénita de mi apatía y disgusto cuando mi novio trataba de tomarme la mano.

A nadie en la oficina se le comunicó nuestro noviazgo. Yo me sentía humillada cuando los impuros y cautelosos dedos me tocaban, y retrocedía ante el roce untuoso de sus labios. Afortunadamente, el hombre no era ardiente. "Respetaba la delicadeza femenina" y eludía cualquier conflicto real entre nosotros. Mi educación estaba progresando. Miraba a los otros hombres, comparábalo con los jóvenes cínicos e inteligentes que bromeaban en la Mesa Directorial y perdían sus puestos a causa de su deslealtad; lo comparaba con los jóvenes y apacibles agentes de publicidad con sus trajes de doble hilera de botones y sus corbatas brillantes. En ese momento comencé a jugar un juego premeditado de escondidas, me volví esquiva, caprichosa, endeble, y finalmente mentirosa en mis excusas para eludir una cena o una tarde con él.

Un día, en la oficina, Lola Manfred giró en su silla y dijo:

—No hay ley, muchacha. Se le puede decir "no" al impulso.

Yo me hallaba trabajando en un manuscrito titulado *Esa mujer Braun. La verdad acerca de la vida amorosa de Hitler*. Las páginas se esparcían en el suelo y me agaché a levantarlas, contenta de tener

una excusa a fin de ocultar mi semblante arrebatado.

— ¿De qué estás hablando? — pregunté, sofocándome con la pregunta.

—No soy sorda ni ciega. Siempre puedo decir quién está en el teléfono cuando contestas; y cuando te acorrala aquí en la oficina, me enferma ver tu inocente agonía. Tú lo odias, Eleanor. ¿Por qué le dejas que te persiga?

Traté de ser leal. Le dije que mi novio era bueno, comprensivo, el querido amigo de mi padre. Lola resopló. Tuve que defenderme porque estaba comprometida con él, y me desboqué ante Lola, acusándola de prejuzgamiento y de intolerancia.

— ¿Crees tú en la *Verdad compartida*, Eleanor?

—Sí, por supuesto.

— ¿Por qué te sonrojas?

—Quiero a mi padre.

Después de eso, en mi presencia, Lola no criticaba tanto a mi padre. Pero yo sabía, de todos modos, que ella continuaba propalando su desprecio, especialmente si Ed Munn o algún otro típico empleado "leal" estaba oyéndola. Eso era característico en Lola. La postura, las palabras sucias, las actitudes intempestivas implicaban una capa exterior sobre un corazón tierno y tembloroso. Era infinitamente generosa y paciente con la gente pobre y simple; amargamente cruel con los solemnes y arrogantes.

Aprendí a querer a Lola, pero, a fin de defenderme, yo era a veces arrogante, y siempre demasiado orgullosa como para permitirle ver que coincidía con ella respecto de Ed Munn. Pero cuando, por fin, tuve el coraje de decirle a papá que quería romper el noviazgo (él se lo comunicó a Ed en mi nombre), entonces lo celebré yendo a cenar con Lola.

Fué esa noche, en que ella me dejó entre la entrada y la ensalada, que conocí al señor Wilson. Era una relación inocente y un virtuoso amigo. A menudo hablé de él con Lola y planeé un encuentro entre ellos alrededor de mi simpática mesa. Pensé que Lola y el señor Wilson se gustarían recíprocamente. Parecía una coincidencia su común pasión por Blake, quien no es un poeta popular, y no dudé de que podríamos llegar a ser un cordial trío. Ambos parecían entenderme, como puede entender a los jóvenes la gente más vieja que no ha olvidado la juventud.

Les hablé a uno del otro, traté de combinar cenas, pero no tuve nunca éxito. Aunque Lola parecía volverse cada vez más petulante cuando yo charlaba del señor Wilson, no hallé nada extraño en su comportamiento. Lola era una mujer desgraciada, a menudo irritable. Así que cesé de hablar de cosas que la disgustaban. Y cuando murió el señor Wilson, las circunstancias eran tan desconcertantes que yo reflexioné pero no pude hablar de ello, y nunca le dije a Lola que el hombre cuyo asesinato se anunciaba en los diarios había sido *mi* señor Wilson.

—Ahora que Lola ha muerto, probablemente serás el director de *Verdad y Amor* —advirtió Gloria, mirando por sobre su gramática francesa. La audición había terminado y ella había vuelto a su pose de colegiala, para que cuando mi padre entrara, riera entre dientes y le diera un golpe seco en las nalgas.

— ¡Cállate!

— ¡Qué modales elegantes tienes, señorita Barclay!

—No me importa. Te portas positivamente como un vampiro al pensar en su puesto cuando ella está...

— ¿Todavía caliente en su tumba? —Gloria me miró vivamente. — ¡Qué revoltijo eres, Eleanor! ¿Por qué vas siempre sin sombrero? Será mejor que te peines y te pongas un poco de polvos antes que llegue tu padre.

Cuando salí, peinada y dócil, del cuarto de vestir de Gloria, papá estaba sentado en uno de sus sillones *bergère*, con Gloria, a sus pies, en el suelo, su mentón en alto, sostenido por ambas manos.

—Ed lo está arreglando en mi lugar —estaba diciendo mi padre —. No hagas economías —le dije—, dale un funeral decente, yo lo pago. La pobre no dejó un centavo; no hubiera podido pagarse siquiera un entierro decente. Pero quiero hacer lo que me corresponde; era una buena empleada...

Lola estaba muerta, y no podía resentirse por la observación.

—Ella no era leal. Te odiaba y tú lo sabías —le dije a mi padre.

Gloria me miró como si yo hubiera dicho alguna cosa indecente. La habitación estaba caliente y sofocante con el olor de *Atrevida*, o de *Impetuosa*, o de *Ardiente*.

—Ahora que ella está muerta —dijo mi padre con aire de reprobación—, no nos importa hablar mal de ella. La pobre Lola tenía defectos, pero, ¿quién que sea humano no los tiene? Los

jóvenes, Eleanor, suelen ser intolerantes. Juzgas mal a Lola. Tenía una lengua viperina. Probablemente la divertía burlarse de mí, pero nunca fué desleal.

La voz de Gloria subía y bajaba de tono en su alegría frente a la mórbida situación.

— ¿Qué te imaginas? Apuesto a que la bebida.

—Se hará una investigación. Pueden llamarte a declarar, Eleanor.

— ¿Qué sé yo?

—Que ella era emocionalmente indecisa. Que bebía demasiado. Que se abandonaba a una tendencia hacia la melancolía. Ayer estuviste con ella. ¿Qué ánimo tenía?

No contesté la pregunta de papá, porque estaba pensando en Lola tal como la había visto por última vez. Se había puesto su abrigo de pieles y salido a la Sala de Señoras, pero al volver, compungida y arrebatada en exceso, había estado pesarosa y ansiosa por agradarme. Yo estaba demasiado abstraída para prestar atención a Lola; me fastidiaban sus chiquilladas y su estar ocupada con tonteras, pues Johnnie iba a ir a cenar a casa. Cinco llamadas telefónicas a Brenda, todas inútiles y sin ninguna importancia, sobre el enfriamiento de los vasos de *cocktail* y el calentamiento de los platos de la cena, y asegurar que las flores estuvieran adecuadamente dispuestas. Era ahora demasiado tarde para la disculpa o la contrición, e inútil preguntar si mi egoísmo no era culpable, en parte, de su desesperanza.

—La tragedia de la disipación. Disipación de la vida y disipación del talento. Todo por el alcohol. —Contra el fuego, el perfil de mi padre era oscuro y fuerte y melancólico.

—No —contesté—. No debieras decir eso. Era algo peor que el alcohol solamente...

— ¿Peor? —chilló Gloria, frotando el pijama de piel de leopardo para que sus manos llamaran la atención hacia las curvas debajo de su tensa piel.

— ¿Qué hay peor que la embriaguez y el suicidio?

—La infelicidad —dije—. Cualquier cosa que la haya obligado a beber a Lola. Tú debieras saber eso, papá. Mira tu propia experiencia. No fué hasta que descubriste qué era lo que te convertía en un borracho holgazán que...

—Eso es enteramente distinto —interrumpió Gloria con enojo. En su calidad de esposa de Noble Barclay tenía que creer en la absoluta sinceridad, pero prefería no pensar en los capítulos más sórdidos de la historia de mi padre.

—Te conociste a ti mismo, aprendiste a superar tu debilidad, y fuiste capaz de abandonar la bebida —continué, hablando a mi padre e ignorando la desaprobación de Gloria—. La aflicción de Lola era peor que la tuya porque ella sentía más profundamente.

—Tonterías —resolló Gloria.

—Su capacidad de sentimiento —dije atropelladamente— era demasiado para ella. No podía soportar la forma de ser del mundo, la manera en que la gente es defraudada y burlada y desencaminada cuando trata humildemente de ser honesta y feliz.

— ¡Qué ridículo!—estalló la mujer de Noble Barclay—. Si se apenaba por la gente, ¿por qué no trataba de ayudarlos, como tu padre, en vez de revolcarse en la bebida y el libertinaje? ¿No es así, papaíto?

Mi padre suspiró.

El reloj sonó en el fanal de cristal, y apareció Hardy, como obedeciendo a una señal, con una bandeja.

— ¿Jugo de ananá, uva o manzana? —preguntó, ofreciendo la bandeja.

—No, gracias —dije.

—Bebe, te va a hacer bien.

La obediente hija bebió su jugo de manzanas, y contempló con ojos inocentes a su queridísimo padre, reflexionando sobre la razón que tendría para acusarla de asesinato.

—Papá, quiero hablar contigo —dije temblorosamente.

Los ojos azules de Gloria resplandecieron, expectantes.

—En privado —añadí—. Es muy importante.

Mi padre no estaba acostumbrado a tales demandas. Una audiencia con el creador de la *Verdad compartida* era un privilegio sólo asegurado a los miembros de la familia, a los amigos íntimos y a los muy ricos e influyentes. Se levantó y extendió su mano; y después de haberse disculpado ante Gloria, bajamos las escaleras en dirección a su estudio.

Ésa era la habitación que el joven y religioso decorador había denominado Contradicción. Era una alocada mezcla de viejo

alabastro, un escritorio de mármol soportado sobre las espaldas de tres etíopes de hierro forjado, modernos estantes de madera blanqueada hasta adquirir la blancura del hueso, y cortinas de felpa negra sostenidas por blancas manos de yeso. Sobre la chimenea colgaba un desnudo rosado de hinchadas nalgas, y en la pared de enfrente una pintura hábil pero morbosa de los huesos pélvicos de algún animal gigantesco.

— ¿Qué quieres decirme? —preguntó afablemente mi padre.

Cerré los ojos. No tenía tiempo de estar mirando los desnudos y los esqueletos. En nuestro calendario el pecado más negro era la deslealtad, un peligro que —solía yo pensar— nunca amenazaría a la hija de Noble Barclay. En nuestra oficina, cuando el escepticismo era endémico, pensé que no me podía contagiar. Mi defensa había consistido en la aspereza, cuya vehemencia era incapaz de ocultar mi debilidad. Me contagié de la gente que más me gustaba, de aquéllos que eran los más francos en la burla.

La deslealtad me sobrevino, creo, en la Sala de Señoras. Las estenógrafas y los escribientes del archivo, más que los críticos sagaces, causaron mi desilusión final. Aquellas muchachas nunca hubieran confiado en la hija del patrón, pero cuando una se tiene que ocultar en el tocador para disfrutar un cigarrillo, no se puede evitar escuchar de paso confidencias que no estaban destinadas a los propios oídos. Oía hablar a las muchachas; supe que dos de ellas trabajaban una semana para ganar el precio de uno de los sombreros de Gloria; me encendí de indignación ante las injusticias de las pequeñas multas y deducciones. Mi padre, que anunciaba su amor a la humanidad en cinco revistas y una audición semanal, me dijo que no entendía de negocios cuando le pregunté por qué pagaba a las muchachas sueldos tan miserables.

El señor Wilson contribuyó también a educarme en la deslealtad. No había sido tan estruendosamente arrogante como el grupo de la Mesa de Directores, pero había hecho su porción de preguntas sobre la práctica de su credo por parte de mi padre, sobre nuestra vida hogareña con Janet en los viejos tiempos, el casamiento de mi padre con Gloria, y mis antiguos días en la casa de mi padre, en *Great Neck*. El señor Wilson no había hecho una crítica superficial; había discutido la filosofía de mi padre con la divertida imparcialidad de un obispo culto investigando en los esguinces de

un evangelista iluso.

Después de la muerte de Wilson cerré mis ojos y mi cerebro a los rastros que pudieran haber resuelto el misterio. Estaba enferma de terror, pero mi terror no tenía consistencia, pues lo único que sabía era que mi padre y Ed Munn habían hablado en una forma oscura y maligna de la enemistad del señor Wilson y de su dolorosa necesidad de venganza. Esa tarde, en la oficina, traté de reírme de sus frases melodramáticas, de ocultar mi desconcierto con agudezas y bravatas, pero estaba horrorizada por la sugestión de conspiración que ocultaban su silencio y sus miradas secretas.

Las verdades enterradas —decía el libro de mi padre— son llagas ulcerosas; envenenan el cerebro y corrompen el espíritu. La úlcera había supurado; estaba verde de pus, gangrenosa y pútrida. Yo era culpable, también; culpable del obcecado error al que mi padre atribuía tanto sufrimiento humano. Y como el resto de los locos y los enfermos, me cegaba deliberadamente, colocándome una máscara para proteger mis ojos, demasiado delicados, de la furiosa luz.

Por un corto tiempo habían caído las anteojeras. La súbita luz era más de lo que yo podía soportar. Me enfermé, físicamente enferma, corrí a casa con un dolor de cabeza que se me partía, huí de Johnnie el día que Grace Eccles insistió en tener cinco minutos de *Verdad compartida* en la Sala de Señoras. No era tanto lo que Grace reveló como lo que yo imaginaba como un telón de fondo para la suma de sus pequeños hechos fantásticos. ¿Por qué mi padre le había prohibido hasta mencionar el nombre del hombre asesinado? ¿Por qué era tan violento su enojo al preguntarle Grace por el revólver que yo había llevado sin querer del Estudio, cuando se me llamó tan perentoriamente a la oficina?

— ¿Qué quieres decirme? —volvió a preguntar mi padre.

Yo había estado en éxtasis. Sobrecogida, lo miré a la cara. Parecía un extraño delante de mí, en el sillón gris oscuro. Era suave, curtido, atlético, masajeado, hermoso y sano, pero su cara, sin embargo, mostraba las ruinas de su disipada juventud. Miré la insolente mandíbula y pensé en aquel joven borracho fanfarrón que mi madre había querido en forma tan extravagante que el fracaso de su matrimonio le resultó mortal.

Percibió mi escrutinio y, seguro de sus encantos, sonrió.

— ¿Qué piensas de eso, Eleanor? Tienes buen gusto. —Hizo con la cabeza un gesto hacia el cuadro que representaba la pelvis del animal.

—Es repulsivo.

Su placer era legítimo.

—Mi gusto no es tan grosero, ¿no? Hace rato que lo habría arrojado a la basura, pero Gloria me dijo que era arte. Dios sabe que tengo suficientes caballos a mi alrededor, en la oficina, sin tener que colgar uno en mi casa. —Ése era Noble Barclay, un hombre fuerte y alegre, divirtiendo a su hija con una bromilla amable hacia su esposa.

Mi voz era suave, cremosa, la voz de un domingo por la tarde de un buen chico, al preguntar:

— ¿Por qué le dijiste a John Ansell lo que le dijiste esta tarde?

—Así que te fué a ver para chismear. Caballeresco, ¿no es cierto?

—Eso no es lo que interesa. Quiero saber por qué lo dijiste.

— ¿Por qué trajiste aquel día el revólver a mi oficina?

Miré en otra dirección, a las blancas manos de yeso que sostenían la negra cortina de felpa.

—El revólver no tenía nada que ver. Fué una equivocación; bien lo sabes, papá. Me dijeron que tenía que ir inmediatamente a tu oficina; acababa de firmar para que me dieran el revólver; lo llevé en lugar de mi bolso. Ése no es el punto...

Mi muñeca estaba aprisionada en la poderosa mano de mi padre.

—Dime la verdad, pequeña.

—Estaba esperando que fueras tú el que me dijera la verdad, papá. ¿Por qué simulas creer que maté al señor Wilson? ¿Por qué estabas tan indignado cuando supiste que yo lo conocía? ¿Por qué dijiste todas esas cosas ridículas acerca del odio que te tenía y de que nos quería destruir?

Mi muñeca palpitaba bajo sus dedos crueles. Me avergonzaba decirle a mi padre que me estaba lastimando.

Suspiró.

— ¿Debemos volver de nuevo al asunto? En esa oportunidad te lo expliqué. Yo...

—No explicaste nada —dije, olvidando que contradecir a Noble Barclay era considerado una deslealtad—. Te portaste como un

padre riguroso; me gritaste, me diste órdenes, y me recordaste que debía respetarte. Pero nunca me dijiste por qué; nunca me explicaste tu insensata furia y tus indirectas sin razón acerca de que había estado en peligro porque conocía al señor Wilson.

—Él me había defraudado. Era parte de un plan. Quería utilizar a mi propia hija contra mí.

— ¿Por qué?

Papá miró hacia los huesos del caballo y suspiró de nuevo.

—Me dijiste que el señor Wilson te odiaba y sólo vivía para vengarse de ti —le recordé—. Luego dijiste que te había ofendido y que como no era bastante fuerte para saber la verdad acerca de su propia debilidad, se había vuelto contra ti. Pero nunca me dijiste qué hizo y cómo...

— ¡Sh-sh, estás gritando!

—Tengo que saberlo.

—Te estás poniendo histérica. Cálmate. Quédate quieta cinco minutos sin decir nada. —Sus ojos oscuros y brillantes se desviaron hacia el reloj de mármol negro sobre la repisa. — Cinco minutos de tranquilidad y luego podemos compartir la verdad, por amarga que sea, sobre este incidente desafortunado.

—No soy histérica. Yo...

— ¡Silencio!

Me quedé rígida, mirando las manecillas del reloj, que se movían tan despacio que parecía saber mi ansiedad y desear oponerse. No eran nuevas, para mí, escenas de esa clase. A menudo mi padre me había hecho sentar durante cinco minutos sin mover un solo músculo. En su libro, esto se insinuaba como un prefacio a la confesión. El efecto era considerado apaciguante, pero yo siempre me había puesto más nerviosa durante el forzado silencio que precedía al hecho de escuchar o decir algo desagradable.

La puerta se abrió silenciosamente y Ed Munn apareció. No se había molestado en golpear. Ed se mantuvo, alto, en el umbral, mirándonos, con sus ojos apacibles y su mueca elástica.

—He hecho todos los arreglos. La investigación se hará el lunes, y la tendremos enterrada a la mañana siguiente. El funeral es estrictamente íntimo.

Envuelta sin riesgo en la tela de mis intereses personales, había olvidado a Lola. El recuerdo me hirió dolorosamente.

— ¿Por qué lo hizo? —grité—. ¿Se ha descubierto algo, Ed? ¿Sabe usted algo?

Ed se humedeció los labios.

—La bebida, por supuesto. Había botellas vacías por todos lados.

— ¿Por qué? Antes también estaba borracha. Siempre hubo botellas vacías. Algo debe haberla herido terriblemente...

Se alzó un hombro insolente. Ni siquiera se molestó en encogerse de hombros correctamente.

—Probablemente descubriera que la había traicionado uno de sus amantes.

Temblé. La untuosa voz de Ed me enfermaba. El consideraba a Lola una mala mujer; la virtud de aquélla estaba más allá de su comprensión. Lola había sido capaz de compasión e indignación; Ed era todo oleosa rectitud.

—No esperaba encontrarte aquí, Eleanor. Es un placer inesperado.

—Gracias.

— ¿Por qué eres tan sarcástica? Estoy tratando de hacerte un cumplido.

— ¿Que soy sarcástica? Usted dijo que era un placer el verme y yo le agradecí. No hay nada de sarcástico en eso.

—Siempre has sido sarcástica conmigo. Te comportas como si yo no fuera lo bastante bueno para ti. Quizá no sea un universitario, pero no soy un “medio litro”...

—Por favor, Ed. —También mi voz era quejosa. Nada me incomodaba tanto como un hombre maduro quejándose.

—Cállese, Ed. Todo eso ha terminado —estalló mi padre.

— ¿Ah, sí?

—Hace un año le dije que ella nunca le pertenecería. Y dejé perfectamente sentado que no la forzaría a ello. Es una mujer grande; su vida le pertenece. Me enferma estar discutiendo de esto con usted...

—En una oportunidad necesitó algo —interrumpió—. Y me prometió que si yo le ayudaba, usted usaría su influencia...

Los ojos de mi padre centellearon, y a la luz que arrojaba la lámpara detrás de él, su pelo blanco brillaba como una corona. Ed se inclinó, con los hombros caídos, los largos brazos pendientes. La luz de la lámpara iluminaba su odio. Vi entonces que Ed Munn

tenía algún poder secreto que mi padre temía y resentía.

—Por favor, Ed —dije con calma—; por favor, déjenos. Quiero hablar con mi padre.

Ed Munn tenía conciencia de su poder, estaba orgulloso, mostrándole a mi padre qué lejos podía ir. Un hombre débil había descubierto y armado su flecha contra el talón de Aquiles de su superior. Despaciosamente, volviendo su torcida sonrisa hacia mí, Ed se deleitó.

—Sobre la muerte de Wilson, ¿no? Quieres saber por qué te culpó tu padre, ¿no? Quieres saber...

—Ha estado usted espiando —dije.

—Es mi oficio. —La voz de Ed era todo jarabe y complacencia. — Tu padre ha hecho que durante años mi ocupación fuera espiar por él. La costumbre ha tomado incremento. ¿Cómo puedo remediar el espiarle, para variar? La frase sonaba como si hubiera sido escrita y luego memorizada,

—Bien, Ed, pero mandemos ahora todo al diablo, ¿no le parece? —dijo papá.

—No quiero.

—Váyase.

La mueca elástica se dilató mientras Ed se volvía de nuevo hacia mí.

—Ese amigo tuyo es demasiado preguntón. Pensamos que debe callarse la boca si piensa que tú lo has hecho.

— ¿Era ésa su brillante idea?—pregunté con frialdad—. Puedo advertir el toque maquiavélico.

—Váyase —dijo mi padre de nuevo.

Ed se sentó en uno de los sillones metálicos y se aferró a los brazos con sus blancas y delicadas manos. Había fanfarronada en sus movimientos, desafío en su voz.

—Me enferma que me manoseen. Estoy cansado de promesas incumplidas. Mantendrá la palabra que me dió, o... —La pausa era muy significativa.

—Debo decir, Ed, que sus amenazas me preocupan muchísimo —dijo mi padre con burlona jovialidad—. Sinceramente, estoy estremecido del miedo que le tengo.

—Por favor, díganme —rogué—, ¿qué hay en todo esto? ¿Por qué todo este misterio? ¿Por qué querían que Johnnie dejara de

hacer preguntas sobre el señor Wilson?

Ninguno habló. Miré los ojos oscuros y resplandecientes de mi padre, y la blanca corona de su cabello. Mi padre, murmuré, mi propio padre que acostumbraba hablar con su mano envolviéndome el dedo índice, y besar mis magulladuras. No había olvidado yo la seguridad de sus brazos y la enérgica ternura de sus caricias. Eran cosas sentimentales, pero la memoria es todo disimulo e impostura y sabía que estaba perdida a no ser que las rechazara. Pensé en el señor Wilson, que había sido asesinado, y dijo, con voz clara y audaz:

— ¿Fuiste tú, papá?

No respondió, y dije:

— ¿Fuiste tú quien mató al señor Wilson? Dime la verdad, por favor.

Se me antojó curioso, aun entonces, que yo preguntara la verdad a Noble Barclay. Se me había enseñado, casi durante toda mi vida, que la verdad era connatural en él, que un camello podría pasar por el ojo de una aguja, con mayor comodidad que una palabra de fraude caer de sus labios.

Levantó la cabeza.

—Me he equivocado mucho en mi vida, hija. Soy el responsable de la muerte de mi querida madre y de tu madre, mi dulce esposa. Fué mi obcecado orgullo y mi debilidad lo que quebró los corazones de aquéllas. He pecado, pero no he asesinado. No he dirigido un revólver contra el corazón de un hombre.

—Alguien baleó al señor Wilson por la espalda —dije.

Mi padre movió la cabeza como si estuviera negando una acusación, y sus pulgares jugueteaban en nervioso desafío. Detrás de él estaban las negras cortinas y las blancas manos amputadas.

— ¿Has creído todos estos meses que yo era culpable de asesinato? ¿Por qué no viniste a mí con franqueza, y me hablaste de ello?

—No me has contestado la pregunta, papá.

—Eres desconfiada, muchacha. Encerraste la sospecha en tu corazón y no quisiste admitir la luz purificante de la verdad.

—Estaba asustada —admití—. Te comportaste en forma tan extraña aquella noche... Luego supe que el señor Wilson había muerto. Temía, padre...

—Si hubieras tenido siquiera el coraje de hablarme —interrumpió—. Créeme, muchacha, no tengo nada que ver con el asesinato. En realidad, no fué sino hasta la mañana del lunes siguiente, en el tren de Washington, que supe que Wilson había muerto.

—Las noticias deben haber sido una bomba —observó Ed Munn, que había gozado con nuestra disputa.

— ¿Está todavía ahí? —dijo papá.

Ed se levantó. Sonreía, y su delgada boca roja estaba curvada y arrollada como una serpiente. Él y mi padre se odiaban entre sí tan violentamente que el hedor de su malicia llenó la pieza.

De la habitación del piso de arriba venían los llantos enfurecidos de un chico despertado a causa de una pesadilla. El otro mellizo estaba molesto por los llantos, y comenzó también a chillar. Cuando esto hubo terminado oí la plateada voz de tiple de Gloria:

— ¿Subes en seguida, papaíto?

—Estoy ocupado, querida. Acuéstate.

—No tardes, papaíto. Estoy triste.

La casa volvió a quedar silenciosa. Ed se movió, volviéndose hacia mí con una sonrisa afectada que sugería una victoria malsana.

—Una cosa siempre me ha intrigado, Eleanor. ¿Por qué llevaste ese revólver del Estudio? ¿Tu padre te había dicho que lo trajeras?

— ¡Vaya al diablo, Ed! Fué un error —barboté—. Papá me hizo llamar con tanta urgencia que yo estaba trastornada y distraída. Tomé el revólver en lugar de mi bolso. Usted sabe que...

— ¡Sh, sh!—dijo mi padre—. Estás gritando. Por supuesto que era simplemente una coincidencia. Ed está haciendo de nuevo una de sus bromas. —Y añadió, dirigiéndose a Ed: — La pone usted nerviosa. Si tiene algo que decir, dígamelo a mí.

Una vez más la voz de soprano de Gloria descendió por las escaleras.

—Estoy sola. Por favor, apúrate, papaíto.

— ¡Por el amor de Dios! —le grité—. Él no es tu papaíto; es tu marido. Eres una mujer grande y le has dado dos chicos. ¿No puedes llamarlo por su nombre?

—Pobre Eleanor. —Papá me condujo hacia el sofá. — Pobre niña; sus nervios están quebrantados. Déjela descansar, Ed, déjela recobrarse del shock. —Papá arregló los almohadones, y esperó

solícitamente, como si yo fuera una inválida, hasta que me hube extendido sobre el sofá. — Subiré y le diré a Gloria que no lo hiciste con intención, querida. Me temo que hayas herido sus sentimientos. Ella es una mujer sensible, Gloria. Márchese, Ed. Es hora de que se vaya a su casa.

—Me quedaré —respondió Ed. Y se sentó como si se hubiera convertido en la silla.

Papá salió. Cerré mis ojos, desempeñé el papel de persona disgustada y fatigada, esperando con optimismo idiota que Ed respetara mi fatiga. Pocos y tensos segundos pasaron. Me volví hacia la pared. La silla moderna no crujió cuando se levantó Ed, y el grueso felpudo silenció sus pasos, pero todos los nervios de mi cuerpo sabían que se había acercado al sofá. Volví la cabeza, abrí los ojos, y Ed, tomando eso como un gesto de concesión, se sentó cerca de mí. Buscó mi mano. Lo rechacé.

— ¿Por qué tienes que hacer eso, Eleanor? ¿Me tienes miedo?

Su mano rodeó mi brazo y se deslizó disimuladamente hacia abajo hasta que sus dedos pegajosos se cerraron sobre mi muñeca; traté de retirarme, pero su mano se puso rígida, y se movió en el sofá hasta que su pierna rozó la mía.

—Por favor, déjeme ir.

Sus dedos se ablandaron ligeramente, pero todavía retuvo mi muñeca.

— ¿Por qué no puedes ser tierna conmigo? Estoy cansado de ser tratado como un perro. —Su rostro estaba cerca del mío y sentí el olor de las mentas que había estado masticando. Siempre olía a sintéticos, a boca lavada, a cuero de Rusia, o menta, o loción de afeitar. Estos perfumes me revolvían; eran más ofensivos que un honesto olor humano; eran perfumes para ocultar el perfume de la vida.

— ¿Qué hay de malo respecto de mí, Eleanor? Alguna vez fui bastante bueno para ti. ¿Qué hay de malo ahora respecto de mí?

Alguna vez fué bastante bueno; era el único hombre que yo conocía, mi único amigo, mi cita a cenar, un *ersatz* para una novia. Yo había sido una chica solitaria en un gran departamento de hotel, sin amigos o costumbres estudiantiles que dieran forma a mis días. Estaban los libros de una librería circulante de *Madison Avenue* y las películas y Ed Munn para llevarme a cenar como a una muchacha

grande. Él era un hombre formado, ya que no agradable, un pretendiente, y mandaba hermosas cajas de chocolate francés con violetas de azúcar menudo que decoraban la capa superior.

—Siempre fui tierno contigo. ¿Por qué me rechazaste?

—Mire, Ed —comencé.

—Mire, mire —interrumpió—. ¿Es ése el único verbo que sabes? ¿Me estás pidiendo que mire con mis ojos, o deseas que oiga lo que tienes que decir? Sé dónde adquiriste esa costumbre. De Ansell. Lo has estado viendo, él es tu...

Me deslicé fuera del sofá. Caminé majestuosamente con mi espalda hacia la puerta. Mi mano en la perilla, mis hombros levantados, mi mandíbula al aire, dije con frialdad:

—Por favor, váyase ahora.

—Eleanor, Eleanor, nenita. —Su voz quería ser tierna, pero estaba fuera de tono y lloriqueaba a través de su nariz. — ¿Por qué no te gusto? ¿Qué te puede dar él, que no pueda darte yo? ¿Quién es él, al fin y al cabo? Un escritor minúsculo, nunca hubiera tenido un puesto si...

— ¡Váyase!

—Siempre estuve loco por ti —sollozó, mientras su voz se hacía cada vez más una voz de soprano—. Cuando te conocí eras la muchacha que yo necesitaba. Resolví estudiar y mejorarme para merecerte. Eras como una princesa para mí...

Resultaba horrible e irónico, después de lo que había sabido de él esa noche, escucharlo plañir como un muchachito aludiendo a caperuzas rojas y a princesas. Cuando vino por primera vez a la casa de *Great Neck*, Ed Munn era el secretario de mi padre, un enteco gusano blanco que se rebajaba a sí mismo y se achataba contra las paredes cuando pasaba un miembro de la familia. Sus manos temblaron cuando se sentó a cenar con nosotros; había comido muy poco; había tomado bocados pequeños y cuidadosos, y se había limpiado demasiado la boca. Yo había oído a mi padre gruñirle a Ed, reírse sarcásticamente de él, darle órdenes en forma imperiosa y despótica. Papá no había gastado nunca sus encantos en el secretario masculino, porque Ed era tan fiel cuando lo pateaban como cuando se lo trataba con gentileza.

—Somos una buena pareja —dijo, mirándome con ojos serviles —, tú y yo, herederos del negocio. ¿Quién otro podría ocupar el

lugar de Noble Barclay? ¿Los mellizos? Pasarán dieciocho y veinte años antes que sean lo bastante grandes, y en la forma que Madame los está malcriando, serán jugadores de polo antes que directores. En ese entonces serán demasiado viejos para iniciarse en los negocios, tú y yo tendremos el control...

—Realmente —dije, riéndome de su falsa rectitud y sus transparentes afecciones—, usted debiera tomar un curso sobre la forma de hacer el amor. El impermeable colorado era una cosa, y los negocios de papá otra. Puedo ser una princesa para usted, pero ha planeado para mí un morganático enlace como el plebeyo afortunado. Si tuviera siquiera una onza de inteligencia en ese lugar donde maquina sus asquerosos planes, tendría el buen sentido de no aludir a los negocios.

— ¿Qué tiene Ansell que yo no tenga? ¿Por qué le permites que te haga el amor? Eras un tipo frígido. No podías soportar que te tuvieran la mano, pero lo dejas quedarse toda la noche...

—Víbora sucia, me ha estado espiando.

Hizo un amago de risa, pero su regocijo no tenía base. Era como sonreír tontamente una venganza vacía, y esperó que yo llorara o me rebajara o le rogara que no se lo dijera a mi padre.

—Pensé que te sorprendería —gritó, y me tomó de nuevo, empujándome hacia él y sujetándome contra su pecho con los fuertes y delgados cordeles de sus brazos.

Me dolían las manos con el deseo de abofetear y rasguñar, pero sus brazos eran una cárcel, y todo mi patalear y dar empellones era como el forcejeo de una criatura tomada en una trampa.

—Lo odio. No puedo soportar que me toque. Es repulsivo; me enferma. Hasta cuando estaba comprometida con usted, cuando era tan joven y estúpida que no sabía lo que hacía, me avergonzaba usar su anillo o que alguien lo supiera.

Tembló con rabia contenida. Sus pálidas mejillas se habían puesto rojas a causa de un desmayado rubor aniñado, y los globos de sus ojos estaban desorbitados.

—Es usted vulgar —grité extasiada, pues el placer de herir a Ed Munn me había llenado de cruel energía—. Es usted un hombre vulgar y repugnante; todos se ríen de usted; nadie lo toma en serio. ¡Qué!, si estuviera leproso —continué—, la gente no estaría más ansiosa de evitarlo. Todas esas lociones que usa, el tónico capilar,

los buches, las mentas, no pueden ocultar el hedor.

—Soy vulgar, ¿no? ¿Me odias? —Su boca se torció en forma tal que yo no podía decir si se movía angustiosamente o con perverso placer. Su mano se movió hacia su bolsillo y por un momento pensé que estaba buscando un revólver.

Sacó un manuscrito, doblado a lo largo.

—Cuando hayas leído esto, señorita Barclay, podrás cambiar tu tono.

— ¿Qué es eso?

—Léelo.

El manuscrito no estaba firmado. Reconocí el papel como una de las hojas amarillas de copia que usábamos en la oficina para los primeros borradores de nuestros artículos. El título estaba escrito a máquina, a una altura de seis espacios arriba de la frase inicial, tal como se nos ordenaba escribir los manuscritos en la oficina: *Breve Historia de Homer Peck*.

— ¡Homer Peck! —dije—. Éste es el nombre que el señor Wilson usaba en el título de su libro. *Autobiografía de Homer Peck.* ¿Quién era él?

—Ya lo sabrás —rió Ed. La risa era tan falsa y fuera de tono que mis nervios temblaron ante la disonancia.

Comencé a leer. *"Hace veintitrés años, en un pobre hospital de Arizona..."* Me resultaba difícil concentrarme. Veintitrés años era demasiado tiempo, Arizona estaba demasiado lejos. *"... un joven yacía agonizante..."* Leí algunas frases más, y desvié la mirada de las páginas a las manos de arcilla blanca que sostenían los pliegues de los negros cortinados. El negro y el blanco, los caños de acero y los sólidos cordones dábanle a la habitación el aire de una cámara de torturas, y las paredes multicolores me afectaban como la oscilación de un vapor. *"... había gozado sus treinta años de vida y contemplaba con indisimulada aprensión la aproximación de la muerte".*

Se abrió la puerta y apareció mi padre. Me alegré. Mi padre era fuerte y amable. Cuando yo era pequeñita me había alzado por encima de su cabeza y me había regocijado por su altura y la fuerza de sus manos bajo mis axilas.

—Pareces más calmada —dijo papá—. ¿Te sientes mejor, ahora? —Luego advirtió el manuscrito y se acercó. — ¿Qué es eso?

Ed se inclinó sobre mi silla.

— ¿Me permites? —Tomó el manuscrito e inclinándose de nuevo se lo tendió a papá. La burlesca galantería era desmañada. La mofa y la rebelión no le sentaban bien. Era más natural, para Ed Munn, plañir.

Papá era présbite, pero no usaba anteojos, y mantuvo el manuscrito a la distancia del brazo. Ed Munn miraba, con sus ojos henchidos de rencor.

— ¿Dónde consiguió usted esto? —preguntó papá.

— ¿No es agradecido? ¿No me va a dar las gracias por haberlo retenido para usted? —Desafiante, Ed Munn encendió un cigarrillo. Nunca había fumado antes en presencia de mi padre, pero ya no parecía importarle que Noble Barclay lo desaprobara o no. — Estoy esperando mi recompensa, ya lo sabe.

Los hombros de mi padre se bajaron. Sus ojos eran reprobadores, pero el reproche no iba dirigido a su ayudante desleal. En la pared opuesta a él colgaba un espejo sin marco. Sobre él se reflejaba la desmoronada, la vencida figura de Noble Barclay. Ed buscó el manuscrito y papá le permitió que lo hiciera sin protestar.

— ¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Por qué estás tan asustado? ¿Quién era Homer Peck?

— ¿Y qué hay de esa promesa? —preguntó Ed, sosteniendo las páginas amarillas delante de él como un escudo. El manuscrito parecía darle coraje. Con él en la mano era el igual de Noble Barclay—. Déme lo que quiero y yo le daré también esto para que lo queme.

— ¿Por qué quieres quemarlo? —pregunté—. ¿Qué es?

Era como si yo hubiera lanzado al viento mis preguntas. El color de mi padre era intenso, su cabello, una pincelada plateada contra las colgaduras negras, pero se parecía a un coloreado modelo vivo, un hombre de cera en una vidriera.

—Ella cree que soy vulgar. —Ed movió la mano que sostenía el manuscrito. Las páginas crujieron. — Dice que huelo mal, dice que la gente me evita como a un leproso. Haga que cambie de opinión o…

— ¿Qué tengo que ver con eso? —Pasé frente a mi padre y miré los ojos hinchados y ensangrentados de Ed. — Si cree usted que va a hacerle chantaje a mi padre, haciéndome casar con usted porque sabe algún antiguo secreto…

Mi padre me hizo a un lado.

—Déjamelo por mi cuenta. —Se dirigió a Ed en forma amable y conciliadora. — No nos engañemos a nosotros mismos, Ed. Usted y yo, muchacho, estamos actuando para grandes dividendos. ¿Quién podría remediarlo si el negocio se viene abajo? ¿Quién otro le pagaría veinticinco mil dólares anuales?

La lengua de Ed serpeó despaciosamente por sus labios.

—Tengo mis planes.

Mi padre hizo un gesto con la cabeza en dirección a las páginas amarillas.

—Tiene razón, hijo, he hecho una promesa. Y soy hombre que cumple su palabra.

Ed vino hacia mí. Los olores de menta y loción capilar me enfermaron. Entre mis ojos y la lámpara, la silueta de Ed se había hecho maligna e insustancial, oscura como el futuro, una profecía de mi porvenir.

—No —grité—. Dile que no, papá.

Mi padre movió la cabeza en modo admonitorio. Yo no debía desmentir a Ed Munn, no debía reírme de él ni insultarlo. Ed era peligroso, sabía algo, sabía el secreto que el señor Wilson había sabido, la horrible verdad que amenazaba la seguridad de Noble Barclay. Eso lo veía muy claramente. Esa hermosa confesión que servía de introducción a su filosofía en *Mi Vida es Verdad*, no era, entonces, toda la historia de los viejos pecados de mi padre. Había todavía un misterio en su vida, un escándalo enterrado, una vergüenza defendida que el apóstol de la *Verdad compartida* no podía confiar a sus leales seguidores. Una verdad enterrada, una llaga ulcerosa, una herida que no había sido limpiada con el exacto, limpio antiséptico de la confesión. Mi padre era esclavo de un secreto y yo debía ser prisionera también, sujeta y encadenada a su antigua culpa.

Afablemente, mi padre me atrajo hacia él, levantó mi barbilla con su mano y me miró a los ojos. Su voz era una voz afligida, como si su tozuda niña lo hubiera desafiado.

—Mi pequeñita, mi única hija querida no desamparará a su padre.

—No haré nada —dije— hasta saber qué sucede.

Sonó el teléfono. Su muda alarma nos hizo salir bruscamente del

hechizo de la preocupación personal. Ese zumbido amable y burlesco nos dijo que no estábamos solos, que existía un mundo real fuera de aquella pieza de fantasía en blanco y negro, y que teníamos responsabilidades hacia el mundo exterior.

Papá contestó.

—Sí —dijo—, está aquí.

— ¿Es para mí? —Me dirigí hacia el teléfono.

Ed me cerró el paso.

—Ansell, supongo.

Yo estaba encendida, enojada, arrebatada y resentida. Había habido demasiadas frustraciones esa noche. No podía soportar más. Mi mano se alzó. Oí el chasquido, sentí una repentina llamarada dolorosa a través de mi mano, vi la marca roja e irregular sobre la mejilla de Ed.

—Tú... tú... —farfulló. El resto del epíteto se perdió en su garganta. Su mandíbula temblaba y extendió hacia mí sus tensos y descarnados brazos.

Papá se paró entre nosotros.

—Era Ansell —dijo—. Quería que supieras, Eleanor, que la policía se dirige al domicilio de Ed, en *Jackson Heights*. Se lo busca por el asesinato de Lola Manfred.

—Tiene que irse de la ciudad —dijo mi padre. Había bajado el cuadro del rechoncho desnudo, y había sacado un enorme rollo de billetes de la caja de seguridad empotrada en la pared.

—Diez mil —dijo mi padre, y tendió el dinero a Ed.

Lo tomó indolentemente. Su falta de codicia me sorprendió. En los pocos minutos pasados desde que llamó Johnnie, Ed se había empequeñecido, adelgazado, envejecido. Su cuerpo había encogido dentro de la sarga confusamente azul de su traje. Se movía a tirones, como un títere cuyas cuerdas se hubieran aflojado.

—No lo hice, así que ayúdeme —gimió.

Estas protestas fueron desatendidas. A papá no parecía importarle si Ed era inocente o culpable, sólo le interesaba que Ed saliera del Estado. Ed tenía que abandonar el edificio por la puerta de servicio, tomar el auto que estaba estacionado fuera, cruzar el puente de George Washington hacia Jersey, viajar a Filadelfia, abandonar el coche, y tomar el primer avión que salía para St. Louis, Memphis o Nueva Orleáns. Debía adoptar el nombre de

James B. Thorpe. Papá tenía una licencia de conductor, del Estado de California, lista, bajo el nombre de James B. Thorpe. En calidad de señor Thorpe, Ed conseguiría transporte y una tarjeta de turismo para viajar por Méjico.

Papá le dió la licencia, las llaves del coché y los diez mil.

—Le quedarán más o menos nueve mil cuando llegue a Méjico. Puede vivir allá como un rey con esa plata. En seis meses podrá renovar la tarjeta de turista, y dentro de un año le enviaré algún dinero más a nombre de Thorpe, Distribuidor General.

Papá también había cambiado. Se había elevado de nuevo, era el patrón, el que ejerce el poder. La excitación habíale hecho subir el color; sus ojos oscuros ardían, y disponía los detalles de la huida de Ed con gran entusiasmo.

—No sé, pero le envidio. Ningún trabajo, ninguna responsabilidad. Lindas señoritas, bastante sol, bastante dinero. La vida será dulce para el señor James B. Thorpe, el misterioso gringo.

—No quiero ir.

—Quizá prefiera la silla eléctrica —le atormentó mi padre. Su gozo ante la situación era cruel. Era un pago y una venganza; era una compensación por los años de indulgencia y de odio sofocado.

—Pero yo no lo hice. —Ed tenía seis pies de conmiseración hacia sí mismo.

— ¿Pretende tomarme por tonto? —gritó mi padre con desdén.

Ed hizo una mueca.

—Todo lo que he hecho, Noble, lo he hecho por usted. —Había ofendido a la rectitud; era la víctima de la injusticia; era Sidney Carton declarando que era algo mucho, mucho mejor.

—Fué usted demasiado lejos —dijo papá con frialdad—. Nadie le sugirió nunca la violencia. Le pedí que me consiguiera algo. Sus métodos fueron cosa suya y sólo usted responde por ellos.

Ed se movió hacia adelante.

—Entonces, ¿por qué había un revólver ese día sobre su escritorio? ¿Dígame por qué.

Yo estaba sentada muy lejos, en el otro extremo de la habitación. Papá y Ed ya no eran reales para mí; no tenían color; eran como figuras achatadas sobre una pantalla. Nada era sólido; la realidad se había convertido en una fantasía de celuloide; yo era un espectador en una silla hecha de cordeles negros y tubos de acero.

Papá abandonó la pieza. Cuando volvió, traía el sombrero y el sobretodo de Ed. Con su cortaplumas, rasgó todas las etiquetas del saco y cortó tres letras, E. E. M. del forro del sombrero.

Ed se puso el sobretodo despaciosamente, y despaciosamente caminó hacia el espejo. Ladeó el sombrero sobre su ojo derecho. El efecto no le agradó y cambió el ángulo, haciendo muecas frente a su pálido reflejo. Mi padre lo miraba con impaciencia mientras este hombre, un fugitivo y un asesino, se tomaba tiempo para arreglarse el sombrero.

Durante ese tiempo la policía había penetrado en el departamento de Ed en *Jackson Heights*. En ese momento, ellos podrían venir aquí a buscarlo, pues Edward Everett Munn era no sólo el asistente de Noble Barclay, sino su mejor amigo, un huésped frecuente en su hogar.

—Rápido, Ed. No tiene toda la noche...

— ¿Por qué me trata así?—imploró Ed, como una mujer que mendigara cariño a su frío amante—. Hago esto por usted, desechando todo, mi posición, mi lugar en el mundo editorial, todo aquello por lo que he luchado. Lo menos que podría hacer es mostrar alguna gratitud...

Me volví. Era desagradable presenciar tal humillación y lloriqueo. Mi padre no estaba más afectado por el espectáculo de la degradación humana que por las angustiosas súplicas de Ed. Se mantuvo erguido frente a la puerta, con su mano derecha extendida.

—Vacíe sus bolsillos. Déme todos sus papeles —ordenó.

— ¿Por qué?

—No sea idiota. Suponga que la policía lo detenga y lo registre. Vamos, aprisa.

Como si estuviera dándole un tesoro, Ed tendió a papá una bolsa de cuero, una libreta de direcciones, algunas cartas con las esquinas dobladas. Esto no satisfizo a mi padre. Registró los bolsillos de Ed, sacó un llavero, la cigarrera con monograma y una tarjeta que autorizaba al portador a cuatro sesiones más de media hora en una sala de masajes de *Coney Island.*

— ¿Dónde está el manuscrito?

— ¿El manuscrito? —Ed señaló vagamente hacia la mesa de ébano.

—Vamos, no se atolle; démelo.

—No lo tengo.

—No mienta. No lo voy a dejar ir con él. ¡Supóngase que lo agarran con él encima! —estalló papá.

Ed miró alrededor sin ver.

—Lo dejé. Estaba allí...

—Entréguelo. Ed. Nada de monerías.

Ed parecía aturdido. Papá perdió la paciencia y le asestó un golpe. Atónito, Ed sollozó reculando. Mi padre golpeó de nuevo.

Me eché atrás en la silla de acero, y me así de los negros cordeles de la misma. Era la única vez en mi vida que había visto luchar a hombres. Comúnmente, huía de la vista de la violencia y la crueldad. Pero esta vez miré con avidez; mis ojos siguieron cada uno de los movimientos; gocé mientras los golpes de mi padre llovían cada vez más duros y veloces. Algún instinto perverso y brutal me sobrevino vivamente y mi corazón palpitaba velozmente al saborear el acalorado éxtasis de la venganza. Mi placer al contemplar la lucha no era menor que el de mi padre al sentir que sus puños golpeaban contra la fofa y suave carne de Ed.

Necesitaba un castigo, pensé. Había matado a dos personas, amigos míos, y había herido a otras, indefensas estenógrafas y escribientes y cadetes, por el placer de mostrar su poder. Si, como yo creía, humillar a la gente es matarla de a poco, la lista de las víctimas de Ed Munn no comenzaba con Warren G. Wilson. ¿Pero quién era yo para juzgarlo? Él había sido el parásito, el veedor, el sirviente que dedicó su vida y sacrificó su humanidad por nuestro bienestar. Si mi padre había cosechado los beneficios y gozado el poder, yo también había aceptado los beneficios de su crueldad servil.

La servidumbre era una costumbre profundamente enraizada. Ed mostraba poco espíritu en defenderse a sí mismo y borrarse débilmente ante su patrón. Cuando se encogió y cayó, fué como el derrumbamiento de un maniquí.

Sonó la campanilla de la puerta.

Papá no atendió. Se hincó al lado de Ed, revisando el forro de su chaqueta, palpando en busca del manuscrito bajo su camisa. Ed yacía sobre la alfombra, blando y descuajaringado; su rostro tenía el color del cemento.

Evidentemente, los sirvientes se habían despertado. Oí voces y pasos en la cocina. Gloria llamó desde arriba. Abrí la puerta y vi a Johnnie. No recuerdo lo que sentí al verlo ni si dije una palabra de saludo antes de desmayarme. Todo lo que recuerdo es la oscuridad y el súbito dolor de la luz, el abrazo de Johnnie, bien apretado, y su voz ansiosa.

— ¿Estás bien, muchacha?

Yo estaba bien, entonces, segura, en un mundo de gente fuerte. Johnnie estaba allí; luchaba por la solidez y rectitud del mundo. Gloria había bajado algunos escalones y preguntaba, petulantemente, por qué nadie había atendido la campanilla. Hardy, el mayordomo, en una bata negra, y corbata blanca, salió apresuradamente del comedor.

Papá salió del estudio.

—Lamento que se haya incomodado —le dijo a Hardy—. Vuelva a la cama.

Le gritó a Gloria:

—Es el impetuoso pretendiente de Eleanor, siguiéndola a estas horas. Vuelve a la cama, amor.

—Venga, muchacho. —Papá nos condujo al estudio. Esto me sorprendió. En esas circunstancias, pensé que no hubiera querido que Johnnie encontrara a Ed allí.

El estudio estaba vacío.

—Siéntese, póngase cómodo. —Papá se derritió ante Johnnie como si le hubiera honrado esa visita de medianoche.

—Lo siento, si incomodo a todo el mundo —dijo Johnnie—, pero pensé que Eleanor pudiera estar impresionada por las noticias, y por eso vine a llamarla. ¿Les molesta que fume?

—De ninguna manera. Haga como si estuviera en su casa. ¿Por qué creyó que Eleanor pudiera sentirse agobiada por las noticias? Rompió su noviazgo con él hace más de un año.

— ¡Oh! —dijo Johnnie.

En aquel anochecer de revelaciones sobrecogedoras, nada me avergonzó tanto como la asustada mirada de Johnnie cuando supo que Ed Munn era el hombre al que una vez prometí casarme con él.

Johnnie se demoró mucho con su cigarrillo.

—De todos modos —dijo suavemente—, debe de haber sido un golpe descubrir que alguien tan cercano a su padre mató a una de

sus amigas. ¿También mató a Wilson?

Con su paso amable y oscilante, papá se dirigió al escritorio. Tomó una silla y se sentó, mirándonos como si hubiéramos venido a pedirle empleo o un aumento de sueldo.

— ¿Qué le hace suponer eso, muchacho?

—Tengo mis razones.

— ¿Razones o sospechas? —Papá parecía un director en uno de esos avisos de las revistas lujosas. — Imagino que ha confiado esas sospechas a sus amigos del *Detective Bureau*, los viejos camaradas que le dieron todas esas hermosas historias para *Verdad y Crimen*.

Johnnie había comenzado a sacudir la ceniza de su cigarrillo. Se detuvo, quedó mirando al cenicero de cristal y sacudió la ceniza sobre la alfombra.

—Nada de eso, señor Barclay, no he tenido bastantes pruebas.

— ¿Qué les dijo? —preguntó papá, tan negligentemente como si estuviera preguntando por la dirección del sastre de Johnnie.

—Cuando supe que Lola Manfred había sido asesinada... —dijo Johnnie sonriendo.

— ¿No era un suicidio? —interrumpió papá.

—Había un hombre con ella la última noche. Los vecinos los oyeron disputar.

Papá levantó sus cejas.

—Eso ocurre muy frecuentemente, creo. La señorita Manfred no era conocida como soltera. —Era inquietante recordar que pocos minutos antes este suave inmaculado director de cabello blanco había golpeado a un hombre y lo había llamado asesino.

Sin atender a las razones de papá, Johnnie continuó:

—Pensé que era asesinato y llamé al capitán Riordan para decirle que debía hacer una investigación.

— ¿Por qué hizo eso? ¿Tenía usted alguna razón personal para inmiscuirse en este caso? '

Haciendo caso omiso de la pregunta, Johnnie dijo:

—El capitán Riordan no sólo encontró pruebas de que la señorita Manfred tenía un visitante la última noche, sino una cierta identificación.

— ¿De Ed? —pregunté.

Papá se enfurruñó conmigo.

—Fué una suerte que fuera con Riordan al departamento de

Lola, aunque hubiera sido capaz de señalar al tipo más tarde, cuando leí el asunto en los diarios. Sin embargo, sacamos una conclusión sobre él en esa forma... —agregó Johnnie.

— ¿Qué prueba, Ansell?

Johnnie recogió las colillas y las llevó al escritorio. Yo fui y las miré también. Había dos de mis colillas de tabaco teñidas de rouge.

—No pretende usted envolver a Eleanor en esto, ¿no? —dijo papá.

—Eleanor está mezclada en esto ya, y no por mi culpa. Mire en ese cenicero, señor Barclay.

En el cenicero, al lado de mis colillas manchadas de rouge, había ceniza perdida, un residuo de tabaco sin fumar y dos diminutas bolitas de arrugado papel de fumar.

—Uno de tus mejores amigos considera que las colillas de cigarrillo no deben ser abandonadas. Cree que vician el aire, que no es bueno para la salud —me dijo Johnnie. Levantó un par de hebras de tabaco y las olió. — Turco. Igual que el tabaco turco encontrado en los ceniceros de la casa de Lola. Apenas vi esas pequeñas bolitas de papel de fumar fui capaz de decirle a Riordan el nombre del visitante de Lola. Aparentemente, ha estado aquí también, esta tarde.

Una súbita ráfaga de viento abrió la puerta de la terraza. El frío invadió la habitación. Una sirena gimió por la Quinta Avenida. Papá se levantó y cerró la puerta de la terraza.

—Le dije al capitán Riordan que cuando agarre a ese cauto conocedor del tabaco turco no use el verbo “mirar” si quiere decir “oír”.

El eco de la sirena se desvaneció, y me pregunté si lo había oído, o si era un capricho de mi trabajada imaginación. En ese momento no tenía seguridad de nada; dudaba si Ed Munn había estado siquiera en esa habitación, si lo había oído gemir su nada convincente negación del asesinato. Surgiendo de las nieblas que oscurecían mi cerebro, oí la voz de Johnnie.

—...y me estuve preguntando qué conexión había entre Munn y Lola Manfred, y entre Lola y Warren G. Wilson. ¿Lo sabe usted, señor Barclay?

Mi padre movió la cabeza. El movimiento era fatigado e inconvincente.

— ¿Por qué me impidió que publicara la historia de Wilson en *Verdad y Crimen*, señor Barclay?

Sonó la campañilla de la puerta.

—La policía, probablemente —dijo Johnnie—. Que está buscando a Munn. ¿Estaba él aquí cuando telefoneé las noticias? ¡Diablos!, no pensé en eso hasta después.

Papá se levantó.

—Llévela a su casa, John. Sáquela de aquí. No queremos que se vea envuelta en esto.

—La policía puede querer interrogarla.

—Yo me ocuparé de eso. Asumo toda la responsabilidad. Llévela a su casa, hijo; ella no puede más.

Johnnie dió una vuelta.

— ¿Bien, Eleanor?

—Estoy cansada. Por favor, llévame a casa. No podría hablarles ahora, no podría en este momento.

Papá se alegró.

—Utiliza el ascensor de servicio. Se maneja solo. Vayan directamente al sótano. Hay un corredor que los llevará a *Madison Avenue*.

— ¿Es así como salió Munn? —preguntó Johnnie.

La campanilla sonó de nuevo.

Mi padre fué a alcanzarme al abrigo pero me precipité en el *hall* y le arrebaté el abrigo de sus manos. Papá trató de sostenérmelo, pero huí de él y también de Johnnie. No dejaría que ninguno de los dos estuviera cerca de mí hasta que tuviera puesto mi abrigo; y en el camino a casa, lo sostuve firmemente contra mí, abrazándome a mí misma con ambos brazos, porque no quería que nadie, ni siquiera Johnnie, supiera que tenía el manuscrito escondido en el bolsillo interior.

Lo puse en la caja cerrada de un botiquín cerrado de mi armario. Janet Barclay me había regalado la caja en mi décimotercer cumpleaños. Estaba hecha de madera enchapada y tenía manijas de plata y una cerradura de plata. La caja había sido llenada con viejos recuerdos, y cuando la vacié encontré una añeja violeta de azúcar. La cerradura era de plata flexible, y cualquiera podría abrirla con una horquilla, pero el armario tenía una llave Yale, porque yo guardaba allí mis joyas, los brazaletes y adornos de oro de mi

abuela, y las perlas que papá me había regalado cuando tenía dieciocho años.

En esos primeros y terribles momentos, después que Johnnie me telefoneó, para decirme que la policía buscaba a Ed, mientras mi padre hacía los preparativos para la fuga de Ed, y éste se adhería con manos exangües al brazo del sofá, yo había tomado el manuscrito de la mesita de ébano. Mientras peleaban, mientras mi padre daba golpe tras golpe, mientras Ed se encogía y lloriqueaba sobre la alfombra, yo tenía el manuscrito recogido detrás de mí en el brazo del sillón. Y cuando sonó la campanilla de la puerta y me apresuré a atenderla, me detuve para ocultar el manuscrito en el bolsillo del forro de mi abrigo.

No sabía en ese momento qué contenía el manuscrito, pero oí y vi bastante como para darme cuenta de que era peligroso. Aquella noche había sabido de asesinatos y de perfidias, había estado impresionada, herida y desilusionada, pero seguí un instinto que me incitaba a la protección de mi padre. Era la vieja costumbre: la lealtad. Él podía ser un mentiroso, un hipócrita, un cómplice de asesinato, pero seguía siendo mi padre; y su culpa secreta, como los negocios de publicidad, el edificio Barclay, las participaciones, los bienes de estado y todas las existencias y títulos eran propiedad de la familia.

—Él le enviaba rosas —dijo Johnnie cuando estuvimos en cl taxi, y quedaron detrás de nosotros las sirenas y los coches policiales y los detectives.

Mi pensamiento estaba en otra parte, y debí parecer muy estúpida cuando pregunté:

— ¿Quién mandaba rosas? ¿Adónde?

—A Lola. Había una caja sin abrir en su *living-room*. Doce “Bellezas Americanas”. Precisamente las mismas flores que la hicieron patalear ayer.

—No, Johnnie, es imposible. Lo odiaba y él la detestaba. ¡Tan luego él! Lola tuvo una cantidad de amantes. Pudo haber sido uno de ellos.

— ¿Recuerdas el nombre del florista, sobre las cajas que llegaban a la oficina?

—Siempre eran las mismas, “Bellezas Americanas”, una docena, cabal, de tallos largos, sosas y caras. “G. Botticelli, el Florista

Personal.” ¡Pero Ed Munn! En mis más alocados sueños nunca pude concebir un romance así. ¿No fué Lola la que me persuadió, con sutiles razones y astutas indirectas, de que rompiera el compromiso?

Johnnie quería hablar. Le dije que estaba demasiado cansada para pensar en el asesinato. Esto no era totalmente una mentira. La fatiga era una droga placentera que me evitaba pensar o sentir. Había habido demasiados descubrimientos esa noche, demasiada emoción, un exceso de desilusión. Y si Johnnie hacía algunas preguntas, me hubiera visto obligada a mentirle.

Me desagradaba mentirle a Johnnie.

Cuando llegué al departamento le di mi bolso y halló la llave. Abrió la puerta, encendió las luces y trató de ayudarme con mi abrigo. Me aparté malhumorada y me senté, sosteniendo fuertemente el abrigo contra mí.

— ¡Qué chica enojadiza! Me parece que es porque estás rendida,

—Por favor, no te enfades, Johnnie. Por favor.

— ¿Le preguntaste a tu padre por qué me dijo que creía que estabas mezclada en el asesinato de Wilson?

—No esta noche, por favor. Estoy exhausta. ¿Me conseguirías una bebida, un doble, triple *highball*, con mucho hielo y prácticamente nada de soda?

La bebida era una excusa para que fuera a la cocina. Cuando lo oí haciendo correr agua sobre la bandeja del hielo me escabullí a mi dormitorio, oculté el manuscrito entre los resortes de la cama y el colchón y colgué mi abrigo.

Johnnie pasó la noche en casa. Pensaba que alguien debía estar a mi lado en el caso de que viniera la policía. Después que me arropó y besó, se hizo una incómoda cama para él en el sofá del *living-room*. Apenas oí su respiración uniforme y pensé que estaba durmiendo, cerré la puerta entre nuestras habitaciones, me envolví en un mantón de Angora y, fumando cigarrillo tras cigarrillo, leí el manuscrito.

Cuando lo hube terminado lo puse cuidadosamente en la caja, la cerré con la llave de plata, volví a poner la caja en el armario de ropa blanca y oculté ambas llaves en el bolsillo de mi chaqueta de tartán. No había razón alguna para esas precauciones porque no pensaba que la policía revisaría la casa, pero hasta decidir qué

hacer con el manuscrito, quería que estuviera oculto.

Abrí completamente la ventana para que saliera de mi pieza el olor de tabaco, apagué la luz y me metí en la cama. Bajo dos colchas de lana y una manta acolchada, yo temblaba. El frío había penetrado en mis huesos. Si el señor Wilson estuviera aún vivo, hubiera yo dudado de la historia de Homer Peck.

Me desperté de golpe. La oscuridad a mi alrededor se quebró súbitamente por una claridad que hacía daño. Johnnie se paró cerca de la cama, desnudo excepto la colcha enrollada a su alrededor, al estilo indio.

— ¿Qué es eso, Eleanor? ¿Qué hay de malo, queridita?

Yo estaba llorando y temblando. El cobertor y las dos mantas habíanse deslizado al suelo y yo estaba yerta de frío.

Johnnie me cubrió de nuevo, se sentó en el borde de la cama, me tomó en sus brazos.

— ¿Por qué estás tan asustada? ¿Una pesadilla?

Yo hablé débilmente.

—Había un hombre, me estaba llevando, debía haber habido un paso de montaña. Era peor que eso, era... —Pero la angustia se había desvanecido. No pude recordar con claridad. — Me llevó al borde y me arrojó. —Por una fracción de segundo retornó el exquisito terror del sueño. Me zafé del abrazo de Johnnie.

Me calentó leche, trajo una bolsa de agua caliente. Cuando me calmé y me sentí confortada volvió a su sofá. De nuevo esperé estar segura de que dormía, y de nuevo encendí las luces. Tenía miedo de dormir y de la oscuridad, porque el sueño es solitario y en la oscuridad toda la humanidad nos abandona.

Cuando Johnnie despertó, por la mañana, me encontró bañada, cepillada y peinada, con rouge en los labios, un cinta amarilla en mi cabello y un delantal almidonado sobre mi mejor bata. La cocina olía a jamón y café. El pan estaba cortado y listo para la tostadora; los huevos y la batidora esperaban al lado de una escudilla.

Johnnie me besó en la nuca.

—Pareces estar mejor. ¿Dormiste bien?

Rompí los huevos sobre la escudilla.

— ¿Quisieras ir abajo, por favor, y ver si el lechero dejó algo de crema? Puedo batirlos con leche, pero la crema es mejor. Y querrás alguno para tu café.

—Quiero hacerte un par de preguntas.

—Después del desayuno, querido. No me gusta hablar nunca de cosas serias antes de haber tomado mi café.

Yo era una feliz, una sana ama de casa. Mi café estaba fuerte, mis tostadas y huevos listos al mismo tiempo, mi pomelo, helado y hábilmente descortezado.

Íbamos a tomar la segunda taza de café cuando sonó la campanilla. Johnnie colocó violentamente su taza sobre la dulcera.

—Deseaba tener una oportunidad para hablar —dijo—, pero estabas tan nerviosa anoche...

—Ahora estoy muy bien. Puedo soportarlo.

Empujó el botón que abría el picaporte de seguridad de abajo.

—Mira, muchacha, di toda la verdad, no importa cuál sea. La mitad de la verdad no significa nada bueno; la mitad de la verdad es lo mismo que una mentira. —Luego abrió la puerta.

Fuerte y derecho, dueño de sí mismo, hermoso, trayendo el aire fresco de la mañana de diciembre a mi recalentada habitación, papá pasó frente a Johnnie, me besó y dijo; “Buen día”, tan fortuitamente como si un llamado matinal fuera parte de su programa diario.

—Buen día, papá. Acabamos de desayunarnos. ¿Quieres una taza de café?

— ¡Mi querida niña! —Su zozobra sugería que yo le había hecho alguna propuesta inmoral.

— ¿Leche?

Asintió, cambió un apretón de manos con Johnnie, se sacó el sobretodo, echó una mirada por la habitación y eligió la banqueta. Le di leche en un gran *highball* de vidrio, y lo bebió de un trago.

—El capitán Riordan quería hablar con ella anoche, pero le dije que se había desmayado. La verá hoy —le dijo a Johnnie.

Encendí un cigarrillo. Mi mano temblaba.

—Quisiera que no fumaras tanto. Te pone nerviosa —dijo papá —. Quieren hablar también con usted, John. Quieren averiguar si sabía cuando habló anoche, que Munn estaba con nosotros. Les dije que yo no sabía.

Los ojos de papá se aguzaron, observó la mesa dispuesta para dos y el sofá con las colchas y las sábanas.

—Me quedé toda la noche. Eleanor estaba nerviosa —explicó Johnnie.

Papá asintió.

—Es un buen muchacho, Eleanor. Nada hay que haga tan feliz a una mujer como un hombre serio. Eres una muchacha afortunada. Pero deseo que no la deje fumar tanto, John. Mire qué nerviosa la pone.

—No es el fumar lo que me pone nerviosa.

—Eres muy irritable —dijo papá. —No me gusta esa nota aguda en tu voz. Me recuerda a la de tu madre antes que ella...

—Por favor... —Mi voz se hizo más aguda aún. — No viniste aquí a hablar sobre mi fumar. ¿Por qué viniste?

La mirada de papá era reprobadora.

—Ven, siéntate cerca de mí, Eleanor. Quiero hablarte. —Me echó hacia la banqueta, cerca de él. Sus manos eran frías y secas.

—Quiero una palabra o dos a solas con ella, muchacho.

—Muy bien. —Johnnie alzó su chaqueta y su sombrero. — Conseguiré los diarios. ¿Deseas que vuelva, Eleanor?

—Por favor, vuelve.

—Un gran muchacho —dijo mi padre al cerrarse la puerta detrás de Johnnie. — Un muchacho decente, honesto; no podría desear nada mejor para ti, hija.

— ¿Por qué viniste aquí?

—Para ver a mi chiquita. ¿Por qué estás tan resentida? ¿Con miedo a que desapruebe? —Hizo un gesto en dirección a las sábanas y colchas sobre el sofá. — Debes saber conocer a tu padre mejor que eso, querida. Después de todo, soy muy comprensivo, para ser un padre. —Hizo una mueca atrayente.

—Me aparté, me coloqué en un lugarcito en el extremo de la banqueta. Mi cómodo *living-room* parecía estrecho, ahora; el moblaje parecía hinchado y de más tamaño que el normal. En la mesa de la ventana se hallaba un cacharro lustrado, lleno de fresias que yo había traído siglos atrás, la noche que Johnnie estuvo a cenar.

— ¿Qué le sucedió a Ed, papá? ¿Se fué?

Papá ya no era hermoso, ya no era resplandeciente ni joven. Las líneas se hacían profundas a lo largo de su boca; los pómulos sobresalían como duras prominencias bajo los ojos hundidos. Vi de nuevo los picos crueles, los caminos atormentados, el precipicio infinito, y la mano del hombre en mi pesadilla.

— ¿Qué le dijiste a la policía? Debes haberle dicho que Ed estaba allí, si preguntaron si Johnnie lo sabía. Supongo que tuviste que decírselo. Demasiada gente lo sabía —Gloria y Hardy, y el hombre del ascensor.

—Eleanor...

— ¿Qué les dijiste?

—Mi única hija, mi primogénita, mi favorita...

— ¿Cómo se escapó? —insistí—. Cuando dejé el estudio para atender la campanilla de la puerta, él estaba casi inconsciente. ¿También se fué por el ascensor de servicio, o estaba oculto en la terraza? Advertí la puerta..., tenía miedo...

Papá suspiró. La pieza parecía seguir encogiéndose, y las paredes acercándose. Los pétalos de fresia eran castaños, en los bordes, y se marchitaban. Mi padre también parecía empequeñecerse, encogerse sobre sí mismo.

—Me van a preguntar qué sucedió, papá ¿Qué les diré?

—Tú no sabes nada —dijo él, articulando cuidadosamente como un hombre que ha estado enfermo y está recobrando el poder del habla—. Abandonaste el estudio. Ed estaba allí conmigo. Fuiste al hall de enfrente, abriste la puerta, saludaste a John, te detuviste a hablar, probablemente a besarlo o dejarle que te besara...

—Me desmayé.

—No es necesario mencionarlo. Harán un montón de preguntas idiotas. Les dije que te detuviste para conversar un poco o arrullaros durante cinco minutos. Salí para ver lo que te tomaba tanto tiempo, y Ed desapareció. Eso les dije.

En mi sueño, la noche había sido más oscura que la muerte. Había tratado de pedir ayuda, pero no tenía voz. Él me había llevado al borde del precipicio, y yo había sabido sus intenciones, pero no podía pedir ayuda, porque el hombre era mi padre.

Después de un momento, dije:

—No encontraste el manuscrito, ¿no?

— ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Mi voz era ligera, mis ojos, fríos, mi sonrisa, burlesca.

—Tú, Eleanor... ¿Lo tienes tú?

Lancé una carcajada.

— ¿Dónde está? —Esperó, pero yo no respondí. Me tomó por las muñecas, me empujó hacia sí. — Eleanor, hija...

Traté de escapar, pero sus manos se endurecieron y parecían tan grandes, tan tensas y fuertes que sentí crujir mis huesos bajo ellas. De nuevo traté de liberarme, pero la presión aumentaba y temí que sus manos hubieran roto mis muñecas. Cerrando los ojos, evitando el brillo cruel de su mirada, vi de nuevo las rocas salientes, el camino de pesadilla, el precipicio.

QUINTA PARTE

A UNA DAMA GENTIL

por

John Miles Ansell

> "Me conoceré a mí mismo. Reconoceré y admitiré
> la verdad acerca de mí mismo, por bochornosa y
> culpable que parezca, pues sé que no puede
> haber vergüenza en mí, ni culpa, ni debilidad
> si me enfrento con la Verdad y proclamo libremente
> mi vergüenza, mi culpa, mi debilidad."
>
> *Mi Vida es Verdad*
> NOBLE BARCLAY

ERA UN sábado por la mañana. En los *tabloids* y los diarios de Hearst, Lola Manfred se habia convertido en noticia de primera plana. *Supónese asesinada poetisa de Greenwich Village*. Que ella era vieja, gorda, cansada, borracha, parecía no importar. Ningún reportero mencionaba el hecho de que no había escrito un poema durante años. El asesinato la había restituido a su dignidad.

Los diarios respetables eran menos exagerados. La palabra "supuesta" era usada con frecuencia.

Leí el asunto en un bar de *Eight Street* y *University Place*. Bebí dos tazas de supuesto café, y supe que la policía estaba buscando a un hombre de quien se sospechaba que había estado con la señorita Manfred la noche de la muerte de ésta. Ningún diario mencionaba a Edward Everett Munn. Ordené una tercera taza de café, para poder quedarme en el mostrador y leer los diarios.

Eleanor había querido sacarme de en medio mientras hablaba con su padre. Yo no había necesitado ninguna especie de lentes ni un aparato mejorado para sordos, para percibir que me estaba ocultando algo. Antes de irse a la cama, ella había estado nerviosa,

y más tarde casi la había paralizado la pesadilla. Pensó que me había engañado, pero supe que tuvo las luces encendidas, e hizo ruidos de papeles durante una hora después de simular estar dormida.

A la mañana se suponía que yo encontrara en ella a la alegre mujercita, con una cinta en el pelo, y el cinturón de su delantal atado en un lazo modesto, recatado. Eso era lo que ella pensaba. Me pregunté si sabía que había puesto azúcar a mis huevos.

Me resolví a seguirle el juego, para ver hasta qué punto llevaría la pelota... La llegada de Noble Barclay me salvó de los huevos azucarados. Después que hubo derramado su luz paternal sobre nosotros, no había necesidad de continuar fingiendo apetito. Limpié la mesa para Eleanor y arrojé los huevos en el balde de la basura.

Durante veinte minutos, hice tiempo en el bar. Mi estudio intensivo de los relojes de alarma, los animales embalsamados y los remedios contra la *grippe*, debieron haber convencido al gerente que yo estaba abriendo un negocio rival. Finalmente compré tres paquetes de cigarrillos y me retiré. Al doblar la esquina en *East Tenth Street*, vi un largo *sedan* negro estacionado frente a la refaccionada casa de ladrillos en cuyo segundo piso residía la señorita Eleanor Barclay, la auténtica *Muchacha Verdad*.

Había un auto de policía. Salió Riordan.

—Precisamente el hombre que quería ver —dijo, palmeándome el hombro.

El vestíbulo estaba tres escalones más abajo. Sobre una pared había buzones y tarjetas con borde de latón impresas con el nombre de los inquilinos. Riordan las miró sin mayor interés, pero no tocó inmediatamente el timbre de Eleanor.

—Cuando llamó a Barclay anoche, ¿sabía usted que Munn estaba allí? —preguntó.

—Yo no llamé a Barclay. Estaba tratando de localizar a la señorita Barclay.

— ¿No estaba usted seguro de encontrarla en casa de su padre?

—No. La llamé primero, pero no estaba en su casa. De modo que hice la prueba y llamé a su padre.

—Él dice que usted no habló con ella.

—Pregunté por ella, pero él parecía no querer llamarla al teléfono. De modo que le di la noticia.

— ¿Qué quiere decir, con “le di la noticia”?

—La noticia de que su asistente, su director supervisor, su mejor amigo, había cometido un asesinato.

—No estamos seguros de ello —dijo Riordan.

— ¡Diablos!

—Toda la prueba que tenemos es un poco de tabaco y un par de manojos de papel de cigarrillo.

— ¿Y las flores? ¿Conocía G. Botticelli a Munn? ¿Había comprado él flores allí, antes?

—No prueba que Munn la mató —dijo Riordan.

— ¿Lo han agarrado ya?

—Se ha escapado.

—¡No!

Riordan asintió con la cabeza.

— ¿No prueba eso alguna cosa? —pregunté—. Él sabía que ustedes lo perseguían y tomó las de Villadiego. Debe de haber tenido la conciencia culpable.

— ¿Sabía usted que estaba en casa de Barclay cuando usted telefoneó?

— ¡Diablos! —dije—. Si quisiera encubrirlo al tipo, ¿le hubiera mostrado a usted la prueba de los ceniceros? Usted puede pasar cuarenta años, Riordan, en busca de un hombre que se desembaraza de sus colillas en esa forma. Si no le hubiera dado a usted su nombre, ¿hubiera adivinado usted que E. E. Munn, director de las *Publicaciones “Verdad”,* había llamado a casa de Lola esa noche?

—Botticelli pudo habérnoslo dicho. Podríamos haber tenido la oportunidad de agarrar a Munn antes que lo advirtiera —dijo Riordan.

Yo estaba lastimado. Cuando se sentaba conmigo en los bares, bebía whisky a mis expensas y me daba historias para *Verdad y Crimen*, Riordan se portaba como un amigo. Ahora veía yo que era menos amigo y más agente de policía.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo—. Cuando llamó a la casa de Barclay, ¿sabía que Munn estaba allí?

— ¡Diablos! si lo hubiera sabido, ¿cree usted que hubiera telefoneado? Recapacite, Riordan. Soy el tipo que le reveló datos en contra de Munn.

—La señorita Barclay es su amiga, ¿no?

—Nos vamos a casar —respondí.

— ¿Quizá es ésa la razón por la que estaba usted tan ansioso de hacerle saber que el otro tipo, el ex amigo, estaba mezclado con la dama Manfred?

— ¿Está usted queriendo decir que le di la información sobre Munn porque estaba celoso? ¿Porque quería sacarlo de en medio?

—Puede ser.

—Es una idiotez.

—Cuando llegó a la casa de Barclay anoche, ¿quién abrió la puerta?

—La señorita Barclay.

La respuesta debió haberse comparado con la historia de Barclay. Riordan asintió.

— ¿Cuánto tiempo estuvieron los dos juntos en el *hall*?

—Tres o cuatro minutos. Cuando me vió se desmayó.

— ¿Se desmayó? Barclay no dijo eso.

—Es la clase de cosa que Barclay no mencionaría. No querría hacer público que su hija, crecida por el método de *Verdad y Salud*, pudiera ser tan frágil y humana.

Riordan hizo una mueca. Pude ver que no creía en todas mis respuestas. Esto me hizo sentir como si yo estuviera en descubierto y tuviera que defenderme. Me sentí culpable.

— ¿Por qué me preguntó usted eso? ¿Cree que Munn escapó mientras yo estaba en el vestíbulo con Eleanor?

—Ésa es la versión de Barclay. Munn debió estar en esa pieza, esa pieza estúpida que parece la sala de recepción de un asilo, con Barclay y la muchacha. Usted hizo sonar la campanilla. Ella fué a abrir la puerta y salió por bastante tiempo, por lo que Barclay salió para averiguar la razón. En su ausencia, Munn puso pies en polvorosa...

— ¡Diablos!

—Barclay cree que se deslizó hacia abajo por el camino de atrás. Hay un ascensor automático de servicio y un corredor en el sótano que conduce directamente a *Madison Avenue.*

—Lo sé. Así es como salimos Eleanor y yo.

—Salieron, ¿eh? ¿Por qué?

Me lo pregunté. Barclay había sido tan premioso y Eleanor tan impaciente que yo no me había detenido a hacer preguntas. Le dije

a Riordan:

—Fué cuando vino usted. Eleanor estaba exhausta y su padre pensó que le convenía descansar antes de hablar con usted. Sugirió el ascensor de servicio.

Riordan oprimió el botón al lado de la ranura con la tarjeta de visita de Eleanor. Sonó un timbre. El picaporte de la puerta interior se abrió con ruido. Corrí delante.

Bloqueando a Riordan el camino, pregunté:

— ¿Mencionó usted a Warren G. Wilson cuando habló con Barclay anoche? ¿Qué dijo él?

Riordan me empujó pasando delante de mí y comenzó a subir las escaleras. En el rellano de arriba oímos abrirse una puerta.

Barclay adelantó una mano a Riordan, deseándole buenos días.

— ¿De vuelta, muchacho? —me dijo jovialmente.

No había trazas de Eleanor. El sofá había sido limpiado de sábanas y colchas; los platos y las copas habían sido quitados de la mesa del desayuno.

—Siéntese, capitán. Tome su saco, John. Creo que deseará ver a mi hija. —Parecía la casa de Barclay más que la de Eleanor.

Adopté una actitud de perro de San Bernardo ante la puerta del dormitorio. Riordan eligió una silla dura, y Barclay se sentó confortablemente sobre el sofá.

— ¿Algún rastro del fugitivo? —preguntó Barclay.

Riordan dijo:

— ¿Por qué no dió usted parte del hurto de su auto, señor Barclay?

Barclay se rascó la cara.

— ¿Robado, uno de mis autos? No lo sabía. Mi chófer no me ha informado de ningún hurto.

—A las tres y quince de esta mañana un hombre llamado James B. Thorpe fué apresado en Filadelfia.

— ¿En mi coche? —preguntó Barclay.

—Un *Chrysler coupé*, negro, registrado en Nueva York como de propiedad de Noble Barclay.

—Tengo un *coupé negro* —dijo Barclay—. Lo utilicé ayer. — Su puño machacó la mesa. — ¡Diablos, lo debo haber dejado afuera de nuevo! Sí, lo dejé. Temo —su voz denotaba remordimiento— que las llaves quedaron en él. A veces lo dejo para que el chófer lo

recoja.

— ¿Qué sucede con ese Thorpe? —pregunté—. ¿Quién era?

—Nunca lo oí nombrar —dijo Barclay.

—Llevaba una licencia de conductor de California. De acuerdo con la descripción de la misma, este Thorpe tenía seis pies con tres, pesaba cerca de doscientos veinte libras. No pesa tanto ahora. Un tipo flaco y de cerca de seis pies, dice el informe.

— ¿Por qué lo apresaron? —dije.

—Manejaba borracho.

—Borracho —murmuró Barclay como si fuera una mala palabra. Aclarándose la garganta, preguntó: — ¿Se lo ha interrogado? ¿Confesó haber robado mi coche?

—No hablaría sin su abogado.

— ¡Oh! —fué todo lo que dijo Barclay.

Todos esperamos.

—Luego dijo que quería el mejor abogado de Filadelfia. El mejor, siguió insistiendo. Dijo que era un hombre importante, que ellos se sorprenderían al saber quién era, realmente. Tenía diez billetes de mil en su valija.

Barclay levantó sus cejas.

— ¿Ya ha hablado con su abogado?

—Nos harán saber cualquier noticia. —Riordan parecía despreocupado, pero vigilaba las reacciones de Barclay con el rabillo del ojo.

Eleanor salió de su dormitorio. Habíase cambiado su bata por una pollera azul y un *sweater* blanco. Parecía hermosa pero triste. Las pupilas, dilatadas, hacían que sus ojos parecieran oscuros.

Su padre le hizo una seña, pero Eleanor no se sentaría a su lado. Se dirigió al extremo lejano de la habitación.

—Éste es el capitán Riordan, Eleanor. Capitán: mi hija.

Riordan le preguntó acerca de Lola. Quería saber qué grado de amistad había habido entre Eleanor y Lola, cuántos secretos personales le había confiado Lola, y si el día de su muerte había mostrado señales de decaimiento.

—Sí, lo hizo —contestó Eleanor con énfasis—. Había estado muy bien por la mañana, pero a la tarde la noté extraña. Perdió el control de sus nervios, arrojó su abrigo de pieles sobre el suelo y se quedó en la Sala de Señoras durante mucho tiempo. Debió ser

porque había bebido mucho en el almuerzo, o por haberle enviado alguien unas rosas. Alguien que le disgustaba, supongo yo.

—Rosas —dijo Riordan. Pero nada más sobre ese tema—. ¿Fué esa la última vez que la vió?

Eleanor levantó la vista. Había estado frotando sus muñecas. —Sí, es cierto. Salí cerca de una hora después. Tenía que hacer algunas compras. Quería comprar un sombrero nuevo. — Lanzó la frase, desafiante, hacia donde yo estaba.

— ¿Qué sabe usted de sus relaciones con Munn?

—Ella lo odiaba y despreciaba.

— ¿Está usted segura?

Eleanor seguía frotándose las muñecas.

—Positivamente.

Riordan se volvió hacia Barclay.

—Eso no es lo que usted me dijo.

—Mi hija creía lo que la señorita Manfred quería que creyera. Lo que creía el resto de la oficina. —Barclay parecía sagaz y reservado. — La señorita Manfred le decía a todo el mundo que despreciaba a Ed Munn. Era una artimaña para impedirles que supieran la verdad.

Eleanor pegó un salto.

— ¡No lo creo! Trabajé con Lola. La veía todos los días. La conocí mejor que ninguno en la oficina.

—Sabes exactamente lo que Lola quería que supieras —dijo Barclay con voz tan melosa como aceite de castor—. La señorita Manfred (aunque no me gusta hablar mal de la muerta) era astuta. No quería que nadie en la oficina, y particularmente Eleanor, supiera de sus relaciones con Ed porque... —Barclay sonrió y sacudió su cabeza— Eleanor había estado comprometida con él.

—Nadie en la oficina lo sabía. —Eleanor volvió al sofá. Se reclinó cansadamente contra los almohadones, como si a esa hora de la mañana estuviera ya exhausta. — No puedo creer que Lola lo haya siquiera mirado. Se hubiera reído si Ed hubiera tratado siquiera...

—Tu voz se está volviendo chillona, muchacha. Recuerda lo que te dije esta mañana —interrumpió Barclay.

Eleanor buscó a tientas en su cinturón, encontró un pañuelo, cubrió su boca. Estaba al borde de la risa histérica.

Barclay me miró buscando ayuda. El cambio del ángulo de

Verdad y Crimen a la escena de *Verdad y Amor* desconcertaba al detective. Pero yo no era una fortaleza. Barclay, en una ocasión, me había engañado con esa manera apacible. La experiencia me había hecho cauto. Por otro lado, había cierta dosis de credibilidad en su historia. Lola había sido borracha y desenfrenada; también podía haber sido astuta. Cuando se abusaba o insultaba a Munn, o nos regalaba en la Mesa de Directores con historias de su estupidez, podría haber estado riéndose secretamente de nuestro candor.

— ¿Sabía este asunto antes que muriera Lola? —le dije a Barclay.

—Por un buen rato —respondió.

— ¿Le había hecho confidencias Munn?

—No quiere que lo agarren dormido, ¿no, John? —Barclay rió. Le comentó a Riordan: — Nuestro joven amigo es un caso típico del escéptico que duda de cualquier cosa que sus propios ojos no han podido ver. ¿Cuál es su opinión, capitán? ¿Cree usted que estoy inventando?

Riordan dudaba. Él era, después de todo, un policía. Y Barclay, un potentado, un millonario, autor y editor, dueño de propiedades, un patrón. ¿Por qué *inventaría* Barclay? ¿Ganaría algo el patrón al inventar una historia amorosa entre su ayudante y una mujer perdida?

— ¿Qué razón tendría usted para inventar la historia? —preguntó Riordan.

Barclay volcó su pleno encanto sobre Riordan.

—Admito —confesó con ingenuidad— que fui engañado. Ciertamente, pensé mal de Ed Munn. Sabía que esta mujer lo vilipendiaba, lo torturaba, ostentaba sus amantes ante él, pero nunca pensé que fuera tan lejos como para matarla. Francamente, yo no pensé —la pausa era eficaz— que Ed sería capaz de hacerlo. Raras veces encontré un hombre menos violento.

Riordan se escarbó la oreja.

—Quisiera hacerle una pregunta a la señorita Barclay. Se lo pregunté a usted anoche, pero quiero escuchar la respuesta de ella. —Ésta era una calculada artimaña policial para informar a la señorita Barclay que su relato debía estar de acuerdo con el de su padre o si no...— Cuando su padre respondió al llamado de John Ansell y usted le dijo que estábamos en persecución de Munn por la

muerte de la señorita Manfred, ¿qué hizo él?

—Lo negó.

— ¿Negó qué?

—Haber matado a Lola.

—Y nosotros le creimos, ¿no es cierto, Eleanor? —Sin darle a ella una oportunidad para contestar, Barclay continuó: — Eso era natural, ¿no cree usted, capitán? Después de todo, cuando uno ha estado asociado con un hombre durante años, es difícil creer que ha cometido un asesinato. Y le diré más, capitán... —Barclay estaba triste. — Si no hubiera escapado en esa forma, no podría creerlo autor del hecho.

Eleanor había comenzado a frotar sus muñecas de nuevo. Traté de mirarla en los ojos, pero evitaba mi mirada. Estaba muy nerviosa.

—Soy un hombre que se enorgullece de ser un juez de la naturaleza humana —dijo Barclay—. Es justamente la prueba de cómo el orgullo nos puede engañar. Y qué poco sabe un hombre de lo que existe en un corazón ajeno.

Escuchamos silenciosamente. Eleanor se estiró sobre la mesa para buscar una cigarrera china. La ofreció a Riordan y a mí.

Riordan movió la cabeza.

—No me dejo dominar...

— ¡Muy bien!—explotó Barclay—. Lo felicito. Mírenlo, muchachos. Un hombre de acción y de realizaciones, no cree que necesita probar su hombría fumando y bebiendo. Deseo que les cuente a estos jóvenes, Riordan, por qué huyó usted del tabaco.

Riordan admitió el homenaje con una sacudida de su cabeza.

—Yo acostumbraba fumar dos paquetes, regularmente, todos los días de mi vida, pero quise saber si podía seguir sin ellos. Fué hace un año, el día de San Patricio. —No hizo mención de su capacidad para el whisky de cebada. Ni yo tampoco. Hubiera sido impropio de un anfitrión recordarle a su invitado el precio del agasajo.

—Antes que dé un paso más, capitán, quiero que sepa algo. —Barclay se movió hacia Riordan. Debió haber contado hasta diez antes de hablar. Su regulación del tiempo era perfecta. Todos estábamos en el borde de nuestros asientos. — Me gusta la forma como ha manejado este caso. Debo confesar que estoy profundamente impresionado por su honestidad y sus métodos

rectos, capitán. Quisiera saber si no tiene usted inconveniente en que se lo diga al Comisionado. Me gustaría felicitarlo por la eficiencia de su personal, particularmente de cierto oficial...

Riordan se había vuelto tan rosado como un chico recién nacido.

—Como usted quiera, señor Barclay. Me complace que piense así.

—Asunto terminado, ¿no es cierto, capitán? Si nos necesita, sabe dónde puede encontrarnos. —Barclay había tomado el sobretodo de Riordan.

Riordan se levantó, cepilló las arrugas de azul.

—Todos ustedes serán llamados a declarar.

—Lo sabemos.

Riordan sonrió con afectación. Éste era su gran momento, en el que podía jactarse de sus amigos políticos.

—Gracias por todo, señor Barclay. Es un privilegio conocer a un hombre como usted. —Riordan cambió un apretón de manos con Barclay, e hizo un gesto con la cabeza a Eleanor y a mí.

Yo estaba ardiendo. Eficiencia. Métodos rectos. El eterno cuento de Barclay, y Riordan comiéndolo como una cena de pavo. En una oportunidad yo le había llevado la corriente a Barclay; le había permitido llamarme “medio litro”, y le había estrechado la mano con gratitud. Pero esto era diferente. Aquello era una tregua por una historia que no quería ver impresa en una revista. Esto era un asesinato.

—Espere un minuto. ¿No se ha olvidado de algo, capitán? —Mi voz reprodujo al sarcástico uso adulador que hacía Barclay del título de Riordan.

— ¿Olvidado de algo? —Riordan echó una mirada a su alrededor.

—Warren G. Wilson. ¿Lo recuerda? El hombre que fué muerto en mayo último. Cuando lo llamé la noche pasada, y le dije que sospechaba que Lola no se había suicidado, dije que podía haber una relación entre su muerte y la de Wilson. Ahora sabe usted que no fué suicidio, pero, ¿qué decir del señor Wilson? Ése era su caso, y pensé que era la razón por la que se le pidió que interviniera en la investigación de la Manfred. ¿O estoy equivocado?

Eleanor se deslizó hacia adelante, en el sofá. Riordan transfirió su sombrero de la mano derecha a la izquierda, y balanceó su peso.

Barclay arrugó el ceño en mi dirección. Era una advertencia.

Intrépido, me arrojé a la tempestad.

—Cuando habló usted la noche pasada con el señor Barclay, capitán, ¿hizo alusión a Wilson?

—El muchacho es terco —dijo Barclay, guiñando un ojo a Riordan—. Cuando se le pone algo en la cabeza, no ceja. Algunas personas podrán llamarlo obcecado, pero yo admiro su tenacidad. Es un signo de carácter.

Un signo de carácter ¿no? Bien, Barclay. Le demostraré la cantidad y calidad del carácter de John Miles Ansell.

— ¿Estaba el señor Barclay en condiciones de decirle algo sobre Wilson?

Eleanor tosió. El día de San Valentín, Warren G. Wilson le había obsequiado un libro dedicado a una dama gentil. Hasta que yo no se lo arranqué, no había mencionado su amistad con la víctima del asesinato. Traté de mirarla, pero ella había puesto los ojos en la caja china como si esperara encontrar una perla entre los cigarrillos.

—El señor Barclay no conocía a Wilson —me dijo Riordan.

— ¿Usted se lo preguntó?

—Anoche. —Riordan giró sobre sus tacones y me miró fijamente. — ¿Qué le hace pensar que esta gente conocía a Wilson?

—Yo se lo dije.

— ¿Qué me dijo usted? Que tenía un pálpito de que la señorita Manfred estaba implicada en el caso Wilson. No tenía usted pruebas.

—Mire —dije, tratando de darle una respuesta directa mientras le hacía entender a Eleanor que no había mencionado su nombre—. Le dije que tenía el pálpito de que la señorita Manfred había conocido a Wilson. Le dije lo que sucedió cuando le pregunté a ella si lo conocía...

— ¿Qué sucedió? —preguntó Barclay.

—Ella negó —dijo Riordan.

— ¡Lo negó! —explotó Barclay.

—Sí, lo negó —dije—, pero la forma cómo lo negó me hizo sospechar que estaba mintiendo. Estaba demasiado desafiante, demasiado emotiva...

— ¿Había estado bebiendo? —preguntó Barclay.

—Ajá.

— ¿No era característico de la señorita Manfred ser desafiante y emotiva, especialmente cuando había estado bebiendo? —De nuevo Barclay respondía sin darle a nadie oportunidad de contestar. —Usted ve, muchacho, conozco las tendencias de los alcohólicos mejor que usted. Mi propia e infortunada historia me brinda una particular visión de sus reacciones emocionales. Usted dijo que ella tenía un aire desafiante al negar que había conocido a Wilson. Típico. Típico.

Una puerta se cerró de golpe. Eleanor se había ido a su dormitorio. No sabía yo si estaba irritada porque yo había divulgado un secreto de familia o porque su padre era un zalamero hipócrita. No me importaba mucho.

Barclay pareció no haber advertido la retirada de Eleanor. Estaba demasiado atento a su disputa.

—Usted ve, capitán, el muchacho no tiene pruebas de que Lola conociera a Wilson. Ella era borracha, era desafiante, y él quería sacar partido. ¿Cuál es su opinión?

—No puedo ver claro —dijo Riordan—. La otra noche, cuando me lo contó, yo estaba deseando correr el riesgo. Cuando usted quiere finalizar un caso, debe seguir cualquier salida. Pero ahora que lo he oído todo, señor Barclay, me inclino a convenir con usted. No tiene sentido.

—Muy bien, era solo un pálpito —dije—. Pero un pálpito valioso, ¿no es cierto, Riordan? ¿Qué decir del hecho de haber estado Munn con Lola? ¿Hubiera sabido eso sin mi pálpito?

—No prueba que ninguno de ellos conociera a Wilson. —Barclay dejó su mano consoladoramente sobre mi hombro. — Sé que le herirá oírme decir esto, muchacho, pero usted nunca pudo soportar ese rechazo de la historia de Wilson. Pensó que había escrito una obra de arte, y desde entonces ha tenido la errada noción de que yo tenía una razón personal para rechazarla. Usted...

—Mire, señor Barclay...

—Debe aprender a soportarlo, hijo. Usted no es perfecto; es sólo una persona humana, como el resto del mundo. Todos cometen equivocaciones alguna vez en su vida. Puede ser un fantástico escritor, pero el propio Shakespeare produjo algunas bazofias. ¿No cree usted, capitán —la mano de Barclay cayó de mi hombro al volverse hacia Riordan—, que es ir demasiado lejos acusar a otros

de intriga, precisamente porque le desbaratan a uno sus esfuerzos literarios?

— ¡Diablos! —dije—. Me han rechazado historias anteriormente. Mejores historias y por revistas mejores que *Verdad y Crimen*. Si está queriendo decir que es porque creo...

— ¿Qué otra razón podría tener? ¿Qué prueba tiene de que Munn o yo tenemos —ya que insiste usted en implicarme en esa falaz hipótesis— alguna conexión con Wilson, excepto que no nos gustaba la historia que usted escribió acerca de su muerte?

Miré a mi alrededor buscando algo para arrojar. Sólo había la vieja porcelana china de Eleanor y los muebles antiguos.

—Mire, señor Barclay, ¿fui o no fui envenenado la noche después de haber comenzado a preguntar sobre la historia de Wilson?

— ¿Envenenado? —Barclay parecía no entender.

—Yo no como camarones, señor Barclay. Soy alérgico a los mariscos.

—Vamos, John. —Éste era el viejo Barclay, el manso, el confidente profesional—. No va a negar los hechos.

Todos, Smith del *Grille*, los camareros, el doctor, su enfermera, todos supieron que tuvo usted ptomaína por haber comido mariscos contaminados. Mire los libros del hospital. Se los mostrarán. Decir que no fué envenenado no sólo es absurdo, muchacho; es peligroso. Muestra que sufre de un complejo de persecución.

—Yo no como camarones. Nunca lo hago. Mire, Riordan, él puede haberlos sobornado para decir que lo hice (he sospechado eso desde el principio), pero no es verdad. Le digo...

Barclay sonrió. Era tan condenadamente tolerante que yo deseaba manotear su suave morro. Contra esa calmosa confianza en sí mismo, mi rabia parecía como el enojo de un chico de tres años de edad.

— ¡Fui envenenado! —Golpeé repetidamente mis talones contra el suelo y machaqué mi puño sobre la mesa. La caoba tembló y la porcelana china se sacudió.

Barclay sonrió tristemente. En la forma que lo tomó, un extraño hubiera pensado que yo había inventado la historia del envenenamiento y estaba tratando de defender mi ficción con una ostentación de carácter.

— ¿Por qué no informó sobre ello? —preguntó Riordan.

Barclay casi ronroneó.

—Fui sobornado —dije—. Por un aumento de setenta y cinco dólares semanales.

— ¿Sí? —Riordan miró a Barclay para que confirmara.

—Yo no sabía John, que ése era su modo de sentir con respecto a su ascenso. Entonces, su gratitud parecía sincera. —Barclay echó sobre mí la plena luz de su protección. Su voz chorreaba simpatía. — ¿Qué tiene usted en su conciencia, muchacho, que no pudo aceptar un ascenso y un aumento de sueldo sin explicárselo a sí mismo en esa forma torcida? ¿Qué secretos está ocultando? ¿Qué verdad sobre sí mismo tiene miedo de encarar?

— ¡Por la salud de Cristo! —dije.

—Probablemente él cree que fué envenenado —dijo Barclay a Riordan. Hablaba con la voz de un costoso especialista que hubiera sido llamado para aconsejar al médico de la familia—. Es notable lo fácil que es para mucha gente creer lo que *desea creer*. Prueba lo que dije en mi libro y lo que he seguido diciendo en la revista: cualquiera puede creer cualquier cosa si el estímulo es lo suficientemente fuerte. ¿Sabe usted lo que prueba? —Su voz bajó de tono. La confidencia era dirigida a Riordan, pero cuidaba comprobar que yo no perdiera una sílaba. — Prueba que hay algo en lo profundo de este muchacho que él no puede encarar. Nunca encontrará usted un hombre sano, un hombre feliz, un hombre fuerte y confiado que no pueda cavar en las profundidades de sí mismo y saber la amarga verdad. Cuando un hombre tiene que ir tan lejos como este joven para mostrar que otros están tratando de hacerle mal, hay algo malsano en su interior. ¿No está de acuerdo, capitán?

—No está usted bromeando —dijo Riordan solemnemente—. En mi camino he hallado muchísimos fulleros que responsabilizaban a los demás por sus dificultades.

Barclay aprobó su sagacidad con un movimiento de cabeza.

—El cerebro humano —continuó— es el fenómeno natural más grande de todos los tiempos, la octava maravilla del mundo. La ciencia lo ha estudiado durante siglos, ¿y qué ha descubierto? No más de lo que puedo decirle ahora en una sola frase. Un hombre puede querer creer que cualquier cosa es la verdad, y si cree lo

suficiente, *es* la verdad.

Riordan reflexionó y se movió hacia la cigarrera.

Barclay continuó conferenciando.

—Es tan verdad en materia de religión como de ciencia. La fe, la confianza en sí mismo, la creencia puede obrar milagros. ¿Ha leído usted mi libro, capitán?

—Lo siento —murmuró Riordan.

— ¡Oh!, no importa. —Barclay perdonaba. — Mucha gente no lo ha leído todavía. Le mandaré un ejemplar. Léalo. Encontrará el caso de este joven claramente explicado, capitán.

”Encontrará a Barclay, también. Su autobiografía se relata con sus detalles más íntimos. No se pierda la *Introducción*. Es el más grande documento humano que se haya escrito nunca acerca de la desesperación humana.

La tapa de la cigarrera se cerró con ruido. Riordan se volvió, superando la tentación. Sostuvo su sombrero con ambas manos, haciéndolo girar despacio.

—Nos hemos alejado mucho del asesinato —dije—. Nos hemos alejado mucho del caso Wilson y de la muerte de Lola y de la fuga de Munn. La filosofía de Barclay es fascinadora, ¿no cree usted, capitán? Probablemente ha oído usted algunas de estas ideas antes. Barclay ha tomado prestadas muchísimas del Cristianismo y del paganismo, de los médicos y hombres de ciencia, de los teósofos, teólogos, psicoanalistas, y las caprichosas religiones del siglo veinte. Es notable lo que los hombres pueden creer, especialmente cuando usted sabe cuántos de ellos han engullido la *Verdad compartida*.

El sombrero de Riordan giraba con mayor rapidez. Era un detective, no un árbitro de filósofos.

Barclay percibió el delicado cotejo. Triunfalmente, como si él y Riordan fueran aliados de larga data, dijo:

— ¿No ha advertido, capitán, que los cínicos son siempre los mismos? ¿Qué diferencia hay entre aquellos que se mofan de las antiguas religiones o aquellos que desprecian las revelaciones de la moderna filosofía? ¿Qué hay en sus almas que hace tan inflexibles a esos hombres? ¿Por qué se odian a sí mismos y menosprecian al resto de la humanidad? ¿Puede ser envidia? ¿Desdeñarán la Creencia porque son incapaces de creer?

Barclay se encorvó hacia adelante, atisbando primero el rostro

de Riordan, y luego el mío. Miraba y hablaba como si se estuviera dirigiendo a una audiencia de cincuenta mil personas. Toda su tremenda energía se concentraba en su ardiente voz.

—No se aflija, John. Ha sido penoso, pero aun no ha fracasado, muchacho. Es justamente esa obcecada voluntad suya, esa determinación de golpear al que es más grande que usted. Enfréntese a sí mismo, muchacho, acepte sus faltas. Será más grande que nadie sobre la tierra.

Riordan sonrió con afectación. Sabía yo lo que él estaba pensando. Justamente lo que Barclay quería que él creyera: que yo era un fracasado, envidioso, amargado, enano de cinco pies con cinco, que utilizaba el cinismo y el sarcasmo como un arma contra los que miden seis pies. No era una táctica nueva. Barclay la había practicado una vez con un espejo, pero esta vez montó una escena mejor, no necesitaba espejos. Me tenía cuando quisiera, indefenso y doblado. Si yo hubiera discutido, hubiera vuelto mis argumentos contra mí. Si yo hubiera manifestado los hechos, habría probado que mis hechos surgían del fracaso y de la envidia. Barclay era el hombre grande, y tenía algo más que unas pulgadas para probar su estatura. Tenía fe. Eso le brindaba seguridad. Yo no poseía un arma lo bastante fuerte como para perforar esa armadura, ni escudo para protegerme de sus golpes.

Por lo tanto, *ergo* y *q.e.d.*, yo no había sido envenenado. Yo había comido camarones.

Sonó el teléfono. Saludé alborozado la interrupción. La transpiración me corría por la cara. El acto de limpiarla me incomodaba. Esperé que la disputa estuviera terminada.

Eleanor salió precipitadamente del dormitorio. Pero Riordan ya había contestado el teléfono. Era su oficina, comunicando la información recién recibida de los agentes de Filadelfia.

El hombre que había robado el auto *coupé* negro de Barclay había sido hallado muerto en su celda. Una ampolla de vidrio, vacía, yacía en el suelo cerca del cuerpo. La policía no la había descubierto cuando habían trotado tras él al principio.

Miré a Eleanor. No había estado presente cuando Riordan contó a Barclay el hurto del coche y el arresto, en Filadelfia, del conductor borracho. Las noticias nada significaban para ella hasta que se mencionó el nombre de James B. Thorpe.

Su cuerpo se puso rígido. Se quedó mirando a su padre.

— ¿Así que no era la terraza? —Apenas tenía aliento para hablar.

— ¿Terraza? —Riordan estaba perplejo.

—Pensé que hubiera saltado o hubiera... —Percibió que Barclay la contemplaba fijamente y se volvió. — Debe de haber sido un sueño, pero parecía tan real. No pudo haber sido, ¿no? Tuvo que encontrarse un cuerpo en la calle. Parecía...

—Déjate de charlar —ordenó Barclay. Y a Riordan—: ¿Estaba muerto, dice usted, cuando lo encontraron?

Riordan asintió con la cabeza.

Con un pañuelo finamente monogramado, Barclay se limpió el sudor de su frente.

—Luego, ¿no dijo nada? ¿No revelaron su identidad?

— ¿Sabía usted quién era?

La cabeza de Barclay estaba inclinada. El pañuelo ocultaba la expresión de su rostro.

—Pobre Ed —dijo y se sonó la nariz—. Pobre hombre; debió haber sabido que el juego había terminado.

La investigación se desarrolló en forma indiferente. Lola fué declarada muerta. Algunas hebras de tabaco, algunas bolitas de arrugado papel de fumar, una caja sin abrir de “Bellezas Americanas”, pudieron haber probado que Edward Everett Munn había sido su último visitante, pero no probaban que había mezclado bicloruro de mercurio con el último whisky con soda de aquélla.

Riordan me agradeció públicamente mi ayuda en el caso Manfred, pero no mencionó a Wilson ni hizo alusión a mi pálpito de que existía una conexión entre los dos asesinatos. Probablemente, Barclay lo había convencido de que yo quería vengarme porque mi historia de Wilson había sido rechazada. Desde su propio punto de vista, Riordan tenía razón. Ni una pizca de prueba eslabonaba la muerte de Lola Manfred con el asesinato de Warren G. Wilson. El tiempo y el dinero de los contribuyentes no pueden ser gastados en teorías brindadas por un tipo con la sangre en el ojo.

Había un sorpresivo testigo. Su nombre era Botticelli. Parecía Chico Marx, y actuaba como él. Cada semana, su chico había enviado flores a la señorita Lola Manfred. Cuando declaró Botticelli,

el *coroner* y el jurado temblaron de risa. A pesar de la comedia, el testimonio del florista afirmaba la teoría de Barclay. Con “Bellezas Americanas” a dieciocho dólares la docena, debía de tratarse de amor.

Eleanor declaró brevemente. Había llegado tarde, caminando entre su padre y sus abogados. Usaba su traje negro y un *sweater* también negro y una hilera de perlitas. Parecía seria, como una antigua maestra de escuela. Los suaves ricitos habían sido alisados. Su cabello parecía oscuro. Moradas sombras circundaban sus ojos. No se sacó sus guantes blancos.

Pareció no advertir que yo estaba en la sala. No nos habíamos visto durante el fin de semana. El sábado por la mañana, cuando Barclay y Riordan salieron, me había pedido que me fuera también. Estaba cansada, dijo. Había telefoneado varias veces, tanto el sábado a la noche como el domingo, pero siempre estaba demasiado fatigada para verme.

Yo estaba intrigado. Parecía un momento muy curioso para que me diera calabazas. Me hice una cantidad de preguntas, pero las respuestas equivalían a nada.

Noble Barclay prestó juramento. Todos, en el salón de la corte, se pusieron en el borde de sus sillas. Las manos enguantadas de blanco de Eleanor jugueteaban con las perlas. “Yo, Noble Barclay, juro decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad.” Era grande, hermoso, seguro de sí mismo, y serio. Habló con voz melosa, pero clara. No hubo pausas ni evasiones. Miraba a cada jurado en los ojos, y mostraba claramente que deseaba ardientemente cooperar con los oficiales.

Barclay admitió que le había costado adaptarse a la idea de que su amigo íntimo y ayudante de confianza pudiera cometer un asesinato. Sin embargo, añadía Barclay, le había constado que, al tener relaciones con la señorita Manfred, Munn había estado jugando con fuego.

— ¿Le consta con seguridad, señor Barclay, que ella era la amante de Munn?

— ¿Alguno de los que están en esta sala lo duda?

El collar de Eleanor se rompió. Las perlas rodaron por el suelo. Hubo muchas conversaciones, comentarios y revuelos alrededor. Los oficiales, los testigos y los asistentes se pusieron de rodillas.

Guardé mi sitio. Lo mismo hizo Eleanor.

Barclay siguió con su declaración. Era el único en la oficina —insinuó— que no había sido engañado por las artimañas de los amantes. Los otros, los juiciosos y los cínicos, se habían dejado engañar como chinos, habían creído que el afecto era enemistad, habían estado demasiado ciegos para poder percibir que la amargura y la calumnia eran el disfraz de un amor vergonzoso.

Era una explicación buena, rápida, suelta. El estilo de Barclay era editorial, con un fuerte gusto a *Verdad y Amor*. Hasta podía ver los títulos: *Misteriosa Muerte de Amantes Secretos — ¿Fué un pacto suicida?*

Los supuestos amantes estaban muertos. Nadie fué a la sala de la corte para negar las manifestaciones de Barclay. ¿Quién hubiera dudado de un hombre de su reputación? Sus hechos eran tan ordenados como el alfabeto. Y Munn no podía ahora ser encausado y juzgado por asesinato. El caso estaba cerrado.

Al final, la muchedumbre se arremolinó alrededor de Barclay. Los hombres aguardaban en fila para estrechar su mano. Ciudadanos comunes, decentes, respetuosos de la ley, consideraban un privilegio conocer al autor de *Mi Vida es Verdad.* Todos se habían sorprendido y complacido al encontrar que el gran hombre era tan humilde y tan sincero.

A la vuelta de la esquina había un bar sórdido. Encontré un compartimiento en el rincón más oscuro. Sentándome solo, ordené dos *brandies* dobles. Eleanor había salido con su padre y el abogado en la *limousine* de Barclay. Era largo y negro, y me parecía un coche fúnebre.

—Dos *brandies* dobles —pidió el cantinero.

—Estoy esperando a alguien —dije. Era una mentira, pero no soy una de esas almas porfiadas que pueden compartir la verdad con cantineros extraños.

Me trajo las bebidas. Dejé que pusiera una delante de mí, y colocó la otra al otro lado de la mesa. Adivinó que yo no esperaba a nadie, y al volver al bar, advertí que estaba mirando mi reflejo en el espejo.

Levanté mi vaso e hice un brindis a Lola Manfred. Esto era más apropiado, pensé, que una corona para su ataúd.

El cantinero estaba preocupado. Hice un gesto y él volvió al

compartimiento.

—Temo que mi amiga no venga. ¿Quiere tomarlo usted? —Señalé el vaso intacto. Lola no hubiera querido que se despilfarrara un buen *brandy*.

—No me importa. Aunque más bien hubiera tomado aguardiente.

—Tome aguardiente a mi salud, también. Arrojé cinco dólares sobre la mesa, saludé al cantinero y salí. Se palmeó la cabeza.

Diez minutos después entré en la oficina. Eran las 4 de la tarde, y debían haber estado comentando en voz baja. Una mecanógrafa tamborileaba pesadamente. En las oficinas privadas, los directores y subdirectores murmuraban. En las Salas de Damas y de Caballeros había delegaciones amontonadas de escritores, lectores, tipistas, cadetes, y miembros de la Comisión de Coordinación Religiosa. Nadie quería trabajar. Habían sucedido demasiadas cosas.

Mis compañeros de trabajo se arremolinaron a mi alrededor como si yo fuera el Héroe Público Número Uno. Preguntaron confidencialmente si era verdad que el finado E. E. Munn y la finada señorita Manfred se habían comportado así entre ellos. Era ridículo. Todo el que tuviera ojos y oídos habría sabido que esos dos eran enemigos. Pero Barclay había ya visto a los reporteros el sábado y las noticias habían sido impresas en los diarios del domingo. Eso las hacía auténticas. Los empleados de Barclay, que vivían en el mundo de la prensa, creían en la palabra impresa.

La mente humana, como había dicho Barclay al capitán Riordan, es el fenómeno natural más grande de todos los tiempos, la octava maravilla del mundo. Henry Roe declaró que siempre había sabido que había algo entre Lola y Munn, y Tony Shaw corrió a mi oficina para murmurar que estaba seguro de haberlos visto una vez en un hotel de *Atlantic City*.

Luego me hizo una visita la señorita Eccles. Su pecho palpitaba, sus manos revoloteaban, sus secos labios pintados hacían pucheritos en forma infantil.

—Dígame, señor Ansell, ¿no está usted anonadado?

—Anonadado es la palabra propia, señorita Eccles.

Al lado de la puerta de mi oficina estaba la señorita Kaufman. A través de los anteojos sin armadura miró fijamente a la secretaria de Barclay.

—Está ocupado, Grace. No lo moleste, ahora. Si tiene algunas preguntas que hacer referentes a la oficina, mándenos un memorándum.

La señorita Eccles volvió hacia su enemiga su espalda huesuda e indignada.

—Esto es asunto de oficina, señor Ansell. Dígame, ¿lo ha visto a él hoy?

— ¿A Barclay? Por supuesto. En la indagatoria.

— ¿Dijo que iba a venir?

—No me honró con sus confidencias. Ni hizo manifestaciones a la prensa.

—Por favor, señor Ansell. —Las manos de color blanco de lirio estaban ceñidas en actitud suplicante bajo la afilada barbilla. —Usted sabe que no tengo sentido del humor. Hay preguntas vitales que es necesario contestar. Policía oficial, ¿entiende? ¿Va a venir Eleanor?

—Tampoco me hizo ninguna confidencia.

— ¿Pero qué haremos con *Verdad y Amor*? Con la señorita Manfred muerta y Eleanor descuidando sus responsabilidades, ¿cómo puede siquiera imprimirse la revista?

— ¿Qué importa si *Verdad y Amor* no se imprime?

La señorita Kaufman lanzó una carcajada.

La señorita Eccles me echó una mirada lastimosa.

—Sé que no es cosa de vida o muerte, señor Ansell, pero la primera regla en este negocio es que la revista tiene que imprimirse puntualmente.

—Quizá la hagan directora.

— ¡Oh, señor Ansell! Eso es muy halagador, pero no tengo espíritu directorial.

—Ha sido leal —dije—. Tan leal que debiera ser Director Supervisor. Quizá el señor Barclay le dé el cargo de Munn. ¿Se lo sugiero?

—Dudo de merecerlo —suspiró ella. Pero la mirada de sus pálidos ojos mostraba que la señorita Grace Eccles vivía en un profético sueño.

La voz de la señorita Kaufman interrumpió la visión.

—Deje de molestarlo ahora. Tiene que hacer.

La señorita Eccles le dedicó a la señorita Kaufman una mirada

que prometía un despido el día que la secretaria de Barclay tuviera el nuevo poder.

Cuando hubo salido, la señorita Kaufman cerró la puerta de la oficina, se dirigió a mi escritorio y dijo:

—No me parece bien. Y a usted, señor Ansell?

—Bien por usted, Kaufman. Me conforta descubrir que aun hay algún sincero escepticismo en el mundo. —La besé.

—Nada de eso. Soy una respetable mujer casada. Si no hubiera sido por el bicloruro de mercurio, no lo hubiera creído. Pero desde que leí que los diez mil dólares que llevaba consigo eran reclamados por su hermana, que tiene un negocio de belleza, no pude impedir atar cabos.

—Parece un manuscrito que rechazaría *Verdad y Crimen*, señorita K. ¿Cuáles son los cabos y cuál el resultado?

—Los operarios del negocio de belleza utilizan bicloruro. Lo consiguen en forma de tabletas y disuelven las tabletas para usarlo como antiséptico. ¿Por qué no pudo conseguir él algunas tabletas de bicloruro del negocio de su hermana?

—Eso no nos dice por qué lo hizo.

—¿Recuerda usted —preguntó la señorita Kaufman mientras limpiaba mis anteojos con el cuadrado de algodón rosado— lo que siempre respondía la señorita Manfred cuando la gente le preguntaba cómo se atrevía a cantarle tantas frescas al señor Barclay? Acostumbraba decir que sabía dónde estaba enterrado el cuerpo.

— ¿El cuerpo de quién?

—No lo sabría decir —replicó la señorita Kaufman. Me devolvió los anteojos y retornó a la oficina.

Por el resto de la tarde se apostó fuera de mi puerta y le dijo a los visitantes que yo estaba demasiado ocupado para ser incomodado. Pasé una hora activa tamborileando sobre la madera de mi escritorio. Asegurado contra la pared opuesta a mi escritorio por cuatro chinches, colgaba un retrato sacado de una revista femenina. La señorita Kaufman lo había puesto allí como un chiste. La lechuga era verde, la mayonesa amarilla, los camarones rosados... *No podemos estar seguros hasta tener el análisis, pero yo tuve otro caso que se parecía a éste. Bicloruro de mercurio.* ¿O nunca había dicho eso el médico de la ambulancia? ¿Era mi imaginación la que,

estimulada por tantas historias de crímenes, había concebido todo el asunto? De acuerdo con los registros del hospital, Noble Barclay e I. G. Smith, del *Grille* del Edificio Barclay, yo había comido mariscos deteriorados. ¿Puede discutirse tal autoridad? ¿Qué prueba tenía yo, tres semanas después, de no haber comido camarones?

La oscuridad se espesó. Sonó un gong. La señorita Kaufman entró de repente para preguntar si la necesitaría más ese día. Le dije que corriera a su casa, a buscar al vendedor de empapelados. La gente pasaba, riendo y hablando, camino de los ascensores. Las muchachas reían a hurtadillas. Mis golpecitos con los dedos se entorpecieron, y cesé de golpear ritmos sobre mi escritorio.

Crujieron los goznes cuando se abrió la puerta de mi oficina. Me di vuelta en mi silla giratoria. Crujió también.

—Johnnie, ¿todavía estás allí? —preguntó Eleanor.

— ¿Qué te parece?

—Por favor, no seas sarcástico. Tengo que verte.

—Tuviste suficientes oportunidades durante el fin de semana. Comencé a preguntarme si me evitabas a propósito.

Avanzó un par de pasos en la oficina. Encendí la lámpara del escritorio. La súbita luz me golpeó entre los ojos. Fruncí el entrecejo.

—Siéntate. Ponte cómoda —dije.

Eligió la silla derecha, diseñada para los escritores noveles que vienen a preguntar si el director estaría interesado en una historia extraordinaria. Todavía estaba pálida pero había hecho un esfuerzo para avivar su apariencia con colorete y lápiz labial. El color púrpura hacía que su piel pareciera más frágil aún. Evidentemente, habíase detenido en el departamento, porque había cambiado el *sweater* negro por una blusa tableada.

Recordé el largo *week-end* y comencé a enojarme.

— ¿Qué hay? ¿Por qué tienes un aire tan trágico? Todo salió muy bien para ti, ¿no?

Eleanor levantó su mano hasta el cuello, asió su garganta como si quisiera ahorcarse. Luego, su mano cayó.

—Fué una brillante ejecución la que hizo tu viejo —dije—. Me hubiera gustado felicitarlo, pero sus admiradores no me dieron la oportunidad. Permíteme congratularte a ti, en cambio. Estuviste muy bien tú también.

Su labio inferior tembló.

— Johnnie...

—¿Sí?

Después de un corto silencio, dijo:

—Me voy.

— ¿Sí? ¿Dónde?

—No lo sé. A cualquier parte. Tengo que irme de aquí.

— ¿Por qué?

No respondió. Sus manos calzando todavía los guantes blancos, se pusieron tensas sobre su bolso. Las pupilas eran tan grandes que sus ojos parecían negros. Recordé entonces lo que me había dicho su padre sobre su primera mujer. Pensé en el capítulo de la *Introducción* donde Barclay describía el suicidio de su joven esposa.

Eleanor suspiró.

—No te burles de mí, Johnnie. Necesito ayuda.

—Quisiera ayudarte, pero lo dificultas. —Quería mostrarle simpatía, pero hacerle saber al mismo tiempo, que no iba a soportar otras mentiras ni evasivas. — El tiempo de las bromas ha pasado. Por cierto que tenemos que ser completamente sinceros entre nosotros, en ese caso.

Con voz disminuida, dijo:

—No te mentí, Johnnie. No puedo recordar ni una cosa de las que dije que no fuera cierta.

—Tú sabes más de lo que me dijiste. Quizá no mentiste deliberadamente, pero has retenido deliberadamente la verdad, ¿no es cierto?

Levantó su cabeza. Sus ojos doloridos pedían compasión. Rechacé el impulso de tomarla en mis brazos. Las evasivas y el apaciguamiento sólo nos conducirían por el mismo viejo círculo, de vuelta al punto de partida.

—Quizá no debo hacerte responsable —dije con frialdad—. Quizá nunca has aprendido lo que es honestidad. Tu educación parece haber sido deficiente. Te han enseñado a amoldar y torcer tu idea de la verdad para adoptar la actitud conveniente. Aparentemente, nunca has aprendido que las verdades a medias son peores que las mentiras, más descaminadas. Hay una sola verdad, y es la verdad total, y a no ser que comencemos con eso, nunca tendremos una oportunidad.

Oí pasos atenuados en el corredor. Alguien estornudó. Me levanté, de un salto, abrí la puerta. No había ningún espía, sólo un cansado tenedor de libros que se había quedado fuera de hora para controlar sus libros. Me deseó un descolorido buenas noches y caminó fatigadamente hacia el ascensor.

Cerré nuevamente la puerta de la oficina.

—Está todo bien. No había nadie. Puedes hablar, ahora —dije a Eleanor.

Sus labios temblaban. El esfuerzo para ser franca la ponía tensa y prudente. Esperé. La impaciencia actuaba como un factor de irritación, y sentí que mi ánimo se exaltaba. En el estante cercano a mi escritorio había un porrón térmico de material plástico verde y un vaso exactamente igual al porrón azul y al vaso del cual yo había tomado un trago sazonado con bicloruro. El color azul me había impedido ver que el agua estaba coloreada. ¿Se había tomado en cuenta eso cuando echaron las tabletas de mercurio en mi termos?

—Mira —exclamé, parado delante de Eleanor y descansando mis manos sobre sus hombros—, dices que me quieres; me prometiste casarte conmigo, pero eres o demasiado miedosa o demasiado obcecada para decirme lo que sabes de la muerte de Wilson y las de Lola y Edward Everett Munn. Siempre has sido así, obcecada y reservada. Quizá soy un tonto, quizá he sido utilizado para algo que no entiendo. Pero no voy a dejar que nadie trate de envenenarme por segunda vez.

— ¡Envenenarte! —Sus labios modelaron las palabras, pero no las dijo en voz alta. Se escapó de mis manos y me miró. No había nada de falso en su aturdimiento.

Me di cuenta entonces de que ella no era la única culpable. También yo era culpable de un pecado de omisión. Junto con el resto de la oficina, Eleanor había tragado la historia de los camarones. No le había hecho saber las circunstancias del caso, ni mis sospechas. En mi esfuerzo para hacer que entre nosotros todo fuera limpio y bonito, yo le había ocultado la verdad.

Le conté brevemente la historia, pero dándole una visión completa acerca de la disputa sobre la historia de Wilson, el asunto del botellón azul y el primer diagnóstico del médico de la ambulancia. Luego le relaté mi entrevista con Noble Barclay, sus promesas e indirectas, y nuestra conversación acerca de la cazuela

de camarones.

Después de terminar, hubo una larga pausa.

Respiró pesadamente. De pronto dijo:

—Si lo hubiera sabido, lo habría matado.

— ¿A tu padre? —pregunté. La dureza era intencional. Quería herirla.

La mirada que me echó era un desafío. Su mandíbula se alzó. Sus ojos eran angostos y de color pálido. Con sus manos enguantadas, golpeó suavemente sobre el escritorio.

La impaciencia ardía en mí como una fiebre.

— ¡Bueno, dilo! —grité—. No tengas miedo. Puedes decírmelo. No iré corriendo a decírselo a la policía. Dilo, Eleanor. Lo sé, de todos modos.

—Mi padre no asesinó. —La súbita dignidad me impresionó. Era una dama indignada que manos groseras habían empujado durante una corrida de subterráneo.

Me volví a sentar con tanta brusquedad que mi silla casi se volcó.

—Entonces, ¿por qué me dijo que sospechaba de ti? Pensé que era para protegerse.

— ¿Crees que fui yo? —Su equilibrio perduraba. Era todavía la dama agraviada.

—No. Nunca lo creí.

Eso era lo que ella había estado esperando. Los modos sociales que había utilizado como un freno para su carácter desaparecieron tan completamente como la fiebre y la tensión. Las nubes negras fueron derrotadas por el sol; todo volvió a ser natural. Se adelantó y me besó en la frente.

—Ahora que lo has dicho, Johnnie, puedo decirte que no estoy enteramente exenta de culpa. De algún modo, soy responsable de la muerte del señor Wilson.

— ¿Qué quieres decir?

—Traje el revólver a la oficina de papá. Habíamos estado componiendo fotografías en el Estudio, y cuando me llamaron con tanta urgencia, tomé el revólver y lo llevé conmigo.

— ¿Qué estabas pensando?

—No lo sé. —Se miró las manos como si quisiera eludir la pregunta de mis ojos. — Quizá era inconsciente. Mi deseo de

matar...

—No seas freudiana conmigo. Entonces no sabías que tu padre te había llamado para hablar de tu cita con Wilson, ¿verdad?

Movió la cabeza.

—Pero sabía que era urgente, que debía abandonar mi trabajo y correr hacia arriba inmediatamente. Me pregunto si sabía que me irían a gritar, y que Ed estaría allí, sonriendo, esperando como un animal para lanzar la garra. —Se estremeció y se asió los brazos.

— ¿Lo odiabas lauto que llevaste un revólver a la reunión?

— ¿Has temido alguna vez a alguien, Johnnie? ¿No sana ni conscientemente temeroso, pero aterrorizado hasta lo más profundo de los huesos? Yo no sabía que tenía el revólver. Pensé que llevaba mi bolso. Parecía un error involuntario. Nunca pensé en eso hasta que oí que el señor Wilson había sido baleado con la misma clase de arma.

— ¿Y pensaste que tu padre lo había hecho?

Asintió humildemente.

—No sabía qué pensar. Estaba asustadísima. Papá había estado tan ilógicamente enojado con respecto al señor Wilson, que no tenía sentido. Sinceramente, Johnnie, no supe hasta esa noche, el último viernes, que era Ed.

— ¿Por qué mató Munn a Wilson? —pregunté.

—Pensaba que mi padre quería que lo hiciera. Pensó que papá me había pedido llevar a la oficina el revólver. Créeme, mi padre no supo nada del asunto hasta después. Ed Munn estaba loco.

—Loco como un zorro.

—Tú no lo conociste. Era... —Hizo una pausa, buscando a tientas las palabras.— Era como un perro que ataca a la gente que parece amenazar a su patrón. Papá dice que él tiene un poco de culpa. Levantó a Ed demasiado arriba, le dió demasiado poder y responsabilidad para un hombre de su inteligencia.

—Una linda teoría —comenté.

—Estaba amedrentado —dijo Eleanor—. Temeroso de todos, de todo. Ahora que me has contado que te envenenaron mientras trabajabas en la historia de Wilson, comienzo a entender. Probablemente, Ed pensó que tenías algo en su contra. Hasta puede haber pensado que trabajabas para la policía. Viniste aquí después del asesinato de Wilson, como sabes. ¿No ves cómo es la cosa?

Yo veía, pero mi visión estaba oscurecida. Los hechos físicos eran claros, pero no tenían sentido. Hasta donde se tratara de la prueba exterior, el misterio de Wilson estaba resuelto. Pero la solución era demasiado simple. Lo que no me gusta de las historias de detectives es que al final le dicen a uno quién lo cometió y luego tratan de despacharte con alguna clase de motivo superficial. Aunque creyera que se habían ocultado siete millones de dólares en el hueco de la pata de una silla antigua, o que las esmeraldas siamesas valían doce muertes, yo quería saber más acerca de las cosas que pasaron en la mente del asesino cuando mojó la flecha en aquel extraño veneno indo oriental.

—Puedes tener razón acerca de las sospechas de Munn —dije con irritación—. La culpa puede volver loco a un hombre. Pero suponte que yo hubiera muerto esa noche, suponte que la mujer de la limpieza no hubiera llegado a tiempo. Una autopsia hubiera demostrado la presencia de bicloruro en mi cuerpo. Hubiera habido una investigación, aquí, y alguien habría recordado que yo estaba trabajando en la historia de Wilson. ¿A quién hubiera sobornado tu padre entonces? ¿Y qué papel desempeña eso?

Se dió vuelta. Vi su espalda pequeña, primorosa, abatida. La calefacción se había cerrado y el aire de la oficina había llegado a su punto de congelación.

—Sé que tu padre no comete asesinatos —continué—. Sólo los perdona. Suponte que yo hubiera muerto esa noche. ¿Podría haber arreglado la cosa Noble Barclay con sugerir un frustrado asunto amoroso?

Giró en derredor. Mi agudeza la había herido. Ésa había sido la intención. Yo estaba enfermo y cansado de todo el asunto, fatigado por el conflicto, impaciente por la confesión.

—No me mires en esa forma —estallé—. Sé que te hiero. Quiero hacerlo. Y ¡diablos!, te seguiré hiriendo hasta que sepa por quién estás, y si estás de mi lado o del lado de tu padre.

—Vine aquí para pedirte ayuda. —La voz de Eleanor era insegura. Jugueteaba con el broche de su bolso. Finalmente lo abrió y sacó un manuscrito en papel amarillo.

— ¿Qué es eso?

Con cansancio, se peinó hacia atrás los bucles que se agrupaban sobre su frente.

—Quiero que leas esto —dijo, y me entregó el manuscrito. Después de un momento levantó su mano y se volvió a alisar el cabello. Era un gesto desolado.

De pronto se volvió y salió, dejándome solo en la oficina con las páginas amarillas entre las manos.

SEXTA PARTE

BREVE HISTORIA DE HOMER PECK

por

Lola Manfred

"Cuando tenía treinta años, yo estaba medio ciego,
medio sordo, medio paralítico y medio vivo.
Había perdido toda esperanza de salud y de redención,
y mi única esperanza era encontrar un Nirvana en
la más completa embriaguez. Y entonces, en
forma milagrosa, hallé la luz. No era la luz divina
de la Religión, ni la incandescente luz de la Ciencia,
sino la simple, la hogareña candela de la Verdad."

Mi Vida es Verdad
NOBLE BARCLAY

1

HACE veintitrés años, en un pobre sanatorio de Arizona, un joven yacía agonizante. Todos lo querían en el lugar, porque su gentileza convertía en duquesas a las sirvientas, y trataba a los desharrapados practicantes de modo tan respetuoso como si fueran miembros de clubs distinguidos. Esa generosidad era el producto de una rica imaginación. El joven inválido permitía que la fantasía morase libremente en su mente, pero siempre la conservó en compartimientos separados, de modo que no tuviera nunca duda alguna con respecto a la oscura frontera entre la ficción y la realidad.

Había gozado sus treinta años de vida y contemplaba con indisimulada aprensión la proximidad de la muerte. Hombre ambicioso, no le agradaba morir sin haber conseguido fama. Su nombre, particularmente inapropiado para la fama, era Homer Peck, nombre para un personaje de comedia en una mala obra

provinciana. Su historia era la historia americana convencional y casera. Sus elementos, la niñez pueblerina, el colegio de segundo orden, las tempranas luchas, pudieron haber sido cortados para vestir la biografía de un millonario o de un *gangster*. Tenía dieciocho años cuando fué a trabajar como reportero en un diario de Chicago.

En 1917 se hallaba enardecido para salvar la democracia, pero los médicos del Ejército descubrieron que la fiebre patriótica era menor que la temperatura de su cuerpo. Le prescribieron un año en cama. Después de dieciséis semanas de impaciencia volvió al trabajo, esta vez en una agencia de publicidad donde su imaginación pudo tener mayor expansión aún que en las oficinas de un diario de Chicago.

En el primer año de la Prohibición, fué Homer Peck quien adjudicó a aquel brebaje color de borgoña "el sabor del vino de la vendimia". Fué él el primero en aludir al perfume como "la *overture* hacia el romance", y en probar su teoría con solemnes manifestaciones de conocedores del calibre de Norma Talmadge y Theda Bara. No fué otro que Peck (esa hazaña cae espontáneamente en la clase única) quien descubrió que el cincuenta y seis por ciento de la población de la nación era, secretamente, *C. C. s.*

C. C. Las iniciales mágicas barrieron el país. Los ciudadanos afectados de halitosis, piorrea y b. o. {7} eran mortificados por sufrimientos que contrastaban en forma muy trivial con la pena soportada por el C. C. Millones arrastraban sus fétidos armazones hacia las boticas de la nación y pedían *"Liberta",* el Flúido de la Libertad. Hoy, veintisiete años después, la nación escucha las noticias traídas todas las noches a través de la generosidad de los fabricantes de *Liberta*, la esencia flúida natural que libera de su insoportable cautiverio: la *Colonia Cripple*.

El científico descubrimiento del aterrador porcentaje de *C. C. s.* entre nuestros ciudadanos no fué la mayor contribución de Peck. Encontró una forma de liberar a la masa sufriente. Envuelto alrededor de cada botella de *Liberta* había un delgado panfleto escrito por Peck y denominado por él el *Manual de la Libertad*. Dudo que algún clásico de la filosofía haya obtenido mayor popularidad, o que algún manifiesto político haya liberado más miserables esclavos.

En las oficinas de publicidad de *Michigan Avenue*, el nombre de Homer Peck se pronunciaba con reverencia. El joven genio podría haber exigido un sueldo de diez mil dólares anuales. Eso no satisfacía a Peck. Cuando murió una oscura tía abuela y le dejó lo que se conoce como una fortuna ordenada, con la cual podría haber vivido una vida ordenada con todo el sol y el descanso que exigía su enfermedad, volvió a los negocios por su cuenta.

Con *Liberta* él había ofrecido la libertad. En su propio y nuevo negocio, Peck ofrecía éxito a los miles de ansiosos que, como él, se habían amamantado en Horacio Alger, {8} hijo, y soñaban todas las noches en *limousines* y transatlánticos. El éxito, como mercadería, no era más difícil de comerciar que un catártico. Peck sabía que no había sido el suave laxante *Liberta* lo que causó la lluvia de miles de cartas testimoniales, sino su *Manual de la Libertad* que, en un espurio lenguaje científico, enseñaba al cliente a vencer su miedo a la constipación. En su nueva aventura, Peck ensancharía el *Manual* hasta hacerlo un curso por correspondencia; cinco dólares mensuales durante quince meses, una lección cada dos semanas, y en lugar de liberarse de la constipación, liberarse del fracaso.

Peck escribió su curso en primera persona y en el estilo agradable que hace que el estudiante sienta que el maestro es su mejor amigo. Pero ¿quién podría seguir a un maestro llamado Homer Peck? Así, en julio de 1920, nació Warren G. Wilson, surgido de dos campañas presidenciales por un magnate de las ventas por correo. En sus lecciones, en su correspondencia y hasta en sus cartas para cobros, Wilson mostraba ser, no el capitalista de ojos de pescado y sangre fría sino un rústico, apasionado maestro que nunca se ceñía a los consejos que daba a sus queridos estudiantes. Era estricto en cuanto a los pagos mensuales solamente porque quería que cada estudiante respetara los principios del negocio honesto.

A pesar de su nombre altisonante y de las frecuentes alusiones a una facultad, la Fundación Warren G. Wilson era una institución reducida a un hombre. En la cima de su vida, la Fundación empleaba seis personas, cuatro de las cuales eran mecanógrafas, una un cadete, y la devota secretaria nonagenaria de Peck.

Después de haber escrito veintidós lecciones, los tecnicismos del comercio comenzaron a aburrir a Peck. Amplió los intereses de

Wilson, les manifestó a sus estudiantes que el éxito comercial no era todo, que los millonarios eran a menudo los más miserables de los hombres, y que el éxito significaba saber "cómo vivir". Las lecciones XXIII a XXX incluían generosamente ensayos sobre: *Autodominio, Liberación de la Inhibición, Ego, el Tú en Ti, El Significado Fundamental de la Verdad, Mirándose a Si mismo con Franqueza, y Purificando la Mente, el Corazón y el Alma.*

Durante ese tiempo, en que las treinta lecciones fueron impresas y encuadernadas en cubierta imitación cuero, las mejillas del pobre Homer habían adelgazado completamente por el constante uso de su lengua. Éste era el camino equivocado. Un agente de publicidad que se precia de tal se aterroriza con las virtudes de la crema de belleza, el pan de centeno o el sistema lubricante que aconseja. Pero Peck no tenía ni la devoción ni la paciencia de seguir creyendo en el trabajo que le había llevado tanto tiempo, dinero y salud. Precisamente, cuando el negocio estaba por restituir el dinero invertido en impresiones, clisés, gastos generales y publicidad, Homer Peck abandonó. El alquiler de la oficina fué pagado, el moblaje vendido, y la deslumbrante carrera de Warren G. Wilson finalizó. Peck ni siquiera trató de vender los derechos, los clisés y la llave.

Su secretaria estaba enamorada de él. Cuando no trabajaba en las ventas y en la literatura de cobranzas de Warren G. Wilson, la ardiente, delgaducha muchacha de cabellos oscuros escribía tiernos cuartetos dedicados a H. P. Bebía *cocktails* en tazas de café con Peck, bailaba al son de orquestas estridentes en sótanos de *night clubs*, caminaban de la mano por Lake Shore, recitando a Edna St. Vincent Millay, Shakespeare y Blake. La muchacha le ofreció, apasionadamente, convertirse en su amante, pero Peck era tuberculoso. Su único beso se dirigió a la oreja derecha de la muchacha, el día que partió para Arizona, y ella, con trescientos dólares de su dinero en su bolso, salió para vivir una plena vida en *Greenwich Village*.

Peck halló en el sanatorio de Arizona un opaco lugar lleno de hipocondríacos y achacosos iletrados que no gozaban con ninguna conversación, a no ser el interminable relato de sus síntomas. Él leía. "Estoy interesado", le escribió a la muchacha de *Greenwich Village*, "sobre todo en filosofía, religión y su historia, psicología y

psicoanálisis. He leído todas las interpretaciones populares de los analistas vieneses, pero el asunto es demasiado petulante. Lo que necesita este país es una buena filosofía barata mezclada con una dosis liberal de misticismo a la antigua usanza. Uno no puede sobreestimar el poder de la sugestión".

Esto sucedía en 1922, cuando el embobamiento de Coué había comenzado a barrer el país. "Un nuevo paciente", escribió Peck a la muchacha, "nos ha traído la esperanzada historia de esa señora D., de Troyes, que se curó de la consunción en lo que aparecía como sus últimas etapas. Ocho meses después Coué recibía una carta de la señora D. No sólo estaba curada sino en estado de preñez".

"—Un milagro, señor Peck —suspiró la nueva paciente, esperando dar al desesperanzado enfermo una palabra de coraje—. ¿Por qué no probar la autosugestión? La misma cosa puede sucederle a usted."

"—Señora —dije—, es concebible que yo pueda ser curado de tuberculosis, pero si tuviera que igualar el destino de la señora D. eso sería efectivamente un milagro."

Estaba, sin embargo, interesado en el método de Coué y pidió un ejemplar del *Dominio de Sí mismo a través de la Autosugestión.* Su simplicidad lo pasmó. Mientras estudiaba el delgado volumen, llegó a la conclusión de que el secreto estaba en la simplicidad. La curación por la Fe debía ser simple. La naturaleza del milagro descansa en la naturaleza del hombre que busca el milagro, no en el amuleto santo, no en las manos del sacerdote, brujo o doctor, no en las palabras del orante. Es por la fuerza de su creencia que el hombre se cura a sí mismo.

Peck no había hecho un descubrimiento científico; apenas había aprendido para sí mismo una serie de hechos que la medicina ortodoxa hacía mucho que había admitido. La fe curaba aquellos dolores que, existiendo sólo en la mente, causaban un sufrimiento tan intenso y síntomas tan precisos como la enfermedad orgánica. Los psicoanalistas estaban explorando las causas enterradas de tal sufrimiento infligido a sí mismo. Pero esos hombres, en contraste con los curanderos por la fe, eran pedantes que constantemente tenían que comprobar y volver a comprobar los resultados, que trataban un ego enfermo como si fuera un fluido en un tubo de ensayo, y la mayor parte de las veces torturaban al paciente

trayendo a la superficie aquellos recuerdos que el alma enferma protegía con una elaborada estructura de pena. Sólo los intelectuales eran capaces de aceptar un tratamiento así, y sólo los sanos eran capaces de pagar por ello. Lo peor de todo era que los psicoanalistas explicaban el milagro, lo que espantaba a muchos de los doloridos pacientes.

Homer Peck encontró que el andrajoso sanatorio era un laboratorio muy conveniente. No era sólo un punto de reunión para afectados de consunción. Cualquier paciente era aceptado si sus parientes podían pagar la cuota mensual. Homer Peck halló mujeres que preferían el sofá del inválido a la cama matrimonial, hombres que no podían soportar la lucha por la competencia en un mundo en el cual era peor que un pecado no lograr la salud. Y había otros que se satisfacían en secreto, alteraban su deseo para lograr placeres considerados como malos por sus familias y vecinos.

Mientras estudiaba, Peck simpatizó con los enfermos a los que al principio trataba con aspereza. Se familiarizó tanto con sus preocupaciones como con sus dolores, hacía preguntas y recibía alarmantes respuestas acerca de padres, esposas, maridos, patrones y "amigas" de una y otra suerte. Todo se registraba obedientemente en su libro de notas. Si sus intenciones hubieran sido honestas, Peck habría hecho una sólida contribución al estudio del neurótico contemporáneo.

Pero su educación habíase realizado en las extravagantes escuelas de publicidad. No menos que los queridos discípulos de Warren G. Wilson, Homer Peck era víctima del "apúrate a ser millonario". Con este ánimo comenzó a escribir su libro. "En cierta forma", escribió a *Greenwich Village*, "combinará las virtudes del manual *Liberta* con la dinámica de Wilson. Pero incluirá este rasgo por añadidura: al que sufre se le enseñará a curarse a sí mismo mediante la búsqueda de la raíz de sus penas. Es como un confesonario amistoso, pero no habrá catálogo de pecados ni penitencia prescripta. Lo llamaré *Confesión y Sugestión*. Será una fórmula que el paciente —o novicio— repetirá una y otra vez hasta que surja una suerte de hipnosis. No sé si prescribiré diez o veinte repeticiones, aunque probablemente elegiré algún número irrelevante y místico.

"E1 primer paso será la repetición de la fórmula. El segundo es

más excitante: el enlace de la autosugestión con el psicoanálisis. Habiéndose autohipnotizado con la fórmula, el paciente yace sobre un sofá, cierra sus ojos y murmura en voz alta. Todo lo que le viene a las mientes, irreprimido, descarado, inconexo, y todo ello dirigido hacia el fondo de la culpa. No importa mucho si puede llegar a las raíces. Probablemente no. Lo que importa es si puede creerse curado. La creencia es el amuleto, la piedra de toque, la magia.

"¿Con qué nombre firmaré el libro? ¿Puede alguien seguir a un Mesías llamado Homer Peck? El autor debe ser un hombre misterioso, ya que sería fatal revelar el hecho de que no ha sido capaz de curarse a sí mismo."

En diciembre del año 1923 el libro estaba terminado. La muchacha de *Greenwich Village*, la primera en leerlo, no podía creer que se lo debiera tomar en serio. Para satisfacer al achacoso, lo sometió ella a tres editores que lo rechazaron con rapidez, y luego se lo dió a leer a una inteligente agente literaria que rehusó manchar sus manos con esa bazofia.

Mientras la muchacha rumiaba sus uñas y roía fragmentos de lápiz, pensando cómo decirle la mala nueva a Homer, recibió de él un telegrama. Decía algo así como:

BUENAS NOTICIAS. STOP. HA SUCEDIDO
UN MILAGRO EN ARIZONA. STOP. MI
MÉTODO EXITOSO. STOP. INFORMA
EDITORES NO PUEDO CONSIDERAR
MENOS DE QUINCE POR CIENTO DE
DERECHOS PARA EMPEZAR. POR QUÉ
NINGUNA PALABRA DE TI. STOP.
SERÉ RICO PRONTO. MI QUERIDA.

HOMER

La muchacha pensó que él había sido víctima de su imaginación, que se había autohipnotizado a fin de creer que se habían sanado sus pobres pulmones. Era ella una criatura de corazón blando, y no pudo contestar su extático telegrama con la noticia de que ningún agente o editor decente tocaría el libro. Había un hombre que quería casarse con ella. Se iba a París. Doce horas después de haber recibido el telegrama se casaba, y en otras seis horas estaba rumbo a Francia.

La mañana siguiente su casera limpiaba la pieza. En la chimenea

encontró un depósito de ceniza negra. Esto era todo lo que quedaba del sueño resplandeciente de Homer Peck, el libro que debía convertirlo en el nuevo Mesías.

2

Al creer que un materialista confirmado como Peck pudiera realizar un milagro sobre su indigna carne, la muchacha se había mostrado mal juez de un temperamento. El libro ideado para sanar a los achacosos le costó al autor mucho de su propia fuerza. Ardía con una constante fiebre y tosía hasta que sus pulmones fueron una filigrana de tejido cicatrizado.

Esto no perturbó su fe en su propio método. Su fuerza estaba decayendo, su muchacha se le había ido, no venía ninguna palabra de aliento de parte de los editores de Nueva York, pero Homer Peck había presenciado un milagro.

Había llegado al sanatorio un dipsómano de veintisiete años que creía que el mundo sería mejor si él no estuviera. Era un joven encantador quien, si se lo hubiera propuesto, podría haber tentado a pecar a San Antonio o persuadido al diablo a la santidad. Su alcohólica perversidad había destrozado el corazón de su pobre madre, y precipitado a su joven esposa en una tristeza tan desesperada que había terminado su vida con una botella de iodina.

Su nombre era Noble Barclay.

En 1917, cuando los jóvenes físicamente capaces fueron llamados al servicio militar, Noble Barclay había avanzado tanto por el camino del infierno, que el Ejército no lo aceptaría. Por un momento la vergüenza lo empujó a la sobriedad. Incómodo porque no estaba luchando, Noble explicaba que estaba sirviendo a su país en una forma más importante. Para robustecer su mentira y también para ganar el pingüe dinero que las fábricas bélicas estaban pagando por aquel entonces, tomó un empleo que, de otro modo, hubiera considerado por debajo de su dignidad, su fondo y su clase. No era la menor de sus dotes una capacidad para creer todo lo que escuchaba pronunciado por su propia voz, y no pasó mucho tiempo hasta que Barclay tuvo la convicción de que estaba haciendo mayores sacrificios que los muchachos vestidos de color kaki.

Esta actitud le ganó una esposa. Era una linda muchacha, pero seria, idealista y superalimentada. Los parientes de ella aprobaron

la apariencia y el nombre del novio, aceptaron su explicación del secreto cargo bélico y lo celebraron con un costoso casamiento. Se sirvió *champagne*. Éste fué la ruina de Barclay. Había sido sobrio durante medio año, y pensó que le haría menos daño brindar por la novia que confesar su debilidad. Hubo muchos brindis y Barclay, después de beber más que todos los parientes de más edad, ya debajo de la mesa, casi hizo un papelón con una juguetona dama del cortejo.

Mary Eleanor era una muchacha modesta. La historia de su noche de bodas nunca fué relatada, pero debió de haber sido aterradora, pues se notó inmediatamente el cambio que le sobrevino. Su adoración salvaje y extasiada se convirtió en helada aceptación. Mintió a sus padres y por un tiempo logró ocultarles la noticia de que su marido estaba casi constantemente borracho. La familia llegó a saber que había sido un mal negocio cuando descubrió que su misterioso cargo bélico era una mentira y que Noble Barclay se ocupaba en una máquina entre ignorantes italianos, polacos y checos.

Todos se sintieron aliviados en esa víspera de Año Nuevo cuando la Prohibición se convirtió en ley nacional. Barclay la vió como una salvación y lo celebró en una "limonada party" con los parientes de su esposa que ofrendaron su viejo oporto y su vino del Rhin a su salud. Había conseguido un año de sobriedad, pero cuando perdió su empleo y no pudo encontrar otro, halló solaz en el *speakeasy*. A medida que el licor empeoraba, el costo se hacía más elevado. Esto no le impidió seguir bebiendo. Por el contrario, parecía tener un perverso placer en gastar la pensión de su esposa en mala ginebra.

Durante su embarazo, Mary Eleanor había estado absteniéndose del amor de su marido, pero una noche de mayo, cuando su hija tenía tres meses de edad, Barclay exigió sus derechos como esposo. La sumisión de Mary Eleanor tocó a su fin. Se echó sobre él como un gato salvaje. Lucharon. No hubo pelea, sino una caída y una recogida, que terminó golpeándola él y luego poseyéndola. La dejó arrastrándose por el suelo, riendo histéricamente, y a él le pareció que su risa lo seguía por las calles hasta la misma puerta de la taberna.

Lo descubrieron cuatro días después, sin conocimiento, en la

habitación de una indignada prostituta, y le dijeron que su esposa se había suicidado, La familia de ella no le dejaría concurrir al funeral, le cerró las puertas y cruzaba a la otra acera cuando lo encontraba en la calle. Durante los dos años siguientes trabajó sin intermitencias y bebió invariablemente. Le divertía atormentar a su respetable suegra, tocar el timbre a horas intempestivas, llevar rameras a su elegante sala, y causarle un escándalo semestral siguiéndole juicio por la tenencia de su hija. En setiembre de 1923, logró la atención de la familia de su esposa al ser hallado inconsciente sobre los escalones del Capitolio, donde había caído en súbito sueño. Cuando se restableció de la neumonía, lo embarcaron a Arizona.

Los doctores que manejaban ese sanatorio estaban menos interesados en curar a los pacientes que en conservar a los huéspedes que pagaban. El restablecimiento de Barclay fué demasiado rápido como para probar una buena inversión; de modo que los doctores proporcionaron una diaria dosis de baño de ginebra que les permitió, conscientemente, enviar a sus parientes una cuenta mensual por la pieza, la pensión, el tratamiento y los extras. Si no hubiera sido por Homer Peck, hubieran conservado a Barclay en el sanatorio hasta que su hígado se pudriera.

Noble Barclay era el chanchito de la India, para Peck. Barclay estaba desolado, solo, liberado de culpa y agradecía una palabra amable. Peck le contó acerca del nuevo método, le leyó pasajes de *Confesión y Sugestión*. En la sombría habitación, con las cortinas corridas contra el sol del desierto, la calma tan intensa que parecía casi corpórea, Barclay yacía sobre el lecho de Peck, repitiendo la fórmula hasta que su corpachón comenzó a acongojarse, sus labios a torcerse mientras comenzaba a develar los secretos de su alma torturada.

Eran lastimosos y sórdidos lugares comunes, esas cosas que los muchachos normales escriben sobre el revés de los cercos. Pero la madre de Barclay le había puesto el nombre de Noble. En una habitación tapizada con reproducciones de Watts y de Burne-Jones, le leía *Idilios del Rey* y le decía que el más terrible de todos los pecados es la lujuria.

Lo llamaba: “esa cosa bestial”.

Cuando el muchacho llegó a la pubertad y se juntó con los

compañeros en la calle, oyó míseramente sus bravuconadas. Enorme, torpe, musculoso, pero más tímido que una doncella de aldea, deseaba que su madre le hubiera llamado Lujuria. Hasta que tuvo dieciocho años se mantuvo míseramente virgen, y la iniciación le convenció de que su madre había tenido razón al llamar bestial a eso. Este conocimiento no enfrió su sangre y llegó a convencerse de ser una especie de Jekyll-Hyde alternando entre la nobleza y la bestialidad. En su primer año de colegio descubrió el alcohol.

Cuatro colegios expulsaron a Noble Barclay. Dejó Dartmouth sólo delante del sheriff, que lo reclamaba por una acusación de violación, lo que resultaba una ironía, ya que la mujer era una prostituta muy conocida. Si el asunto no hubiera sido tan trágico, habría provisto material para una comedia hilarante. Ese gran fanfarrón Don Juan, tan hermoso que las mujeres, en la calle, se extasiaban ansiosas tras él, era tan ignorante del amor como un bebé victoriano. Creyendo que el acto era bestial, se portaba como una bestia. Nunca había escuchado una clase de higiene sexual, ni leído un libro sobre el asunto; había hecho permanentemente la rabona en las clases de fisiología, y no podía ver un esqueleto sin ruborizarse.

Hacía falta un milagro. Barclay estaba demasiado convencido de su congénita naturaleza mala como para ser curado por ninguna simple explicación sobre los orígenes de sus pecados. El método de Peck estaba cortado como para sus necesidades. Era el credo del hombre equilibrado, una aseada y barata religión que no incomodaba con Dios.

Y resultó. En la pieza de Barclay se acumularon las botellas de ginebra, intocadas e indeseadas. Sin la ayuda del alcohol, Barclay llevó a su lecho a una sensible, lujuriosa enfermera que consideró un privilegio asistir en la educación del hermoso paciente.

La gratitud de Barclay era enorme. En ese tiempo, ningún sacrificio hubiera sido demasiado grande para expresar su devoción. Mucho después de estar lo bastante bien como para dejar el sanatorio, se demoró junto a su amigo. Con no menos seriedad que el autor, Barclay esperaba las noticias de que *Confesión y Sugestión* había hallado un editor. Barclay era un verdadero creyente; su lengua nunca estaba en su mejilla; más que Peck, creía que el mundo estaba esperando este gran mensaje.

Al fin la paciencia de Peck se gastó. De modo insólito telefoneó a la pensión de la muchacha en Nueva York. La misma casera que había barrido las cenizas de su libro con su pala de la basura, informó a Homer que la muchacha se había casado y escapado a París donde, en opinión de la casera, pertenecía a la clase de mujer que era. Peck estaba herido. Nunca había pretendido la devoción de la chica, pero había creído en sus promesas de amor, y se sintió amargamente herido al descubrir que ella había tratado su obra con tan flagrante irresponsabilidad.

En su hora amarga, Peck se vió confortado por su discípulo. Una semana después, Noble Barclay salía para Nueva York con doscientos dólares del dinero de Homer Peck y la copia al carbónico de su libro.

3

Cuando se acercó al tren del este, el propósito de Barclay era encontrar un editor, convenir condiciones que aprovecharan a Peck y diseminar la buena palabra. Como agradecimiento por su salvación, Barclay se había ofrecido a intervenir como el representante de Peck, y cuando Homer habló de un porcentaje, Barclay retrocedió.

Como todos los nuevos convertidos, Barclay se vió poseído del celo de proselitismo. Era primavera y el tren del este llevaba su cuota de semi-inválidos, de vuelta a casa después de un invierno en el sol. Mientras los caballeros contaban cuentos sucios en el salón de fumar, el coche de observación estaba lleno de damas que se confiaban recíprocamente las sutilezas de sus diversas dolencias.

Éste era un terreno fértil para Barclay. Tenía un modo particular con las damas. Aun en sus días de disipación, ellas lo seguían con la mirada por la calle. Ahora, saludable y vivaz, curtido por el sol, con su ondeado cabello negro plateando, sólo necesitaba ladear una pestaña y las mujeres más fuertes desfallecían. “Si otro hombre cualquiera hubiera hablado con tanta falta de modestia, habría dado voces en demanda de auxilio”, escribió la señorita Hannah Maierdorf (algunos años después) respecto a la aventura del tren. “Pero Noble Barclay era más parecido a un predicador que a un aventurero. Nos contó la historia de su muy, muy perversa vida sin palabras afectadas. Todas las damas se conmovieron y algunos de

nosotros hablaron de cosas que habíamos guardado hasta entonces como un masón guarda los secretos de su logia.”

La señorita Maierdorf estaba muy capacitada para hablar en esa forma, ya que su hermano era un popular masón de Mansfield, Ohio. Durante años, la señorita Maierdorf había sido una víctima del insomnio. “Ni las píldoras, ni las pociones para el sueño recomendadas por médicos mundialmente famosos, ni la profunda quietud del desierto, pudieron traerme el medicamento para dormir”, confesó ella también. “Pero esa noche, a pesar del chillido del silbato del tren, el resoplar de la locomotora, los sacudones y arrancadas, dormí como un niño.” Había también en el tren, de acuerdo con la señorita Maierdorf, una enferma torturada por el asma. “Cesó de resollar aquí y allá, y desde entonces ha sido una mujer vigorosa.” {9}

Tan impresionada quedó la señora de Horacio Beach, de Kansas City, que imploró al joven que se quedara con ellas por algunos días y la ayudara a curarse de la ciática.

Después de considerarlo, Barclay decidió que una demora de pocos días no perjudicaría a Homer Peck, puesto que el patrocinio de un convertido rico podría ayudarlo. Además, la viuda tenía una hija impresionante, con un nombre como de lugar de veraneo: Rosetta Beach.

Los Beach vivían en un castillo normando, instalado en un jardín en el cual se distribuían generosamente ciervos de acero y diosas de mármol entre árboles cortados y setos de ligustro. La casa estaba llena de objetos de caoba, nogal, plata, marfil, ébano y madera de teca. Parado ante un biombo imperial chino, cuyos paneles estaban adornados con los símbolos del budismo, Noble habló a un auditorio selecto acerca de Homer Peck, del libro que debía conmover al mundo y de sus propios errores, su infelicidad, el sufrimiento de su pobre madre, la muerte de su joven esposa, sus relaciones con mujeres, su embriaguez y su degradación, y finalmente su regeneración. La franqueza con que hablaba de los últimos temas impresionó tanto a los amigos de la señora de Beach que muchos rogaron para obtener una consulta privada. Es justicia dejar constancia de que las intenciones de Barclay eran más terapéuticas que afrodisíacas. No podía remediarlo si algunas de las mujeres parecían “perder el aliento en ese momento”, {10}

Mientras adelantaba su experiencia y se perfeccionaba su técnica, Barclay no pudo evitar advertir el contraste entre la apatía de las damas cuando alababa a Peck y su excitación cuando les contó su propia historia. Era simplemente natural que comenzara a suprimir esos párrafos apreciativos hasta que luego su tributo a Homer Peck fué tan breve como superficial.

Rosetta Beach fué la primera en advertirlo. Una vez, estando enojada, hizo mención de ello. Barclay había pasado una tarde ayudando a uno de los mejores amigos de Rosetta, un neurótico pero hermoso debutante.

—Pronto, Noble, omitirás completamente a Peck y dirás que fuiste tú quien descubrió la *Verdad compartida*.

Él lo rechazó.

—No me entiendes.

—Apenas lo mencionas ya.

—Nunca he dejado y nunca dejaré de reconocer mi deuda a mi benefactor.

Poco días después, Barclay decidió que se había entretenido demasiado en Kansas City. El tiempo no estaba perdido, ya que al poner en práctica las teorías de Peck, Barclay había descubierto ciertas inconsistencias.

—No es de extrañar que el libro no se haya publicado. Todavía necesita mucho trabajo —le dijo a Rosetta mientras, arrepentida, ella lo llevaba a la estación—. Quiero leerlo un poco más, efectuar algunos otros experimentos antes de llevarlo al editor.

“Esto —añadió seriamente— será mi pequeña forma de pagarle mi deuda a Homer.”

4

Dos años después, cuando la vieja amiga de Peck volvió, divorciada, de París, escribióle a Peck una arrepentida carta pidiéndole que le perdonara su flaqueza al ocultarle que ningún editor aceptaría su libro. La carta fué devuelta. Sobre el sobre, en la tinta más negra, estaba escrito: “Ya no está más con nosotros.”

Quizá Barclay hubiera escrito también a Peck al sanatorio; quizá su carta hubiera sido devuelta con el funeral garabato; quizá creyó que Peck había muerto. Es caritativo pensar que eso fué lo que urgió a Barclay a firmar el libro con su propio nombre, y fué en

verdad lo que pensó Peck cuando descubrió el fraude.

En ese tiempo el libro hacía más de un año que había salido, vendiéndose las tres cuartas partes de un millón de ejemplares. Peck no había tenido noticias de ello, porque se había retirado completamente del mundo. Desilusionado por la deserción de la muchacha, dolorido al no recibir buenas noticias de Barclay, se había internado profundamente en el desierto. Los doctores del sanatorio se habían alegrado de zafarse de ese incómodo paciente que curaba a lucrativos pacientes incurables. Quizá la desconsiderada conducta de los médicos respecto a la correspondencia de Peck era su venganza o, puesto que su sanatorio había sido siempre descuidado e ineficiente, pudo haber sido el mero descuido el que motivara haber escrito "Ya no está más con nosotros" en todos los sobres dirigidos a Homer Peck.

Se había ido a Nueva Méjico, vivía en una casa solitaria en el desierto, y lo atendía un sirviente indio del que se decía que era brujo. Un día, en una de sus poco frecuentes visitas a Alburquerque, compró un ejemplar de *The American Mercury*. Mientras lo leía en la cama esa noche, vió un artículo de J. S. D. Blankfort, llamado *el extraño fenómeno de Noble Barclay*.

A la mañana siguiente, temprano, su viejo Ford se detuvo bruscamente ante la librería y Peck se precipitó en su interior para pedirle al atónito empleado que le diera un ejemplar de *Mi Vida es verdad*. El empleado sólo debía extender su mano y tomar de una alta pila sobre el mostrador un ejemplar del libro de Barclay. Durante el resto de la mañana, Peck se quedó sentado en su coche estacionado, leyendo.

El libro más vendido de Barclay era, sobre todo, la *Confesión y Sugestión* de Homer Peck. Había algunos cambios. El prefacio apologético, cuasicientífico, cuasihumorístico había sido suprimido. No se había dejado palabra acerca de la creencia en los hombres de ciencia y los curanderos, y nada del disimulado humor de Peck. El humorismo había sido el más grande error de Peck. ¿Quién podría seguir a un Mesías gracioso? Una risotada, y *Confesión y Sugestión* fracasaría inmediatamente.

Barclay había substituido el prefacio de Peck por aquella sensacional *Introducción* que relataba toda la historia de su juventud, sus pecados, su caída y su regeneración. Todo humorismo

se había suprimido del texto, como se había hecho con el prefacio. La prosa juguetona se había solemnizado. Pero el libro tenía autoridad. Los cimientos de la casa barata se hicieron sólidos; el bastardo había sido legitimado. Y Noble Barclay era el padre. Con los adjetivos más ricos y rotundos, se reconocía el autor del libro, el fundador de la escuela de pensamiento, el benefactor de la humanidad. El tímido e imitativo título de Peck había desaparecido, y cambiado el nombre de su filosofía, simple y dramáticamente, por el de *Verdad compartida*.{11}

En su calidad de antiguo buhonero de éxito, de reformado delincuente de sueños, Peck reconoció los adelantos. Los cambios de Barclay no sólo exaltaban la *Verdad* sino que la servían en un plato picante sazonado con las pasas del mal y las almendras de la revelación sexual. No había disculpas ni evasiones. Allí, en el antiguo estilo Goudy, estaba la mala palabra, y si al leerla, uno se irritaba con el menor sentido de vergüenza, sólo se debía volver a las páginas 10 y 11 de la *Introducción* y, como Noble Barclay, culpar a los propios padres por no haber dicho que la vida es hermosa.

Mi vida es Verdad no había sido lanzada al mercado por ningún editor de antigua data. Ordmann & Company, asociada bajo las leyes del Estado de Maryland, pertenecía conjuntamente a Noble Barclay (cuarenta por ciento) y a la familia de Henry Ordmann (sesenta por ciento). Antes de la Enmienda Diecinueve, Ordmann había estado en el negocio de destilerías. Hombre de conciencia austera, rehusó evadir la ley del país fabricando alguno de esos substitutos como el vino con sabor a pepsina (para desórdenes estomacales) o la bebida de uva sin fermentar (no la exponga al aire porque la mezcla fermentaría lo cual está prohibido por la ley). Su hija Janet lo había persuadido de que el negocio editorial no sólo era un negocio legítimo sino también lucrativo. Esto sucedía cuatro semanas después de haber oído conferenciar a Noble Barclay en un saloncito de *Bellevue-Stratford*, en Filadelfia, y tres días antes de su fuga.

Peek había sabido todo esto gracias al artículo de Blankfort. Esa noche le escribió una carta a Barclay. Era un paso estúpido, pero Peck, como tantos hombres inteligentes, era generoso al estimar a los otros. No creía que Barclay había querido defraudarlo. No era difícil encontrar circunstancias atenuantes. No se había remitido

ninguna correspondencia del sanatorio.

La carta de Peck era hermosa. Reconocía la contribución de Barclay al libro, así como su intervención en la explotación, y sugería partir las ganancias. Además, Peck deseaba ver su nombre en la cubierta. A pesar de ese fatal sentido del humor, Peck estaba orgulloso del libro. Era un éxito y el dolor que sentía a causa del éxito todavía ardía en el muchacho crecido de Alger.

Pasaron ocho nerviosos días. Al noveno, recibió una carta cuyo membrete llevaba el nombre de Noble Barclay. La carta original había sido perdida, pero como la recordaba Peck, decía más o menos lo siguiente:

Mi querido señor Peck:
Con referencia a su comunicación del 28 ppdo.,
permítame decirle que el señor Barclay lamenta
que la urgencia de los negocios, los compromisos
de conferencias fuera de la ciudad, etc., le
impidan contestarle personalmente. Para su
beneficio, permita que el suscrito añada que le
conviene que el señor Barclay esté ocupado de
ese modo. Si hubiera consultado a sus abogados
respecto de esa carta, en verdad se encontraría
usted en una posición nada afortunada.
Sin embargo, el señor Barclay me ha prohibido
hacer una acusación de fraude o extorsión.
No desea informar a las autoridades postales
de su acción, ya que eso conduciría
inevitablemente a consecuencias que a todos
nos conviene evitar.
El señor Barclay no niega haber conocido
alguna vez a una persona llamada Homer Peck.
El señor Barclay hasta recuerda que en
una o dos ocasiones discutió con ese señor
Peck los preceptos que luego elaboraría en
su inmortal obra *Mi Vida es Verdad*. Pudo, no
obstante, haber consultado al señor Peck
respecto a una trivialidad. Añade el señor
Barclay, pesaroso, que las sugestiones del señor
Peck eran habitualmente demasiado graciosas

como para ser tomadas seriamente.
La leve relación del señor Barclay con el señor
Peck, y los hechos expuestos más arriba,
sin embargo, no consolidan sus absurdas
reclamaciones. Es muy difícil que usted sea
el mismo Homer Peck con el que el señor
Barclay tuvo esas discusiones, ya que el ya
mencionado señor Peck ha fallecido.
Es mi opinión personal que el señor Barclay
ha sido más que liberal en su actitud hacia
su reclamación, y sugiero que, para su
conveniencia, se abstenga de ulteriores
demandas judiciales. En caso de que no
lo sepa, el Departamento de Correos sanciona
con pesadas penalidades a aquellos que
usan el correo para defraudar.

Suyo sinceramente

EDWARD EVERETT MUNN
Secretario de Noble Barclay.

Sólo había una respuesta posible para un hombre del temperamento de Homer. Sabía que Mark Twain hubiera guiñado ante el plagio, cuando telegrafió: I.A NOTICIA DE MI MUERTE HA SIDO GROSERAMENTE EXAGERADA. ¿CUÁL ES TU OFERTA, FARISEO?

A la mañana siguiente recibió una respuesta firmada por Munn: NO RECONOCEMOS SU RECLAMACIÓN HASTA DISCUTIR EL LUNES LA SITUACIÓN. NO HAGA NADA HASTA ENTONCES.

Los siguientes tres días se aplicaron a planear la batalla. Peck no contrató a ningún abogado. La verdad estaba de su parte y creía que la verdad prevalecería. Estudió *Mi Vida es Verdad*, rememoró conversiones con Barclay, hizo copiosas notas con las que enfrentar al representante de Barclay.

El lunes al caer la tarde, un desconocido golpeaba la puerta del *bungalow* de Peck. El desconocido era un hombre grande, con las altas y descarnadas piernas de una cigüeña, pero era ruin y con aire astuto, una cigüeña que deja los chicos en las casas equivocadas. Su nombre, impreso sobre una tarjeta nueva, presentaba al señor

Edward Everett Munn.

—Vengo en representación del señor Noble Barclay.

— ¿Cuál es su propuesta, señor Munn?

—No hay razón para que nosotros le ofrezcamos una propuesta. Sus reclamaciones son infundadas.

—Excepto que yo escribí el libro.

—El señor Barclay le está agradecido porque usted le escuchó leer ciertas partes de un manuscrito en voz alta, y más tarde discutió las ideas con él. Como ha tenido éxito con el libro y es un hombre en extremo generoso, quisiera que usted compartiera su buena fortuna. Por sus pequeños servicios prestados, el señor Barclay quiere pagarle lo que considero una suma extremadamente generosa. Yo, personalmente, le previne en contra, pero...

— ¡Hijo de perra! Yo escribí el libro y Barclay lo robó.

—Tenga cuidado, señor Peck. La extorsión es una injuria penal.

Peck midió con sus pasos el tapiado porche.

— ¿Barclay lo escribió? ¡Bah! Barclay era tan borracho que no podía escribir ni su nombre. A veces ni siquiera podía recordarlo. Pregúntele quién lo curó del hábito de beber. Pregúntele cómo descubrió por qué debía emborracharse continuamente. Pregúntele quién le contó acerca de los pájaros y las abejas...

—Lo encontrará todo en la *Introducción*. Permítame remitirlo a la sección titulada *Renacimiento*...

—Quiere usted decir cuando se queda toda la noche en el desierto, pensando en sus pecados, profundizando en la raíz de su vergüenza, y finalmente desesperado, se castiga hasta la locura y se obliga a hablar de ello...

—El más grande documento que se haya escrito sobre la desesperación humana.

—Yo fui quien lo castigó. Usaba mis *knuts*, mis *kurbashes*, mi látigo de cuero crudo sobre su espíritu hasta que temblaba con insoportable dolor. Me rogaba que terminara, pero yo era inexorable —declamó Peck como si la palabra y el recuerdo fueran prueba incuestionable de su reclamo.

—Él desea pagarle a usted dos mil quinientos dólares.

La temperatura de Peck se elevó.

—Tratando de sobornarme, ¿eh? Dos mil quinientos dólares. ¿Cree que estoy loco? Arrastraré el asunto por todos los tribunales

de América...

—Me han autorizado a ofrecerle una suma más interesante —dijo Munn con prudencia—, para impedirle que usted mismo se perjudique. El chantaje es delito serio. El Departamento de Correos...

Munn hizo una pausa. La posición de las palabras chantaje y Departamento de Correos tenía un valor dramático. A través de la pared de persiana de su porche, Peck parecía estudiar el coral y el aguamarina del crepúsculo en el desierto, pero veía lo que Munn quería que viera: las paredes de piedra de Atlanta y Leavenworth.

Porque no tenía nada mejor que decir, repitió:

—Yo escribí el libro.

— ¿Tiene usted alguna prueba, señor Peck?

—Lo escribí, ¿entiende? La idea era mía. —La voz de Peck temblaba, y sus palabras se atropellaban.

— ¿Tiene usted derechos de autor? ¿O un manuscrito que dos o más personas respetables le hayan visto escribir?

—Escribir no es un espectáculo deportivo, señor Munn. De todos modos, había gente en el sanatorio; si pudiera encontrarla...

— ¿Tiene usted el manuscrito?

—Había enfermeras, pacientes, practicantes. Estoy seguro de poder encontrar dos personas que me vieron escribir.

— ¿Y el manuscrito? —Las cejas de Munn se elevaron en cortés escepticismo. Su voz era uniforme. — Lo lamento, señor Peck. Si insiste en hacer ese juicio, se necesitan pruebas tangibles.

Peck no cambió de tema. El frío del atardecer descendía. La temperatura de Peck se elevaba, y comenzó a toser.

—Pruebas —seguía diciendo Munn—. ¿Tiene usted alguna prueba que pudiera ser aceptada en un tribunal? —Él no había estudiado leyes, pero había aprendido de memoria el glosario en la contratapa de un libro sobre Inglés Comercial, y sus frases tenían un sonido inflexible y legal. — Es mejor un arreglo extra judicial, señor Peck. Si tuviera pruebas para robustecer su demanda, yo le aconsejaría de otro modo. Pero en su situación, permítame asegurarle que el camino más sabio será aceptar la oferta del señor Barclay.

Los escalofríos alternaban con la fiebre de Peck. Como muchos tuberculosos, era de ánimo extremadamente voluble.

Alternativamente lo dominaban el dorado júbilo y la negra opresión. Mientras caían en el desierto las heladas sombras, mientras él temblaba y tosía, mientras las imágenes de su mente se volvían horrendas y su imaginación se poblaba de una empedernida muchedumbre de inspectores del Correo, jueces y carceleros, su voluntad se debilitaba y oía a Munn como si fuera su amigo.

— ¿Hasta dónde llegará Barclay si prometo no demandarlo?

—Hasta cinco mil. Es el máximo, señor Peck. De otra manera, nos veremos obligados a llevar nosotros mismos este asunto a los tribunales. El chantaje no es un delito leve. Y a no ser que usted pueda mostrar una prueba adecuada...

Prueba, prueba, prueba. La reiteración de esa palabra era como el gotear del agua que enloquece al prisionero solitario. Peck accedió a un acuerdo.

—Véngase por la mañana —dijo, pensando en su confortable cama y en sus calientes frazadas.

—Quisiera irme esta noche. Puedo conseguir el Limited que sale de Albuquerque, si puedo estar a las once. —Miró su reloj. — ¿Qué tengo para ir?

Afuera esperaba un Ford. El conductor no sólo era un escribano público sino uno de los agentes del *sheriff*. Munn sólo tenía que abrir la puerta-persiana y decir:

—Venga y atestigüe una firma para nosotros, ¿quiere? —Y estaba la ley en persona, lista para lanzar la garra si la palabra secuestro se pronunciaba en voz alta. Había también un documento escrito: “Yo, Homer Peck...” y continuaba con frases que sonaban a legales, para establecer que las reclamaciones hechas en su carta del 28 ppdo. no tenían fundamento. Además, Homer Peck prometía no iniciar la susodicha demanda puesto que estaba plenamente enterado del status de tal acción.

Peck pidió que se hicieran algunos cambios, pero Munn se mantuvo firme. Una vez que había conseguido dominar, la suavidad desaparecía de su voz y de sus gestos. Con el agente del *sheriff* como aliado suyo, se había convertido en un tirano de segunda categoría. Y Peck era un hombre enfermo. Sintió que no viviría mucho, y sobre todo, quería paz. Munn le tendió una estilográfica enchapada en oro y firmó.

Cuando salió su visitante, se miró las manos como si se hubieran

ensuciado con los cinco arrugados billetes de mil dólares.

5

Homer Peck no murió. Quizá era su propio sistema (o el de Barclay) que retrocedía. Ciertamente, Peck no era el tipo de enfermo que podía curarse pensando correctamente. No podía aceptar ninguna actitud filosófica ni religiosa que separara el espíritu inmortal del hombre de su cuerpo material; y después de mucho estudio y observación llegó a la conclusión de que aquéllos que más lo desdeñaban eran, también, los más enamorados de su carne viviente.

De todos modos comenzó lentamente a mejorarse. Su voluntad de vivir se robustecía con una firme creencia en que algún día encontraría la prueba del engaño de Barclay, y se vengaría. Un día, mientras buscaba otra cosa en un viejo baúl, le vino a las manos una polvorienta copia de sus olvidadas obras, el curso de *Dinámica Comercial* de Warren G. Wilson. Le echó una mirada, divertido por la deshonesta pomposidad. Un hecho surgía de esas polvorientas páginas, y lo golpeó sobre la frente. Dió un grito y se enfureció ante su falta de memoria. La noche que Munn había ido a visitarlo y exigirle pruebas de la demanda de Peck, éste había olvidado las Lecciones XXIII a XXX. Había olvidado *Autodominio, Liberación de la Inhibición, Ego, El Tú en Ti, El Significado Fundamental de la Verdad, Mirándote a ti mismo con Franqueza y Purificando la Mente, el Corazón y el Alma*. En la Lección XXV había sugerido la confesión como un tónico para el espíritu enfermo. Todo este capítulo, palabra por palabra, había sido incluido en *Confesión y Sugestión*. En otras palabras, Barclay había plagiado un plagio. Pero el plagio de Peck había sido legal; tenía los derechos de autor.

No podía haber tenido una prueba mejor. La ley no admite el hurto de una idea, ya que una idea es demasiado insubstancial como para ser reclamada enteramente por ningún escritor. Pero las sentencias, las frases, los párrafos, todos ellos impresos, todos protegidos por el derecho de autor, eran una propiedad tangible.

Esta vez Peck no escribió cartas. Tampoco siguió juicio por plagio. Durante solitarias noches en el desierto había gozado visiones de venganza tan suculentas e insípidas como los espectáculos de De Mille, pero era demasiado sensible como para

buscar una satisfacción tan deslumbrante. Destruir a Barclay hubiera sido tan poco práctico como matar la gallina sin recibir su porción de los huevos de oro.

En ese tiempo Barclay, el editor, comenzaba a prosperar. En cada puesto de periódicos del país ostentaban sus nuevas revistas sus groseros colores. Habíase convertido en una figura pública; lo entrevistaban cuando volvía de viajes a Europa, lo fotografiaban con miembros del Congreso y artistas en las playas de Florida, lo recibía el presidente Hoover en la Casa Blanca. Su nombre era usado en juegos de palabras cruzadas y su sinónimo era Verdad. Nada podría destruir con tanta eficacia a Noble Barclay como la prueba de la deshonestidad.

Para Homer Peck, las Lecciones XX111 a XXX fueron la infusión que le dió sangre para continuar. Nadie mejor que Peck vió la ironía existente en el hecho de que los cinco mil dólares de Barclay, intactos hasta el momento, financiaran el viaje planeado para desenterrar la prueba adicional del fraude. Por el *Cofre de Riquezas*, que los editores llamaban *Un testimonio de los Discípulos de Barclay*, pero que era en realidad un panfleto usado en campañas de ventas por correo, Peck supo de la señorita Hannah Maierdorf y de los Beach, quienes, en el tren del este, habían escuchado las primeras conferencias de Barclay. Infortunadamente para Peck, la señorita Maierdorf había ido a vivir a Mallorca (su hermano, el masón, había muerto dejándole un agradable pasar); la señora Beach había muerto y Rosetta se había casado con un corredor de algodón en Nueva Orleáns. Ella estaba poco dispuesta a que se diera su nombre, y sólo consintió en servir de prueba después que Peck le prometió que su asunto nunca sería mencionado a los periodistas. Firmó ella una declaración escrita relatando las circunstancias en las que había conocido a Barclay en el tren, el tratamiento de su madre, la curación y su subsiguiente estada en el hogar de las mismas. Recordaba claramente que Barclay había comenzado por reconocer a Peck como autor de su credo, pero luego había escatimado su reconocimiento hasta el punto de que, en broma, ella le había insinuado que él se lo atribuía totalmente.

De Nueva Orleans, Peck viajó de nuevo hacia el oeste, esta vez en dirección a California, donde encontró a uno de los doctores propietarios del destartalado sanatorio. El doctor Fillmore Macrae

no estaba bien dispuesto hacia Peck. Todavía abrigaba el viejo rencor contra el paciente cuyas curaciones resultaron más efectivas que sus falsos paliativos. Pero el dinero en efectivo había sido siempre la medicina favorita del doctor Macrae, y mil dólares curaron sus resentimientos. Él firmó, también, una declaración.

Hacia Butte, Montana, Peck le siguió la pista a la buena enfermera que había colaborado tan prácticamente en la educación de Barclay. Ella recordaba la aventura con detalles tan borrascosos que Peck se vió obligado a editarle sus memorias. Pero él estaba agradecido a sus descripciones de esas torturadas sesiones en la oscurecida habitación de Peck, a su indignación ante el fraude, a su rasgo de rehusar aceptar dinero por su declaración, y a la comida casera que insistió en prepararle.

Su último testigo era su antigua novia, la muchacha que no había podido encontrar editor para el manuscrito original. Ya no era delgada, y su cabello negro se había teñido con una alarmante sombra de color rosado. Peck había hallado su nombre firmando un versito ligero en una revista popular, había escrito a la revista en su nombre, y había recibido, diez días después, un telegrama donde aquélla se sorprendía de que estuviera vivo.

Una tarde sonó la campanilla de su casa.

— ¡Homer! —Y ella echó sus brazos al cuello del delgado y curtido visitante.

Él la apartó amablemente, pues todavía se empeñaba en evitar cualquier contacto que pudiera transmitir los bacilos de la tuberculosis.

—No soy Homer Peck —le dijo—. Soy Warren G. Wilson.

— ¿Te has vuelto loco?

—He cambiado mi nombre —confesó él. Sabiendo que a la mujer le haría gracia el cuento de su quijotesca decisión, le contó la historia en forma humorística. Homer Peck había firmado una carta reconociendo que su demanda contra Barclay era fraudulenta. Había aceptado cinco mil dólares como precio del silencio. Pero Warren G. Wilson era libre de perseguir a Barclay; el nombre de Warren G. Wilson había firmado los parágrafos que Barclay había plagiado.

A la mañana siguiente llamó a la oficina de Barclay. Los desconocidos no eran admitidos inmediatamente. El sujeto creador

de la *Verdad compartida* debía protegerse de la gratitud de sus discípulos. Pero Wilson había planeado su entrada. Ofreció una tarjeta con el nombre del doctor Fillmore Macrae, Instituto Macrae de Quiropráctica, Los Ángeles. Barclay no podía haber olvidado al doctor que lo había cuidado solícitamente en los viejos tiempos. Barclay supuso que el doctor Macrae quería una entrevista en *Verdad y Salud* y el Instituto de Quiropráctica garantizado por el así llamado comité médico de esa revista.

El "doctor Macrae" fué admitido en la oficina privada. Barclay se puso pálido al reconocer al visitante.

—Mi nombre —dijo el visitante con dramático énfasis— es Warren G. Wilson. Debe usted haber oído hablar de mi curso de *Dinámica Comercial*. Los capítulos Cuatro, Cinco, Siete y Trece de *Mi Vida es Verdad* son idénticos a mis Lecciones Veintitrés a Treinta.

Barclay habló ante el teléfono interno. Como si hubiera salido de los panales de caoba de las paredes, apareció Edward Everett Munn. Ya no era el secretario de Barclay. En virtud de su sucio trabajo había adquirido los títulos de Director Supervisor, Gerente General y Asistente de Noble Barclay. Estaba cómodamente instalado en una oficina privada y sabía que su cargo era para toda la vida.

El drama conmovió a Wilson y éste lo prolongó de una manera vivida.

—No necesitan compadecerme porque no tengo pruebas de que mi trabajo fué robado y publicado bajo el nombre de otro autor. Señores, ahora tengo una prueba tal que, si debiera producirla en juicio, no sólo podría recobrar millones de pesos en, daños y perjuicios, sino que también podría arruinar la carrera de ustedes, hacer naufragar la base misma de sus pingües negocios y mandarlos a la cárcel, y hasta convertirlo a usted, el símbolo de la verdad, en la verdadera imagen del engaño y la falsía.

—Si usted tiene pruebas tan buenas —dijo Munn despectivamente— ¿por qué no las lleva a un buen abogado en vez de venir aquí con esas nada plausibles amenazas? —Volviéndose a Barclay, comentó: — Es una extorsión. Está tratando de asaltarlo para quitarle más dinero.

Wilson volvió las espaldas a Munn. El desaire era táctico. Sólo Barclay merecía la atención de Wilson.

—No soy tonto, aunque me haya tratado en esa forma durante

mucho tiempo. Mi prueba podría hacerlo fracasar fácilmente, pero también arruinaría su negocio y haría perder una gran cantidad de dinero que directamente me pertenece. Una vez muerta, la verdad no puede fácilmente volver a la vida. Propongo un arreglo.

Munn trató de hablar.

Wilson le interrumpió.

—No propongo negociar con nadie, excepto con Noble Barclay. Esta vez estoy en situación de imponer condiciones. Quiero un millón de dólares.

—No escuche, Barclay. Está tratando de engañarlo —advirtió Munn.

Barclay no dijo nada. Estaba sentado como si su ornamentado escritorio fuera una barricada para protegerlo de la realidad del ataque de Wilson.

—Considero que esto es lo más razonable —continuó Wilson—. Usted ya ha hecho varios millones con mi idea, y aunque haya gastado algo del dinero en malas inversiones, o en revistas que han fracasado, el hecho es que usted hizo dinero y yo tengo el derecho de exigir mi parte en sus beneficios. Además de...

—Todo es una baladronada —interrumpió Munn.

Barclay levantó su mano para imponer silencio. El movimiento era vago, como el primer movimiento de una mano que ha recobrado vida después de una parálisis.

Wilson vió que Barclay estaba asustado.

—Además —dijo con creciente seguridad—, exijo mi parte en cuanto a la reputación. No voy a exigirle que confiese haberme robado mi idea, Barclay. El precio sería demasiado alto. Todo lo que pido es que reconozca su deuda hacia mí como su maestro, y manifieste que mis instrucciones fueron la fuente de su filosofía. En todas las próximas ediciones del libro, en todos los avisos y explotaciones, exijo que se me reconozca fundador del sistema que lo ha hecho a usted famoso. Ésa es mi propuesta. Podemos discutir después los detalles.

— ¿Llamo a la policía? —Munn se dirigió esperanzado hacia el teléfono.

Barclay hizo otro gesto doloroso.

Por primera vez Munn habló cortésmente a Wilson.

— ¿Le importaría concederle al señor Barclay un tiempo para

considerar su propuesta?

—Usted no me dió tiempo —le recordó Wilson.

—Un millón de dólares es mucho dinero. Aun el señor Barclay no es bastante rico como para hacer un cheque.

Barclay asintió débilmente. Wilson recordó los antiguos tiempos, las mañanas de “mona”, la mirada de derrota en los ojos enfermos y como de perro de aguas de Barclay, los insensatos gruñidos de remordimiento, las salvajes promesas de abstinencia. Le resultaba absurdo a Wilson sentir piedad por un hombre que lo había engañado tan cruelmente, pero Wilson era ahora el triunfador y sintió que podía proporcionar compasión. Les haría saber que un ropero de su habitación de hotel estaba lleno de testimonios y documentos que podían arruinar a Barclay, y con característica magnanimidad le ofreció diferir la acción judicial.

Pensó que había estado firme y severo.

—Mañana por la mañana, a las once, lo visitaré de nuevo. Si entonces no accede a mis condiciones, llevaré mis documentos a un abogado y haré que inicie juicio. Esto, me consta, nos resultará costoso a todos, pero hallaré compensación vendiendo la historia del fraude a uno de sus competidores. Varios editores, estoy seguro, saltarán de alegría ante el privilegio de financiar mi juicio. —Se levantó. — Hasta mañana a las once.

Munn ronroneó como un gato. Barclay daba la impresión de que el gobernador hubiera firmado a último momento la suspensión de su sentencia.

Esa tarde, Wilson y su antigua novia bebieron *champagne* prohibido y resolvieron que vivirían de las rentas del millón de Barclay en Capri o Mentone o St. Tropez. La mujer se había casado por segunda vez, y su marido no quería divorciarse, pero ellos pensaban que esto importaría poco en Mentone o Capri. Wilson veía una vida de lujo y de cultura, de poesía y de *champagne,* se imaginaba con la mujer, extendidos en reposeras sobre una verde terraza que dominara el Mediterráneo.

Animadísimo volvió a su pieza de hotel. A la primera ojeada pensó que el desorden de la misma era una ilusión originada en el *champagne* prohibido. Alguien había abierto los cajones del armario, andado por los roperos, examinado el escritorio y escudriñado su equipaje. Sus documentos habían sido robados con su ejemplar del

curso de Wilson y las declaraciones que recogiera tan costosamente. Llamó al gerente del hotel, quien hizo comparecer al detective de la casa. Llamaron a la policía. Se prometió una investigación completa, pero sus primeros pasos no condujeron a nada. Ningún ascensorista, ninguna mucama había visto entrar a ningún desconocido en la pieza de Wilson, ni el conserje había entregado su llave.

Era un duro golpe. Wilson escaseaba de dinero. La Depresión había reducido sus entradas a una suma que escasamente bastaría para mantener un gato con su ración de pescado en lata; y la mayor parte de los cinco mil se había utilizado en la búsqueda de pruebas contra Barclay. El hurto de los papeles privaba al pobre Wilson de todo, del millón de dólares, la Riviera, el sueño, el *champagne* y la poesía.

A la mañana siguiente, a las once, un empleado de la recepción anunciaba que el señor Warren G. Wilson había llamado para ver al señor Barclay. Balanceando su bastón y llevando su *Stetson* como si estuviera pronto a embarcar en su viaje a la Riviera, Wilson penetró en la oficina privada y se sentó en una silla de respaldo alto frente al escritorio de Barclay.

— ¿Ha considerado usted mi propuesta? —preguntó.

Barclay se aclaró la garganta y miró oblicuamente hacia Edward Everett Munn, que estaba parado con sus pulgares introducidos en el chaleco.

—Su demanda es fraudulenta —afirmó Munn—. Sabemos que es inconsistente. ¿Qué pruebas puede usted producir de que Barclay le robó su idea? O retira todo lo que pretende o lo entregamos a la policía.

Barclay sonrió. Se había restablecido con notable velocidad de su parálisis del día anterior.

—Parece usted padecer una obsesión, señor Wilson. Es cierto que conocí una vez a Homer Peck —pronunció el nombre con delicado sarcasmo—, y no niego haber discutido una o dos veces mis teorías con él. Pero decir que mi filosofía era idea suya, creación suya, es peor que un engaño; es simplemente una locura. No me gusta demandar en juicio, y por eso le advierto para su gobierno que olvide todo el asunto.

La seriedad de Barclay dejó atónito a Wilson. Que un hombre

pudiera parecer honesto con tanta naturalidad mientras mentía flagrantemente, parecía tan increíble que Wilson balbuceó y habló confusamente como si fuera él el mentiroso. El conocimiento de la verdad no lo sostuvo a Wilson. La emoción lo privaba de la seguridad en sí mismo.

— ¿Se va ahora, señor Wilson?—preguntó Munn en una voz que el triunfo hacía grosera—. El señor Barclay es un hombre ocupado; tiene más importantes...

Wilson se levantó. Temblaba en su interior.

—Muy bien, señores, si es así como piensan. —Con la voz de Caspar Milquetoast añadió: — Haré que mis abogados inicien juicio inmediatamente.

—Pensé que iba usted a llamarles la atención a ciertos editores sobre el asunto. Parecía usted muy seguro ayer de que costearían su juicio —dijo Munn con malignidad.

Wilson permaneció silencioso por un momento, apoyado sobre su bastón. Toda su fuerza se le iba en proseguir con la baladronada.

—Temo, señor Munn, que habrá suficiente publicidad sin buscar una publicidad sensacionalista. Anoche tuve la oportunidad de entregar mi historia a los periodistas, pero la retuve. Algunos papeles valiosos fueron robados de mi cuarto. —Hizo una pausa, notando la mirada que cruzaron Barclay y Munn. Su coraje se aceleró. — Prefiero llevar el asunto en forma convencional, mediante mis abogados. Incidentalmente, caballeros, ustedes o han tenido un asesoramiento imperfecto, o...

—Tenemos los mejores abogados de Nueva York —fanfarroneó Munn.

—Quizá descuidaron familiarizarlos con todos los hechos. Seguramente ellos deben saber que con sólo escribir al Registro de la Propiedad Intelectual en Washington, cualquier ciudadano de los Estados Unidos puede iniciar una búsqueda respecto al *status* de un derecho de autor. El costo es de un dólar.

— ¿Para qué serviría eso? —preguntó Munn, pasándose la lengua por los labios resecos.

—No creo que sería difícil para dichos ciudadanos obtener copia de esos pasajes del curso de Wilson que, como les dije ayer, son idénticos á los escritos del señor Barclay.

—Espere, Homer —ordenó Barclay mientras Wilson caminaba

en dirección a la puerta—. Quizá sea mejor que volvamos a hablar del asunto.

— ¿Qué tenemos que discutir? —preguntó Wilson, agitando negligentemente su bastón.

Barclay no aceptaba riesgos.

—Aunque pienso que está usted fanfarroneando, no me agrada la idea de una demanda judicial. Podremos no buscar publicidad, pero estamos seguros de tenerla. Y como mi carrera y mi reputación están fundadas sobre una creencia en la verdad, no me hará ningún bien verme envuelto en un juicio de esta clase, aunque estuviera seguro de ganarlo.

Munn estaba desconforme. Murmuró algo a Barclay, que frunció el ceño y estalló:

—Siéntese, Ed. Déjeme arreglar esto.

También Wilson se sentó.

— ¿Cuál es su proposición, Noble?

—No menosprecio la ayuda que alguna vez me dió —comenzó Barclay—. Aunque no es una parte tan importante de mi libro como parece usted creer, quiero recompensarlo por la ayuda. Le daré lo que le corresponde, Homer, y tal vez más. —Se recostó en su silla, desempeñando seriamente el papel de filántropo.

Wilson vió que Barclay estaba genuinamente alarmado y el conocimiento le dió el descaro de hacer un trato. Convinieron en mil doscientos dólares mensuales. Era mucho dinero, sobre todo en esa época, pero sólo una bicoca si se tiene en cuenta la magnitud de las rentas de Barclay.

6

Pasaron los días y Wilson logró aumentar su renta mensual a dos mil dólares. No era que necesitara el dinero sino que más bien gozaba con el juego de la extorsión. Antiguamente, cuando había promovido los cursos por correspondencia, había inventado patrañas para despojar a los tontos de cinco dólares mensuales; ahora usaba los mismos métodos, pero las ganancias eran más elevadas.

Un gran misterio rodeaba siempre los pagos. Cada mes Wilson se veía obligado a encontrarse con Munn en una abigarrada pensión de hotel, una estación de ferrocarril o departamento de un negocio,

donde no se les advirtiera. Munn nunca fué a las habitaciones de Wilson. En algunas ocasiones, cuando la enfermedad impedía a Wilson ir a la cita, el dinero era enviado (envuelto en papel simple) por mensajero. Y cuando estaba en Maine o en Florida, llegaba por correo certificado.

Wilson adquirió gustos caros, se hizo cliente de los mejores sastres, gozó raros vinos y se hizo coleccionista de primeras ediciones. Ésto no lo satisfizo. El juego de la extorsión comenzó a aburrirlo y encontró fácil conformarse con un pobre ungüento contra la picazón del fracaso. Envidiaba la fama de Barclay, lamentaba el rosado brillo de rectitud que rodeaba al editor de las revistas *Verdad.* Con masoquista energía, Wilson se atormentaba a sí mismo leyendo las sensacionales historias de amor y de crimen de Barclay.

—Cada mes está peor. Quisiera desenmascararlo —barbotó Wilson.

— ¿Sí? ¿Y qué vas a hacer si la gente deja de comprar sus revistas? ¿De dónde vendrán tus agradables dos mil mensuales? —preguntó su antigua amiga.

Durante la depresión, ella se había convertido en una prostituta literaria, vendiendo su talento y su experiencia a los diversos editores de revistas de amor baratas. Era inevitable que acabara en la oficina de Barclay. Quedóse allí, decía a menudo Wilson, para atormentarlo. Él le había ofrecido muchas veces compartir con ella su renta mal habida, pero la mujer rehusó. No era porque despreciara su método de ganarse la vida, sino por un pervertido sentido de la independencia. Una vez habían tratado de vivir juntos, pero ella se había convertido en una mujer muy desagradable, y Wilson en una minuciosa vieja sirvienta, y todo lo que quedó de su amor era la sombra de un esqueleto. Discutían furiosamente, dejaban que los meses pasaran en obstinada soledad. Invariablemente uno o el otro insinuaban el perdón, se reunían, brindaban demasiado y volvían a disputar.

En una de esas fiestas anunció Wilson:

—Me he decidido al fin. Voy a escribir un libro acerca de Barclay. Tengo que relatar la historia íntegra. Mientras guarde silencio, soy tan malo como él.

— ¿No te ha herido demasiado tarde en la vida este escrúpulo

de conciencia, Homer?

—Mayor razón para querer expiar mis pecados.

—Has hecho tu alcantarilla y tendrás que vivir en ella.

—Voy a publicar todas las pruebas, demostrar todos los hechos. En mi capítulo sobre el hurto, haré imprimir el curso de Wilson en las páginas de la izquierda, y la *Verdad* de Barclay en las de la derecha.

—Piensa en tu cuerpo, querido. Y en tu estómago forrado de terciopelo consumiendo *pâté de foie*. Piensa en esa madeja deshilada que solían ser tus pulmones. ¿Cuánto tiempo podrías sobrevivir en un albañal auténtico?

—Puedes ayudarme —dijo Wilson—. Quiero descubrir la vida privada de Barclay, su hogar, su esposa, sus hijos.

— ¿Sabes qué te perjudica, Homer? —Nunca usaría ella el nuevo nombre. — Te quedas hasta muy tarde en cama, por la mañana. Ociando allí, contemplando tu ombligo, resultas víctima de la moralidad. Si saltaras de la cama, hicieras cincuenta flexiones, bebieras un gran vaso de agua caliente y el jugo de dos limones, nunca te preocuparías de esas cosas. Mira a Barclay; no fuma *Coronas* ni bebe *Liebfraumilch* y, ciertamente, nunca desarregla su metabolismo pensando: "Allá, Casio..."

—Hablo seriamente, ¡diablos!

— ¿Qué quieres saber, Homcr? Algo sobre esos adorables mellizos, presentados por Gloria, la *Madre Perfecta*. Quizá te gustaría saber la verdad sobre el segundo casamiento...

—Sé todo lo que se refiere a eso.

— ¿Quién te contó?

—Janet.

— ¡Oh! ¿Dónde encontraste a la segunda señora de Barclay?

—Me ocupé de ello. Está muy dispuesta a ayudarme en el libro. El período inmediatamente después de comenzar sus conferencias sobre la *Verdad compartida*, y luego conseguir ella que su padre lo apoyara en la publicación del libro, es el período de Janet. No ha olvidado ningún detalle.

—Janet, entiendo, amamantó un áspid en su pecho. ¿Confesóle Noble alguna vez, en la oscuridad de la noche, que había robado su credo?

Wilson movió su cabeza. Había hecho esta pregunta acerca de

Janet y ella le había asegurado que Barclay siempre había actuado como si la *Verdad compartida* hubiera venido bajo la forma de una inspiración divina.

—Janet me ha proporcionado material sobre el período de transición, del Mesías al editor en un salto fácil. Ha conseguido todos los datos acerca de los primeros días de las revistas, pero yo necesito informaciones sobre su vida actual, no sólo lo que he recogido de sus revistas, sino lo que es actualmente. La *Verdad* en un departamento doble de la Quinta Avenida. ¿Conoces a la actual señora Barclay?

— ¿Gloria? Ha sido tan provechosa como un editorial de *Verdad y Belleza*.

— ¿Y qué dices de la hija?

—Una muchacha adorable —dijo la mujer—. Completamente descarriada porque el mundo no es lo que le contó el padre. Es como una chica criada en la ortodoxia y que comienza a preguntarse si se condenará al fuego eterno del infierno si se atreve a ponerlo en duda.

—Es una de las mías, entonces. Quiero que me arregles una cita.

—Tú te cocinas tu propio ganso, querido, y yo no voy a contribuir a sazonarlo.

Wilson no prestó atención a las protestas de la mujer. Sabía lo que quería.

—Debes convenir una cita, pero no nos presentes. Quiero que la muchacha confíe en mí...

— ¡Cómo me halagas, Homer! Eleanor me estima en forma manifiesta. He tenido una poderosa influencia desde que ha venido a la oficina. Al presente estoy tratando de ayudarla a que se decida a confesar a papá que no le gusta nada la persona que él ha elegido como yerno. Es conmovedoramente respetuosa de mis opiniones.

—De todos modos debe saber que eres anti-Barclay. Quiero que mi amistad con ella esté limpia de la mano del enemigo.

—No necesitas pensar que te ayudaré.

—Tengo una idea. La llevas a cenar una noche; no aquí, se nos conoce demasiado. ¿Has ido alguna vez a *Jean Pierre's*? A veces como allí; la comida es notablemente buena. La llevas allí y en mitad de la cena recuerdas algún compromiso y te excusas...

— ¡Qué idea fastidiosa! No haré tal cosa.

Una semana después llevó a Eleanor a cenar a *Jean Pierre's*, vió pero no reconoció a Wilson en la mesa contigua, recordó vagamente que había olvidado al joven admirador que, hasta ahora, esperaba vorazmente en el vestíbulo del *Lafayette*, le pidió a Eleanor que la perdonara y se fué corriendo.

La próxima mañana, en la oficina, Eleanor confesó a la mujer que se había dejado recoger por un hombre de mundo de mediana edad. Todo el invierno la muchacha continuó cenando con Wilson, visitando su departamento, oyendo sus discos, mirando sus libros y retratos, y vanagloriándose en la oficina de su amistad con ese hombre culto e insólito.

La mujer, petulante porque lo creía a Wilson enamorado de la joven, bebió demasiado y lo acusó de seducir a la hija de Barclay. Wilson perdió su calma y le recordó que la embriaguez y la promiscuidad no aumentaban sus encantos. Se separaron como enemigos y sólo se volvieron a ver una vez más.

Se encontraron en la Quinta Avenida frente a la Biblioteca Pública. La mujer dijo:

—Hace años que no nos vemos. ¿Qué diablos te pone de mal humor?

— ¿Por qué desearías verme? Mientras haya un joven idiota y una botella de *cognac* para divertirte, ¿qué necesidad tienes de mi compañía?

—Es tan agradable verte, Homer. Dices las cosas más amables. ¿Cómo está el joven amor?

—No seas idiota. —Recogió su brazo bajo el de ella. — Sabes que siempre te quiero, gato de albañal. Ven y cenemos juntos.

—Tengo una cita.

—Déjalo esperar en el vestíbulo del *Lafayette*. Me siento sentimental.

Cenaron en la sala de caoba del *Plaza*, y Wilson habló de su libro. Esperaba finalizarlo en el término de un mes.

—Quiero agradecerte por concertar esa cita con Eleanor. —Hablaba con precaución, sabedor de que el nombre de la muchacha podría causar un torrente de celos.

— ¿Te ha resultado útil?

—Maravillosa. Agradece tener a alguien como yo con quien hablar desinteresadamente, sin preconcebidos prejuicios

barclayanos.

—Eres realmente una rata, Homer, aprovechándote de sus confidencias infantiles. No sabe nada acerca del libro, ¿no?

—Sólo que estoy escribiendo uno. No le he dicho de qué trata. Le dije el título, pero eso no puede significarle nada.

—Oh —dijo la mujer, provocada—. Nunca me has dicho el título.

—No te he visto desde que lo resolví. *La Autobiografía de Homer Peck*. ¿Qué te parece?

Después, mientras estaban tomando café, la mujer dijo:

—Desearía que no le hubieras contado acerca del libro.

— ¿Por qué?

—Puede hablar del mismo. Recuerda lo que pasó con tus papeles la otra vez.

—Tonterías. No hay de qué preocuparse. Apenas el libro esté terminado, pondré una copia en la caja de seguridad. ¿Te dije que persuadí finalmente a la señora Armistead a que hiciera otra deposición?

— ¿Quién? ¡Oh, Rosetta Beach!, la muchacha del lugar de veraneo, que fué la primera en llamarlo *Verdad compartida*. ¿Así que ha accedido a revelar su pasado escandaloso? Probablemente es lo bastante vieja, ahora, para agradarle hablar del asunto.

—El libro será una sensación. En cierto modo me agrada que hayan sido robados esos primeros documentos. Esta será una obra madura, no escrita en el calor de la ira sino después de una tranquila reflexión...

—Con menos clisés, espero. ¿Y con qué te propones vivir cuando termine la renta mensual?

—El libro dará dinero.

—No esa cantidad.

— ¿Qué me importa? Es importante para mí que la verdad sea al fin relatada. He ahorrado un poco y allí están mis libros; merecen una bonita suma. Tendré bastante como para que me dure... —Se interrumpió, y añadió con un breve encogimiento de hombros: —No me queda mucho tiempo, ya lo sabes.

Lo dijo fríamente, como podría decir un hombre que cree que va a llover por la mañana. La mujer estaba conmovida. Había sido inconstante, pero no había querido a ningún otro hombre. Para que

él no pudiera percibir su angustia, rió brevemente.

—Antes que tires tu hermosa renta, ¿me comprarás un *Courvoisier* doble?

—Te compraré una botella.

Ése fué el último regalo y la última vez que ella lo vió. El siguiente domingo a la noche, cuando oyó que Warren G. Wilson había muerto de resultas de un tiro en la espalda, bebió el resto de su buen *brandy*. Cuando se terminó, bebió una calidad inferior, y cuando también la terminó, bebió *whisky* malo. Haber ido a la policía y contar lo que sabía de Wilson y de sus planes para desenmascarar a Barclay era una prueba demasiado grande. Su valentía era de orden inferior y su estómago, débil. Ella no tenía pruebas reales, sólo la historia de la vida de un hombre y el conocimiento de un viejo secreto. La policía habría hecho preguntas, y la mujer, al contestarlas, habría estado obligada a rever el desagradable pasado y mirar plenamente el espectáculo de su fracaso.

Frecuentemente, por la noche, un espectro visitaba su dormitorio. No era la sombra de Homer Peck, sino el desharrapado fantasma de la integridad de la mujer. Más de una vez, sobre la botella vacía, prometió decir lo que sabía de la vida de Wilson y las causas de su muerte. De día, los fantasmas se desvanecían, el alcohol atenuaba su coraje, la mujer se adhería desesperadamente al modo de vida que odiaba. Volvióse despreciable e infantil cuando insinuaba tener un peligroso secreto.

Escéptico al principio, el asesino se volvió cada vez más nervioso. Últimamente había intentado la conciliación; halagaba a la mujer, le enviaba rosas y le hacía la corte en su casa. Parecía como si quisiera que la gente sospechara un *affaire* entre Lola Manfred y Edward Everett Munn.

SÉPTIMA PARTE

LA TERRAZA

> "No tengo menos piedad por el hombre o la mujer enigmáticos, por la persona en cuyo agobio o corazón se sobrelleva un secreto, que por el enfermo incurable. Los secretos significan una enfermedad, los secretos son llagas ulcerosas..."
>
> *Mi Vida es Verdad*
> NOBLE BARCLAY

DE ELEANOR A JOHN

Nueva York, mayo 29

QUERIDO:

¿Cómo sienta ser un marido separado de su mujer? ¿Estás comiendo cenas solitarias en la cocinita, pensando seriamente en la mujercita, o estás recorriendo la ciudad, como el resto de los maridos de Hollywood, con una de esas espléndidas rubias? A riesgo de convertirme en una repulsiva mujer cargosa, querido, te suplico obtener todas las invitaciones a cenar que te hagan los felices amigos casados, o trabajar de noche o leer buenos libros. Baños fríos, ejercicio y una dieta suave, también se dice que son saludables.

En cuanto a mí, comencé a extrañarte antes que te diera el beso de despedida, y desde entonces he estado respirando en el vacío. Hay ciento cuarenta millones de personas en este país, pero cuando no estás aquí, el continente parece deshabitado. Aparte de eso, fué un viaje confortable y tenías probablemente razón al insistir en que viniera y lo afrontara.

Bueno, Johnnie, lo he afrontado. Hoy vi a papá. Si mi letra es desigual, no es culpa de la máquina. Mis manos todavía no

funcionan bien y cuando extiendo mis brazos, mis dedos ondulan como la *Old Glory* en un viento veloz. Todo lo que lamento es que he decidido ahorrar dinero quedándome aquí en vez de alquilar una pieza en un hotel barato. La gaveta de un archivo hubiera sido preferible. Visitarme aquí es como pasar un feriado en un establecimiento penitenciario.

No quiero decir que falta el lujo. Tengo el departamento de los niños; los mellizos y la institutriz han sido enviados por Gloria al campo. Me hace sentir casi como la princesa en la torre, pues el lugar está guardado por todo, excepto por sabuesos. A papá se lo considera fuera, en alguna misión secreta de importancia nacional, ya que no sería apropiado sugerir que un hombre de su energía pudiera simplemente retirarse. Y sugerir las verdaderas condiciones sería la más baja herejía.

El ascensorista (uno nuevo desde que nos fuimos) se quedó mirando con suspicacia cuando dije mi piso. Cuando le dije que yo era la hija del señor Barclay, consintió en llevarme hasta el vestíbulo y oprimió el timbre por mí, pero quedó vigilando hasta que se abrió la puerta del departamento por un personaje que parecía un detective privado con librea. Finalmente, fui inspeccionada y examinada por... Pero, ¡adivina! No otra —como diría ella— que nuestra vieja amiga Eccles. Al verme, rompió a llorar e hizo tal escándalo barato que casi pierdo mi costoso desayuno.

Grace me llevó arriba, a mis habitaciones. Apenas estuvimos seguros tras la puerta cerrada, comenzó a murmurar una campaña directa dirigida contra Gloria.

—Su falta de fe, Eleanor, es chocante. Contrata doctores, médicos vulgares que no tienen el menor concepto de la verdadera causa de la desesperada situación de tu pobre padre.

—Cuando una persona está enferma, es muy natural llamar médicos. Por otra parte —le recordé— la causa del golpe de papá es muy obvia. No obstante haber dejado de beber hace mucho tiempo.

Grace interrumpió con un suspiro. —*Et tu, Brute*. Su propia hija. No es extraño que César haya caído.

— ¿Cuál es tu diagnóstico, Grace?

Sus manos trazaron un dibujo en el aire.

—Lejos, lejos de la comprensión de esos médicos artesanos que

buscan causas de desarreglos físicos en el cuerpo.

Esto era tan reminiscente que casi me reí fuerte.

—Supongo que crees que puede ser curado trayendo a la luz los secretos, limpiando las llagas ulcerosas, aplicando el limpio y penetrante antiséptico de la Verdad.

—Si solamente pudiera... —Suspiró de nuevo. — Ésa es la tragedia y la ironía. Pensar que él, el profeta de la *Verdad compartida*, esté prisionero de algún secreto culpable. ¿Qué podría ser, Eleanor? ¿Cómo un hombre que ha llevado una vida irreprochable, que nunca ha dejado de confesar sus pecados, cómo pudo tener motivo de un reproche o culpa? A veces, Eleanor, tengo ganas de rebelarme contra el Destino. Todo es tan injusto.

Se oyó un golpe en la puerta. La abrí y los labios fríos de Gloria se posaron contra mi mejilla. Sus palabras de saludo eran de una calculada melosidad.

—Tu padre está descansando. Apenas se despierte, te querrá ver. Pero ven, querida, quiero presentarte a alguien. —Me condujo de la mano por el corredor hacia la sala de descanso.

Un hombre se levantó e hizo una inclinación de cintura, como un cortesano antiguo. Apenas lo miré, ya que estaba encandilada con un mueble que había sido llevado a la habitación. Allí, desplegado ostentosamente en la casa de mi padre, estaba un bar con sus puertas abiertas que mostraban una colección de botellas y de vasos. Mientras me recobraba de la impresión que me causó esta extraña visión, me di cuenta de que mi mano había sido oprimida por una palma caliente y húmeda.

—Así que ésta es la hija —dijo él con un acento tan lánguido que no pude determinar de dónde venía—. No es extraño que su querido papá haya estado tan ansioso de que yo la encontrara. Pero no me dijiste, Gloria, que ella era hermosa.

Recuperé la posesión de mi mano y me retiré. El hombre tomó la silla grande que papá solía preferir. Era de mediano peso, pero grueso, con un aire rudo, hirsuto pelo desmelenado, cejas leoninas, *tweeds* demasiado abultados para un hombre de su contextura.

— ¿Un trago? —preguntó Gloria, haciendo un gesto hacia el bar. Como yo había pedido una explicación, añadió prontamente—: Lo tenemos aquí para el General Podolsky. Hace aquí mucho de su trabajo, ahora. A tu padre le agrada estar en contacto. El trabajo

cerebral intensivo exige un moderado estímulo.

Reí. Los ojos angostos, rojo-castaños, de Podolsky me midieron fríamente. Hubo un largo silencio. En ese instante se levantó y comenzó a medir el piso con los pasos, la cabeza inclinada, el ceño arrugado, las peludas manos unidas detrás de su espalda. Toda la cosa era un teatro, todo efecto estaba predeterminado. Dándome la espalda, me preguntó por ti, Johnnie. Dijo que había oído que eras uno de los jóvenes más brillantes que papá pudo haber contratado, un director nato. Estuve de acuerdo en forma entusiasta con toda la adulación, y estaba por añadir que tenías tanto carácter como inteligencia, cuando Podolsky dió una vuelta, me miró, y sugirió que tú y yo volviéramos a trabajar para las *Publicaciones Barclay*.

—Estoy hablando de parte de tu padre, y sé que es su mayor deseo que tú y tu esposo vuelvan a integrar nuestro personal.

Si esta magnanimidad hacia nosotros, ovejas negras, era debida a una sugerencia de papá o si Podolsky estaba siguiendo el modelo general del soborno de Barclay, no podría estar segura. Pero sospeché en ese instante que él sabía más de lo que insinuaba acerca de los secretos de papá.

Pero este hombre no es Munn, Johnnie. Puede haber querido colocarse en ese puesto vacante y desempeñarse como un paniaguado hasta la época en que la sombra de papá que él era pudiera tomar cuerpo, pero el parecido terminaba allí. Ed Munn era un estúpido y un loco. Estoy segura de que papá lo eligió a Podolsky con preferencia a los otros “hombres que dicen sí” porque no quería caer en el mismo error de nuevo, y poner a un hombre torpe en un puesto que exigía inteligencia. Lo que ocurrió hoy me ha hecho pensar si a papá no le hubiera convenido poner a Henry Roe o al doctor Mason en la vacante de Munn.

Naturalmente, rechacé su oferta. Pero a Podolsky no se lo rechaza fácilmente. Se preguntó si yo no debía consultarte antes de tomar una decisión, relató los cambios habidos en la organización, ofreció sueldos que me dieron vértigos, mencionó trabajos interesantes, la oportunidad de viajar y la de influir en la opinión pública. Con la reputación de Barclay y las vías de distribución, la *Selecciones Verdad* ha crecido tan fenomenalmente que tiene ahora el segundo lugar en la circulación de cualquier revista de selecciones.

Yo oía pacientemente, pero siempre di la misma respuesta.

—Eres una jovencita obstinada —dijo—. ¿Te permite tu esposo tomar resoluciones en esa forma audaz?

—Mi marido y yo no nos permitimos hacer nada. Nos consideramos recíprocamente capaces de tomar resoluciones. Además —dije con orgullo—, mi marido espera firmar un contrato con un gran estudio cinematográfico. —Conservé mis dedos cruzados mientras mentía, Johnnie. Tenía que mostrarle a este *parvenu*.

— ¿No es encantador? —arrulló Gloria.

Podolsky levantó sus cejas. Y Grace Eccles entró para decirme que papá se había despertado y esperaba que bajara a verlo.

En la escalera me rodeó con el brazo y me dijo:

—Debes apretarte el cinto, querida. Será duro al principio. El águila caída.

A cada paso, mis rodillas se volvían más débiles y la sangre se me iba licuando en las venas. Al entrar en el estudio de papá recordé la última y terrible tarde pasada allí, con papá y Ed discutiendo sobre el revólver que mató al señor Wilson. Las puertas francesas estaban abiertas ahora, el sol iluminando las manos de arcilla blanca que sostenían los negros paños de felpa. En esa luz brillante, la habitación había perdido su incongruencia y su horror.

Papá estaba esperando en la terraza. No lo miré en seguida, sino a los muebles de acero blanco, al toldo de color rojo geranio y los almohadones, y a la nueva empalizadla de acero. La última vez que vi la terraza, sólo había una albardilla baja.

Esperaba un cambio mayor en la apariencia de mi padre, había atendido la advertencia de Grace y me había apretado el cinto para el *shock*. Estaba más delgado, por supuesto, pero los huesos de su cabeza sobresalían en todo su poderoso modelado y tenía el color del vigor, un profundo y resplandeciente cutis quemado. Caminó hacia mí y mi corazón se detuvo. Arrastró su pierna derecha y mantuvo su brazo en un rígido semiparéntesis.

Corrí hacia él, lo abracé y lo besé. Comenzó a temblar y temí que cayera. Mi peso no era suficiente como para sostenerlo y me tambaleé hacia atrás. De pronto, y saliendo de quién sabe dónde, un enfermero apareció y lo ayudó a caminar hasta su silla. Vi entonces que mi padre estaba llorando.

Con su mano izquierda me indicó que debía sentarme cerca de él, levanté una de las sillas tapizadas de rojo, y me senté allí con mi mano en la suya. Hablé rápidamente y sin respirar, sin hacer pausas entre las frases y las ideas. Le conté de nosotros, de nuestro lindo departamentito, de nuestro trabajo, nuestras esperanzas, del clima, los desfiladeros y las playas. Después de un momento quedé exhausta y sólo pude esperar su silencio. La presión de su mano izquierda se hizo más pesada. Su boca se torció. No podía hablar de ninguna manera; solo podía proferir curiosos sonidos entrecortados, tan deformados que apenas se podía reconocer su parentesco con el habla humana.

Bajo la balaustrada de acero de la terraza se extendía *Central Park*, todo él vida y luz del sol, lilas en flor, cochecitos de niños y patines rodantes. En la plena luz el color quemado de papá no convencía más que un *make-up* de Hollywood. De pronto la viril mano izquierda me sacudió hacia adelante, los fieros ojos castaños me exigieron atención. Trató, con ojos y cejas, con los músculos de sus mejillas, la tensión de sus dedos, la cascada voz de comunicarse conmigo. Pienso que sabía lo que quería decirme. ¿Había conservado yo el manuscrito de Lola? ¿Dónde estaba? ¿Lo había leído? ¿Nos disponíamos a usarlo contra él?

— ¿Podemos interrumpir esta feliz reunión? —La voz de Podolsky separaba como un ácido, a través de la untuosa unción de sus palabras. — Resulta bueno, ¿no es cierto, Barclay?, hablar de nuevo con la hija de uno. ¿No está encantadora Eleanor? —preguntó con ostentosa familiaridad.

Papá lanzó un curioso y airado sonido animal. Seguí la dirección de sus preocupados ojos. Podolsky llevaba un *highball.* Colocó el vaso sobre la albardilla inferior, debajo de la balaustrada de hierro y extendió sus delgadas piernas sobre los almohadones de una otomana.

Gloria cruzó la terraza. Caminaba con consciente afirmación de sus encantos femeninos, meneaba sus caderas bajo el flotante piyama y echaba fuera sus pechos. El viento jugaba con sus *chiffons*. Al pasar trente a su silla, papá extendió su mano. Gloria la evitó retirándose hacia la balaustrada.

—Quisieras hacerle a Eleanor un montón de preguntas, ¿no es cierto, Barclay? —Podolsky elevó el vaso y aspiró el aroma del

whisky. — ¿Te ha contado algo interesante?

Lunares color púrpura como manchas de nacimiento manchaban el artificial color cobrizo de papá. Latía una vena en su frente; su inútil brazo derecho parecía temblar y su cabeza balancearse. Pude casi sentir el martilleo y el estremecimiento de su corazón, la coagulación y estancamiento de la sangre en su cerebro.

— ¿Estás preocupado? —continuó Podolsky con una suavidad tan irritante que mi propia presión sanguínea se elevó—. ¿Crees que tu propia hija te traicionaría? —Podolsky había tramado su crueldad para proveer la tela del sufrimiento de papá. Nunca hacía una manifestación, sino que sólo hacía preguntas a un hombre que no podía contestar. — En el fondo, ¿no tiene Eleanor sus propios intereses? ¿No va a ser ella la que herede una parte de tus bienes, Barclay? ¿No sería más inteligente advertirle que sus intereses y los tuyos son idénticos?

Papá miraba a Gloria. Ella volvió de la balaustrada para recoger un mensaje de Podolsky. Todo era muy sutil, no más que la tensión de un párpado, pero el sabor de la conspiración se mezclaba con el perfume de los cosméticos de Gloria. Pensé en secretos murmurados en dormitorios oscuros, y me pregunté si papá habría aceptado una indiscreta *Verdad compartida* con su querida esposa, y si Gloria, hallando que la carga del secreto era demasiado grande, habría secreteado también.

—Espero que entiendas, Eleanor, que esta visita debe ser tenida en el mayor secreto. Sería desilusionante para sus millones de discípulos descubrir que Noble Barclay es incapaz de curarse a sí mismo mediante la práctica de sus teorías. —Podolsky rió y accionó con la mano que sostenía el vaso vacío. Luego le ordenó a Gloria traerle otro *highball*.

Ella obedeció al momento, flotando a través de la terraza en sus alados *chiffons,* ofreciendo tentación al general, evitando la mano extendida de su marido. La pobre cara de papá había palidecido; sus labios eran de un color malva pálido y los párpados estaban cerrados sobre sus angustiados ojos. Suspiró, y el sonido que hizo, el único sonido manifiestamente humano que estaba en condiciones de proferir, era tan doloroso que no pude soportar más. Corrí por la terraza, me precipité ciegamente a través del estudio y subí las escaleras.

Cerré la puerta, me arrojé en la cama y traté de llorar. Pero debí haberme dormido, ya que recomenzó la pesadilla. Aunque hay ahora una balaustrada en la terraza, mis peñascos de pesadilla se habían aguzado, el desfiladero de la montaña se había hecho más angosto, el acantilado más escarpado. Él me arrojó al vacío y tuve una muerte horrible. Cuando desperté estaba temblando y transpirando frío.

¿Ha continuado la pesadilla en mí porque perdí el coraje ante el interrogatorio, Johnnie? Pero yo no mentí ese día. Respondí a las preguntas que se me hicieron y no fué culpa mía que esas preguntas nunca llegaran siquiera cerca de la verdad. ¿Qué otra cosa pude haber hecho, Johnnie? Era mi padre. Eso, más que ningún miedo por el nombre y fortuna de los Barclay, me hizo guardar silencio. Era, supongo, el antiguo hábito de la lealtad, el hábito que se me había engendrado en mis propios huesos. Debes recordar cómo lloré yo en tus brazos cuando te precipitaste a mi casa después de leer la historia de Lola, y cómo te rogué esperar un tiempo antes de hacer nada con la noticia heredada de mis amigos muertos.

Me dijiste entonces que me atormentaría hasta haber conseguido una venganza o hasta ver que se había hecho justicia. Pero no encuentro ni venganza ni justicia en la cruel ironía que significa el sufrimiento de mi padre. Ha sido herido lo bastante, me parece, y no quiero herirlo más. Su gloria, su nombre y su posición todavía constituyen su orgullo, Johnnie. Cuando me desperté de la pesadilla, mi habitación estaba caliente y abrí la ventana. Da sobre la terraza. Allí estaba sentado mi padre, inmóvil en su silla, y cerca suyo, con la cabeza inclinada en feliz servidumbre, la fiel Eccles.

Le leía ella párrafos de *Mi Vida es Verdad*.

Tuve la tentación de llamarlo por la ventana o correr escaleras abajo y prometerle destruir el manuscrito de Lola, prometer que nunca traicionaría su confianza, ni revelar su culpa. El pensar en ti me impidió hacerlo. Sé qué piensas de esto y he decidido no hacer promesas, no concertar pactos, no mostrar piedad hasta consultarte.

¿Qué haremos, querido? ¿Debemos decirlo? ¿Es necesaria la venganza? ¿Será hecha justicia si destruimos lo poco que le queda a este hombre arruinado? Los asesinatos están olvidados, ahora, el asesino ha muerto. ¿No podemos dejar que siga enterrada esta verdad?

Por favor, escríbeme inmediatamente. Haré lo que tú digas. Confío en ti más que en nadie en el mundo y te necesito desesperadamente. Y espero que algún día podré hacer algo lo suficientemente grande como para demostrarte mi gratitud por todo lo que has hecho por mí.

Con todo mi amor,

tu

ELEANOR

DE JOHN A ELEANOR

Hollywood, 6/1/46

Mi querida:

Estás mal, ¿no es cierto? Apenas terminé de leer tu carta llamé al aeropuerto y solicité pasaje de reserva de emergencia. Hasta divulgué el hecho de que soy el yerno de Noble Barclay, lo que —debes admitirlo— es ir muy lejos para Ansell. No había sitios disponibles y tampoco para mañana ni para pasado mañana.

En cierto modo, me alegro de no poder haberlo conseguido. Es tu problema, chica, y ha llegado la hora de que lo enfrentes, sola y sin apoyo. Esto puede parecer duro, pero creo que te has fortalecido lo bastante ahora como para darte cuenta de que no basta dejar de ser la hija de Barclay para convertirse en la mujer de Ansell.

Tu pesadilla volvió, creo, porque todavía te sientes culpable de nuestra falta de acción después de hallar el manuscrito de la Manfred. Esto no es solamente culpa tuya, querida. Yo también he dilatado la cosa, he rehusado empujarte a una situación que te haría sufrir. Esto es en mí una debilidad. Te quiero y quiero evitarte la pena y la inquietud. Todavía me es imposible olvidar lo que parecías aquella noche que viniste a mi oficina con el manuscrito. Tu padre ciertamente había logrado asustarme cuando me contó el suicidio de tu madre y sugirió que habías heredado su instabilidad. Fué un engaño asustarme con la historia de Wilson, y aunque nunca tuvo el efecto que había planeado, ayudó a guardar su secreto.

Esto haría parecer como si yo tuviera poca fe en ti, pero no puedo evitar el preocuparme de la serie de conmociones y desilusiones que te golpearon en un solo fin de semana. Era

bastante malo para ti saber de la muerte de Lola y descubrir que tu ex novio la había matado, pero el peor golpe fué el descubrimiento de que tu padre era un engaño. Venganza y justicia, dije, porque veía en ti la necesidad de herir a tu padre como él te había herido, y para vindicar la memoria de la pobre Lola.

No es venganza lo que buscamos, ni tú ni yo, Eleanor. Cuando yo era un director de pacotilla, reforzando números para sostener mi autoridad, pude haber buscado venganza a causa de mi orgullo herido. Y si la venganza era todo lo que querías, podrías aceptar fácilmente el hecho de que los dioses han ideado una forma perfecta de castigo para tu padre. Pero los hombres honestos también son golpeados por la apoplejía. Si se trata del castigo, sus lineamientos son psicológicos. Puede ser que tu padre busque refugio en la *Verdad compartida*. La necesidad de la confesión puede haberse hecho tan urgente que, inconscientemente, prefiera el silencio. El círculo es vicioso. Noble Barclay no puede compartir la verdad porque no puede hablar ni escribir; e inversamente, no puede recobrarse de su parálisis porque es incapaz de compartir la verdad.

Me equivocaré en esto. Sé muy poco. Lo que sé es que para ti y para mí, no es simple cuestión de venganza. O de castigo. Pintas un conmovedor cuadro del águila caída en su nido de la Quinta Avenida, pero no nos dejemos impresionar demasiado profundamente, o nosotros también quedaremos paralizados.

Los asesinatos ya no interesan más. Ni la antigua estafa que implica el descubrimiento de la *Verdad compartida*. Pero la verdad debe ser dicha. No para vindicar a la pobre Lola del cargo de haber sido querida de Munn; ni porque el fantasma de Homer Peck nos ronde hasta que le digamos al mundo cómo pagó su pecado de crear una religión sin dios; ni tampoco por la justicia abstracta.

Tu padre puede ser inválido e incapaz, pero continúan su influencia, los engaños, las mentiras, las supercherías perpetradas en su nombre. Después de leer tu carta, quise reflexionar sobre esto y di un largo paseo. ¿Sabes qué vista me sacó de mi abstracción? Un llamativo puesto con revistas, seis de ellas publicadas por Barclay.

Las compré. Las leí. Yo solía considerarlas vulgares, pero cómicas. Ahora, después de seis meses desde la piadosa atmósfera de las reuniones de Barclay, encontré que las revistas eran malsanas. El tiempo y la distancia me hicieron ver claramente que

esos periódicos descarrían y engañan a los buenos y crédulos ciudadanos que creen implícitamente en la palabra impresa. En el nombre de la Verdad, el hecho es falseado, el rumor propagado, los embaucadores glorificados, se considera autoridades a los charlatanes y fulleros.

¿Sabes la historia de Podolsky? Tu E. E. Munn era un ladronzuelo en comparación con él. Munn perdió su cabeza y cometió un par de asesinatos sin importancia. Hay crímenes peores. Esto puede parecer una herejía, pero después de una guerra y de la perfección de la bomba atómica, el asesinato individual pierde su dignidad criminal.

En diciembre último, en una reunión, le recordé a tu padre que las mentiras políticas de Podolsky habían sido expuestas por los diarios de Nueva York. Era del conocimiento público que había sido el mejor compinche de un gran agente nazi y que se dió buena vida creando mitos políticos y diseminando falsedades internacionales. Como usurpador en la vida doméstica de tu padre, Podolsky no es tan formidable como ocupante de su oficina.

En nuestra época, querida, hemos visto a un rey débil y a un viejo y tradicional canciller saludar con alborozo a peligrosos *parvenus* a fin de proteger antiguos dominios y actitudes provechosas. Quizá la analogía es exagerada. Hago esa asociación después de estudiar la contratapa de las *Selecciones Verdad* y notar los idiomas a los cuales se ha traducido, y los países a los cuales lleva el punto de vista de Podolsky.

No es que considere al eje Barclay-Podolsky peor que las combinaciones rivales que tan generosamente propagan informaciones erróneas entre nuestros compatriotas y amigos. Hay otros que conducen el importante y social negocio de publicar periódicos en una forma anárquica y negligente. El crimen es un lugar común. Pero esto no lo condona. ¿Se deja en libertad a los asesinos porque el homicidio ocurra todos los días?

¡Qué sermón! Me pediste ayuda y te doy editoriales. Pero debes ver esto objetivamente, como si tu nombre no hubiera sido nunca el de Barclay. Lo que te desgarra es el conflicto entre dos deseos profundísimos. Sabes la culpa de tu padre y sin embargo quieres protegerlo. Porque él es tu padre, está viejo y enfermo, y tú no naciste con el colmillo de una serpiente.

Pedimos poco, Eleanor, pero queremos nuestra oportunidad para vivir honestamente. La pesadilla tiene que ser exorcizada o seremos sacrificados a los viejos y a los malvados, a los deshonestos y los moribundos. No seguiremos fomentando fábulas para bien de los paralíticos y los moribundos, ni para la protección de untuosos paniaguados y conspiradores “coronados”. Es para nosotros mismos, los jóvenes y sanos, que debemos hablar a las claras.

Piensa en esto cuando te sientes con tu padre sobre la terraza o cuando lo veas sin ayuda e impotente, burlado por su mujer, humillado por el usurpador. Y cuando abras tu ventana y mires esa conmovedora escena, Noble Barclay hallando el consuelo en su fiel discípula y en la filosofía que probablemente cree haber creado, recuerda que el credo no puede curarlo.

Cualquiera sea tu decisión, te seguiré queriendo. Pero sería poco limpio no decirte que creo que nunca podremos seguir siendo sinceros hasta decir toda la verdad. Ahora que Wilson y Lola están muertos, no hay otros que sepan tan íntimamente la historia ni que puedan contarla tan honestamente como tú y yo.

¿Te atreves, Eleanor?

Recibe mi amor.

JOHN

FIN

ÍNDICE

NOTICIA

PRIMERA PARTE
La historia de Wilson, por John Miles Ansell

SEGUNDA PARTE
Testimonial, por Grace Eccles

TERCERA PARTE
¿De quién era el tartán?, por John Miles Ansell

CUARTA PARTE
El diente de la serpiente, por Eleanor Barclay

QUINTA PARTE
A una dama gentil, por John Miles Ansell

SEXTA PARTE
Breve historia de Homer Peck, por Lola Manfred

SÉPTIMA PARTE
La terraza

{1} Despacho clandestino de bebidas, en la época de la prohibición.

{2} Personaje de principios de siglo que se hizo famoso en los EE. UU. enseñando movimientos de expresión. *(N. del T.)*

{3} La confesión de la señorita Eccles fué escrita a mi requerimiento. Tuve que adularla mucho para conseguir que la escribiera, y todavía no le he dicho por qué quería su versión de la historia.
J. M. Ansell, junio, 1946

{4} *Verdad y Crimen.*

{5} *Verdad y Amor.*

{6} La Universidad de la vida.

{7} Mal olor corporal

{8} Autor americano de cuentos infantiles, cuyos temas referíanse generalmente a las aventuras de niños de los barrios bajos, que llegaban a la fama.

{9} *Cofre de tesoros*, libro de testimonios por los discípulos de Noble Barclay, contiene la carta completa de la señorita Maierdorf's. La asmática dama nunca ha sido identificada.

{10} *Mi Vida es Verdad*, Introducción, pág. 38.

{11} De acuerdo con su primera declaración, Rosetta Armistead, *née* Beach, y no Barclay, fue la primera que usó la frase *Verdad compartida.*